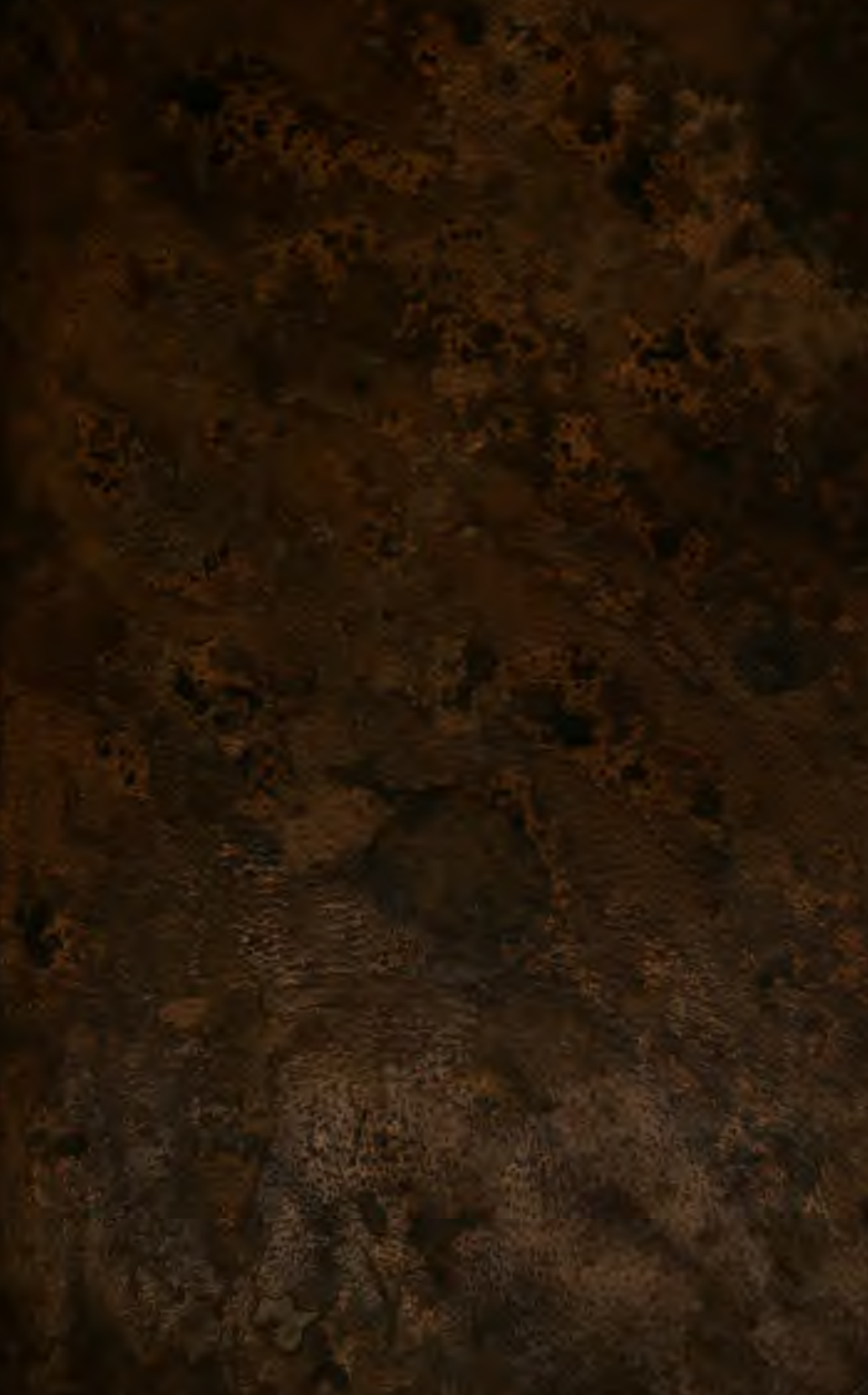



M
1895
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.
274. dd. 12.
274. a. 31 (a)
Vet. Span. II. B. 108



EUDOXIA,

HIJA DE BELISARIO.

LIBRO PRIMERO.

POR DON PEDRO MONTENGON.



CON LICENÇIA EN MADRID:
EN CASA DE SANCHA.
AÑO DE MDCCXCIII.

Se hallará en su Imprenta y Librería.

EUDOXIA.

LIBRO PRIMERO.

Pocos hombres nos presenta la historia mas célebres, é ilustres que Belisario, general del emperador Justiniano. Este, despues de haber recobrado por su medio muchos reynos, y provincias en el Asia, y Africa, con las victorias, que obtuvo de Cosroes, y de Gelimer rey de los vándalos, resolvió enviarlo á Italia contra Vitiges, rey de los godos, que sacudido el yugo del imperio, aspiraba al entero dominio de la Italia.

Belisario, disfrutada apenas la gloria del triunfo del rey Gelimer, que llevó cautivo á Constantinopla, partió con un pequeño exército á la nueva conquista, desprendiendose de los brazos de su esposa Antonina, y de su hija Eudoxîa, á quien amaba tiernamente, por única, y por las excelentes prendas que la adornaban. La naturaleza no la dotó á ésta de particular hermosura; pero la suplian su gentileza, y gracias, como la amable suavidad de su genio, y modesto caracter

que la hacian sumamente agradable en su edad, ya nubil.

Su ilustre padre habia sido su maestro desde su niñez, esmerandose en perfeccionar el talento de su hija con las luces y conocimientos de algunas ciencias, queriendo sacar en ella un particular modelo de educacion. Estas eran las miras de su paterno amor, y su mas gustosa ocupacion, siempre que el glorioso empleo de la milicia le permitia volver á descansar en el seno de su familia. Así le acontecia varias veces baxar del carro del triunfo, y desprenderse de los brazos de la victoria, para ir á entender en la instruccion de su Eudoxîa, que mucho mas que la gloria le tenia merecido su tierno afecto.

En sus freqüentes y forzosas ausencias descansaba su paterno cariño en los esmeros de su esposa Antonina, matrona respetable por su nobleza, y por la integridad de sus costumbres, aunque ocompañada de cierta soberanía de genio, que inclinaba á la altivez, y á la severidad; preludios de la ambicion, y soberbia, de que no estaba exênta su alma, engreida con las victorias, y honores de su marido.

No dexaba de conocer Belisario estos defectos, pero por comunes, y casi connaturales

al sexô, y al estado de grandeza en que ella se hallaba, no le permitian á su prudencia afear lo que era ya imposible de corregir. Bien que, temiendo, que su hija Eudoxîa contraxese aquellos mismos defectos con el exemplo, y trato de su madre, echó mano de una sabia y virtuosa muger, para que en su ausencia cuidase de su hija, y la instruyese en la virtud. Llamabase Domitíla, viuda de un oficial, que murió en la última guerra de Africa, peleando esforzadamente contra un esquadron de vándalos, que en la batalla aspiraban á quitar la vida á Belisario.

Agradecido este á la defensa, y valor de Ancilio, que así se llamaba el oficial, ofreció su casa, y bienes á Domitíla, destinandola un rico dote, caso que prefiriese otro estado á la amistad de su hija Eudoxîa, que como hermana, la encomendaba. Domitíla reconocida del mismo modo á la generosa oferta de Belisario, y prendada del suave genio de Eudoxîa, resolvió quedarse en su compañia. Así Eudoxîa tuvo en ella una maestra de virtud, tanto mas propia para enseñarla, quanto menos apariencia llevaba de ello, siendo considerada solamente como una amiga y compañera, que la habia dado su padre.

No desmentia tampoco estos títulos la

edad de Domitíla, contando apenas cinco lustros. Era á mas de esto de lindo rostro, y de muy graciosa presencia, ennoblecida de singular modestia y recato; y de genio igualmente docil, que el de Eudoxîa, pero formado ya á la virtud, en que su marido Ancilio la habia doctrinado. La temprana muerte de éste, y el amor que la tenia, contribuyeron para consolidar en el corazon de Domitíla las virtuosas máxîmas, que le habia inspirado, y para que ella las infundiese en el ánimo de Eudoxîa, con el motivo de estar casi siempre en compañia suya, consintiendolo Antonina, por el grande aprecio, y concepto, que desde luego le merecieron las respetables prendas de Domitíla, y sus excelentes calidades de recato, moderacion, y prudencia.

Pasaba con ella Eudoxîa suavemente sus mas dichosos dias, prestandose á los consejos, que le insinuaba su amiga, por via de confidencial conversacion, y trato; con ella abria su pecho, y no le ocultaba sus mas íntimos afectos, é inclinaciones, que Domitíla fomentaba, ó reprendia, segun las circunstancias lo exîgian. Se habia ya insinuado el amor en su pecho, y mantenia en él su inclinacion, aunque inocente, á un joven noble, llamado Maxîmio, con quien por razon de la inmediacion

de la casa, y de la amistad de sus padres, se entretenia en los tiernos años de su infancia, creciendo despues, con la edad, el afecto que concibieron sus corazones en la niñez, especialmente despues que Antonina vedó á Maxîmio la entrada en su casa, nò por otro motivo que por querer desprenderse enteramente de la amistad, y trato de sus padres.

Eran estos de una de las principales familias romanas, que fueron á establecerse á Constantinopla, quando se trasladó á la Tracia, con tanto desacierto, el trono del imperio. Pero el tiempo, y la suerte, que acaban con las familias mas ilustres, sin perdonar tampoco á sus haberes, y grandeza, reduxeron á estrechos límites la de los padres de Maxîmio, el qual llegó á experimentar en su pasion, que la nobleza, sin el apoyo de los caudales, es un vano sonido, que redunda en mayor confusion, y abatimiento.

Pero lejos de que la riqueza, y gloria del padre de Eudoxîa solicitasen al interes del afecto de Maxîmio, la amaba éste con pura, y desinteresada pasion, aun despues que llegó á conocer el motivo porque Antonina le negó la entrada en su casa, engreida con las gloriosas conquistas, y honores de su marido.

Cuesta tanto el conservar la moderacion

en el auge de la grandeza, que no era de extrañar que Antonina, á pesar de sus inculpables costumbres, se dexase deslumbrar de los nuevos resplandores de la gloria; y que la vanidad, y ambicion la enagenasen poco á poco de la antigua amistad que tenia con los padres de Maxîmio, y que este se viese privado del inocente trato con su amada Eudoxîa. Mas en vez de entibiarse por ello sus inclinaciones, avivabalas al contrario la misma privacion, con el motivo de poderse ver freqüentemente desde sus casas respectivas, y darse pruebas de su constante afecto, con los saludos y miradas de Maxîmio, y á las que ella no se mostraba esquiva, aunque á hurto de su madre Antonina.

Antes que la razon y el entendimiento conozca el mal, engendra este sospechas de sí mismo, aun en la conciencia, agena todavia de malicia. No por otro motivo se recataba la inocente Eudoxîa que su madre la sorprendiese en las vistas con Maxîmio, teniendola siempre oculta la inclinacion que sentia, hasta que la combinacion de ponerla Antonina en lance de descubrirsela, lo hizo ella con confesion ingenua, antes que faltar á la verdad, y envilecer, y empañar su bella alma con la baxeza de la mentira.

Ocasion de ello fueron las cartas que acababa de recibir su madre, en las quales le participaba Belisario su victoria y conquista de Ravena, con la prision del rey Vitiges, y de su familia, y el casamiento que acababa de concertar entre su hija Eudoxîa, y Basílides, hijo del general Basílides, mozo de singulares prendas y valor, con que se habia distinguido en aquella conquista. Alegre Antonina por tan inesperadas nuevas, especialmente por la del casamiento de Eudoxîa, resolvió comunicarsela, preparando su ánimo con algunos consejos, como solia, diciendola así: Hija mia, la modestia es la prenda mas amable de una doncella, aun en cotejo de la hermosura.

Esta, no hay duda, halaga y solicíta mucho mas la pasion del hombre, pero aquella se grangea su mayor estimacion y aprecio. La pasion nace de los atractivos que la hacen amar aquello que la provoca; mas el aprecio y estimacion que infunde el decoro de la modestia, procede del respeto que adora en la exterior compostura de un rostro la belleza interior del alma, á quien aquella retrata.

Aquella misma es tambien seguro indicio de la dulzura de genio, y de la suavidad del caracter, á quienes sirve de alma, de la

qual espera su mayor satisfaccion y dicha en el casamiento, el hombre que pretende poseerla. La hermosura es don accidental de la naturaleza, que entre pocas la reparte; pero la hermosura interior del alma la dá la virtud sola, á qualquiera que desea conseguirla.

Conmigo, ni contigo, Eudoxîa, no andubo ciertamente muy liberal la naturaleza de exterior belleza de rostro; sin embargo, el aprecio que mis padres procuraron infundirme al decoro exterior de la modestia, me grangeó la preferencia de tu ilustre padre Belisario, en cotejo de mayores hermosuras, segun él mismo me dixo. Solo este exemplo pudiera ser bastante para persuadirte lo que te aconsejo; y si todas las doncellas dieran credito á la hermosura de la virtud, y si sus padres las aficionasen á ella desde niñas, me persuado que ella sola fuera capaz de reformar en parte las estragadas costumbres, y acrecentar el número de los casamientos, haciendolos mas apetecibles y dichosos.

Pueden los hombres mostrarse inclinados á la disolucion; manifestar exteriormente desden á la modestia que solicitan; mas no podrán sufocar al interior respeto y veneracion que la engendra en sus corazones. Ella enfrena al atrevimiento, que pretende avasallar

nuestra flaqueza; ni nos dió otros medios mas nobles la naturaleza para repeler sus atrevidas solicitaciones, que la modesta virtud, acompañada de la dulzura, y animada al mismo tiempo de la severidad del recato que dá á una doncella la semejanza de deidad respetable, y ennobleciendo todas sus acciones, puede reprimir en parte con solo su llanto, la altivez del genio del marido, si á alguna le llegó á tocar por mala suerte.

Es, no hay duda, desgracia, y gran desgracia, un marido de genio aspero, extravagante, y obstinado; mas si de algun modo se puede aliviar tal desventura, es con la fortaleza de la modestia, y de la blanda conformidad con las combinaciones del destino; sin ella solo agrazamos nuestro infeliz estado, en matrimonios, cuyos sagrados lazos no se rompen con malos modos, ni se ablandan, ni corrigen los duros genios, á quienes estamos sujetas, con demostraciones de resentimiento y enojo; ni la desesperacion nos exîme de su dominio.

Toda descompostura exterior de ira, y de venganza, parece que desdice de nuestra complexîon blanda, y de los alicientes suaves de las gracias de nuestro sexô, á quien compiten al contrario la dulzura del recato, y la mansedumbre de la exterior modestia, y compostura.

Yo no ceso, Eudoxîa, de encomendartelas, y puedo parecer en ello importuna. Pero si las madres, hija mia, no se esfuerzan en esto, dificilmente podrán prender tales máxîmas en el corazon de una doncella, á quien todo la distrae, y aparta para conocerlas por sí misma. Aquellas, que jamas las oigan de sus padres, y que inducidas de los malos exemplos, las miran con desden y con menosprecio, piensan tal vez que con darse ayres desvanecidos, desenvueltos, y libres, conquistarán mas presto el afecto de aquellos que las galantean.

Mas el hombre, que manifiesta prenderse de aquella franqueza y desenvoltura, aunque llegue á cebarse en ella su pasion, quisiera, sin embargo, poder apreciar mucho mas el recato, y modestia que echa menos, y que es siempre la prenda mas amable de la hermosura, y la que solo consolída con el tiempo la constante estimacion de los maridos. El hombre presto dexa de amar la belleza que posee; mas las blandas y modestas calidades de la hermosura interior del alma fomentan de contínuo el aprecio, y se grangean la amigable confianza, que rara vez padece quiebra. Muy al reves sucede en aquellas, que haciendo alarde vano de sus exteriores atractivos, como poniendo en venta su hermosura, se exponen á encon-

trar malos compradores y peores apreciadores, que las hacen arrepentir de su liviandad.

Pero tengo, Eudoxîa, el consuelo de conocer que son demas estos consejos para tí; bien que ahora mas que nunca debo renovartelos; por quanto tu ilustre padre tiene determinado darte un esposo, digno de tu nacimiento, luego que vuelva de su gloriosa expedicion de Italia. Lo acabo de saber por carta que me envia desde Ravena, donde dice haber entrado victorioso del rey Vitiges, y de su real familia. ¡Qué otro solemne triunfo se le espera á tu padre en Constantinopla! ¡Con qué nuevos honores premiará el emperador esta victoria, que decide la conquista de toda la Italia!...

Mas, ¿cómo es, Eudoxîa, que no echo de ver en tí ningun asomo de júbilo por tan gran noticia? otras veces salias de tí misma, y casi llorabas de gozo al oir las victorias de tu padre, pero ésta, aunque procuro ensalzarla, parece que nada te toca, antes bien noto en tí una repentina alteracion, y mudanza, que empaña tu natural jovialidad, y la hace casi inclinar á la tristeza... ¿Nada me respondes, Eudoxîa? ese tu silencio, ese tu rubor, y afligido semblante ¿qué significa? ¿qué me quieres decir con eso? Habla, y explicaté con tu

madre. ¿No eché de ver por ventura tu sorpresa, quando te dixe que tu padre te tenia destinado marido? ¿Acaso te sientes no inclinada al casamiento? Si así lo determinó mi padre, respondió la modesta Eudoxîa, nada tengo que decir; me casaré, y obedeceré á sus determinaciones.

¿Te casarás solo por obedecer á las determinaciones de tu padre? No, hija mia, no es esto lo que yo, ni tu padre pretendemos de tu obediencia. Si el esposo que tu padre te destina no merece tú afecto, y tu inclinacion, de ningun modo violentarémos tu voluntad. La eleccion depende de nosotros, pero la aprobacion queda reservada á tu albedrío. Sin este nada se resolverá. Deseamos tu dicha y tu contento, no el sacrificio de tu libertad en el casamiento. Sobran á tu padre riquezas y gloria, para que ningun motivo de interes le induzca á sacrificar su amada hija.

Haceseme por lo mismo mucho mas estraña tu afliccion, ni acabo de comprehender tu respuesta; pues sin saber qual sea el esposo que tu padre te destina, manifiestas en tu misma resignacion que no apruebas el casamiento. Señal, que ó no quieres casarte, ó bien que de antemano empeñó á tu corazon el amor de algun otro sugeto. Si es así, quisiera, Eudoxîa,

merecer de tí esta espontánea confianza, antes que exîgirla. ¿A quién puedes manifestar con mayor satisfaccion tu pecho, que á tu madre que te ama tanto? ¿Quién mas que yo querrá dexarlo satisfecho, si se inclina á sugeto digno de la gloria adquirida de tu padre, y de la grandeza de tu estado? es éste, segun sospecho, el motivo de tu afliccion? =

= Eso mismo es, madre mia. Amé, y amo á... =¿A quién? ¿A qué viene ese reparo de declararlo? = A Maxîmio! = ¡A Maxîmio! ¡Hijo de padres, aunque nobles, tan pobres en tu cotejo!... mas ¿cómo es que lo amas? ¿sabes por ventura, que corresponda él á tu amor, y á tu inclinacion? = Me hace tan afectuosas demostraciones desde su casa, siempre que me vé, que no me dexa duda que está muy prendado de mí = ¿De quando acá te hace Maxîmio esas demostraciones? = Sabeis, madre mia, que la inmediacion de su casa, y la antigua amistad de sus padres nos proporcionaron el que nos conociesemos desde niños, y que nos llamasemos esposos por juego. Aunque yá crecido Maxîmio, le vedasteis la entrada en nuestra casa, no impidió tal prohibicion, que creciese tambien el afecto que me profesa, y el que yo le tengo.

¡Me pasas el alma, Eudoxîa, con esa de-

claracion! Jamas hubiera creido que la hija de Belisario se abatiera á poner sus ojos en el hijo de Septímio: y si no me prometiera de tu virtud, que llegará á sufocar esa inclinacion, tan opuesta á la voluntad de tus padres, tendria motivo de un eterno dolor, y pesadumbre.

=No, madre mia, no tendreis motivo para ello. Desde ahora procuraré apagar un afecto, contrario á vuestra declarada voluntad, que me es respetable. No veré mas á Maxîmio. Borraré, si lo puedo, hasta su nombre de mi memoria.=

¿Si lo puedes? Lo podrás, sin duda, si lo quieres. Ninguna cosa engaña mas, Eudoxîa, al corazon de una doncella que el amor. Sus primeras impresiones son fuertes, no lo niego; ni se pueden borrar tan presto con la sola determinacion de la voluntad. Mas ésta recaba suprimirlas con el tiempo, como me lo prometo de la tuya. No es esto, hija mia, pretender violentar tu eleccion. Antes bien llevarla mas allá del corto límite, á que la ceñiste, y extenderla á objetos mas dignos. Maxîmio no es el solo joven en el mundo, que puede ser acreedor al afecto, y á la inclinacion de tu genio. Si te prendaste de él, antes que de ningun otro, fue solamente porque le conociste antes que á otro, y porque fue el primero en solicitar tu corazon.

Es este el primer engaño del amor en las doncellas. Aficionadas al primer objeto que se les presenta, cegadas de sus cariñosas demostraciones, ya no saben ver, ni conocer á otro; y si no tienen quien contenga su desacertada pasion, se arrojan en los brazos de su contraria suerte, sin indagar antes el estado, y circunstancias de los que las pretenden, ni sus costumbres, y caracter, que deben ser los preludios de una aceptada y juiciosa eleccion. A pesar de estos necesarios conocimientos, se padecen, Eudoxîa, freqüentes y amargos engaños. Las prendas exteriores de un sugeto contribuyen, tal vez, para mantener el afecto en los casamientos. Mas si estas prendas no corresponden á las interiores del alma, solo sirven para acrecentar los disgustos y pesares de las que se dexaron llevar de aquella falaz apariencia.

Va bien, que no sea contrahecho, ni feo, ni defectuoso el amante, y que sea antes apuesto y hermoso, si así lo quieres: pero á la larga, creeme, Eudoxîa, vale mas á las veces tener un marido no tan apuesto, aunque con honrados, y virtuosos sentimientos, que otro lindo y bello, pero de genio altanero, imperioso y disoluto. He aqui, hija mia, porque la naturaleza, en primer lugar, luego la conve-

niencia y las leyes, dan á los padres el justo derecho y la autoridad, no de hacer servir la libertad y dependencia de las hijas á sus miras, intereses y caprichos, sino de alumbrarlas y de rectificar sus elecciones, para que no yerren, ni se engañen en ellas.

La poca edad de las doncellas, la falta de luces y conocimiento del mundo, y de sus engaños, el retiro, y recato á que el decoro de su sexô las condena, no les permiten conocer lo que mas importa en los casamientos. La sola vista es un pésimo juez en este particular. Por lo mismo conviene que los padres sean los jueces de la eleccion de sus hijas. Ni yo, ni tu padre violentarémos jamas tu genio para que tomes por esposo un sugeto, antes que otro. Este es derecho de tu libertad. Bien sí, nos opondrémos á que escojas al que menos te conviene. Este es el derecho de nuestra autoridad, para que no yerres en tu eleccion, poniendo los ojos en aquel, que te puede hacer arrepentir de tu temprano afecto.

Si no te agradare el primero, que te proponemos, faltarás á la confianza que nos debes, en no confesarlo ingenuamente. Habrá otros, que podrán satisfacer á tu genio. Mas para esto importa que borres en tu pecho las primeras impresiones del amor, ya que tuviste la des-

gracia de recibirlas. Mientras estas duraren, será dificil que te pueda contentar ninguno otro. Verdad es, que la naturaleza, así como sujetó nuestro flaco sexô al mas fuerte, así tambien nos hizo generalmente á las mugeres mas faciles en la eleccion del casamiento. Pero luego que el amor de un determinado sugeto preocupa el corazon de una doncella, hace tenaz presa en él, ni la dexa libertad para aficionarse á otro, aunque por todos títulos preferible.

Ved, porque suele ser tan dañoso, y nocivo á las doncellas el que encubran á sus padres sus primeros amores, y pasion, especialmente con sugetos que no conocen, y á cuyas pretensiones pueden tener los padres justos motivos de oponerse. Entonces la doncella ya enamorada, que no puede ver cumplidos los deseos de su pasion, se rebela interiormente contra la sagrada autoridad de sus padres. Su forzada dependencia, impelida de su irritado afecto, la fuerza á prorrumpir en llanto, quejas, y denuestos contra su suerte, y contra los que...

Tiemblo, Eudoxîa, de acabar de proferir lo que pudiera hacer horrorizar tu oido, y tu virtuoso y sumiso corazon. Por lo que pasa tal vez en él, deducirás lo que quise decir. Tales son, hija mia, entre muchos otros, los efectos perniciosos de los ocultos amores, é inclinacio-

nes de las doncellas, que por lo mismo, no debieran dexarse avasallar de las primeras demostraciones de sus amantes, ni encubrir á sus padres sus declaraciones. Se hacen éstas sospechosas, y suelen ser engañadas, luego que toman secretos y desviados caminos. Muchos mozos se aficionan por sola veleidad; otros por desvanecimiento; no pocos con traidoras intenciones; los mas por pasatiempo, que se quieren tomar del incauto candor, é inocente facilidad de las doncellas, para jactarse de ello con sus conocidos, y amigos.

Siento, Eudoxîa, no haber prevenido de antemano tu corazon con estas advertencias. Creía, que el recomendarte tantas veces la modestia y recato, bastase para precaver los fatales efectos, que veo con dolor arraigados en tu corazon. Si me engañó mi confianza, tengo á lo menos el consuelo y la satisfaccion que me causan tu confesion ingenua, y la promesa que me acabas de hacer, de que sufocarás en tu pecho la pasion que te inspiró Maxîmio. Para que lo consigas mas facilmente, contribuirá el conocimiento del uso que debes hacer de la modestia, y que hubiera yo debido advertirte antes. Espero sin embargo hacerlo á tiempo todavia que te pueda servir su explicacion.

La modestia exterior es solo un velo su-

perficial, y tal vez mentiroso, sino dimana de la modestia interior del ánimo. Aquella compone nuestros ojos y presencia, contiene nuestras acciones y ademanes, dandoles cierta nobleza, que realza las gracias y atractivo de nuestro sexô. Mas se envilece facilmente, sino la fortalece el interior recato. Este se forma y nace del mayor ó menor aprecio que hacemos de nuestro decoro, sostenido de cierta noble severidad, por decirlo así, que no desdice de la virtud, que antes bien se alimenta de ella, y con ella se fortalece, para no rendirse á lo que no es honesto, y que por consiguiente pudiera abatir y ofuscar al pudor.

Estos nobles sentimientos trascendiendo á nuestro exterior, ponen en él por guardas al recato y miramiento, que rechazan y apartan todo lo que le puede ofender, así de palabra como de obra, ó demostracion que nos pierda el respeto, ó que haga que se nos pierda, ó bien que nos induzca á veleidades y baxezas indignas del decoro y de la magestad que debe conservar en nosotras la virtud. Puedes inferir de aqui, hija mia, que faltaste al recato y modestia prestando tus ojos, y tu afecto á las demostraciones livianas, con que Maxîmio solicitó tu sencillo corazon. Así quedaste avasallada de ellas, hecha juguete vil de los ade-

manes de un joven, que siendo pobre, busca antes tu rico dote y herencia, que tu persona, y la hermosura que te falta.

Quiero ceñir mis sospechas al solo interes de Maxîmio, sin ir á indagar las otras miras que puede tener en galantearte. No estando yo enterada de sus costumbres, ni de su caracter, no pretendo desengañar tu pasion á costa de la fama agena. Basta lo dichó para que se te hagan sospechosas sus demostraciones. Tienes á mas de esto luces y talento, para apréciar algo mas el honor y gloria de tu familia; y por último no te falta virtud para recobrar la superioridad de tu decoro y recato, y para exîmir tu corazon de los indignos lazos del amor; de cuyo triunfo, si se jactó tal vez Maxîmio, podrás hacerle arrepentir, y humillarle con tu justo menosprecio. =

No lo dudeis, madre mia. Maxîmio no avasallará mas mi corazon; este recobrará su señorío: quedo convencida de vuestros consejos, y dispuesta á avasallar mi pasion. Qualquiera que sea el esposo que mi padre me destina, á él consagraré mi afecto, y lo preferiré á Maxîmio. = Así me lo prometo, Eudoxîa, de tu virtud. Y para que veas que quedo persuadida de ello, te diré ahora que el esposo que escogió tu padre, lleva todas las ventajas á Ma-

xîmio, así en gloria y nobleza, como apostura y gentileza. Este es Basílides, hijo del general Basílides, que manda el exército en la Esclavonia.

Tu padre puso los ojos en él, no solamente por las nobles calidades que lo adornan, sino tambien porque entre todos los jovenes ilustres que siguen sus banderas, ninguno dió mayores pruebas de consejo y de esfuerzo en las armas que él. Tuvo él mismo gran parte en el rendimiento del rey Gelimer, refugiado en las serranías del monte Pappuas, despues de la batalla, en que tu padre derrotó su exército. Veo, hija mia, quantos motivos tienes para olvidar á Maxîmio, y para consolarte con la eleccion que hizo tu padre de tan digno esposo. =

Ninguno de todos esos títulos prepondera tanto en mi corazon, quanto el de haber sido elegido de mi padre para consorte mio. Este solo hará que lo estime, y aprecie como debo. = No lo dudo, Eudoxîa. Acabas con esto de restituir á mi pecho toda la complacencia, y gozo, que me acibaraste con tu declaracion. Así procuraba Antonina destruir del corazon de Eudoxîa su concebida pasion. No contenta con esto, pensó en dar quejas á los padres de Maxîmio, por el atrevimiento de este en solicitar

el afecto de su hija Eudoxîa, para que lo reprendiesen, y le vedasen galantearla en adelante. Ocurriendole despues, que los padres mismos de Maxîmio pudieran tener interes, y parte en su galanteo, y que en vez de reprenderle, recibirian acaso su instancia con desden, resolvió hacer llamar al mismo Maxîmio, y hablarle de por sí de modo, que pudiera estar segura de la correccion, atemorizandole con su autoridad, y amenazas, á fin que desistiera de su empeño.

Hizole, pues, llamar por uno de sus esclavos principales. La novedad de este extraordinario, é impensado llamamiento suscitó en el amoroso pecho del mancebo un tumulto repentino de esperanzas, de lisonjas, y temores, sin poder atinar en el motivo, y fin para que era llamado. El amor hacia preponderar en su corazon la lisonja de que Antonina lo llamaba para darle por esposa á Eudoxîa, en fuerza de la declaracion que hubiera podido hacerle la misma, del afecto é inclinacion que le profesaba. Mas el dudoso júbilo que lo daba esta ocurrencia, no podia levantar cabeza entre los recelos que lo contenian, haciendo el cotejo de su pobre estado, con el rico y opulento de Eudoxîa.

Sin embargo, agitado de mil encontrados

afectos, entra palpitando en el templo de su adorada deidad, y se presenta á Antonina que lo recibió sin altivéz, pero con tan magestuosa seriedad, que el consternado joven llegó á leer en su rostro lo que queria ella decirle. Antonina, á fin de empeñar mas el ánimo del mozo en la atencion, y condescendencia de lo que deseaba, se comidió con él, haciendole sentar, aunque en asiento un poco distante del que ella ocupaba, y le habló de esta manera.

No deberá pareceros extraño, Maxîmio, el aviso que os hice pasar, si poneis los ojos en vuestra conciencia. En ella habreis leido tal vez el motivo que tuve para ello, y que por su entidad merece que os haya incomodado. Sufrid, pues, el oirme por pocos momentos. Os quiero ahorrar el rubor de una confesion que no os pido porque no la necesito. Estoy sobrado segura, é informada de vuestra pasion á mi hija Eudoxîa, para perder el tiempo en oir fingidas escusas, y vanas protestas. No podreis negar las demostraciones pueriles y atrevidas con que vais solicitando el inocente corazon de mi hija.

Esto solo merecia que yo lo tomase de otra suerte, y que diese agrias quejas á vuestros padres por vuestra poco decorosa indiscrecion. Atendiendo no obstante, á que todo pro-

cede de liviandades, antes que de esperanza, ó persuasion, de que podais obtener algun dia á la que os es por todos títulos tan superior, resolví deciros en confianza mi sentir, para que en adelante desistais de vuestras ridículas pretensiones.

Vuestra edad, no madura todavia, no os habrá dexado advertir el agravio que haceis á una familia ilustre, ahora sean sincéras vuestras intenciones, ahora falsas, y engañosas. De qualquier modo agraviais á los padres de una doncella que no os compete; abusais del recato y candor de la misma; pervertis (tal es á lo menos vuestra pretension) sus virtuosos sentimientos, así acerca de la dependencia y sumision que debe á sus padres, como tambien de todas las otras obligaciones de su estado; enagenais á mas de esto su corazon, con fin de grangearos su solicitado afecto; sois causa, de que en caso que se le proporcione un partido digno, se halle descontenta, ó bien que se disguste de él, ú de que viva inquieta y desasosegada en su retiro: conturbais los mas dulces años de su vida; y no queda por vuestra parte el que no se empañe la pureza y candor de su inocencia.

Si bien considerais estos dañosos efectos que os hice advertir, echareis de ver que aun-

que deban reputarse delitos morales, pueden tambien ser adjudicados al fuero de la justicia, y entender ésta en castigarlos como merecen. Pero espero que me ahorrareis este paso, y que bastará el haberos prevenido sobre mi justo resentimiento y disgusto, para que desistais de una loca pretension que debiera merecer antes mi desprecio, que la formalidad con que la tomo; mas lo hago así en atencion solo de vuestros padres. Y para que acabeis de desengañaros, si por ventura os queda alguna lisonja acerca de mi hija Eudoxîa, sabed que está ya prometida á otro, y que nada os queda que ver con ella.

¡O infeliz de mí...! exclamó entonces Maxîmio, sacandolo de su turbacion y enagenamiento las últimas palabras de Antonina sobre el casamiento de Eudoxîa, que hirieron vivamente su corazon. Antonina, viendo que Maxîmio acompañó la exclamacion con un violento ademan, revistiendose de severidad le dixo: no es este lugar, Maxîmio, para necios lamentos. Os hice llamar para haceros saber mi justa indignacion, no para que la provoqueis con indignas exclamaciones. Estais ya enterado de mi voluntad; no os quèda ya que hacer aqui. ¡Ah! perdonad un involuntario desahogo de mi fiero dolor, dixo Maxîmio. Dexasteis

sobrado humillado mi ánimo, para que me quede valor de ofenderos con un ademan inocente, á que me forzó la pasion que me devora.

A pesar de un sincéro afecto ultrajado por vos, veneraré la tierna intimacion de la ilustre madre de Eudoxîa. Permitidme solamente que os diga, que el hijo de Septímio no sabe ver en su amor, aunque desdichado, todos esos delitos que realzais. Mi pobreza es mi mayor delito. Este solo agrava los demas; lo veo. Los miraré sin embargo como tales, puesto que así lo quiere mi cruel destino. Vais á quedar satisfecha. Evitaré la vista de Eudoxîa, si así lo quereis; mas no será posible borrar su memória de mi mente, ni que dexe de quedarle mi amor para siempre consagrado, aunque otro... ¡O suerte cruel la mia...!

El llanto en que prorrumpió no le dexó acabar. Mas Antonina, aunque conmovida, se esforzó en decirle con tono imperioso: ya os dixe, Maxîmio, que no es este lugar de exclamaciones impertinentes. Id á desahogar á otro lugar vuestra indiscreta pasion. Maxîmio, queriendo obedecer á la severa instancia de Antonina para que se fuese, se levantó del asiento. Mas no resistiendo su pecho á la fuerte impresion del dolor, por perder para siempre su Eudoxîa, dixo: os obedeciera, sino fal-

tase á mis ojos la luz del dia, y no falleciesen mis pasos. Mandad socorrerme... ¡O Eudoxîa! ¡O eterno amor mio!...

Dicho esto, cae sin sentido en el mismo asiento de donde se acababa de levantar para partir. Antonina, consternada á tal vista, comenzó á dar voces, para que acudiese gente á socorrer al caido. Eudoxîa, oyendo los gritos de su madre, acude asustada á su llamamiento, con dos esclavas que estaban con ella, bien agena de encontrar á su infeliz amante en aquel estado deplorable, y en la estancia de su madre. Su tierno corazon, preocupado del sobresalto que le infundieron las voces, no pudo resistir á la fuerte y repentina impresion que la hizo la sorpresa de ver allí á su amante con aspecto moribundo, tendido en la silla, como si de hecho hubiera muerto, pendiendole un brazo fuera del que tenia el asiento, y su cabeza caida sobre él.

Avivandole á tal vista el amor las mas funestas y tristes ideas, sacadas del discurso que poco antes la hizo su madre contra su amor á Maxîmio, oprimió de tal modo su ánimo, que perdidas las fuerzas, la obligára á dar consigo en el suelo, si las esclavas que venian con ella, y la misma Antonina, advirtiendo su desfallecimiento en la sufocacion de sus sollozos, no

acudieran de pronto á sostenerla con sus brazos, en que quedó desmayada. ¡O Eudoxîa! No ha muerto, no, tu fiel Maxîmio. El servirá de premio á tu virtud. La suerte que se rie, y burla de todas esas ideales grandezas y honores de la vana opinion, y que las da y quita á su antojo, te lo destina por esposo. El será el mayor y mas fuerte amparo de aquella misma que ahora le arroja de sí con desden y con menosprecio.

El repentino accidente de Eudoxîa hubiera causado otro igual á su madre Antonina, si resentida ésta contra Maxîmio, y alterada por la llegada de Eudoxîa en aquellas circunstancias, no sintiera disminuida la compasion y ternura en el desfallecimiento de su hija, quedandole presencia de ánimo para mandar á las esclavas que llevasen á Eudoxîa á su estancia, á donde la siguió luego que dió orden á los esclavos para que atendiesen á socorrer á Maxîmio, y lo acompañasen á su casa.

Pudo este recobrarse antes que Eudoxîa; y luego que se sintió con fuerzas, sin querer que lo acompañasen, ni ver á Antonina, se encaminó á su vecina casa, procurando encubrir el suceso á sus padres, á quienes tenia contrarios en su desgraciada pasion, desdeñando ellos el parentesco de Antonina, por lo mismo que

ésta desdeñaba el suyo. La opinion de la propia nobleza no pierde su altivéz, aunque reducida á pobre estado, mirando desde él, con cierto desden, las agenas riquezas que le faltan, y cuya ostentacion y fasto la humillan. De aqui procedia la contradiccion de Septímio, y de Dantíla, padres de Maxîmio, á el amor que este tenia á Eudoxîa. Tales son las necias puerilidades de los desvanecidos mortales.

Pero el sincéro, y puro amor mas sublime que todas aquellas vanas etiquetas no hace distincion sino de la sublimidad de los corazones. A ella habia levantado los de Eudoxîa y Maxîmio, víctimas de la oposicion de sus padres. Pero Maxîmio, cuyo genio intrepido, irritado de su pasion, no sufria ni los consejos de sus padres, ni temia sus amenazas, no reconociendose en igual obligacion á la que imponian á Eudoxîa su sexô, su estado, y su virtud, sentía mucho mas que ella el peso de su desventura, y se abandonaba en su dolor á todos los excesos de su desesperacion y resentimiento.

¿Qué hubiera sido, si su desmayo ante Antonina, le hubiera permitido ver á su amada Eudoxîa, privada, por su causa, de sentido, en los brazos de sus esclavas? Si hubiese podido oir los gemidos y dolorosas expresiones, en que prorrumpió, apenas recobrada de su fa-

llecimiento, diciendo á su madre presente, que se esmeraba en aliviarla; ¡O madre mia! ¿qué sucedió á Maxîmio? ¡Él murió sin duda! ¡Quiso venir á espirar á mis ojos, para que fuese yo testigo de su desventura! La madre, que con el restablecimiento de Eudoxîa, acabó de recobrarse del susto de su desmayo, oyendo las expresiones de Eudoxîa, que indicaban conservarle toda su pasion, la dixo algo séria: ¿son esas, Eudoxîa, las promesas que me hicisteis de olvidar para siempre á Maxîmio? =

¡O mi amada madre! perdonar la indiscrecion de mi enagenado sentimiento. No sé lo que me digo. No nombraré mas á Maxîmio. Procuraré sufocar el dolor mismo que me privó de sentido. = Sosiegate, pues, hija mia. Esperimentas en tí los funestos efectos de un inconsiderado amor. = No han sido efectos del amor, sino del susto que me dió el verle muerto. = Mal te lo parece, Eudoxîa. Si de antemano no hubieras rendido tu pecho al digno amor, que todavia queda arraigado en él, á pesar de los esfuerzos de tu virtud, no hubieras padecido ese accidente, que me dió no poco que sentir. Mas ya que te hallas recobrada, no se hable mas de la materia. Acaba pues de tranquilizarte.

Dicho esto, fué á saber el estado en que

se encontraba Maxîmio, que dexó encomendado á los esclavos. Informada por estos, que acababa de partir, abrió su pecho á la entera complacencia, y satisfaccion que probaba, por verse libre de aquel accidente, y de los embarazos en que la puso el témor de que tuviera peores conseqüencias el desmayo de Maxîmio. Creció luego su contento con el honorifico mensage qué recibió aquel mismo dia de parte del emperador, por medio de dos principales cortesanos que fueron á darle parabienes por la victoria de su marido Belisário, obtenida del rey Vitiges, y por la toma de la ciudad de Ravena.

Sabía ya Antonina la noticia por las cartas de Belisario, en que le participaba tambien el tratado casamiento de Eudoxîa con Basílides. Tuvo sin embargo motivo de mayor alborozo y satisfaccion con la honra que el emperador le hacia, y luego con el júbilo, á que se entregó el pueblo de Constantinopla, celebrando con entusiasmo la nueva victoria de Belisario, quando se divulgó la noticia por la ciudad.

Era sobre manera grande el concepto que se ganó Belisario de todos los griegos, así por sus continuas y rapidas victorias, como por su singular humanidad, que hacia mucho mas admirable su gloria, viendole de vuelta de sus

ilustres conquistas ir sin vestidos de distincion, tratar igualmente los grandes que los plebeyos, parandose á ser juez de las diferencias que entre estos nacian en los juegos y divertimientos públicos si accidentalmente daba con ellos, y entreteniendose con los mismos menesterosos, al tiempo que generosamente los socorria. Belisario era la continua materia de los discursos hasta en las remotas partes del imperio. Dabanle los nombres mas ilustres, las mas sublimes alabanzas, que se oian celebradas con cantos en las ciudades, y en las aldeas, aliviando con ellos en los campos los labradores su trabajo, y fatigas.

Pero la nueva victoria obtenida de Vitiges, parecia haber sacado fuera de sí al pueblo de Constantinopla. Vieronse todas las casas iluminadas: comparecieron con ingeniosos adornos todas las oficinas y talleres: presentaban muchas calles varios arcos de triunfo, formados del mismo pueblo. Se admiraban representadas en otros parages las victorias conseguidas de Cosroes, de Gelimer, y de sus generales. Los conquistados reynos y provincias del Asia, Africa, Sicilia, é Italia. La defensa de Roma, en que lo sitió Vitiges con mas de cien mil combatientes, derrotando Belisario con poca gente exército tan numeroso, y obligan-

do al mismo rey á refugiarse en Ravena, donde lo hizo prisionero, con que acabó de destruir la dominacion de los godos en Italia.

Iba el pueblo de tropel por las calles, repitiendo á gritos el nombre de Belisario; llevaba sus estatuas coronadas de laureles, acompañandolas con sones y cantares, excediendose en sus demostraciones delante de la casa del mismo Belisario, adornando los linteles de las puertas con festones de triunfo, celebrando sus hazañas, llamandolo el mayor ornamento y gloria del imperio, y su principal sustento y defensa, y uniendo á su nombre el de Antonina, y Eudoxîa, que tenian la dicha de ser su muger, é hija. Disfrutaba Antonina estos honores, tan apetecibles á su ambicion, abriendo de par en par su corazon á aquellos loores, con que desahogaba el pueblo su exâltado afecto, y la veneracion que profesaba á Belisario. ¡Quán agena estaba entonces ella de pensar que todos aquellos honores y gloria, que parecian haber de durar eternamente, tan presto, y tan impensadamente se hubiesen de desvanecer; y que el hombre mas ilustre del imperio se habia de ver derribado desde tan excelso asiento en el estado mas abatido y miserable de la tierra!

Maxîmio entretanto, rabioso y desespera-

do por el fiero discurso de Antonina, se abandonaba á los excesos de su pasion y dolor, llamando la muerte en su retiro, para que viniese á poner fin á sus males y desventura. Maldecia su suerte, y su pobreza; culpabase á sí mismo, por no haber abrazado con tiempo la milicia, que le hubiera podido llevar á merecer con alguna proeza á su amada Eudoxîa, ó bien la muerte en la batalla, que acabára de una vez con su vida miserable. El amor lo hacia valiente y esforzado.

Luego ocurriendole vivamente el dicho de Antonina, de estar Eudoxîa prometida á otro, le parecia sobrado largo plazo á su amoroso resentimiento el ir á buscar la muerte á manos de los enemigos, debiendo valerse de las suyas para conseguirlo, antes que llegase el funesto dia de ver á Eudoxîa en posesion agena. Irritada su fantasia de estas especies, lo inducia á buscar un cuchillo, ó servirse de un lazo para hacer violencia á su vida. Contenta acaso su terca desesperacion, á vista del cuchillo que se le presentó, é iba á echar mano de él, para poner en execucion sus furiosos intentos, quando al tiempo de dar impulso al golpe, lo sorprende y contiene la grita del pueblo que llegaba celebrando las hazañas de Belisario ante su misma casa.

Ignorando Maxîmio el motivo de aquella repentina voceria, que le pareció de tumulto, semejante al que poco tiempo antes habia casi despoblado la ciudad, acude sobresaltado á satisfacer su agitada curiosidad. Viendo lo que era, aunque se sosegó su agitacion, quiso volver á exécutar sus furiosos designios. Pero la tregua que le puso el pasado sobresalto, le hizo tambien ver la locura de las pretensiones de su amor, en aspirar á la posesion de aquella, que le era tan superior; y los cantares del pueblo lo obligaron á detenerse, para ver, si entre los elogios que daba tambien á Eudoxîa, apuntaba algo de su tratado casamiento; porque siendo éste el motivo de mayor consideracion para un amante, esperaba que el pueblo no lo ignoraria, ni lo pasaria en silencio.

No oyendo nada de esto, cobraron nuevo aliento sus temores y recelos, sugiriendole el amor, que tal vez Antonina le habia supuesto el casamiento de Eudoxîa, solo á fin de hacerle desistir de su apasionado empeño; pues nada la obligaba á hacerle esta confesion, aunque fuese verdadero el casamiento, y no fingido, como ló comenzaba á sospechar. No pudiendo descansar su corazon sobre estas dudas, y sucediendo nuevas esperanzas á su desvanecida desesperacion, le ocurrió que podria darle al-

guna luz sobre ello un amigo suyo, hijo de uno de los principales señores de la corte, á quien le tenia confiados sus amores. Determinado á esto, sale de casa en busca de su amigo, pasando con dificultad por entre el pueblo, que todavia celebraba en la calle las hazañas de Belisario.

Luego que cesaron sus demostraciones y honras, que tanto llenaron el corazon de Antonina, y aliviaron en parte el de Eudoxîa, volvió ésta á su retiro, donde acabó de desahogar la afliccion de su pecho, comunicando á su amiga Domitíla todo lo que le habia pasado con la vista de Maxîmio, y el discurso que la hizo su madre sobre su pasion, á que añadió la promesa que le habia hecho de no pensar mas en Maxîmio, y de sufocar enteramente el afecto que le tenia, rogando á su amiga le diese algunos consejos para conseguirlo.

Domitíla, despues de haberla oido, la dixo: eso, hija mia, no se alcanza con solos los consejos, y deseos, ó se consigue tarde y dificilmente; y yo quisiera veros presto sosegada y contenta. El amor es la pasion mas viva que nos infundió la naturaleza. Nuestro sexô, como mas blando y facil, está sujeto á sus mas fuertes impresiones, que se hacen mas sensibles, segun las contrariedades que esperimen-

tan, y á las veces son funestas al ánimo que las padece, si, como os dixe en otras ocasiones, no fortalece nuestros afectos la virtud. De ésta depende, Eudoxîa, el sosiego de nuestro corazon. Ella es el bien mayor del ánimo, y la mas eficaz medicina de sus penas y disgustos. Los que acabais de probar, os deben ser motivo para exercitaros mas en la moderacion, que es aquel sentimiento y afectó del ánimo, que vela sobre todas las siniestras inclinaciones y deseos, á quienes no dexa pasar los límites de la decencia, y conveniencia, que nos debemos á nosotros mismos, y á todos los demas.

Ella ciñe con fortaleza todos nuestros anhelos á los límites del estado, en que la suerte nos coloca: si pobre, para llevar con magnanimidad la falta de las riquezas, y de las comodidades; si rico, para no dexarnos engreir de ellas, y de la ufana satisfaccion y confianza que las mismas infunden. Ella nos aconseja á no desear con ansia, ni con solicitud lo que no podemos alcanzar, ora sea el objeto que amamos, ora el estado superior en que vemos levantados á otros. Ella refrena las solicitudes y afanes que solemos padecer por lucir, por parecer ricas y hermosas; y los limíta á una aseada decencia y compostura.

Verdad es que las pasiones nos prome-

ten mayor satisfaccion y complacencia en las galas, en las ricas preseas, en los honores, en los divertimientos públicos y particulares, y en los galanteos. Casi todas las mugeres nos dexamos llevar y seducir de estas falsas lisonjas, porque no nos enseñaron á exercitar la moderacion, pero de hecho experimentamos todas, que donde nos lisonjeabamos encontrar nuestra dicha y consuelo, solo probamos mayores cuidados, disgustos y pesadumbres. Esto mismo sucede en los anhelos de una amorosa pasion, como lo esperimentais en la vuestra, por sola la oposicion que encuentra en la autoridad de vuestra madre. ¿Qué fuera, si pudiendola satisfacer, probarais con el tiempo los fatales efectos que tuviera tal vez vuestro casamiento con Maxîmio?

No dexó pasar adelante á Domitíla en su discurso comenzando la llegada de Antonina, que recibido el honroso mensage que la enviaba el emperador, sobre la victoria obtenida de Belisario, fué inmediatamente á dar orden á Eudoxîa para que se compusiese y adornase, para ir con ella á palacio. Era costumbre que las damas honradas con semejantes demostraciones del emperador, fuese á agradecerselas en persona. Antonina, ambiciosa de tales honores, se afanaba en sacar las joyas y adornos

mas ricos para su tocado y prendido, y tambien para el de Eudoxîa.

Como no habia entonces ningun particular mas rico ni opulento que Belisario, por las riquezas y preseas que adquirió con las victorias de Cosroes, y de Gelimer, no habia tampoco ninguna dama que pudiese igualar á Antonina en las joyas de un valor inestimable, que poseia. Ni pudo resistir á la tentacion de hacer alarde de aquel lance de todas ellas, á los ojos de la corte, á la qual se habia de presentar. Parte de aquellos preciosos joyeles envió á Eudoxîa para que se los pusiese, y parte reservó para sí.

Domitíla, que estaba con Eudoxîa, y que ayudaba tambien á su atavio, reparando en el ayre triste con que ella se dexaba engalanar de las esclavas, la dixo: parece, Eudoxîa, que no os dexais vestir de buena gana. Me moveis la curiosidad de saber, si ese dexamiento que manifestais, procede en vos de la contrastada inclinacion á Maxîmio, ó bien de repugnancia que sentis á la molestia del prendido. = No sé decirlo, Domitíla. A un pecho afligido y en disgusto, suelen sentar mal las mas ricas joyas. Por otra parte, estas alegran naturalmente al ánimo, segun oygo decir, aunque á la verdad yo no lo experimento por ahora; tal vez acer-

tais en vuestras sospechas. Espero sin embargo, que la ida á palacio acabará de volverme la serenidad, y suplirá al remedio de vuestro discurso interrumpido.

Os lo deseo, Eudoxîa, por lo mucho que me intereso en la tranquilidad y sosiego de vuestro ánimo, que es nuestro mayor interes: pero recelo, que si ese adorno y compostura engañan por un poco los afectos de vuestra amorosa pasion; sean al mismo tiempo fomento de otra pasion, acaso igualmente dañosa para el ánimo, que la del amor. = ¿De la vanidad quereis decir? mas os puedo asegurar que si probé los funestos efectos del amor, no conozco hasta ahora los de la ambicion y vanidad, que dicen ser muy comunes á todas las mugeres, especialmente la pasion que padecen por las joyas y adornos. =

Las pasiones, Eudoxîa, obran en los animos al tenor de la fuerza que las hacen cobrar los genios y complexîones que las fomentan. Las unas son mas fuertes en unos corazones que en otros. La vanidad no os causará todavia desazones, é inquietudes, como el amor; ninguno se aflige, ni se atormenta por lo que le sobra, sino por lo que le falta y desea. El amor mismo os fuera dulce y delicioso, si no encontrára oposicion. Sentís sus daños, no pudiendo

satisfacer vuestros deseos. Lo mismo os sucederia acerca de las joyas, si os faltasen, en vez de sobraros. = Aunque debo confesar que no me disgusta adornarme con ellas, me parece sin embargo, que ningun afan me causáran, si me faltasen. =

No sé si será eso efecto de haber abierto vuestro pecho á los consejos de la moderacion, ó bien de genio inclinado á ella, y enemigo de la vanidad, de cuyos dañosos efectos raras mugeres se libran, ó por los pesares y disgustos que les acarréan, ó por las acciones indecorosas que las inducen á cometer, si les faltan honestos medios para satisfacer á su ambicion. Otras viven tristes, abatidas y disgustadas de su estado, con el qual atropellan; otras, á pesar de sus estrecheces, á fin de salir con sus vanos antojos; y otras, sin respetar la fidelidad conyugal y decoro, sacrifican y venden su honestidad al lucimiento y al deseo de parecer lo que no son, y mucho mas de lo que son.

Otras, que como vos, abundan de joyas y de riquezas, con que facilmente pueden satisfacer sus ansias ambiciosas y vanas, fomentan una altivez y jactancia, que se les echa de ver entre los resplandores con que brillan, mirando con desprecio interior, y tal vez exterior, á las que no las igualan en lucimiento, como si las piedras

abrillantadas, ó el oro de sus adornos, les dieran un ser superior. De aqui nace en muchas de ellas la mortal afliccion y abatimiento, si la fortuna llega á oprimir su jactancia y vanidad, privandolas de todas las riquezas para dexarlas pobres, y necesitadas.

A muchas señoras principales les parece esto imposible; pero dexando aparte los tristes exemplos que vimos con nuestros ojos, os traeré solo á la memoria el reciente caso de la reyna Tealda, muger de Gelimer, que perdiendo con la libertad y el trono, todas sus joyas, y riquezas, la vimos llevar cadenas por las calles de Constantinopla en el carro del triunfo, en que vuestro padre Belisario la entró cautiva. Y si no me engaño, Eudoxîa, ese precioso brinquiño fue de aquella infeliz reyna. = ¡Ah Domitíla, que memoria me renovais! no es posible que yo me ponga ese brinquiño. No lo llevaré. Dexadlo escondido; mi madre no reparará si me falta este adorno. ¡Pobre reyna! ¡Su memoria oprime mi corazon! =

No lo dixe por tanto, Eudoxîa. No quisiera que os lo dexaseis de poner en fuerza de mi discurso. Solo sí deseára que esa memoria contribuyera, para que moderaseis los sentimientos de la ambicion y vanidad, en caso que con el tiempo asaltasen vuestro corazon. Ningun mal

es llevar todas esas joyas, llevandolas con interior desestimacion de las mismas, como bienes solo prestados de la fortuna, y que ésta puede quitar. El cuerpo puede ir cargado con toda la riqueza del suelo, sin que el alma se engria por ello, ni pierda la noble superioridad de los sentimientos de la moderacion y soberanía de la virtud.

¿Creeis, Domitíla, que conseguiré esa superioridad, si echo al suelo estas joyas, y las piso? Poco me costará el hacerlo. El triste exemplo de la reyna Tealda me exhorta á ello. = Contribuyen tal vez las demostraciones exteriores para fortalecer los afectos de un ánimo virtuoso. Mas la virtud, Eudoxîa, obra antes por convincion del entendimiento y de la voluntad, que por exterioridades que poco, ó nada aprovechan. Pero si os persuadis, en fuerza de las ventajas que os puede acarrear el menosprecio de toda riqueza exterior, que con pisar esas joyas lo adquirireis, aunque yo no os lo aconsejo, no supiera tampoco oponerme á ello. = Vedlo, pues, executado.

Diciendo esto Eudoxîa, echó mano de las joyas que quedaban sobre la mesa, y las echó al suelo para hollarlas, al tiempo que entraba su madre Antonina en busca de una joya que inadvertidamente envió á Eudoxîa,

y que entonces la queria para sí, muy agena de sorprender á su hija en aquella accion. Turbóse no poco Eudoxîa de la inesperada vista de su madre, temiendo que la reprendiese: mas su alma fortalecida del mismo acto del menosprecio de las joyas, recobró luego su noble serenidad, sin baxarse á recogerlas, haciendolo una de las esclavas que la vestian.

Antonina, que vió la accion de Eudoxîa, creyendo que fuese efecto de resentimiento por la reprension que la hizo sobre sus amores con Maxîmio, se dexó llevar del impetu del enojo que le causó el ver tratar con tan mal modo aquellos adornos que ella estimaba tanto, y acercandose á su inocente hija, la dió un recio bofeton, olvidada de su caracter, y diciendola con ayrada severidad: ¿Accion tan indigna podia yo esperar de tí? ¿De esta manera te vengas de la justa reprension que te hice por tus indignos amores? ¿Este es el aprecio que haces de los preciosos dones de tu padre Belisario, frutos de sus gloriosas victorias? Agradece á las circunstancias del dia, y á la obligacion de presentarse al emperador, el que no acabe de castigar tu atrevimiento como merece.

¡Santa y adorable virtud, á quien Eudoxîa prepara ya en su corazon inocente un digno

templo, fortalecela, para que sepa recibir sin baxeza ese castigo, aunque no merecido, de su respetable madre!

Aturdida Eudoxîa de aquel golpe repentino, dexó asomar el llanto á sus ojos, en fuerza de la vergüenza y confusion que la causaba al verse maltratada de su madre, que hasta entonces jamas se habia propasado con ella. Mas sin rendir su ánimo al menor resentimiento por tan indigno castigo, llena al contrario de heroyca sumision y respeto, se postra de rodillas delante de ella, diciendo: os pido humildemente perdon, madre mia; no pensé que os debiese ofender una accion, que nada tiene que ver con el resentimiento que sospechais, y que no me causaron vuestras respetables correcciones.

Domitíla, compadecida entonces, é interesada por su amada Eudoxîa, se interpúso, diciendo á la madre: señora, yo, y estas esclavas somos testigos de las inocentes intenciones de Eudoxîa. La mayor culpa del hecho recae sobre mí, que no procuré impedirlo, y que en cierto modo fui la causa principal de la accion. Mas Antonina, sin querer atender á las razones de Domitíla, vuelta á las esclavas, les dió orden que continuasen en vestir luego á Eudoxîa, y tomando la joya que buscaba, se fue, dexando á su hija en la misma postura, humilde y suplicante.

Abrazóla Domitíla luego que desapareció Antonina, diciendola con ternura: á mí, á mí se me debe, amada Eudoxîa, el perdon que os pido. ¡Quán sensible me ha sido este lance! ¡Si hubiese podido oponer mi rostro, quan de buena gana recibiera el golpe, que traspasó mi corazon! = Mucho mas que el golpe, sentí el haber enojado, y ofendido á mi madre. = Su enojo y ofensa cesarán, luego que yo la entere del fin y motivo que tuvisteis en aquel exterior desprecio: no quiero diferirlo, voy ahora mismo á hacerselo saber, y vuelvo luego á enteraros de mis cariñosos oficios.

Lo cumplió Domitíla, y mientras las esclavas acababan de vestir á Eudoxîa, fue ella á verse con Antonina, á quien encontró casi del todo vestida, y en estado de salir, aunque arrepentida de haber mortificado de tal modo á su hija. Todo arrebato de enójo; aunque con motivo de apariencia justo, engendra arrepentimiento. Así lo prueban aquellos mismos que se reputan autorizados de su caracter para reprender y castigar. La colera y la venganza animan comunmente á los deseos de corregir. Los padres mismos no estan exêntos de esta tacha en los castigos que dan á sus hijos. Raro es el que se muestra, y sea sabio en dar correccion.

Esto mismo pasó en Antonina, castigando tan indecentemente á su virtuosa hija, é hiriendo su rostro, que siendo el asiento de la modestia, y hermosura de la muger, como del decoro del hombre, parece que debiera estar exênto de todo agravio y castigo, propio solo de los hombres mas baxos y soeces. Semejante reflexîon hizo suceder el arrepentimiento al enojo en el ánimo de Antonina; y así, luego que vió comparecer á Domitíla, la previno diciendola: debeis perdonar, Domitíla, el indigno arrebato de mi colera. A la verdad, me propasé, aunque Eudoxîa me ofendió sobremanera, no tanto por el desprecio de las joyas, quanto porque con él manifestó el resentimiento que conserva á la correccion que la hice sobre su pasion á Maxîmio. =

Está muy ágena Eudoxîa de fomentar ese resentimiento que decis; al contrario, recibió vuestra correccion con todo respeto, y con firme voluntad de sufocar su afecto, é inclinacion á Maxîmio. = ¿Qué es pues lo que la movió á cometer esa locura de echar las joyas por el suelo? = Fue un motivo inocente, y en apariencia virtuoso, que os voy á decir. Trataba con ella sobre el bien que alcanza el alma con el exercicio de la moderacion; y recayendo el discurso sobre la vanidad que engendran, y

fomentan las joyas y riquezas, hizo tal impresion en su ánimo, que me dixo se sentia movida á echarlas de sí, pareciendole que con este acto se sobrepondria á la vanidad. Yo la respondí, que así como no se lo aconsejaba, tampoco me oponia; pero que de hecho poco ó nada contribuian tales demostraciones exteriores, para adquirir el sabio é interior menosprecio de esos dixes de la ambicion. Veis que en cierto modo fui yo la causa principal, siendo la consejera de ello. =

No hay culpa, donde no hay culpable intencion: solo recae sobre mi indiscreto enojo, por no haber advertido, que estando Eudoxîa con vos, no podia propasarse á una accion que desdixese de vuestros prudentes consejos. Perdonad, Domitíla; pues siento haberme propasado tan injustamente con mi inocente Eudoxîa. Ella quedará sin duda muy mortificada y afligida. = La sola afliccion que le queda, es por haberos dado motivo, aunque inocente, de disgusto, como me lo acaba de decir; poniendose inmediatamente en manos de las esclavas para dexarse adornar. Tan lejos está tambien de fomentar resentimiento alguno por el castigo que le disteis, que me dixo, que aquel accidente contribuiria para perfeccionar su corazon en la virtud. =

Tenia de ella sobradas pruebas. Veo ahora que me cegó el demasiado aprecio que hago de mis joyas. Id inmediatamente á enterarla de la persuasion en que quedo de su inocencia, y del sentimiento que tengo de haberla ofendido tan injustamente. Domitíla, alegre con tan gustoso encargo, fue á llevarselo á Eudoxîa, que con ansia la esperaba, y que por su rostro conoció el buen despacho que traia. Se lo confirmó Domitíla diciendola: consolaos, Eudoxîa, vuestra madre queda enterada de la inocencia de vuestras intenciones, y arrepentida del transporporte de su enojo. Me encarga que os lo participe, y vendrá ella misma á daros pruebas de la ternura que os conserva. = No podiais darme nueva mas agradable. Mucho os lo agradezco, Domitíla. Mi corazon se hallaba sobradamente angustiado por el pesar y disgusto que la dí, para que dexe de probar el mas tierno consuelo de vuestro oficioso cariño.

Apenas acababa de decir esto Eudoxîa, quando Antonina llevada de la ternura de su materno amor, y del ansia de borrar con sus brazos el exceso de su colera, entró en la estancia. Olvidada del resplandor de su preciosa compostura, se acerca á Eudoxîa con los brazos abiertos para recibirla en ellos. Eudoxîa, conmovida de la demostracion de su madre, postróse

de rodillas, prorumpiendo en tierno llanto. Enternecida mucho mas entonces Antonina con aquel humilde y respetuoso ademan de su hija, no pudo contener tampoco las lagrimas, con que la decia: no te conviene mas, hija mia, esa postura; levantate. Yo fuí la que ofendí tu virtud y tu inocencia con un injusto, é indecente castigo. Estos abrazos te sean prueba de mi dolor, y arrepentimiento. Así, levantate, dame este gusto y consuelo.

Eudoxîa, obedeciendo al orden de la madre, se levantó diciendo: siempre respeté, madre mia, vuestros consejos; y tengo sobradas pruebas de vuestra materna ternura, para que querais mortificar mi reconocimiento con vuestras justificaciones. Unió tambien Domitíla sus expresiones y llanto al de Eudoxîa y Antonina, con que desahogaban sus tiernos afectos, hasta que avisada Antonina para partir, desistió de ellos, y se encaminó con su hija al palacio del emperador.

Fueron recibidas alli con todas las demostraciones de respeto y estimacion, que los grandes las hacian, esmerandose en cortejarlas, hasta que fueron introducidas á la presencia del emperador. No cabia en sí de gozo Antonina, por aquellos gloriosos parabienes que recibia. Reconociase en la cumbre de la gloria, y se

echaban de ver los asomos de su ambiciosa satisfaccion, en la misma afable magestad con que agradecia las adulaciones de los cortesanos, y de que se reian interiormente ellos mismos, teniendo ya tramada la ruina de Belisario. Igual engaño padecen freqüentemente los que se dexan engreir de las alabanzas agenas, haciendose juguetes del sonido de voces mentirosas, y de embusteros ademanes.

Llegadas á la presencia del emperador, le hizo Antonina su estudiado cumplido, diciendole en breve, que el honor con que se habia dignado distinguirla, haciendola participar la victoria de su marido, la obligó á llegar en persona, para manifestar su eterno y respetuoso agradecimiento. El emperador mudó luego discurso en otros familiares, que denotaban confianza y estimacion, deseando saber de Eudoxîa qué edad tenia, si se casaba, y con quien. Estas preguntas del emperador no nacian de sola familiar curiosidad, como lo parecian. Acababa de saber el tratado casamiento de Eudoxîa con Basílides, y queriendo impedirlo baxo mano, por tener ya determinada la prision y ruina de Belisario, deseaba certificarse de la verdad.

Confirmósela Eudoxîa, satisfaciendo con gran modestia y gracia á las preguntas del em-

perador; y aunque este se entretuvo en hacer otras á Antonina, jamas le mencionó en ellas, ni en todo su discurso, á Belisario, y su victoria. Antonina, que se lisonjeaba de tener tambien la complacencia de oir de boca del emperador las alabanzas de su marido, salió de su presencia no poco mortificada y suspensa, aunque bien agena de sospechar la vecina, y funesta desgracia de su marido. Volvió á recibir, sin embargo, con la misma ufana complacencia las enhorabuenas, y agasajos con que los grandes la cortejaban en su salida, y volvió á su casa igualmente confiada, y satisfecha de todas sus demostraciones.

Eudoxîa, agoviada de aquel largo ceremonial, ansiaba llegar al libre asilo de su quietud, y á su amada Domitíla, á quien contó las angustias y mortificaciones que padeció con tan enfadosa sujecion, que la hacia mucho mas amable la libertad de su retiro. Quiso luego despojarse de todas aquellas joyas y adornos que le dieron tanto que sentir, y que fueron cabalmente motivo para que los grandes agravasen las delaciones contra Belisario, y Antonina. Porque algunos de ellos, que habian militado en la guerra de Africa contra Gelimer, sabiendo que Belisario se apoderó de los tesoros de aquel rey, fueron inmediatamente á referir á la emperatriz,

Teodora, que Antonina, y su hija se habian presentado ante el emperador adornadas de algunas preseas de la infeliz reyna Tealda.

La adulacion no pudo ser mas fina, para con quien estaba ya prevenida contra la altaneria de Antonina, y con quien no le cedia en codicia y ambicion. Así, creyendo ganarse Antonina mayor respeto y estima con la ostentacion de toda aquella riqueza, no la sirvió sino de instrumento para apresurar su desventura, y la ruina de su marido y familia.

EUDOXÎA.

LIBRO SEGUNDO.

Maxîmio entre tanto, ansioso de certificarse sobre el casamiento de Eudoxîa, no paró hasta encontrar el amigo á quien buscaba, llamado Faustino, é hijo de uno de los cortesanos que acababan de presentar á Antonina al emperador, y émulo tambien de Belisario. El joven Faustino, oida la pregunta de Maxîmio le dice, que nada habia oido sobre el casamiento de Eudoxîa con Basílides; pero que sí sabia una funesta noticia sobre Belisario. Maxîmio, á quien tanto interesaba todo lo que pudiese interesar á su amada Eudoxîa, insta, y ruega para que le comunicase lo que sabia.

Faustino le dice ser cosa de gran importancia, y que no se atrevia á comunicarsela, sin exîgir antes juramento de su amistad de guardarle inviolable secreto sobre ella. Avivada con todas estas precauciones la curiosidad de Maxîmio, le promete, y jura de guardarle el secreto que le pedia. Cuentale entonces que dos dias antes, habiendose echado por antojo entre unos

mírtos del jardin de su casa, despues de comer, vió llegar luego sus padres, y sentarse cerca de donde estaba sin reparar en él. Que entonces, viniendole curiosidad de oir lo que trataban entre sí, oyó que su madre se quejaba de Antonina por el ayre de superioridad y soberania que tomaba entre las otras damas principales; por las etiquetas de preeminencia que pretendia le fuesen debidas, y por la manifiesta presuncion que le infundian los honores de su marido.

Que su padre, oido todo esto, le respondió, que no quedaba largo plazo á la altivez de Antonina; pues estaba ya decretada la prision de Belisario, luego que volviese de Italia, á donde habian ido ya ordenes para que se embarcase inmediatamente, y se restituyese â Constantinopla. Maxîmio, al oir esto, comienza á temblar interiormente por la desgracia que amenazaba á Eudoxîa. Disimula sin embargo su turbacion, prometiendo de nuevo á Faustino que le mantendria el juramento hecho. Pero apenas se separó de él, quando el amor, avivandole la lastima y dolor por la inminente desventura de su amada Eudoxía, sintió vivos impulsos de valerse de la noticia, para verse con ella, y comunicarsela, con fin de que la previniese, y evitase si se podia.

Por otra parte tuvieron luego en freno á estos impulsos no solamente la promesa que acababa de hacer á su amigo, sino tambien las ordenes de Antonina, para que no se acercase á su casa, ni viese, ni hablase á Eudoxîa, y las amenazas que le hizo si á ello se atrevia. Á pesar de todo esto, prevaleciendo en su corazon amante las ansias de poder ser causa de evitar la desgracia de Belisario, y de su hija, resuelve verse con ésta á qualquier coste, pues se trataba de lo que pudiera interesar á la vida y gloria de su padre.

Abrazada esta resolucion, iba trazando medios en su mente para verla cumplida, mas ninguno quadraba á su acobardado atrevimiento; temia de ir á dar en el escollo de Antonina, ó que ésta lo llegase á saber. En medio de las dificultades que se cruzaban á sus intentos, sugirióle el mismo amor ardiente, que suele á las veces inspirar acciones heroycas, ir á presentarse á la misma Antonina, y usar con ella de la generosidad de descubrirla el secreto, que siendo de tal importancia, y que tanto pudiera interesarla, seria causa de que ella trocase su antiguo resentimiento en mayor aprecio de quien se lo comunicaba. Mas acordandosele vivamente, no tanto su altaneria, quanto el menosprecio que hizo de la pobreza de sus padres,

y de su estado, dexó de llevar adelante su resolucion, temiendo no ser creido y ultrajado de nuevo de la misma.

Busca, pues, otros medios en su imaginacion ardiente y fecunda, para poder ver y hablar á Eudoxîa, sin que su madre lo supiera, en que llevaba dia y noche ocupado su corazon amante. Pareciόle el mas seguro expediente valerse de una de las esclavas para conseguirlo. Mas al tiempo que espiaba el momento oportuno, se le ofreció á la memoria la traza de Ulises para ver y hablar al joven Aquiles, quando este estaba encerrado en el palacio del rey Licomedes, baxo el nombre de Pirra.

Esta traza, así por su celebridad, como por convenir mejor al heroismo del ámor, quadró sumamente á su osadia, y sin detenerse comienza á proveer todo el arreo y trage de mercader, para imitar en todo la astucia del hijo de Laertes, y poder llegar mas facilmente á la presencia de su amada, entrando en su casa disfrazado con aquel trage, so color de vender á precio barato, qualquiera de las buxerías que llevase.

Mientras se ocupaba Maxîmio en proveerse de todo lo necesario para executar sus intentos, se empleaba Antonina en los preparativos para el casamiento de Eudoxîa, debiendose ce-

lebrar su boda luego que llegase á Constantinopla su padre Belisario. Quiso que la misma Eudoxîa cosiese parte de su ropa nupcial, pareciendole que esta ocupacion contribuiria para que acabase de disipar su inclinacion á Maxîmio. No necesitaba Eudoxîa de esta tarea para procurar destruir en su pecho su arraigado afecto, pues de qualquier modo se esforzaba en hacerlo, arrojando de sí qualquiera idea, ó pensamiento que le venia, reputandolo enemigo de la tranquilidad de su corazon. Así esperaba la misma arrojar con el tiempo de su ánimo una pasion que le era imposible sufocar de presto, á pesar de todos sus esmeros, y de los sincéros deseos que fomentaba para obedecer, y complacer á su madre.

No era ya esto lo que mas pena le daba, sino la repugnancia que se le avivaba al casamiento de Basílides. Toda aficion se concibe por los ojos, y por ellos se pierde. Ninguno ama por violencia que el amor no sufre. Valiase sin embargo Eudoxîa de razones que buscaba, para destruir aquella repugnancia que sentia. Se esforzaba en persuadir su mente, diciendose á sí misma para ello, que amandola tanto su padre Belisario, no hubiera hecho la eleccion de Basílides por esposo suyo, sino concurrieran en él todas las prendas, y calidades que

pudiesen grangearla su amor y tierno afecto.

Nada de todo esto aprovechaba, antes bien su contrastada repugnancia del casamiento con Basílides, resolvió confiarsela á Domitíla, y pedirle consejo para vencerla. Domitíla la dixo, que uno de los motivos porque es tan conveniente, aun á las mugeres, el estudio de la ciencia moral, es por la luz que nos da para conocer las pasiones, su origen y grado, pues así las podemos tener mas facilmente en freno, ó remediarlas, segun las mismas exîgen. Por esto, no dudo que os será mas facil vencer esa repugnancia que me confiais tener á Basílides, luego que llegueis á conocer de donde procede.

En primer lugar, si bien lo considerais, es sola repugnancia de imaginacion, antes que de la voluntad, porque no conociendo vos á Basílides, ni habiendolo visto jamas, no podeis tener motivo ni para amarlo, ni para aborrecerlo. De donde infiero, que es sola aversion á casaros con qualquiera otro que no fuese Maxîmio, porque prevenidos vuestro corazon y sentidos con la vista, especies, y afecto al mismo, no os dexa admitir ninguna otra determinada aficion. Qualquiera que sea el afecto, se concibe en la fantasia antes que ésta la engendre en la voluntad, en que aquella lo aviva. Sin ojos, y sin fantasia, no se forma ninguna

fuerte pasion, ni afecto; como tampoco se puede odiar, y aborrecer lo que jamas se conoció, y sin tener motivo para ello.

No obstante sentís suma repugnancia al casamiento con Basílides, á quien no visteis jamas. Esto, en vez de destruir mi proposicion, es prueba de que tal repugnancia es un mero antojo, engendrado de la previa pasion á Maxîmio. Para convenceros de ello, conviene recurrir á las sabias reflexîones, que como sabeis, son el remedio mas eficaz contra todos los males del ánimo opuestos á la virtud. Casi todos ellos proceden de la irreflexîon, y por lo mismo con la reflexîon se destruyen. La voluntad no se convence con esfuerzos; ni con ellos se ama, ó se desama; cede solo á la fuerza de la razon que la convence. Busquemosla, pues, con la reflexîon.

Llamé mero antojo vuestra repugnancia á tal casamiento, porque le falta causa física que á ello induzca la voluntad, no excitandola ningun motivo visible, qual lo fuera la fealdad, el mal continente, el estado, ó qualquiera otra cosa, ó defecto que pudiera engendrar esa aversion que sentís. Otra reflexîon se me ofrece para convencer vuestra voluntad, y es, que tal vez ese mismo Basílides os podrá agradar mas que Maxîmio luego que lo veais, y tener

él mismo mejores prendas y partidas que este; y amaros finalmente con mas puro amor, y seros mas constante y atento que Maxîmio.

Veis que prescindo de todas las otras cosas que se aprecian en los casamientos, como son honores y riquezas; pues sabeis que en ellas es tan superior Basílides á Maxîmio. Me ciño solo á las prendas del cuerpo y ánimo, que son todavia inciertas en vuestro concepto, porque no podeis formar juicio con vuestros ojos. No obstante, baxo esta supuesta incertidumbre, formo otras dos opuestas reflexîones. Esto es, que os pueda agradar mas Basílides quando lo veais, ó bien que os pueda de hecho desagradar, y acrecentar vuestra repugnancia.

En la primera suposicion padeciera ahora injustamente engaño y disgusto vuestro ánimo, afligiendose, y atormentandose por aquello mismo, que dentro de poco le ha de dar complacencia, y consuelo. Esta reflexîon es sobrado persuasiva, para que inculque sobre ella; y la opuesta que os haya de desagradar Basílides, supone sobrado para que yo saque buen partido de convincion; sin embargo me permitireis que lleve adelante mi discurso, que fundo sobre una duda que varias veces me ha ocurrido, y es, si por ventura la natu-

raleza, así como dió al hombre con la fortaleza cierta preeminencia sobre la muger, así tambien la haya concedido con ella el derecho de la eleccion, pues á él solo le es lícito el buscar y elegir, y la muger condescender, ó desaprobar la eleccion de los que se declaran, entre quienes hubiera comunmente poco que escoger.

Esto lo vemos establecido en todas las partes del mundo, y si la naturaleza nos hizo esta injusticia, la resarció en parte con los dones de hermosura, y sus fuertes atractivos, á que sujetó y avasalló en cierto modo aquella preeminencia, y haciendonos mas faciles en acomodarnos á la eleccion de la persona y estado que se nos presenta. No niego por esto, que dexe de hacer impresion en el ánimo de la muger la belleza y gallardia del hombre; pero aunque generalmente agradan mas tales prendas, no son ellas los vínculos mas fuertes del amor en los casamientos. La pasion mas ardiente, que parecia prometernos la mas dulce felicidad, nos lleva al contrario á nuestra mayor desventura. La diferencia, ó bien la repugnancia que probamos á un propuesto casamiento, se suele trocar del mismo modo en nuestra mayor satisfaccion y consuelo.

Lo que á muchas sucede, os puede tam-

bien acontecer á vos, y lo que de otras se puede esperar sin el estudio de la virtud, me lo debo prometer de vos, que la profesais. Sacò esta lisonja de la naturaleza de las pasiones humanas, y de la experiencia. Se supone que los casamientos estén cimentados en el amor, aunque no siempre suceda así, llevando otras miras de interes, ó de vanidad ó de ambicion, que son á las veces mas poderosas que la hermosura. Esta puede encender una pasion fuerte y vehemente; pero vemos que facilmente tambien se apaga. Así acontece que los que dieran reynos por conseguir un hermoso objeto, se cansan de él despues que lo han conseguido, y tal vez lo aborrecen, porque ven y prueban entonces los defectos y vicios que acompañan á la hermosura, y que antes no conocieron.

Otras, que se casaron sin pasion, y tal vez con repugnancia, la vieron trocada en sólido y constante afecto, por haberse engañado en el aprecio de la persona que no conocian, apreciandola por solo su exterior. Todos experimentan, finalmente, que la interior hermosura y bondad del alma y genio es preferible á la del cuerpo, y hacese con el tiempo mas estimable, aunque no engendre como la exterior belleza; una viva pasion, sino que produzca un afecto dulce, quieto, y continuado, una

sincéra estimacion, que no se cansan, y que en vez de disminuirse con el tiempo, se fortalece.

La pasion fuerte, avivada de los incentivos de la hermosura, transporta y enagena al corazon. Mas el afecto, nacido de la hermosura de un amable y virtuoso genio, llena al alma de suave satisfaccion y dulce tranquilidad. Aquella desasosiega y perturba el ánimo y la mente, y pone en movimiento otros dañosos, y molestos afectos que acarrean zelos, inquietudes, vanidad, y zozobras. El puro amor y tierno afecto produce solo pacificos y morigerados sentimientos, que fomentan la moderacion, la modestia, y la suave concordia.

No dexó acabar á Domitíla su discurso una de las esclavas que entró entonces diciendo á Eudoxîa: señora, acaba de llegar un mercader de Smirna, que deseára haceros ver las buxerías que trae, y que dice dará á precio barato, á trueque de deshacerse de ellas, para poder restituirse á su patria. Eudoxîa, que se ocupaba en la labor de su ropa nupcial, desea ver lo que traia aquel mercader, esperando encontrar algun particular adorno, y lo hace entrar. ¿Cómo pudiera ella imaginarse que aquel supuesto mercader fuese su amante Maxîmio, que llevando adelante sus osados pensamientos, habia tomado aquel disfraz, para

poderla avisar de la desgracia que amenazaba á sus padres?

Era muy diverso el trage que llevaba, de aquel que habia determinado tomar quando le ocurrió la especie de Ulises, echando de ver que éste, no siendo conocido de Aquiles, ni de Laodamia, podia presentarse con su rostro descubierto, aunque disfrazado en mercader, pero que siendo él conocido de Eudoxîa y de Antonina, le convenia disfrazarse tambien el rostro. Para remediar este inconveniente, le ocurrió, que habiendo en Constantinopla un mercader de Smirna, que llevaba á vender sus mercaderías, con un parche en uno de los ojos, por tenerlo dañado, podria esconder su fisonomía con un parche semejante, representando en un todo á dicho mercader, si conseguia que éste le prestase uno de sus vestidos.

Esta feliz ocurrencia, prendiendo en su imaginacion, no le dexó descansar hasta que dió con él. Pidele entonces uno de sus vestidos, pretextando motivos especiosos, y ofreciendole logro por el prestamo, que aceptó decontado el mercader. Maxîmio lleno de gozo, carga con el vestido; y luego que supo el dia y hora en que se habia de ausentar de casa Antonina, sin su hija Eudoxîa, á fin de evitar qualquier accidente que pudiera acontecer, si

por ventura llegaba ella á conocerle, se puso luego el vestido; se aplicó al ojo el parche, sostenido de la gorra, calada hasta las cejas, cubriendo en quanto pudo lo restante del rostro con las guedejas sacadas; y tomando la caxuela de las mercaderías, se presenta atrevidamente á Eudoxîa, confiado en la ausencia de su madre Antonina.

El amor habia fomentado en su ánimo las esperanzas de hallarla sola, para comunicarle el secreto, ó en compañia de alguna esclava que no se lo estorbaría. Mas viendo que trabajaba con ella Domitíla, se turba, ni sabe que hacerse, ni que decirse. La turbacion engendra temblor á sus miembros, haciendo temblar tambien al armatoste que tenia en las manos, hasta que lo dexó en un asiento para que pudiese satisfacer Eudoxîa su curiosidad. La vista de las mercaderías se llevó toda su atencion, sin reparar en el mercader que con afectuosa agitacion, á su grado, la contemplaba, sin atreverse á desplegar sus labios.

De todas aquellas buxerías solo cebaron sus ganas unas flores artificiales que mostró querer comprar. No hubo regateo en el precio, ateniendose el mercader amante, al que las quiso poner Eudoxîa, á quien hubiera dado en aquel dichoso momento todos los teso-

ros de la tierra. Mas en medio de la deliciosa satisfaccion y consuelo que disfrutaba con su vista, padecia no poco, así por no encontrar ocasion ni expediente para comunicarle el secreto que deseaba, como tambien por el temor que lo angustiaba de que llegase Antonina y lo sorprendiese.

Recelaba por otra parte que le seria muy dificil podersele proporcionar ocasion mas feliz que aquella, si la perdia yendose sin avisarla de la desgracia de su padre. Luchaban así su temor y atrevimiento hasta que la misma Eudoxîa le proporcionó otra ocasion de verla, diciendole que no podia entregarle el precio de las flores, sino esperaba que volviese su madre. Esto era cabalmente lo que mas temia Maxîmio, y lo que queria evitar, á costa de perder las flores y su precio; y como con el motivo de evitar la llegada de Antonina se le proporcionaba el volver otro dia para cobrar el dinero, se atuvo á este partido, diciendo: que las flores quedaban en buenas manos, que no podia esperar, y que otro dia volveria por el dinero.

Dicho esto, se despide con afectuosa demostracion que Eudoxîa no comprehendió, y se fue lleno de lisonjas de volverla á ver y hablarla, sin temor de que Antonina le conocie-

se, pues no le habia conocido Eudoxîa, bien agena esta de sospechar que aquel mercader fuese su fiel amante. Llegada la madre, la hace ver las flores, diciendola no haberlas pagado, pero que volveria por el dinero el mercader. Antonina se muestra satisfecha de la compra, y apresta el dinero creyendo que el mercader volviese aquel mismo dia, ó el siguiente; mas viendo que no comparecia en muchos dias consecutivos, aunque estaban solícitas por su tardanza, sospecharon que se hubiera embarcado para su patria, como él mismo les habia insinuado.

Continuaba entretanto Eudoxîa su labor, perdiendo poco á poco las especies de Maxîmio, al paso que iba tambien disminuyendo su repugnancia al casamiento de Basílides, en fuerza de los sabios discursos de Domitíla, con que ésta solia aliviar el ocio de su trabajo. Un dia, con la ocasion de tratar sobre la educacion que la habia dado su padre Belisario, instruyendola de por sí en la geometría, en la historia, y geografia, como se quejase Domitíla de la ignorancia en que comunmente eran educadas las niñas, deseó saber Eudoxîa el motivo, porque generalmente se hacia esta injuria á las mugeres, dexando de instruirlas en cosas que les pudieran ser útiles, y tal vez necesarias en una culta sociedad.

Respondió Domitíla ser muchos á su parecer los motivos fundados en el caracter del sexô, á quien no era permitido, por el continente decoro y honestidad, acudir á las escuelas públicas, ni tener particular enseñanza de los que se las pudieran dar, como sucede en los muchachos. A mas de esto se cree, proseguia en decirle Domitíla, que tenemos las mugeres hartas ocupaciones en cuidar de los hijos, y en atender á su crianza, y á la economía para que podamos perder tiempo en el estudio de las ciencias, agenas de nuestro estado, y que de poco, ó nada nos pueden servir.

No hay duda que no todas las doncellas estan en estado de dedicarse al estudio; pero hay muchas, á quienes por las circunstancias de su nacimiento, no solo les fuera útil tal enseñanza, sino que tambien les conviniera. Antes bien de muchas de ellas, y de la educacion que les dan, infiero la conseqüencia general de la preocupacion de los hombres en este particular, y la de los mismos padres, que esmerandose en que sus hijas aprendan las artes que contribuyen á pulir, y perfeccionar su presencia exterior, descuiden tanto de las ciencias, que ilustran el entendimiento y ánimo de las mismas, sirviendola de adorno mas apreciable toda su vida.

La mas hermosa muger, apenas dilata el imperio de sus gracias y belleza mas allá de la mitad de su carrera vital: Entonces ve descaecer insensiblemente su estimacion, si no la sostienen las luces adquiridas de las ciencias, y los conocimientos que recibió con la educacion, ó con su privado estudio, pues aunque la naturaleza organizó con alguna diversidad nuestros cuerpos, no diversificó nuestras almas y entendimientos, ni hizo de inferior especie nuestras almas, ni de peor condicion nuestros talentos. Estoy antes bien persuadida que si las mugeres hubiesemos tenido siempre igual instruccion que los hombres, en todos tiempos y edades, los hubieramos aventajado en las producciones del genio, á pesar de las mayores ventajas y mejores proporciones que puedan ellos tener para ilustrar su entendimiento.

Esto agrava la injusticia que se nos hace en criarnos ignorantes y añade estrañeza al general motivo que los hombres tuvieron para ello; y que yo atribuyo á la antigua barbarie de los tiempos, y al continuo exercicio de las armas, á que dieron siempre los hombres la preferencia sobre todas las demás artes y ciencias que cuestan tanto de adquirir. La civilizacion, y cultura de las naciones fue siempre obra de los siglos. El sexô fuerte, y solo supe-

rior en esto, de las mugeres; así como quiso que todo plegase y se humillase al poder y fuerza de su brazo, así tambien quiso avasallar nuestra flaqueza, á la qual impuso todas las leyes que se le antojaron.

Así se vió humillado nuestro sexô, reducida nuestra industria á la economía de la familia, empleadas nuestras luces en los solos cuidados y ocupaciones caseras, y arrinconado en el hogar nuestro entendimiento, mientras los hombres, llevados de la loca pasion de dominar la tierra, se extendian armados de hierro, por las vecinas y remotas provincias, á fin de robarlas y dilatar así su señorío, ó exponian sus pechos por la defensa de las mismas; de sus hijos, hogares y mugeres. Tales fueron siempre las miras y anhelos de la ambicion, con el furioso empleo de las armas, que tan injustamente ennoblecieron los hombres para robar y adquirir. De esta ennoblecida ferocidad proceden nuestra sujecion y dependencia.

No habrá quien pueda llevar la luz de sus conocimientos entre las tinieblas con que cubrió el tiempo las historias de los egipcios y de los pueblos que los precedieron. Son pocas, é inciertas las noticias que nos quedan de sus ciencias y cultura; pero la Grecia, que despues del Egipto fue la primera en cultivar el

ingenio, vió redundar sus gloriosos efectos en las producciones de los talentos de las mugeres célebres que en ella florecieron, y que quedan todávia por aventajar de todos los esfuerzos que hicieron para ello los hombres en los siglos posteriores.

Otras tales hubiera visto y admirado Roma, si los Romanos, cimentando tambien su gloria en las armas y en la ambicion de señorear al suelo, no tardáran en pulirse y civilizarse con el estudio de las ciencias y de las artes liberales. Luego que con el ocio de la paz se dedicaron á ello, parecia que hubiesen de igualar, y aun aventajar á los griegos en la cultura. Mas las disensiones civiles y las guerras que inmediatamente nacieron, turbaron los tiempos mas felices de la república, dieron lugar á una cruel dominacion que envileció sus ánimos, y que agravada de su mismo peso y grandeza, sin el apoyo de su antiguo esfuerzo y patriotismo, cedió al impulso de los pueblos bárbaros que la aniquilaron, y la devolvieron á su antigua rudeza.

En ella quedó otra vez envuelta la cultura de nuestro sexô, que por consiguiente continuó en experimentar el menosprecio y humillacion en que nos tienen los hombres, porque somos flacas en su cotejo, y porque no podemos

armadas de acero herir, matar, y conquistar como ellos. Mas quando lleguen los hombres á apreciar la humanidad, y á detestar la guerra, si por ventura llega ese tiempo feliz; quando pongan la mayor dicha y gloria de una nacion en la paz, en la cultura del ingenio y de las artes, entonces verán redundar sus beneficos influxos en nuestra mejor enseñanza, disipandose aunque lentamente las preocupaciones que fomentan acerca de nuestra instruccion. Con ella se desvanecerá el baxo concepto en que son tenidos nuestros talentos, disminuyéndose en parte el aprecio que hicieron siempre del esfuerzo y valor en que los aventajan los tigres y leones.

De aqui nacen, á mi parecer, las preocupaciones que todavia fomentan sobre nuestra educacion, y sobre los inconvenientes que se imaginan y dicen que nacerán si nos instruimos en las ciencias; porque piensan que el estudio nos distraerá de nuestras principales ocupaciones; que nos hará mas presumidas de lo que somos naturalmente; que seremos por lo mismo bachilleras; que los libros no nos convienen, ó que no nos convienen otros que los de devocion; que somos faciles en admitir nuevas máxîmas, y que por consiguiente las contraerémos dañosas en los libros, en que nos distraerá nuestra curiosidad; que con el deseo de parecer sabias,

é ilustradas, tendrémos mayor trato y mas freqüentes galanteos, y así de otros daños con que pretenden cargar nuestro sexo, si se les diera á las doncellas una científica educacion.

Pero en primer lugar me parece que tal enseñanza contribuiría para sacar su entendimiento de las tinieblas de la ignorancia y del error, y no para hacerlas letradas, ni doctas. Este es un empeño arduo y dificil á los mismos hombres que se emplean en el estudio toda su vida; y dado caso que una ú otra muger lo consiguiese, dedicandose solo al estudio de las letras y ciencias; aunque desatendiendo á las ocupaciones de su familia, no digo yo que quedase recompensado el daño, pero si que seria menos malo que si desatendiera á sus obligaciones, como muchas lo hacen, ó por la natural é invencible desidia, ó por el cortejo, ó por vanos pasatiempos, ó por emplearse dias enteros en tocarse y adornarse, á fin de desmentir lo que son.

No veo tampoco porqué debiesen tener las mugeres motivo de presumir, por saber los primeros rudimentos de las ciencias, mucho menos si esta enseñanza se hiciese entre ellas comun, y si las precediera el estudio de la virtud, ó ciencia moral, que jamas se enseñó, y de que se ignora hasta el nombre; pero si á pesar de

esto, hubiera algunas que presumieran de sí por haber aprendido algunos problemas de geometría, ó adquirido algunas noticias de la extension y situacion de la tierra, y de la esfera; ó de algunas causas de la naturaleza y sus efectos, ó de los sucesos de la historia, fuera á la verdad risible tal presuncion si la manifestasen. ¿Mas los hombres no presumen tambien de sí, y á las veces por saber ciencias ridiculas les valiera mas que las desaprendiesen, por estudios y conocimientos insulsos y miserables?

No pretendo por esto defender nuestra vanidad en este particular: mas no veo porqué solo á nosotras nos deba ser nociva tal presuncion, y se nos achaque solo el defecto. ¿No merecieramos á mas de esto mas indulgencia por presumir de saber, que por ser hermosas, ricas y bien nacidas? Estos son bienes accidentales, y aquel es adquirido. Y si fueran entonces bachilleras, y hiciesen ostentacion de su saber, recaeria el daño en el mismo buen concepto de las mismas; por quanto en vez de ser reputadas sabias, se grangearian el menosprecio de las demas.

Tampoco sé, porqué deban competirnos libros solos de devocion. Este zelo no nace en los hombres de deseos de nuestro aprovechamiento, sino del baxo concepto en que nos tie-

nen. Raros son los libros científicos que contengan máxîmas dañosas, y es falso que seamos mas faciles que los hombres en embeberlas. Esta opinion nace tambien en ellos de la presuncion que alimentan por haberse erigido en jueces de los modos de opinar, y con ellos el derecho de juzgar, al tiempo que nos apartan de ellos, y nos los vedan, temiendo que á mas de todos aquellos daños, se nos siga tambien el otro de acrecentar nuestros cortejos y galanteos. Mas los hombres buscan antes para ello la hermosura y la disolucion que las ciencias y la sabiduría: lo consiguen mas facilmente en el libre trato de las ignorantes que en la compostura y seriedad de las entendidas y discretas.

¿Quántas mugeres se entregan, aun sin querer, y de mala gana, á cortejos que aunque honestos en sí, dan sin embargo que decir, y á los quáles renunciáran decontado, para exîmirse de los engaños del trato, si desde niñas se hubieran aficionado á las letras, pues con el estudio no se aburririan en la soledad de su retiro? Las ocupaciones caseras, por muchas que sean, exîgen descanso, y dan comunmente muchos dias y horas de tregua; mas no hay descanso, ni tregua peor que el no saber que hacerse, ni en que emplearse.

El descanso debe servir de alivio al ánimo, distrayendolo de la tarea y de la labor; pero en vez de aliviarle, engèndra enfado y aborrecimiento, no encontrando el almà con que divagar el ocio, peor que la fatiga. Esto es lo que produxo el juego, los cortejos, y otros divertimientos perniciosos. ¿De quánto mayor, y mas útil recreo les fuera á muchas el estudio de las ciencias, que el juego, que los bayles, que otros pasatiempos insulsos? ¿Quántas mayores ventajas les acarrearia para la instruccion y enseñanza de sus hijos, é hijas, y para destruir en sí mismas muchos errores vulgares y muchos vanos antojos.

Entonces no pondrian todas sus miras en el tocador, ni su único estudio en sus peynados y vestidos; ni se apasionarian tanto por estravagantes modas y adornos, mas costosos de lo que pueden sufrir tal vez las circunstancias de su estado y condicion; ni tendria tanto cebo y fomento el luxo. Se ceñirian á la sola modesta elegancia y aseo que sin hacerlas malgastar tantas horas, ni causarlas tantos desvelos, las haria mas estimables. Y aunque así no fuera, adquiririan á lo menos con el estudio y tal qual aplicacion, muchas luces y conocimientos que las harian respetar mucho mas en el trato, en las conversaciones, en las visitas, en los concursos,

y fueran causa de que muchos hombres se instruyeran, á quienes harian rebaxar algun tanto de la presuncion en que viven de sí mismos y de su saber.

Pero demos, Eudoxîa, que las mugeres instruidas tuvieran mayores cortejos y galanteos que las que se quedan en su ignorancia y rudeza. ¿Dexarian por eso de ser honestas? ¿Por tener mayores luces, debieran por eso ser menos recatadas? ¿El número mayor de visitas haria inclinar sus ánimos á la disolucion? ¿Quánto mas facil es fomentar una particular pasion con el trato de pocos que con el de muchos? Los libertinos y disolutos, no van en busca de las luces del entendimiento, sino de las tinieblas de la ignorancia. Esta no exîme nuestro sexô de caida; ni la falta de conocimientos precave que se pervierta el corazon.

Mucho gusto tengo de oiros, Eudoxîa, pero me dispertais la curiosidad de saber ¿qué enseñanza hubierais dado á vuestras hijas, si las hubierais tenido, y qué ciencias enseñado? = La aritmetica la primera. Esta es la ciencia mas útil, y la mas necesaria despues de la moral. A cada pàso ocurre servirse de ellà en las familias, así al hombre como á la muger. Esta misma supone de antemano la lectura y la escritura, cuya falta hacese sumamente sensible y

dañosa á muchas mugeres, á quienes sus padres, ó por ignorancia, ó por descuido, ó por preocupaciones ridiculas, dexan de enseñarsela ó de hacersela enseñar. Despues de la aritmetica, las instruiria en aquellas ciencias que contribuyen para rectificar las ideas y los juicios, y para ayudar al entendimiento á discernir la verdad, á conocer algunas causas y efectos de la naturaleza, sin grande ni profunda meditacion; y si en alguna de mis hijas reconociera un talento extraordinario, no rehusaria que se dedicase al estudio y ciencias que mas empeñasen su genio y voluntad.

Sabeis que mi marido Ancílio solia darme algunas lecciones, como á vos vuestro padre Belisario. De las luces que entonces adquirí me valdria para comunicarlas á mis hijas, y si me faltasen tales conocimientos, me valdria de ancianos respetables que se las enseñasen en mi presencia, y no de otro modo. Y quando la instruccion de nuestro sexô fuera general, y se hiciera comun, habria, no lo dudo, mugeres que enseñarian tambien las ciencias á las niñas, y este seria un nuevo ramo de noble industria, con que muchas remediarian las estrecheces de su estado, y que supliera la falta de bienes heredados. Esta os parecerá una extraña ocurrencia, pero cosas mas extravagantes en sus prin-

cipios nos hacen ver los tiempos, que despues se reciben con aprecio, y cunden con utilidad. =

¿Y no las enseñariais la labor? = Esta debe ser el fundamento de la enseñanza y educacion de las doncellas. Por la labor deben comenzar desde niñas, y tenerla aprendida antes que ninguna otra ciencia, á que debe ser preferida, por la real utilidad que acarrea á las familias, y á las mismas costumbres de las doncellas. La aficion á la labor la pongo entre las principales calidades del sexô. Por ella evitan el ocio, por ella dexan de poner sus pensamientos en el galanteo, y en otros devaneos, de donde dimanan los pesares y desarreglos de las familias.

Comprehendo en el exercicio de la labor todas las ocupaciones caseras, hasta las que tocan á la limpieza. La muger limpia es otro tanto estimable. Un genio amigo de la labor y de la limpieza supone una alma superior á la desidia y dexamiento, vicios muy aborrecibles y dañosos en las mugeres. Me acuerdo que tratando un dia con una amiga mia sobre esto, me contó un caso de una dama principal muy devota, la qual, á fin de exercitar en la humildad á tres hijas que tenia, las hacia emplear en todas las ocupaciones caseras que llaman baxas, como el barrer, entender en ciertos dias en el hogar, y en limpiar los muebles de la casa, como si fue-

ran criadas. Pero si no consiguió con esto el fin principal de hacerlas humildes, logró á lo menos que saliesen excelentes madres de familia.

El efecto era natural. La inclinacion y aficion á las cosas materiales y hacenderas, se forma con el exercicio material de las mismas, y con la costumbre de hacerlas. No se convence así el entendimiento y el corazon, sino con razones que inspiren en ellos sentimientos blandos y moderados. Las materialidades no persuaden. Yo tal vez imitaria el exemplo de aquella dama en mis hijas, pero no con el fin de hacerlas devotas, sino de que saliesen hacendosas. Los moderados afectos se los procuraria inspirar diciendolas así: hijas mias, es verdad que nacisteis nobles y ricas, y que no teneis necesidad de emplearos en la labor mas aseada, pero es bien que os empleeis en ella, porque no sabeis lo que el tiempo venidero dará de sí. Las desgracias son freqüentes en este mundo, y de ellas no se exîmen ni la nobleza, ni las riquezas. Lo que á otras muchas acontece, os puede suceder tambien á vosotras.

No os deberá parecer imposible teniendo á la vista tantos exemplos de señores grandes, é ilustres, que por odio del príncipe, ó por pérdidas de pleytos, ó por guerras, ó por malas conductas, y propios vicios, ven arruinadas sus

familias, y reducidas á estado muy inferior: y si por desgracia de vuestros maridos, llegais á estado semejante, cogereis entonces el fruto de esta presente ocupacion, haciendola con ánimo esforzado; los señores ricos y principales ponen tambien sus ojos y aprecio en esta calidad de una doncella, aunque sea noble. Las familias mismas mas opulentas, é ilustres, tienen tambien sus límites. Las mayores riquezas son motivo de mayores gastos y ostentacion; las mismas padecen tambien sus estrecheces que exîgen industriosas y económicas miras de una rica madre de familia, especialmente si tiene muchos hijos.

Léjos, pues, de dexar de inspirar á las doncellas la aficion á la labor y la economía, deben al contrario poner las madres su mayor cuidado en ello, por ser esta la parte mas principal de la educacion de las hijas. Las ciencias y su estudio lo reservaria yo para las horas de distraccion, especialmente en los dias festivos. De esta manera haria de la enseñanza de mis hijas tres objetos principales. El de la labor y economía, en que comprehenderia tambien todo lo que toca á pulir y ennoblecer su exterior y sus naturales gracias. El del entendimiento, reduciendolo á los principios de las ciencias mas útiles, á fin de ilustrar su mente y disipar las

tinieblas de la ignorancia y de los errores vulgares, y del ánimo, que es el objeto principal de la virtud, para moderar los siniestros afectos del corazon y las pasiones. Este merece particular discurso, que os dará una idea del estudio de la ciencia moral, y espero que no os disgustará el oirlo.

Antes bien lo oiré de muy buena gana, Domitíla, hacedme el favor de continuar. = Bien, pues, proseguiré. Por ciencia moral entiendo el estudio de los afectos y pasiones del ánimo, para conocer quales inclinan al bien honesto y loable, quales al mal dañoso y aborrecible. Unos y otros tienen su origen. . . . . . Paróse aqui Domitíla, sobresaltada no menos que Eudoxîa, del gran alboroto que oyeron en la casa, de voces y corridas de esclavas y esclavos; y acudiendo á ver lo que era, oyen que Antonina se hallaba de repente en peligro de la vida por haberla picado una araña. Eudoxîa se conmueve sobre manera oyendo el peligro de su madre, y se encamina con agitada zozobra á su estancia. Domitíla, algo mas sosegada, sabiendo lo que era, la sigue sin embargo, y entra con ella en la estancia de Antonina.

Hallabase esta reclinada en su asiento llorando amargamente, y desesperandose por la picadura, temiendo que fuése mortal. Tènia

aplicada la mano al rostro con un pañuelo, donde le habia picado la araña, é instaba para que llamasen quanto antes á los médicos. Creció su llanto y desesperacion al ver entrar á su hija Eudoxîa, que unia sus lagrimas y consternacion á las de su madre. Esta asiendola cariñosamente de la mano, comenzó á lamentarse desesperadamente, diciendola que viese su desventura; que no habia muger mas infeliz que ella, reducida á morir emponzoñada, sin poder tener el consuelo de ver sus desposorios, sin probar otra vez la gloriosa satisfaccion de ver triunfar á su marido Belisario. Decia no saber, en que habia merecido tal castigo de los cielos, que el dolor de morir y de dexar á su dulce hija para siempre, despedazaba su corazon.

Así proseguia Antonina en lamentarse, afligiendo al sensible y tierno ánimo de Eudoxîa, que sollozaba con ella, mientras Domitíla se esforzaba en consolar y persuadir á la madre que las arañas no mataban, que solo causaban dolor, é hinchazon, pero que se desvanecerian luego con los remedios. Hacia vanas las persuasiones la temerosa aprehension de Antonina, que proseguia en sus lamentos, sin quererla dar oidos, moviendo cielo y tierra para ser socorrida quanto antes, instando replicadamente para que viniesen los médicos. Este es el efecto de las

opiniones ridículas, en que suelen ser criadas las mugeres desde niñas, y que una vez embèbidas, son dificiles de desarraigar, y causa de muchos males y temores freqüentes que despues padecen.

Llegaron finalmente los llamados médicos, y exâminando el mal le aplicaron los oportunos medios. Se le alivió luego el dolor en fuerza del antídoto, ni tardó en ceder la hichazon, dexando en breve restablecida y sana á la enferma, que no por eso dexó su concebida preocupacion y temor. Sosegada tambien Eudoxîa con el restablecimiento de la tranquilidad de su madre, volvió á su labor interrumpida; donde con el motivo de la pasada agitacion y susto, tratando con Domitíla sobre la aprehension de su madre, le contó haberla oido decir que murió un labrador picado de una araña en el campo, á quien ella habia conocido. Pudo ser muy bien, respondióla Domitíla, que ese labrador muriese picado de alguna araña muy ponzoñosa, cuyo mal despreciado y dexado sin remedio, le acarrearia tal vez la muerte. Mas las tales arañas no se crian ciertamente entre tapicerias.

Sabeis que yo estuve una temporada en el campo, donde me crié desde niña. Sin embargo no oí jamas que hubiera tales arañas en la casa, antes bien advertia que los labradores no

reparaban en matar con sus propias manos las que veian discurrir por las paredes, estrujandolas con los dedos. Basta formar una opinion temerosa, aunque ridícula, para que dure toda la vida. Yo esperaba que los médicos desimpresionasen á vuestra madre, pero sin duda no les debió ocurrir. Por lo que ha pasado podeis inferir, Eudoxîa, quan dañosos efectos tienen todas las vulgares preocupaciones que concebimos desde la niñez. Visteis las mortales angustias de vuestra madre, sus desesperados lamentos, la agitacion y susto que causó en toda la familia, las quejas en que prorumpió contra su desgracia, contra las esclavas y esclavos, como sí con toda su atencion pudiesen ellos estorbar que se desprendiera una araña del techo y la picase.

Estas cosas y muchas otras á esta semejantes, entran en el número de los males del ánimo, contra los quales conviene prevenir el corazon, para que no le perturben ni alteren su tranquilidad, fin principal de la ciencia moral, cuyo discurso nos interrumpieron, y cuyo estudio nos es tan necesario para que no nos dexemos avasallar de ridículos temores, ni perdamos la interior quietud y soberanía del alma, en que consiste la mas segura felicidad.

Vuestra madre, no hay duda alguna, es

devota y de muy santas costumbres; sin embargo su devocion no la exîme de muchas pequeñeces, y de inconvenientes que la conmueven y alteran á cada paso, por haberle faltado el estudio de la ciencia moral, sin la qual conserva y fomenta toda preocupacion con que la educaron. No se cree que estos hayan de tener con el tiempo malas resultas, pero de hecho se padecen otros efectos peores que los que experimentó vuestra madre de ideas semejantes. Tal fue el de una dama principal que murió desgraciadamente por el terror pánico que la hicieron concebir á los ratones; pues estando ocupada en su labor en compañia de dos hijas suyas, como le saltase accidentalmente encima un raton, fue tal su susto y sobresalto que con el impetu de quererle evitar, cayó de espaldas con la silla, y dando con la sien en la punta de un braserillo que alli habia, quedó muerta de repente.

Hacese por esto muy culpable el descuido, ó imprudencia de los padres y de las esclavas que nos crian, quienes en vez de disminuir tales temores, ó de no infundirlos en los ánimos de los niños, se les fomentan y acrecientan, no solamente con ademanes risibles, y con narraciones verdaderas que debieran pasar en silencio, sino tambien con impertinentes cuentos y

ridículas consejas. No niego que á las veces es natural el miedo en las niñas, especialmente á los ratones, mas este mismo miedo se puede destruir con el tiempo. Yo á lo menos lo recabaria, á mi parecer, en mis hijas, si las tuviera, haciendo hacer algunos de esos insectos al natural, que les daria á manosear, y se los pondria en los cestos de su labor, para que con la freqüencia y costumbre de ver y familiarizarse con la semejanza dexasen de temer el original.

Nuestra complexîon, por su delicadeza, está mas sujeta al miedo que la del hombre. Sentimos á mas de esto cierta inclinacion á hacer alarde de nuestra misma flaqueza y timidez; sea porque nos parece que acrecentamos con ello nuestras gracias, sea porque nos persuadimos que no nos compete el esfuerzo y animosidad. Qualquiera que sea el motivo, siempre es mejor que sacudamos el miedo, en quanto podamos, para precaver los sustos y sobresaltos que nos causa. La flaqueza de nuestro sexô no es tal, que no se pueda fortalecer con la buena educacion.

Oí una vez decir á un médico, que en la larga experiencia que tenia en curas, así de hombres como de mugeres, habia notado que estas resistian con mayor esfuerzo al dolor, y sufrian con mayor animosidad que aquellos los filos de

sus instrumentos. Si esto fuera así, probaria que nuestro sexô, no es tan flaco como se cree; y que lo que nos falta de fuerte agilidad y desenvoltura de nervios en la organizacion que nos impide el exercicio de las armas, lo podemos suplir con la fortaleza del alma y de los sentimientos, avivados con el estudio de la virtud, sobre el qual proseguiré ahora, si os parece, el discurso que dexamos comenzado, ya que se nos viene á las manos. = Con mucho gusto, Domitíla. Decidlo: os oiré con atencion.

Dexé dicho, si no me engaño, que todo bien y mal moral tenia orígen en el ánimo del hombre, en que la naturaleza infundió afectos enteramente opuestos, para que pudiera exercitar el alvedrio de su voluntad, sin el qual no se le imputaria á delito el mal que obrase, ni á virtud el bien que hiciese. El libre alvedrio caracteriza, pues, las acciones del hombre, y lo distingue del bruto, que obra por solo impulso de su apetito, ni puede salir de los limites de su natural rudeza. Mas el hombre libre, ayudado de las luces de la filosofia moral su entendimiento, puede mejorar y perfeccionar su ser, destruyendo sus pasiones y afectos viciosos, con que hace su corazon templo de la virtud, que es una imperfecta imagen de la divinidad.

Las otras ciencias iluminan el entendimiento del hombre, y disipan en parte las tinieblas de su ignorancia; pero poco ó nada contribuyen para moderar los siniestros afectos y pasiones del ánimo que tenemos comunes con los brutos, y que nos agitan, perturban, é inquietan como á ellos, y emponzoñan nuestra felicidad, aun en medio de las riquezas y honores, que se reputan las cosas mas apetecibles en la tierra. Mas este es un engaño de la ambicion, por quanto no puede haber dicha sólida y verdadera sin la virtud.

Las pasiones nos aconsejan lo contrario. Ellas inclinan á los placeres, á los honores, á la grandeza, y nos incitan á que las busquemos y apreciemos sobre todas las demas cosas de este suelo. La virtud con la luz de la filosofía moral, nos hace ver que todas esas cosas no son sino bienes inciertos que da y quita la fortuna, que jamas llegan á satisfacer enteramente al corazon humano, cuya dicha mayor consiste en disfrutar esos bienes, si los tiene, y el pasar igualmente sin ellos, si la fortuna se los niega, que asi alcanzará la mayor soberania y satisfaccion interior, y se sobrepondrá á sus afectos viciosos, sin que la adversidad lo altere ni entristezca, ni se ensoberbezca en la prosperidad.

¿Mas el ánimo que prueba en sí esta contrariedad de afectos, cómo formará justo aprecio del bien que la virtud le aconseja, y del provecho que se le ha de seguir en resistir los anhelos de las pasiones? El mismo lo puede quilatar en sí por los efectos mismos que experimenta, obrando lo honesto, ó lo deshonesto, como tambien por el juicio que formaron siempre los hombres de todas edades y pueblos, á pesar de la diversidad de sus ritos, costumbres, y religiones, conviniendo todos en apreciar y ensalzar las acciones virtuosas, y en aborrecer y castigar las malas y deshonestas.

De esta antigua y constante opinion de los hombres, deducen los sabios que el ánimo y entendimiento racional recibió del autor de la naturaleza un destello de luz superior que le hace discernir y apreciar lo bueno, en cotejo de lo malo, por mas que las pasiones lo inciten á obrar mal, antes que bien. Verdad es que por lo comun no combate ni resiste á sus sugestiones, sino que se dexa vencer y arrastrar de ellas. Su opinion queda convencida de la mayor utilidad de lo honesto, pero no lo exercita, porque le falta la fortaleza de la virtud necesaria que saca el hombre de los motivos sublímes y de los exemplos de la religion que añade nuevas luces y razones á la filosofia moral.

Una y otra nos persuaden que las pasiones no llevan por mira sino una felicidad aparente, dudosa, é inconstante; un interés momentáneo y solo exterior; y que al contrario la virtud aspira á la sólida y duradera felicidad que tiene su trono en lo interior del ánimo. Mas como estas felicidades falsas y verdaderas se forman de bienes y males físicos, é ideales, ó de opinion, engañandose á sí el hombre en apreciarlos, conviene exâminarlos á la luz de la ciencia moral, sin intervencion de las preocupaciones de la ignorancia y del amor propio.

Mal físico y real no hay otro que el dolor, como no hay tampoco otro bien físico que la salud. La naturaleza no reconoce otros males y bienes, con ellos constituye nuestro ser y exîstencia, ó la destruye y disuelve. Todos los demas son ideales y de opinion, extraños al hombre. Hay quienes los buscan y estiman, hay tambien quienes los desestiman y desprecian. Tales son los honores, las riquezas, la gloria, la desgracia, la pobreza, la ignominia; de los quales nacen otros bienes y males fisicos, no porque tengan su principal orígen en la naturaleza, sino porque ella los experimenta, nacidos y suscitados de la opinion que formamos de los objetos; por esto yo los llamára mejor males y bienes morales: tales son el gozo, la

satisfaccion, el consuelo, la imperturbabilidad, la tristeza, los afanes, la agitacion, las zozobras que contribuyen á formar nuestra dicha, ó desdicha.

Establecida, pues, que fuera de la salud y del dolor, y del contento y tristeza que ellos engendran, no hay bien ni mal físico, sino en nuestra fantasia y en el engañado aprecio que hacemos de las cosas de la tierra, debemos convenir, no pudiendo pasar los hombres sin el uso de ellas, y sin sentir los efectos que causa el poseerlas, ó el estar privados de las mismas, de donde proceden nuestro gozo ó tristeza moral en su posesion ó privacion, importa que aprendamos á hacer buen uso de los bienes, si los tenemos, y á soportar los males, si nos vienen, disminuyendo la opinion que de ellos nos formamos; pues solo así conseguirémos la paz y sosiego interior, la soberania del ánimo, la sublime satisfaccion, é inalterabilidad; aun en la desgracia, en la pobreza, y en la ignominia.

Este es el toque en que se quilata la verdadera felicidad del ánimo que posee la virtud, y en que muestran su liga miserable los bienes apetecidos de las pasiones, pues á prueba de la menor desgracia, y de un fatal accidente se desvanece su felicidad, aunque en medio de la mayor grandeza y opulencia. Esto me

confirma mucho mas que el orígen de nuestra dicha ó desdicha, está en el ánimo y en los sentimientos principales, que son el fómite, por decirlo así, de todas las pasiones que las avivan y agitan, sirviendoše para ello de la opinion que formamos del bien y del mal; porque el hombre desea y busca necesariamente el bien conocido; y teme y evita el conocido mal.

Apenas nacidos, deseamos lo que nuestros ojos alcanzan; luego deseamos lo que vemos, que estiman y desean los demas. Del mismo modo tememos primero lo que nos amedrenta, y luego lo que vemos que temen y aborrecen los demas. Así la opinion propia y agena, es siempre el movil de nuestras pasiones. Veamos como estas nacen de nuestros deseos y temores, mediante la opinion, pues de este modo tendrémos mayores luces y motivos para moderarlas y conseguir así nuestra interior felicidad y contento inalterable, que es el fin que se propone la virtud.

Dexamos asentado que es principio innato en el hombre el desear. Todo deseo engendra agitacion en el ánimo, mientras espera alcanzar el bien á que aspira; luego disgusto y pesar si no puede alcanzarlo, ó si lo pierde. Para conseguirlo nos desvelamos, trabajamos, rogamos, nos abatimos á medios, tal vez, ruines, é inde-

é indecorosos, pues nada contiene á un deseo vehemente. Vemos los otros ricos, luego deseamos las riquezas, y de este deseo se forma la codicia; los vemos levantados á los primeros empleos, aspiramos luego á los honores y empleos, de donde nace la ambicion. Deseamos luego el rico trage, el adorno, la preséa, la fruslería, con que vemos parecer bien á las demas; y esto forma insensiblemente nuestra vanidad. Demos que todas estas cosas, que podemos desear, ó deseamos, son honestas, mas engendran pasion si se desean con ansia, con inquietud y porfia, que conturban el ánimo; y lo desazonan, mientras se desean, y lo hacen infeliz si no las consigue.

Para vivir, pues, feliz, conviene que yo no desee, ó que á lo menos no desee con ansia y con afan: esto no es posible, si yo no destruyo primero la errada opinion que formé de las cosas que deseo, y si no tengo de ellas el verdadero conocimiento de lo que son, y de lo que dan de sí, suministrandome luces y razones la ciencia moral, y la experiencia. Estas me enseñan que ninguna cosa de quantas desean las pasiones, apagan sus deseos y los satisfacen enteramente. Se desean mientras no se poseen; poséidas las miramos con indiferencia, ó suscitan otros mayores deseos. Me enseñan, á mas

de esto, que no todo lo que se desea se alcanza, aunque las esperanzas nos lo prometan; que aunque lo consigamos con gozo, lo podemos perder con mayor dolor, no dependiendo de nosotros, ni de nuestra voluntad el disfrutarlo, sino de los antojos de la fortuna, y de otros accidentes. Que lo mismo que con mayor anhelo y ansia pretendemos, nos puede ser fatal y funesto, y de donde esperabamos se nos siguiera la mayor felicidad, se nos sigue la mayor infelicidad y desdicha.

Que al contrario, por refrenar mis deseos se me alcanzará un consuelo dulce, una satisfaccion imperturbable en medio de la falta que padezco sin culpa mia; sacaré la paz pura y constante del ánimo; el sublime señorío de mis afectos; la fuerte y noble indiferencia que probaré, ora alcance lo que no tengo, ora lo pierda despues de poseido; que no seré vana, codiciosa, ni ambiciosa, sino que conseguiré la soberanía de la moderacion, que me hará superior á todos los falsos bienes de la tierra, y hará que no les eche menos, porque nada falta á quien nada desea.

Mas esto no se alcanza facilmente. El exercicio de la virtud dura toda la vida. Ni son solos aquellos grandes deseos de honores y de riquezas que padecemos. Los siniestros afectos

renacen de continuo en el ánimo, y engendran otros deseos inferiores que no se vencen á brazo partido, sino con el tiempo y con la reflexîon. Los mismos no se echan de ver á las veces, ni se repara en ellos, porque no hacen gran impresion en el ánimo; pero despreciados, fomentan y engendran poco á poco las pasiones mayores. A vos os parecerá que os hallais exênta de todo dañoso deseo, no deseando: ni honores, ni riquezas; pero si poneis los ojos en vuestro interior, hallareis que sentís deseo de parecer bien, de ser tenida por rica, por hija de Belisario, y así de otros muchos efectos de la vanidad, de la codicia y ambicion, que retoñan de continuo en el ánimo, y que lo sorprenden y sojuzgan; sino vela en su guarda la moderacion.

El sentirlos no es falta de virtud, bien sí el engreirse y complacerse con ellos, y vencense facilmente con el menosprecio, luego que quedamos instruidos por el estudio de la ciencia moral de los engaños que comunmente padecen los que fomentan deseos de la alabanza, y de la estimacion agena, que todos naturalmente apetecemos, porque el amor propio no nos dexa apreciar la entidad del ageno concepto, ni ver el interés ó miras que llevan los que nos alaban. Así los que con ellas nos en-

greimos, nos hacemos juguete por lo comun de cortesanos embustes, y del eco de expresiones engañosas. Mas el ánimo que vá sobre sí y que tiene sus afectos y deseos al freno de la moderacion, conociendo la liviandad de las honras y de los aplausos que se le hacen, aunque exteriormente parece que los recibe con reconocimiento, los rechaza de su corazon, sin dexarse avasallar de sus falsos halagos, y dulzura.

De este modo pudiera internarme en otros muchos deseos, que brotan de continuo en el ánimo, y le molestan, sino se oprime con el exercicio de la virtud, pero así como fuera cosa muy larga, así no me dexaria tratar del otro origen de nuestras pasiones, que dixe ser el temor; sobre el qual haré algunas reflexîones semejantes á las que hice sobre los deseos.

Todo viviente desea y teme: afectos indestructibles en el ánimo, infundidos por la naturaleza, como medios de la conservacion de su ser, ó como preservativos, de su destruccion. Mas no todo temor lo infunde la naturaleza, hay muchos temores que nacen de la ilusa fantasía, de las preocupaciones y de nuestro viciado natural. De donde deduzco que hay temores verdaderos y falsos, unos y otros susceptibles del freno de la moderacion, y de las luces

de la sabiduria. Los brutos padecen muchos menos temores que los hombres. A estos se los acrecienta sus ridículas, ó vanas opiniones, que contribuyen para acrecentar tambien el número de sus males y desazones. Y como son tantas las inquietudes que causan, conviene sobreponerse á ellos, en quanto se pueda, con la ayuda de las reflexîones morales, para conservar la serenidad y contento del ánimo, y la dicha constante que de ello se le sigue.

Todo lo contrario de lo que el hombre desea, y teme. Teme la pobreza, el deshonor, el abatimiento, la perdida de su fama, de su concepto, de la salud, teme finalmente la muerte, que es su mayor temor, por lo comun, y la que barre y disipa, como al polvo, todas las mayores grandezas y felicidades de la tierra. Siendo, pues, la muerte la cosa mas temible al mortal, comencemos por ella, pues si el ánimo llega á tener como sufocado este temor, recavará tener avasallados.....

Apenas llegó Domitíla á esta parte de su discurso, entró una esclava, diciendo á Eudoxîa con alborozada agitacion: señora, señora, compareció el mercader de Smirna: viene con nuevas mercaderías, que os desea mostrar. Eudoxîa, que ya no pensaba mas en él, oyendo su inesperado arribo, lo recibe con complacen-

cia, y lo hace entrar, curiosa de saber el motivo de su larga ausencia y de ver las nuevas mercaderías que traia.

Hasta entonces estuvo alerta Maxîmio, esperando que Antonina saliese otra vez sola de su casa, sin su hija, para entrar con menor afan: pues aunque no temia que Antonina le conociese, con aquel disfraz, queria entrar con mayor seguridad y satisfaccion. No pudo sin embargo ver cumplidos sus deseos y esperanzas, que le hacian diferir el plazo, hasta que se lo proporcionó la picadura de la araña. El alboroto que movió entences Antonina, fue tan grande, que se divulgó inmediatamente por el barrio, que moria. El impaciente Maxîmio certificado del caso, no tardó en aprovecharse de aquella circunstancia, para dar á Eudoxîa la urgente noticia de la desgracia que amenazaba á su padre, para que pudiese hacerlo avisar de ella quanto antes, y la evitase.

La vista de los médicos que entraron succesivamente en la casa, confirmó á Maxîmio en la verdad del accidente, y arrojó de su pecho todos los reparos y recelos que le quedaban, y le detenian, yendo sobre la marcha á disfrazarse. Lo executó con tanto mayor aliento y satisfaccion que la vez primera, por quanto no le quedaba ahora, como entonces, á su cora-

zon fiel y honrado, el escrupulo de faltar á la promesa de su amigo, y el juramento hecho de guardarle el secreto. El tiempo que pasó le sugirió medio, para que sin faltar al juramento hecho, pudiese descubrir el secreto á Eudoxîa.

Fue, pues, el fingirse astrologo, y decir á Eudoxîa su desgracia por via de pronostico. Alegre con este medio término, y con la escusa que imaginó, para pretextar su tardanza, en caso que le preguntasen el motivo, se encamina disfrazado, como antes, á casa de Belisario, persuadido que se hallase Antonina en el estado en que la fama la representaba; y aunque hallase á Eudoxîa afligida por tal causa, pensaba hacerla avisar de lo que igualmente debia importarla como la vida de su madre. Mas entretanto que fue á tomar el vestido y la mercadería, los médicos curaron á Antonina, sosegaron la casa, y restituyeron á Eudoxîa su serenidad.

Ignorante de esto Maxîmio, extrañó por lo mismo, no ver en la casa, ni en los esclavos ningun indicio de la turbacion y tristeza que suponia. Maravillóse mucho mas de la jovialidad y complacencia, con que lo recibieron Eudoxîa, y Domitíla, quando lás creia oprimidas del dolor, por la desgracia de Antonina. Alegróse en parte su corazon por el padecido engaño,

realzado de la dulce afabilidad, con que Eudóxîa le dixo: bien venido seais, mercader, nos tuvo con cuidado vuestra tardanza, no sabiendo el motivo de ella: temiamos que os hubieseis embarcado para Smirna. ¿Cómo es que no vinisteis á cobrar vuestro dinero? Agravóseme el mal de este ojo, y en vez de embarcarme para Smirna, me embarqué en la cama. =

Siento que haya sido ese el motivo, y deseara que curaseis enteramente. = Hagalo el cielo, señora, y me conceda él mismo que llegue á ver con mis dos ojos sanos lo que mas amo y deseo. = ¿Qué nuevas mercaderías traeis? Veamoslas. = Estas son telas finísimas de Sidon, y estas otras de Canópo. = Cabalmente las que mi madre deseaba comprar. Venid conmigo, que tal vez las tomará, y os entregará con su precio el de las flores que os compramos. Dicho esto, sin detenerse se encamina á la estancia de su madre, arrastrando tras sí, en fuerza de su insinuacion, al aturdido y turbado Maxîmio, que la seguia temblando, y temiendo ir á encontrar la presencia de Antonina, que con tanto cuidado habia procurado eludir. Pero puesto en el lance, atendió á salir felizmente de él, sosegando algun tanto á su ánimo las renacidas lisonjas de que Antonina no le conoceria.

Confortabalo no poco la amable presencia de Eudoxîa, que le introducia, y la inocente confianza con que le presentó á su madre, la qual le hizo casi las mismas preguntas sobre su tardanza, y sobre las mercaderías que traia. Satisfizo á todo Maxîmio, y le mostró las telas, que agradaron decontado á Antonina, y mucho mas el precio barato á que las daba, á fin de salir quanto antes del embarazo y recelos en que se hallaba. Rebosó por lo mismo su corazon de gozo, quando vió, que Antonina se levantaba para ir á contar el dinero y entregarselo. Por otra parte estaba solícito, é impaciente, por hacer á Eudoxîa el pronóstico de la desgracia de su padre: y como le daba ocasion para ello la detencion de Antonina en contar el dinero, se aprovecha de ella, diciendo á Eudoxîa, que lo miraba: ¡Quán mal me viene la revolucion de los astros para volver á mi patria! ¡Rara vez salen las cosas á medida de los deseos del hombre! Ahora que el mitigado mal me concedia satisfacer á mis ansias, los astros me lo vedan. =

¿Qué tienen que ver ellos con vuestra resolucion? = Mas de lo que os parece; á impulso de sus influxos acaecen todos los accidentes buenos y malos de este suelo. Los consulté sobre mi navegacion á la patria, y me hicieron ver

por ciertas señales infalibles, que me será infausta si el erizado Jove no dexa de mirar con aspero ceño al acobardado Saturno. = ¿Cómo? ¿vos entendeis de astrología? = Esa ciencia aprendí desde niño. Yerro pocos de mis pronósticos. Si deseais saber los accidentes que os han de suceder en la vida, pudiera satisfacer á vuestros deseos, sin que falle ninguno de quantos os pronostíque: permitidme solamente que vea la palma de vuestra mano.

¿No teneis bastantes indicios sin ver la mano? = La palma de la mano los ha de verificar: permitidme, os ruego, que la vea; y si yerro en lo que os diré de importante, tenedme por loco. = Eso no lo permitiré yo aunque me cueste el ignorarlo. = ¡Ah..! ¡Quánto deseara no ver lo que observo con dolor!.. Eudoxîa, el pronóstico os ha de ser funesto. = ¿Cómo funesto? ¿por qué? = Debo sin embargo preveniros, que avisandoos con tiempo, podeis precaberle, y evitarle. A este fin solo, os lo diré. ¡Oxalá sea yo creido! = Como quiera que sea, decidlo; me teneis impaciente por saberlo. = Lo diré, pues, con dos condiciones: la una, que lo debo decir en secreto á vuestro oido. La otra, que lo debais solo comunicar á vuestra madre, y á ningun otro. = Las admito: decidlo.

Maxîmio, transportado de la sublime satisfaccion y consuelo de tener la licencia de su amante, no pudo dexar de exclamar, en ademan de inspirado adivino, diciendo: ¡Ah Señora, digna de los respetos de los mortales, y de los mios! ¡Ah! Eudoxîa: la inminente desgracia de vuestro padre Belisario, y vuestra, interrumpe mi mas dulce discurso. Fuerza es acabar de decirlo. El salió ya de Ravena, mas con agüeros bien infaustos. El emperador lo hará prender luego que llegue á Constantinopla, si desde luego no haceis que le llegue esta noticia enviandole un barco con este secreto mensage. Creedme, Eudoxîa; su desgracia es inevitable, sino haceis lo que os digo, con el mas vivo sentimiento.

¿Cómo es posible? ¡cielos! de dónde sacais este pronóstico, exclamó Eudoxîa, luego que Maxîmio acabó de decirselo en voz baxa al oido, y al tiempo que volvia Antonina con el dinero, la qual oyendo la exclamacion de Eudoxîa, deseó saber de ella lo que era. Dixola entonces Maxîmio, que se lo comunicaria todo Eudoxîa, pues tenia ya su palabra, que ninguno fuera de ella lo sabria. Decialo esto Maxîmio por mira de Domitíla, y de una de las esclavas, que estaban presentes: lo que entendido de Antonina, sin persistir en su curio-

sidad, le entregó el dinero, diciendole, que lo contase. Rehusó el hacerlo Maxîmio, pero obligado de las instancias de Antonina, obedeció no cabiendo en su corazon el gozo, por haber salido tan felizmente con todos sus deseos, y por la dicha de haber comunicado su secreto á su amada.

Mas si pudo pronosticarla la desgracia de Belisario, negaronle los astros que previese la desdicha que á él mismo le amenazaba de ser descubierto á los ojos de Eudoxîa, y de Antonina, por medio de un accidente extravagante, que habia de agravar su dolor y su impostura; y fue, que esparcidas por la ciudad las voces de la inminente muerte de Antonina, como llegasen estas, aunque tarde, á los oidos de su hermano Severo, movido él de aquella repentina novedad, acudió á saber el estado de su hermana Antonina. Pero antes de entrar, informado por los esclavos de su restablecida salud, se sosegó, y pudo presentarse á Antonina, con toda la jovialidad y franqueza que le era natural, dandole los parabiénes por haber vuelto tan presto á la vida.

Entraba diciendo esto, al tiempo que el supuesto mercader, recobrado el dinero, se despedia. Desgraciadamente para Maxîmio aconteció que aquel mismo mercader que le prestó

el vestido y las telas, habia engañado el dia antes á Severo, cambiandole una pieza de tela fina que le habia vendido, por otra muy inferior, que substituyó en su lugar, mientras Severo contaba el dinero para pagarle. Partido el mercader, conoció el engaño, que lo enojó sobremanera, incitado su pecho á vengarse de él á qualquier coste, si lo encontraba.

La inesperada vista del disfrazado Maxîmio, en la estancia de su hermana, el vestido talar, el parche, la misma gorra, las telas vendidas, todo lo hacen ver y creer, que sea el mismo mercader que le engañó, y arrebatado de su resentimiento, usando de la libertad y confianza que le daba su hermana Antonina, acomete al desventurado Maxîmio, y de un fiero torniscon hacele saltar la gorra con el fingido parche, llamandolo bribon, y vellaco, y descubriendo así enteramente el rostro de Maxîmio, con su embuste, sin cesar de darle puntapies, y maltratarle.

¡O Timante! ¡si yo supiera, como tú, retratar al vivo los sentimientos del ánimo, quan atras quedára Agamenon baxo el velo con que expresaste su paterno dolor, por su degollada Efigenia, en cotejo del atonito Maxîmio, descubierto tan sin pensar, á los terribles ojos de Antonina, y de su amada Eudoxia! ¿Cómo

explicar el tumulto de encontrados afectos que acometieron de un golpe su corazon aturdido, y que quitandole de los ojos la luz del dia, no le dexaban ver el lugar en que se hallaba, ni lo que le sucedia, sin saber tampoco defenderse de los insultos, con que Severo agravaba su humillacion?

Desistió este de atropellarlo luego que Antonina, certificada con gran sorpresa suya, de ser Maxîmio aquel á quien creyeron mercader le comenzó á decir muy alterada: ¿con tan descarada ficcion osasteis venir á insultarme en mi propia casa, hijo indigno de Septímio, y envilecer con ese disfraz vuestra condicion y nacimiento, á fin de ultrajarme? Severo, contenido de las palabras de Antonina, reconoce, no sin admiracion, á Maxîmio, á quien acababa de maltratar, creyendole el mercader; y sentido de lo hecho, se comedió luego con él, diciendole: perdonad, Maxîmio, si me propasé con vos sin conoceros, tomandoos, engañado de ese trage, por un mercader que lo lleva semejante, y que ayer mismo me dexó una pieza de tela ruin, en vez de otra fina que le compré.

Eudoxîa, atonita, confusa, compadecida, é interesada por la turbacion y aturdimiento, en que veia al descubierto y ultrajado Maxîmio, quedó muda, pálida, y revestida de los

sentimientos de su infeliz amante, que con el pretexto de aquel disfraz, y de la astrología habia tenido en sus manos la suya, y pronosticadole tal desventura. Mil agitados efectos y dudas, nacidas de estas circunstancias, agravaban las solicitudes y angustias de su corazon, pareciendole un pesado sueño lo que la pasaba, y veia. Maxîmio, como si saliera de un abismo de tinieblas, llamado de las escusas y del comedimiento de Severo, no podia proferir palabra, mucho menos, continuando á decirle Antonina, exâsperada de su ficcion: ¿es este, Maxîmio, el respeto que teneis á mi casa, á mí misma, y á mi hija, que vinisteis por la segunda vez á solicitar con ese mentido trage, que realza vuestro descaro y atrevimiento?

Maxîmio, á pesar de su consternacion y vergüenza, se hallaba confortado de la pureza de sus intenciones, tan diversas de lo que Antonina se imaginaba, la respondió: llamo por testigo al todo poderoso, del fin compasivo por el qual tomé este disfraz. Seducido solamente de vuestro bien, y del de Eudoxîa, entré en vuestra casa. Oxalá dexe el tiempo de aclarar y hacer patente, lo que no puedo descubrir, desmintiendo los pronósticos de mi astrología, aunque sea á costa de mi mayor confusion, é ignominia. Mas Antonina, vivamente resentida

contra él, le dixo: no penseis, Maxîmio, con palabras solapadas, misteriosas, ni con supuestos bienes, preocupar mi corazon, justamente indignado contra vuestro descarado proceder. Os amenacé que haria mis debidos recursos, si volviais á poner los pies en mi casa, no hay ya para que repita vanamente lo que debo poner en execucion. Partid.

Severo, que nada sabia de lo que Antonina insinuaba, y que arrepentido de los ultrajes hechos á Maxîmio, se sentia movido á compasion por él, quiso sosegar á su hermana, é interceder por el ofendido, diciendo: que todo se podia componer buenamente sin romper lanzas, y que así desearia saber lo que antes habia pasado entre ellos. Pero Antonina implacable en su enojo, le respondió, persistiendo en su resolucion, que nada habia que saber, ni que componer, sino que fuera muy en hora mala aquel atrevido y descocado embustero.

Maxîmio, penetrado de estos nuevos improperios de Antonina, haciendo un compasivo ademan con la mano, exclamó: ¡ah! ¡quiera el cielo, Antonina, que esa mala hora, en que me enviais, no caiga sobre vos, y sobre vuestra familia! Me iré, sí, pero con el dolor de no poder decir de veras, lo que pareciendo embuste, me grangea vuestros injustos ultrages y mal-

diciones. A Dios. Dicho esto, dando una dolorosa y ardiente mirada á Eudoxîa, partió Maxîmio, dexando á su amante consternada con lo que acababa de proferir, pues parecia aludir con afirmacion al pronóstico, que la hizo.

Creció la tristeza y desconsuelo de Eudoxîa viendo resuelta á su madre en hacer instancias á la justicia para que castigase el atrevimiento de Maxîmio, sin que pudiesen apartarla de su determinacion los consejos de su hermano Severo, para que desistiese de aquel ridículo empeño, despues que supo que se reducia todo á haberse disfrazado Maxîmio dos veces, para ver á Eudoxîa; y aunque dexó á su hermana, persuadido de su silencio, que no delataria el caso á la justicia, no fue así, pues inmediatamente envió uno de sus mayordomos, para pedir satisfaccion y castigo.

No contenta con esto, recelando que Eudoxîa estuviese de inteligencia con él, por quanto la vez primera que estuvo Maxîmio disfrazado en su casa, se hallaba ella ausente, quiso exâminarla, para certificarse de la verdad, como tambien para saber el pronóstico que la dixo al oído, y que solo debia comunicar á su madre. Fue facil á Eudoxîa justificar su inocencia con las ingenuas protestas que la hizo; y aunque la turbó no poco con el pronós-

tico de la prision y muerte que amenazaba á su marido Belisario, luego que llegase á Constantinopla, le costó poco tambien sacudir los asomos de sus temores, reputandolo todo ficcion y embuste de Maxîmio; y no desistió por eso de agravar su delacion á la justicia.

No tardó á tener su recurso el fin que Antonina deseaba. El desgraciado Maxîmio fue preso, y llevado á la carcel, sin que nada supiesen sus padres, y sin que pudiesen sacarlo de ella despues que lo supieron, á pesar de sus manejos y diligencias, llorando dia y noche, el infeliz Maxîmio, su desventura, y mucho mas que su propia ignominia y desgracia, la que sabia que amenazaba á su amada Eudoxîa, cuyo nombre repetia con ternura, al paso que detestaba el de su orgullosa madre. No estaba menos afligida, ni triste Eudoxîa, por la prision de su deplorable amante, sufocando en su interior, el dolor que probaba por la severa resolucion de su madre, y por las penas de Maxîmio, que el amor le acrecentaba en su fantasia entre los horrores del calabozo.

Ni tenia otro consuelo, que el de aliviar su sensible corazon con Domitila, la qual se esmeraba en fortalecer su virtud con sabios consejos y reflexîones, especialmente contra los temores y recelos de la desgracia de su padre, que

le habia pronosticado Maxîmio, y que poco despues de su prision le avivaron las cartas de su padre Belisario, confirmando él mismo su salida de Ravena, y dando mayor peso al pronóstico, que al principio parecia despreciable. No sirvieron de grande alivio á su ánimo afligido las cartas de su prometido esposo Basílides, que Belisario incluyó en las suyas, y en que le participaba su tratado casamiento. Le decia la suma satisfaccion que probaba por suerte tan feliz, atendidas las gloriosas circunstancias, y mucho mas las adorables prendas que la adornaban, y que ansiaba llegar quanto antes á Constantinopla, para darle con la entrega de su mano, y de su fiel, y apasionado corazon, la mayor, y mas segura prenda de su amor eterno.

Nada de todo esto podia acallar los temores de Eudoxîa sobre la desgracia de su padre, ni borrar de su memoria las funestas especies de la prision de Maxîmio, que interesaba mas á su corazon triste y compasivo, que las glorias de su casamiento con Basílides. Solo le sirvieron de algun confortativo las nuevas demostraciones de júbilo que hizo el pueblo, luego que se divulgó en la ciudad la vuelta de Belisario. Creian todos que venia á triunfar del rey Vitiges, como habia triunfado del vencido Gelimer, y en

esta persúasion hacian costosos preparativos para que fuese mas solemne y pomposo. Esmerabase tambien Antonina en hacerlos en su casa, en atencion de las bodas de Eudoxîa, y de Basílides, segun Belisario la prevenia. ¡Cómo pudiera ella imaginarse, que se hubiese de verificar tan presto el pronóstico del preso Maxîmio!

Guardaba sobre ello la corte un rigoroso silencio, y si la casualidad de escuchar el amigo de Maxîmio el discurso de sus padres sobre la prision de Belisario, no descubriera las intenciones del emperador, ninguna sospecha de ella hubiera podido caber en la imaginacion de ninguno. Eran bien visibles y notorios al emperador los extremos del júbilo del pueblo, y las disposiciones que tomaba para honrar á Belisario; pero no se daba por entendido, dexandole obrar, para disimular mas las tomadas resoluciones. Para poderlas executar con mayor seguridad, se envió orden á Narses, general del exército, que guardaba las fronteras de la Vulgaria, para que se fuese acercando á Constantinopla con el cuerpo de gente mas escogida, á fin de contener al pueblo, si por ventura se alborotaba en la prision de Belisario, como era muy temible, atendiendo al entusiasmo de afecto que se habia grangeado su valor, é ilustre fama.

No tardó á manifestarlo el mismo pueblo, luego que la armada estuvo á vista del puerto, y que se esparció por la ciudad la noticia, desamparando todos sus casas, sus oficinas, y los trabajos en que se empleaban, para acudir á la playa, en que hacian resonar el ilustre nombre de Belisario con sus repetidas voces y aclamaciones. Las madres llevaban en brazos á sus tiernos hijos, para que pudiesen tambien ellos tener el gozo de contar á los venideros, que habian visto, y conocido aquel hombre singular.

Luego que tuvo aviso Antonina de la entrada de la armada en el puerto, agitada del ardiente gozo, y de las ansias que fomentaba de ver quanto antes á su triunfante marido, y de darle los parabienes de su llegada, se encaminó inmediatamente con su hija Eudoxîa, hacia el puerto, seguidas del mayor número de sus lucidos esclavos y esclavas. Mas fue con esto la primera en recibir los primeros indicios de la mudanza de su fortuna, vedandole los guardias pasar adelante, como pretendia, para ir á la nave á saludar á su marido.

Este agravio y sonrojo, reputados tales de su resentimiento, aunque escusados por las centinelas, que le dixeron no tener orden para ello, obligaron, sin embargo, á la ofendida Antonina á volver á su casa sumamente confusa y eno-

jada. Volvia tambien con ella Eudoxîa, ¡mas con quan diversos sentimientos! Veia verificados en las quejas y dolor de su madre los efectos de los deseos desordenados, quando no quedaban satisfechos, sobre los quales le habia dado Domitíla tales consejos. Deshaciase en llanto Antonina, hacia resonar las estancias con sus lamentos, que hallaban pábulo en las ideas de su ofendida ambicion, por su ultrajado decoro, representandosele la entrada triunfante de su marido, las aclamaciones con que el pueblo lo recibiria, la solemne embaxada que le enviaria el emperador á la nave, para darle los parabienes de su llegada; honores, de que ella hubiera participado, si los desatentos guardas no la hubiesen impedido el embarco.

Era de hecho costumbre de los emperadores enviar esta especie de honorífico mensage á los generales, quando llegaban victoriosos al puerto, y el mismo emperador Justiniano lo habia enviado otras veces á Belisario. Mas ahora que estaba ya decretada su prision y su muerte, dexó de usar con él todas las demostraciones que pudieran manifestar aprecio de su conducta, permitiendo al pueblo las que le hacia, por no poder impedirlas, contentandose de duplicar los guardas en las cercanias del puerto con pretexto, de que no naciese alguna desgra-

cia con la confusion del concurso del pueblo.

Belisario, que segun costumbre, esperaba el mensage y aviso del emperador para desembarcar, no se movia de la nave, con la mira de no defraudar el caracter de general victorioso, antes que á su persona, aquel honor acostumbrado, que pudiera redundar en pérdida del derecho que hasta entonces habian conservado los generales vencedores. Pero luego que se le hizo saber que no se le enviaba el mensage, por hallarse indispuesto el emperador, desembarcó inmediatamente sin aquella honra, que ni su adquirida gloria, ni su ánimo excelso, echaban menos, á pesar de la extrañeza que le causaba aquella escusa por parte del emperador, la que unida á su repentino llamamiento quando estaba para acabar la conquista de toda la Italia, no dexó de acrecentar sus sospechas sobre su desgracia.

Suplió á todos los honores que se le negaron, el ardiente afecto y entusiasmo del pueblo, que ansioso, é impaciente por ver y honrar á Belisario, atropelló con las duplicadas guardas que se lo vedaban, amontonandose con porfia en la orilla del puerto donde habia de desembarcar, y sin dexarle poner el pie en tierra, entre sus repetidos gritos de gozo, le puso por fuerza en sus hombros, y le introduxo así

en la ciudad, llevandolo en triunfo por las calles, y haciendole pasar por delante del palacio del emperador, sin cesar de aclamarlo, dandole los mas extraordinarios elogios, hasta que le introduxo de aquel modo en su casa, y en la presencia de Antonina, y de Eudoxîa, que salieron desaladas á recibir con lágrimas de indecible gozo y consuelo sus tiernos abrazos.

A la suma y tierna satisfaccion de sus mutuos parabienes, sucedió la declaracion del resentimiento que todavia conservaba Antonina, por haberle impedido las centinelas llegar á la nave, como lo deseaba, privandola con este sonrojo, de la complacencia que hubiera tenido de verle quanto antes: procuró Belisario sosegarla, disimulando sus acrecentadas sospechas, para no alterar el contento de su llegada. Antes bien se esforzaba en animarla con festivas expresiones, manifestando con ellas su consuelo y complacencia, especialmente á su amada hija Eudoxîa, en cuya dulce modestia y serenidad suave, sumamente se complacia, como tambien de la vista, y presencia de la virtuosa Domitíla, á quien profesaba sumo aprecio.

Aunque Belisario, atendidas todas las circunstancias de su venida y recibimento, no dudaba ya de su desgracia, no creia sin embargo, que llegase al exceso de privarlo de su li-

bertad, y mucho menos de la vida. Sus señalados servicios, y su inocencia, no le dexaban entrar en tales sospechas, persuadiendose solamente, que se le quitase el mando, y se le negasen los honores del triunfo. Crecieron estos sus recelos, al otro dia de su llegada, con la venida de Sulpiciano, enviado del emperador. Era este uno de sus mayores émulos en la corte. Acompañabanlo otros dos caballeros principales, para dar color de honorífico á aquel fingido mensage. Recibióles Belisario con atentas y oficiosas demostraciones; y ya juntos, sin otros testígos, Sulpiciano, que llevaba la voz, le habló de esta manera.

„La indisposicion, de que desgraciadamente adolecia el emperador á vuestra llegada al puerto, así como le impidió enviaros el mensage acostumbrado, así tambien privó al mismo de la complacencia que hubiera tenido de ir en persona á recibiros. Quiso, no obstante, poner el colmo á su dignacion, enviandome á mí, y á estos caballeros, para que le informasemos del estado de vuestra salud, pues á la verdad, le pareció extraño, que habiendo vos entrado en la ciudad, os hayais encaminado antes á vuestra casa, y familia, que á su palacio, donde os esperaba. Esta extrañeza por su parte, procede solo de las ansias que tenia de veros.

Por lo tanto os ruego querais insinuarme alguna disculpa y satisfaccion que pueda sosegarlo.„

Belisario oyó con sorpresa este inconseqüente discurso de Sulpiciano, revistiendose de toda la grandeza de su ánimo, como tambien de su sabia cautela, le respondió: la suma dignacion del emperador, que me insinuais, Sulpiciano, y que con complacencia experimento, es sobrada recompensa, y premio de mis servicios, para que dexe de apreciarla con todo el respeto y reconocimiento que debo. Ella me hace mucho mas sensible su indisposicion, á pesar de esta nueva honra, que de su parte recibo, con vuestro encargo, que pone el colmo á su augusta beneficencia. Por lo que toca á la dilacion de presentarme al mismo, no puedo escusarla, sino con la violencia del pueblo, que sin dexarme sentar el pie en tierra, me trasladó, á pesar mio, en sus hombros desde el borde de la lancha, al seno de mi familia, donde apenas satisfechos los paternales oficios, me disponia para ir á cumplir con mi obligacion principal, dando parte á su augusta persona de mi expedicion, y llegada. Debo prometerme, que esta satisfaccion llenará sus deseos, mucho mas, siendo vos, Sulpiciano, á quien tengo el honor de encargarla.

Por lo que á mi toca, dixo entonces Sulpiciano, podeis estar seguro, Belisario, que mi-

raré por vos, como lo hice siempre, con apasionado afecto. Si no teneis otro encargo que darme, iré á cumplir con este, con que acabais de honrarme. Mas debo preveniros, que el emperador os dispensa de la ida á palacio, que insinuais. Quando me honró con esta gustosa comision comenzaba á agravarsele el mal, y hasta mañana no me será posible participarle vuestro encargo. Le haré saber entonces vuestras intenciones y justos deseos, y en caso que quiera dignarse daros audiencia, como lo espero, no tardaré en comunicaros su determinacion.

Dicho esto se despide Sulpiciano, dando mayores motivos de sospecha á Belisario con aquel discurso doloso, y lleno de contradiccion, en el qual se le vedaba el cumplir con un oficio, que al mismo tiempo se le echaba menos, y se le pedia satisfaccion por haberlo dexado de hacer, aunque no se ignoraba el patente motivo que se lo impidió. Tan extraña es la política en sus refinadas cavilaciones, siempre que maquína la maldad para oprimir la inocencia, coronada del mérito. Pueda una vez arrojar léjos de sí, y de su excelso asiento á la vil envidia, que le inspira tan baxos recelos y temores, dando, en vez de ella, cabida á la noble integridad de los sentimientos que suele infundir la prudencia iluminada de la sabiduria.

EUDOXÎA.

LIBRO TERCERO.

Partido apenas Sulpiciano, Antonina que estaba muy solicita, y curiosa de saber el motivo de su venida, fue inmediatamente á verse con Belisario para preguntarselo. Procuró Belisario referirselo de modo que nada pudiese sospechar de infausto Antonina. Mas como ella deduxese así de su relacion, como de las cosas pasadas la inevitable desgracia, comenzó á lamentarse de su suerte, acordandosele vivamente el pronóstico de Maxîmio, que antes habia menospreciado, especialmente las últimas palabras que profirió él mismo, que oxalá no recayese jamas sobre ella aquella mala hora; y que se iba con el dolor de no poder decir de veras, lo que pareciendo embuste, le grangeaba su vituperio.

Belisario, que nada sabia de Maxîmio, ni de su pronóstico, oyendo que Antonina lo repetia en sus quejas y lamentos, deseó que le informase. Refierele entonces ella los amores de Maxîmio, y de Eudoxîa, y la prohibicion que

le hizo á Maxîmio de poner los pies en su casa, como de solicitar el afecto de su hija. Mas que él apasionado por ver y hablar á Eudoxîa, se disfrazó en mercader para obtener sus intentos, y que con este motivo hizo el pronóstico á Eudoxîa de la desgracia que amenazaba á su padre luego que llegase á Constantinopla. A esto añadió el modo, como le descubrió Severo, que llegó accidentalmente, creyendo que fuese de hecho el mercader, cuyo trage habia tomado Maxîmio.

Belisario, oyendo esto, despues de manifestar su sentimiento, con un ademan de afliccion, la dixo; la habeis errado, Antonina, os tocará llorar ese lance toda la vida, haciendole poner en la carcel por tal causa. Si Maxîmio es hijo de pobres padres, nos sobraran las riquezas, para hacerlo tambien rico. Su nobleza no es inferior á la nuestra, y por lo que se me acuerda del mismo, las veces que lo vi en sus tiernos años, debe ser de corazon excelente y honrado. Si Eudoxîa estaba prendada de él, ¿por qué no prevenirmelo, quando os avisé de mi determinacion de casar á Eudoxîa con Basílides? = Supe solo sus amores, despues que me participasteis el casamiento ya establecido. =

¿Está todavia Maxîmio en la carcel? =

No sé que le hayan dado libertad. = ¡Quanto deseára poder recompensar su fiel y constante amor á Eudoxîa, y el interés generoso que llevaba en su disfraz! ¿Qué otra cosa pretendia con su pronóstico, sino el deseo de que yo evitase la desgracia que me amenazaba, y que él debió saber sin duda por algun accidente? Si hay lugar, y las circunstancias me lo permiten, él será el esposo de Eudoxîa. = ¿Y Basílides? = ¿Habeis visto comparecer en vuestra casa al llegado Basílides? ¿Ha enviado por ventura á disculparse ó decir el motivo de no venir á ver á su esposa prometida? Esto os sea prueba de que Basílides no piensa mas en ella, ni en nosotros. =

= ¿Mas no está establecido el casamiento? = ¿Qué importa eso, quando se mudaron las circunstancias? Basílides está ya enterado sin duda de quanto me amenaza, ó se le vedó el desembarcar. ¡Quánto mas digno de Eudoxîa era Maxîmio, á quien tratasteis con tanto rigor! La gloria y la fortuna nos deslumbran, Antonina. La desgracia nos hace solo abrir los ojos, y conocer la verdad. = ¡Este es el gozo, y complacencia que me prometia en vuestra llegada, y en vuestro triunfo! = No espereis ya mas triunfos Antonina. Conviene que comencemos á armarnos de constancia contra la mudanza

de la fortuna. Por lo, que ví, y toqué, temo que no tardará la suerte en ponerme á prueba de sus reveses, y que se cumpla en mí, á la letra, el pronóstico de Maxîmio. = ¡Ah! ¡hubiese yo á lo menos seguido su consejo, de enviaros un barco para avisaros de lo que se tramaba en la corte! =

Ese aviso hubiera servido solamente para hacerme apreciar antes la fidelidad y amor de Maxîmio, que para evitar la desgracia, aunque estuviera cierto de venir á encontrarla. Quando la fortuna nos levanta al grado, en que me veo, no dexa otro partido en sus disfavores y contrariedades, que el soportarlas con fortaleza. Con esta hareis menor vuestra afliccion, qualquiera que sea la suerte que amenaza. = ¡Despedazais mi corazon! = Vale mas, Antonina, que os acostumbreis á oirlo de mi boca, que no que os llegue el golpe impensadamente, y que se os haga mas sensible. Voy entretanto á verme con Eudoxîa; quiero exâminar sus sentimientos sobre Maxîmio.

Dicho esto, dexa Belisario á su muger Antonina sumergida en llanto. Su ambicion, vivamente acometida de la desgracia, que parecia inevitable, se abandonó facilmente á las fieras penas, y congojas que acabaron poco despues con ella. Tenia sobre todo, en su alma, Belisario

á su amada hija Eudoxîa, y queria prevenirla con tiempo sobre la mudanza de su fortuna, para consolarla y fortalecer su corazon con sabios consejos. Ignoraba él lo mucho que habia contribuido Domitíla para consolidar en su ánimo la virtud, despues de haber renovado el gozo de su mutua y tierna confianza, la dixo: siento, amada Eudoxîa, haber ignorado tu afecto á Maxîmio, antes de establecer tu casamiento con Basílides, y siento mucho mas que su constante y apasionado amor haya sido motivo de su prision. Pero si por su causa sentiste en tu pecho repugnancia al casamiento con Basílides, consuelate, hija mia, pues recelo, que no le verás efectuado.

Eudoxîa, que estaba bien agena de oir tal discurso de boca de su padre, aunque sorprendida y penetrada del reconocimiento al amor paternal, le respondió: mi mayor consuelo, padre mio, es el obedecer á vuestras determinaciones, y dexar satisfechos vuestros deseos. Amé, es verdad, apasionadamente á Maxîmio, y sentí por su causa aversion al casamiento con Basílides; pero Domitíla no solamente disminuyó esta repugnancia mia, con sus sabios consejos, sino que tambien moderó mi amor á Maxîmio. Así me teneis dispuesta á tomar por marido, aquel que sea propuesto

por vuestra voluntad. Qualquiera de vuestras determinaciones me será siempre respetable. =

Alabo, Eudoxîa, vuestra virtuosa resignacion, y me dais motivo para apreciar mucho mas los sabios consejos de Domitila, que os la inspiraron. Con mayor satisfaccion podré, pues, participaros, que temo se desvanezca vuestro establecido casamiento con Basílides, especialmente si se llegan á verificar los fundados recelos que padezco sobre mi desgracia. Mas si esta sucede, temo tambien que no se pueda efectuar tampoco vuestro casamiento con Maxîmio. Sintiera sobre todo no poder recompensar de algun modo las generosas intenciones que este alimentaba, y los mismos medios de que se valió para que fuese informado de las amenazas de mi contraria suerte, á fin que la evitase, tomando el pronóstico, que recelo se cumpla. =

¡Ah! padre mio, ¿qué decis? él me pronosticó vuestra prision, y muerte. = ¿Y bien? ¿no pudiera suceder uno y otro? ¿Qué cosa podemos extrañar en este suelo? en ese caso deseára saber, hija mia, como llevariais la desgracia de vuestro padre. = ¡O amado padre! ¡La sola insinuacion oprime mi pecho, y despedaza mis entrañas. = Esto no es mas, Eudoxîa, que una suposicion de mi amor, para hacer prueba de vuestros sentimientos, aunque todo

nos esté diciendo que no hay desgracia que no pueda suceder al hombre. Supongamosla, pues, á pesar del dolor, para fortalecer así de antemano el corazon, en caso que la veamos cumplida. ¿Cómo os comportariais, si vierais llevar á la carcel á vuestro padre, y sacarlo de ella para darle la muerte en un cadahalso, hecho triste exemplo, y fatal espectáculo de la mudanza de la fortuna, y de la instabilidad de las grandezas humanas? =

¡No mas, padre mio, no mas! ¡O cielo! no resisto... ¡Ah padre! ¡me dais la muerte!... ¡O amada Eudoxîa!... perdona, hija mia, perdona; creia que el renovar por mí mismo la idea de mi muerte, pudiera seros menos sensible, y que lo fuera tambien á mí mismo. Pero es sobrado funesta para un padre, y para una hija, de suerte que dexe... de unir sus lágrimas á esas vuestras... ¡Ah! fortuna, no podrás ya grabar en mi pecho herida mas profunda que esta que me acabo de hacer á mí mismo. Eudoxîa, hija mia... = ¡O padre mio, yo muero! ¡Me falta aliento!... = Fuí sobrado cruel, hija mia, lo veo. Se desmintió mi corazon, que aprendió á no temer la muerte en el campo de batalla. Mas el amor paterno es mas fuerte que tu virtud, y que Belisario.

Lo que no recavára de mi pecho la fortu-

na; ni la muerte en otros lances, lo obtienen en este con vuestro llanto y desconsuelo. Mas ni el cadalso, ni la ignominia misma podrán ya amedrentar, Eudoxîa, á tu padre Belisario, despues que su dolor mas intenso no lo sufocó en tus brazos. Tal vez la representacion en idea de lo que reputaba mas terrible para mí, lo hará menos sensible de hecho, si acaso sucediere. Dimos ya, hija mia, todo el justo tributo de llanto, y de dolor á la naturaleza; en ninguna otra deuda le quedamos. Hicimos la experiencia mas cruel de nuestros corazones; demos tregua á nuestro acerbo sentimiento. Se sienten mucho mas los males, si nos asaltan de repente, cogiendonos desprevenidos. Es bien que recobren nuestros pechos su alterado sosiego. El temor de la desgracia no debe turbar, ni borrar la memoria de nuestras obligaciones.

Entre las mias cuento, Eudoxîa, el aliviar las penas de Maxîmio. El está encerrado en la carcel, no por otro motivo que por haber querido desviar mi desgracia. El justo reconocimiento á sus generosas intenciones, me sugiere que me emplee en conseguirle la libertad, mientras la tengo yo de hacerlo. Creo que será grato este mi oficio á vuestro amor para con él. Esto mismo aliviará en parte las funestas ideas que os suscité. = ¡Todo se acabó ya, padre mio, para mí!

¿Cómo es posible que ningun objeto en la tierra, alivie mi corazon, penetrado de la imagen de vuestra muerte? = Hija mia, la suposicion que os hice de ella, no es prueba cierta de que deba suceder. Pero si acontece, tu virtud queda ya prevenida; tu padre puso á prueba los consejos que te dió Domitíla. =

Cómo puede hacer la virtud, que permanezca insensible el corazon de una hija, que ve á su amado padre expuesto... ¡O Dios mio!... = La muerte, Eudoxîa, es el término de todos los males y accidentes de esta vida. Sea de enfermedad, ó de herida en la batalla, ó al golpe del verdugo, muere con la misma constancia el hombre fuerte. Se somete del mismo modo en qualquiera de estos lances á la superior fuerza de la necesidad, que todo lo avasalla en la tierra. La ignominia acompaña solamente al delito. La gloria de tu padre no se ofuscará en el cadahalso; no lo permitirá mi inocencia. Las suertes desgraciadas de los reyes que vencí, en vez de engreir mi corazon con las victorias conseguidas, me enseñaron al contrario, que no hay gloria, ni grandeza en este suelo, que no esté sujeta á mudanza. Si Cosroes, si Gelimer, si Vitiges, vieron trocadas sus fortunas, no deberá extrañar Belisario ver mudada la suya: no lo deberá su hija Eudoxîa. =

No lo extraño, padre mio, no lo extraño. No es tampoco la pérdida de vuestra grandeza y honores la que oprime mi corazon. Viles son para mí todos los bienes y riquezas de la tierra, en cotejo de vuestra vida. = Esa misma vida, Eudoxîa, es un bien incierto y sujeto, como los otros, á la variacion de la fortuna. Nacemos para morir. El rico y cómodo lecho no hace siempre la muerte mas dichosa, ni es tampoco la peor, la que padece el hombre honrado á vista del pueblo que lo llora, y lo justifica. Insta el tiempo, hija mia, y quiero ir á verme con el juez, para escusar, si puedo, la conducta de Maxîmio, á fin de conseguirle la libertad. = ¡O padre mio...! ¡Ah! vais á la muerte... ¡O' infeliz de mí...! = No es así, hija mia. Sosiegate. Si fuera á morir, no pudiera dispensarse mi amor de darte el último abrazo. Voy á obtener la libertad para Maxîmio, si esto se me concede.

Mal asegurada la inconsolable Eudoxîa de las protestas de su padre, no se hubiera podido desprender de él, si acudiendo Domitíla no hubiera persuadido y confortado su corazon, con sus amigables razones, y consejos. Pudo así Belisario, sin comunicar á ningun otro de su familia sus intenciones, encaminarse á boca noche, hacia la casa del juez á quien conocia,

y que hizo encarcelar á Maxîmio para disculpar su proceder, á fin de obtenerle la libertad. Se habian combinado entretanto en una junta de corte todos los expedientes y medios que se debian tomar para prender aquella misma noche á Belisario, juntamente con su muger Antonina, y su hija Eudoxîa sin que el pueblo lo sospechase; pues así no le quedaria al siguiente dia ningun objeto que pudiese excitarlo á revolucion.

Ninguna pequeña circunstancia se perdió de vista en el plan de la ruina de Belisario. Entraba tambien en él, humillar la ambicion y altaneria de Antonina, muy mal vista de la emperatriz Teodora, muger de Justiniano; y odiada, y envidiada de las mugeres de los cortesanos enemigos de Belisario. Antonina, y su inocente hija Eudoxîa, debian ser llevadas fuera de la ciudad á una pequeña casa alqueria, que era porcion de los bienes que tuvo en dote Antonina, la que concediendosela por gracia del emperador, hacia campear la misericordia cruel, que se usaba con ella, dexandola disfrutar aquel techo y termino, para que pudiese subsistir con los escasos productos que cultivaban algunos esclavos, á quienes habian tambien prendido, y sentir así mucho mas el peso de su desolacion, miseria, y abatimiento.

Se envió al mismo tiempo órden secreta á la armada, para que se hiciese á la vela aquella misma noche, despues que se hubiese hecho desembarcar el prisionero rey Vitiges, y su familia. A Basílides, prometido esposo de Eudoxîa, se le dió el mando de aquella expedicion, estorbando así su casamiento con la hija de Belisario. Solo se esperaba con impaciencia la llegada de Narses, con parte de la tropa que guardaba las fronteras de la Vulgaria, para contener al pueblo, é impedir algun alboroto en la determinada prision. Mas perdidas enteramente las esperanzas de que Narses llegase, no quisieron dexar pasar aquella noche sin haberse asegurado de Belisario, valiendose para ello de la tropa que habia en la ciudad, y de la que hicieron desembarcar de las naves á este mismo fin.

Aunque Belisario preveia su prision, quiso cumplir con el generoso oficio, en favor de Maxîmio, intercediendo con el juez para que lo sacase de la carcel. Mas no pudiendo conseguir por entonces su libertad, volvió mas satisfecho á su casa con la promesa del juez, de restituir quanto antes el preso á sus afligidos padres. Llegado á ella, encontró á dos deudos de Antonina que la estaban consolando, atendidos los temores y congojas, que ella misma manifestaba sobre la desgracia de su marido. Des-

mintió Belisario con su jovial serenidad los recelos de su muger, y los que él mismo fomentaba de que no pasaria aquella noche sin verse preso, deduciendolo del mensage de Sulpiciano, y de no haber comparecido en su casa ninguno de los oficiales de la armada especialmente Basílides, para ver y saludar á lo menos á su prometida esposa.

Movido de esto, quiso cumplir quanto antes con los oficios de marido, de padre, y de amigo otorgando en favor de los suyos el testamento. Para ello halló pretextos, á fin de ausentarse por poco tiempo de la compañía que habia venido á saludarlo, y que empeñada en consolar á Antonina, le dió tiempo, para declarar su postrera voluntad en escrito, dando por razon de hacerlo entonces, el preever de antemano su prision y su muerte, aunque no veia en sí ningun motivo que lo acusase reo en su conciencia. Que por lo tanto, de todos sus haberes dexaba herederas su muger Antonina, y su hija Eudoxîa, determinando dos cantidades expresadas que mandaba á Domitíla, y á Maxîmio, para manifestarles la gratitud que les debia. Rogaba por último al emperador quisiese atender antes á la inocencia de los que dexaba heredados, que á los servicios y victorias con que habia procurado extender la gloria del imperio.

Acabado de otorgar el testamento, volvió á la estancia, donde lo esperaban algunos de sus deudos y amigos para despedirse, por ser ya tarde. Mas apenas comenzó á entretenerse con ellos, quando entran dos esclavos consternados, diciendo: que la casa estaba llena de soldados, que iban apresando á quantos encontraban. Turbanse los presentes al oir esto: Antonina se abandona al terror, que sufocó su llanto y lamentos; algunos de sus deudos vencidos del susto, iban á esconderse en otras estancias, al tiempo que los sorprende Sulpiciano, que entraba capitaneando los soldados. A él, como al mayor enemigo de Belisario, se le habia confiado la prision.

Antonina, poseida del terror, no pudo resistir á la vista repentina de toda aquella gente armada; sino que rindiendose á la terrible consternacion que le infundió, y que le confirmaba el funesto pronóstico de Maxîmio, cayó casi muerta en el mismo asiento, de donde se habia levantado, despues de haber arrojado un fuerte grito. Belisario en pie, sin mudar la postura en que estaba conversando con un allegado suyo, esperó que llegasen alli á prenderlo sin manifestar alteracion en su presencia. Sulpiciano, atento á su comision, y conservando en ella su taimado caracter, se acercó á él diciendole con

comedimiento severo: Belisario, la determinacion del emperador no me dexó ningun arbitrio para escusarme de una comision, la mas triste para mí. Espero por lo mismo, que no me obligareis á que falte á los modos atentos que deseo guardar en ella. Ignoro los motivos que tiene el emperador para mandarme vuestra prision. Vuestra entereza me hace esperar que se os concederá plazo para justificar vuestra conducta.

Belisario, despues de haberle dexado decir, con sosegada serenidad le respondió así: Sulpiciano, no me llega de nuevo mi prision. La preví en el mismo mensage que me traxisteis de parte del emperador. Esto os debe asegurar, que no hallarán ningun estorbo los atentos modos que quisieseis usar conmigo. Mi justificacion, ó mi condenacion, inquietan poco á la entereza de mi conciencia. Asegurado de mi conducta, poca pena me da lo demas. Aqui me teneis. Solo os hago presente, que dexo otorgado el testamento de mi puño, y solo os ruego me permitais dar el último abrazo á mi muger, é hija Eudoxîa. Pero habiendolo ya rodeado los soldados, se escusó Sulpiciano, diciendo: que las ordenes que tenia del emperador no sufrian ulteriores dilaciones.

Fueron tambien presos los deudos y ami-

gos que se hallaban presentes. Mas al tiempo que sacaban de la estancia á Belisario, su hija Eudoxîa, que se hallaba en otra parte con Domitíla, buscando alivio á su acerbo sentimiento, avisada por una de las esclavas de la prision de su padre, salió llevada de su fiero dolor, para verle y abrazarle, juntamente con Domitíla, que la seguia. Pero como no las dexasen acercar los soldados, se abandonaron á las tristes demostraciones de su acerbo dolor, con altos sollozos y lamentos. Eudoxîa especialmente, levantados los brazos, deshecha en llanto, decia á los soldados; si es que le llevais á la muerte, aqui estoy, crueles, aqui me teneis. ¡Desmentid vuestra crueldad, uniendo la hija infeliz á su desgraciado padre!

Belisario, penetrado de la vista de su amada hija, sintiendo casi desfallecer su heroyca fortaleza, hizo ademan de querer pararse para abrazar á su Eudoxîa. Mas no permitiendoselo los soldados, solo se despidió de ella diciendola á Dios, y encomendandosela á Domitíla, la qual sintió faltarle la virtud, agitada del terror de aquel funesto espectáculo. Mas viendo que Eudoxîa iba á caer desfallecida, penetrada de la fatal despedida de su padre, la pudo sostener en sus brazos, y llevarla á la estancia mas vecina, donde acabó de perder enteramente

sus sentidos. Pero socorrida al instante de los remedios y esmeros de Domitíla, los recobró en breve, y con ellos la constancia y virtud bastante para llevar con mayor esfuerzo la nueva desgracia que la amenazaba, y que no tardó á llegar, viniendo á prenderla tambien otros soldados, luego que sacaron de la casa á su padre Belisario.

Eudoxîa, que se abandonó al dolor, en la funesta separacion de su amado padre, sostuvo con decoro, y esfuerzo heroyco su prision, sin manifestar asomo de terror, ni de flaqueza. No así la desdichada Antonina; pues aunque fué socorrida de sus esclavas en el desfallecimiento que padeció, quando vió entrar á Sulpiciano, parecia sin embargo haber perdido enteramente el uso de sus sentidos, quedando estos como embotados, y sin conocimiento de quanto pasaba por ella. En este estado la sacaron los guardias para unirla á su hija Eudoxîa; la qual al ver á su madre, aunque prorrumpió en llanto, lo sufocó para decirla: madre mia, la fortuna nos pone en una de sus mayores pruebas; pero despues que vi sin morir, arrancado de nuestro seno á mi buen padre Belisario, no creo que haya desgracia en la tierra que pueda acobardarnos, aunque sea la misma muerte.

Nada le respondió Antonina en su enage-

namiento, manifestando no conocer á su hija, y dexandose llevar de los soldados, que no se opusieron á la resolucion de Domitila, de seguir presa á su prisionera amiga, á quien confortaba con su exemplo, y consejos. Así las sacaron á todas tres fuera de casa, y de la ciudad, para llevarlas á la alquería indicada ya á los soldados, sin saber ellas á donde las conducian.

Apoderaronse entretanto otros comisionados de todas las riquezas, preciosos muebles y alhajas de la casa, que en otro tiempo, y aun poco antes, eran el cebo de la ambicion y vanidad de Antonina. Prendieron á todos los esclavos y esclavas, para que no pudiesen dar indicio de la prision de Belisario, pretendiendo tenerla secreta hasta la llegada de Narses, á quien esperaban de un momento á otro. Así en una sola noche, y en pocas horas, desaparecieron los grandes haberes, y gloria del ilustre Belisario, vencedor de tres reyes, y conquistador de tantos reynos y provincias. ¡O fortuna inconstante, y desconocida! ¿Y habrá quien inciense tus altares? ¿Quién vilmente se abata y humille para implorar tus funestos favores?

Luego que el emperador tuvo aviso de la prision de Belisario, envió orden á la armada para que zarpase, á fin de impedir que los sol-

dados, aficionados á Belisario, se alborotasen, si llegaban á saber su prision. En fuerza de estos miedos, se habian resuelto en junta de corte que se le diese garrote luego que llegase á la carcel. El mismo emperador condescendió tacitamente á esta cruel determinacion; pero rehusó ratificar tal sentencia, no viendo en tan ilustre general manifiesto delito de la infidelidad que se le imputaba, de quererse alzar con el reyno de Italia, pues las solas sospechas y temores, de que hubiese podido hacerlo, quedaban satisfechos con su venida á Constantinopla, y con su prision.

Así se pasó aquella noche infausta, cuyas tinieblas habian facilitado el prender sin tumulto al vencedor de Vitiges. Pero á pesar de todos los expedientes y cautelas que se tomaron para ocultar la prision al pueblo, la descubrió la luz del siguiente dia, divulgandose inmediatamente por toda la ciudad, con consternacion, y dolor de quantos la oian. Novedad tan extraña y sensible, tuvo al principio en suspension los juicios de gran parte de la gente, que no sabia atinar la grandeza del delito que suponia un proceder tan severo por parte de la corte. Mas apenas se sosegó la consternacion de los ánimos, dieron lugar en ellos á las verdaderas sospechas sobre el motivo de la pri-

sion de un hombre tan ilustre, que por lo mismo era temido.

Quanto mayor era el concepto, que de él tenian, y el afecto que todos le profesaban, tanto mas creian lo que sospechaban, excitandose la indignacion en sus pechos. Luego no reparaban los mas atrevidos á quejarse, ya en secreto, ya en público, de la ingratitud del emperador con el hombre mas glorioso, y benemerito. Estas quejas cundian en públicos corrillos, y las avivaban las noticias, que iban adquiriendo sobre la prision, y sobre los que tuvieron parte en ella; lo que provocaba mas sus pechos á la venganza. Toman de aqui motivo los mas poderosos para excitar, baxo mano, á los mas osados de la pleve, para que comenzasen á gritar por las calles, que fuese puesto en libertad Belisario, y muriesen sus enemigos.

Cunden estas voces, y cobran cuerpo, con los que se iban llegando á los primeros. Su número, creciendo bastante, para no temer á los soldados, los hace mas atrevidos, y se declara el motin, repitiendo á gritos por las calles, que muriesen los enemigos de Belisario, y obligando á quantos encontraban á formar cuerpo con ellos. Hechos así mas fuertes y licenciosos, no dudan en acometer las principales casas de los cortesanos, de quienes sospecha-

ban haber contribuido á la ruina de Belisairo. Cayó desgraciadamente en sus manos Sulpiciano, y otros, en quienes desahogaron el rencor de su venganza, sacandolos ignominiosamente de sus casas, y arrastrandolos por las calles, hacian mofa y escarnio de ellos, atormentando cruelmente sus cuerpos, hasta que espiraron á fuerza de sus fieros ultrages.

Cebados en su sangre los sediciosos, y en la de los soldados, que quisieron oponerse á sus crueles insolencias, no dudan presentarse ante el palacio del emperador, pidiendo á gritos la libertad de Belisario, y amenazando incendiar la ciudad, sino se lo entregaban vivo. Al primer aviso que recibió el emperador del tumulto, y de las voces del pueblo, que pedia la libertad de Belisario, sintió no haber seguido el parecer de los que le aconsejaron darle luego la muerte: y aunque hubiera deseado enviar luego orden para que lo executasen, lo contuvo el temor que le infundió el pueblo furioso, que instaba por la libertad del preso, y que unia sus ruegos á las amenazas, sin poderle hacer resistència.

Pero temia por otra parte, que el mismo pueblo osase proclamar emperador en vez suya, á Belisario, si se lo entregaba libre, como lo pretendia, y se verificasen las sospechas so-

bre las acusaciones que le hicieron sus enemigos de aspirar al imperio. Entre estas temerosas congojas le sugieren el expediente de enviar orden secreta á la carcel, para que sin ninguna dilacion lo privasen de la vista, pues así no tendria ya por que temerlo sin ojos, aunque se le diese la libertad.

El emperador aprueba el sugerimiento, y lo manda poner luego en execucion. Los verdugos, recibido el orden, cumplen con él á toda priesa, obligando á Belisario á recibir en los ojos el humo ardiente del vinagre, que derramaban sobre las ascuas, teniendo estirados por fuerza sus párpados. Prestóse Belisario á este tormento, sin quejarse, ni desplegar sus labios, hasta que conociendo que quedaba enteramente sin vista, dixo á los que le atormentaban, que no habia ya que temer que alcanzase otras victorias, ni traxese otros reyes cautivos á Constantinopla. Este funesto premio le destinaba la fortuna, por colmo de sus favores, á todas sus gloriosas empresas. Quedaron así en eternas tinieblas aquellos ojos, cuya luz, unida á la de su gran mente, formó aquella admirable táctica, que lo hizo uno de los mas ilustres generales de su tiempo, y de los siglos venideros.

Prometia entretanto el emperador á los

amotinados que instaban la libertad de Belisario, que condescenderia con su peticion, si se sosegaban, obligando para ello su real palabra. Tal era su ánimo: pero les daba largas con esta promesa condicionada, esperando el aviso, de haberse executado el orden de la privacion de la vista del preso. Mas ellos enfurecidos, viendo que no se les concedia luego, y de grado, lo que pedian, resuelven obtenerlo con la fuerza; y sin detenerse corren á forzar las carceles para dar libertad á quantos presos habia en ellas, para acrecentar el número de los facinerosos, y proceder con ellos á mayores desacatos. Consiguieron entrar en algunas con violencia, mas no pudieron forzar las torres, donde se hallaba Belisario, defendidas del mayor número de soldados que se habian recogido en ellas, y cuya oposicion fue causa que creciese el motin, y que sueltos la mayor parte de los presos, cometiesen en la ciudad mil desafueros.

Entre los puestos en libertad, se hallaba tambien el desdichado Maxîmio, á quien sacaron de la carcel los amotinados, muy ageno de pensar que se hubiese verificado tan presto su pronóstico, ignorando todavia la llegada de Belisario. Mas luego que supo hallarse preso, y que habian sacado de la ciudad á su muger Antonina, y á su hija Eudoxîa, olvidandose de su ca-

sa, y de sus padres, solo atendió á informarse del paradero de su amada, cuya memoria, arrojando de su pecho todas las pasadas angustias, y afanes, avivaba en él las esperanzas de poseer en la desgracia á la que le negaban antes, la fortuna y grandeza de la misma. Informado, pues, del sitio en que se hallaba, sin detenerse á descansar de sus padecidos trabajos, ni á consolar con su presencia sus afligidos padres, resuelve ir en busca de su amada Eudoxîa, determinado á servirla, y á servirla de esclavo. ¿A qué no obliga, y de qué no es capaz un amor tierno y ardiente?

Tomando, pues, el camino de la indicada alquería, lo seguia con un ardiente gozo, mezclado del contrario afecto de tristeza que le infundia el estado de miseria en que la hallaria, perdidos todos sus grandes haberes, grandezas, y gloria, con la pérdida mas sensible de su amado padre, á quien ella lloraria en su acerba afliccion y abatimiento. Se lisonjeaba, sin embargo, poderla prestar algun alivio y consuelo en su desgracia, con sus servicios, y con ellos merecer su posesion, mucho mas despues que supo en la ciudad haber partido Basílides con su armada; noticia que llenó de júbilo su corazon, y que avivaba sus pasos hacia el sitio que se le habia destinado á su infeliz amante, de la

que iba tomando lengua por el camino.

Mas antes de llegar, acordandosele que Antonina podia servir de estorbo á sus amorosos intentos, y que tal vez lo echaria de sí, desdeñando sus ofrecimientos, si los hacia á cara descubierta, pensó fingirse méndigo, como se habia fingido antes mercader, pues de este modo, con el pretexto de entrar á pedir limosna, veria el estado en que se hallaban madre, é hija, y las circunstancias de la casa, para tomar mejor sus medidas, y conseguir lo que queria. Apenas le vino esta feliz ocurrencia, la abraza, y resuelve poner en execucion sobre la marcha, y sin detenerse, se disfraza en méndigo, del mejor modo que pudo. Para ello se desprende del manto bastante decente que llevaba, y lo dexa sobre un ribazo á la ventura del primero que lo encontrase; cíñese la frente con un pañuelo sucio que le habia servido en la carcel, dexando caer las greñas por las mexillas, á fin de desfigurar su fisonomía. Ensucia con polvo, y lodo su túnica, en que hizo muchos rasgones, y con algunos pedazos de ella se vendó una pierna, con que fingia tener en ella una llaga, sosteniendo á este fin su cogera, con un tosco ramo que le vino á las manos por el camino.

De esta suerte se presenta Maxîmio, pal-

pitandole el corazon, á la infeliz casilla que le indicaron, solo, y triste asilo que dexó la fortuna á las que poco antes aventajaban en riquezas, y abundancia á los mayores grandes del imperio. Tenian orden los soldados que las conduxeron á ella de dexarlas inmediatamente, sin prestarlas ningun socorro, y así lo hicieron, obedeciendo á quien los capitaneaba. Por todo el camino, la desdichada Antonina continuó á estar en su entorpecido enagenamiento. Eudoxîa, aunque oprimida de dolor, y de susto, viendose llevar de aquella gente armada entre las tinieblas de la noche, creia que las conduxesen á la muerte, á un lugar apartado de la ciudad: y en ésta funesta idea, plañía la muerte de su buen padre, antes que la propia, y la de Domitíla, su constante amiga, que quiso acompañarla en aquel terrible lance, temiendo que la matasen tambien por su causa. La misma Domitíla no iba agena de estos temores; pero su esforzada resolucion en seguir á su amada Eudoxîa, le servia de algun consuelo, en caso que hubiese de morir con ella.

Duraron estas funestas sospechas, hasta que llegadas á la casilla, la intimó el capitan las ordenes que tenia de dexarlas en ella, destinandosela por morada la clemencia del emperador. Eudoxîa, al reconocerse, y verse sola con

su madre, y con Domitíla, desamparadas de los soldados que las conduxeron, aunque sintió desvanecerse de un golpe los temores de la muerte, no pudo dexar de abrazarse con su madre prorumpiendo en tan ardientes sollozos, que casi la sufocaban, sin poder proferir palabra. No pudo contener tampoco los suyos Domitíla, á tal vista, y á la de la miseria y pobreza que le presentaban los desnudos quartos de aquella infeliz habitacion, á la escasa luz del dia que comenzaba á despuntar, sin ver otros muebles, ni otro lecho, donde poder descansar, que unas pajas amontonadas en un rincon.

Esta vista avivó en su pecho los fuertes sentimientos de la virtud, y los santos consejos que dió sobre ella á Eudoxîa: de los mismos se sirvió entonces para consolarla y confortarla en aquella miseria y desolacion; sufocando, pues, su propia ternura, y el llanto que la arrancaba su inconsolable amiga, abrazada con su madre, la dixo: que aquellos sollozos y lamentos, no remediaban á su buena madre en el infeliz estado en que se hallaba; pues no pudiendo tenerse en pie, seria bien que la llevasen á descansar sobre las pajas que alli habia. Eudoxîa, echando de ver en su dolor la necesidad de su madre, condescendió con la instancia de

Domitíla, sin desistir de su llanto, y entre las dos la dexaron colocada en aquel lecho miserable.

Pareció que dispertase ella entonces de un profundo letargo, arrojando algunos suspiros, y dexando caer de sus ojos, por las mexillas, algunas lágrimas. Eudoxîa se sentó junto á ella continuando en su llanto, compadecida, é interesada por su madre, cuya infelicidad sentia antes que la propia; y asiendola de una mano, movida de su tierno amor, la decia: ó madre mia, el cielo ha querido probarnos con estos terribles trabajos y desventuras. Una sola de ellas hubiera podido acabar con nosotras: mas ya que no se nos concedió la muerte, saquemos partido de la virtud para soportar nuestros trabajos con resignacion y constancia.

Aunque Antonina mostraba irse recobrando poco á poco de su fiera consternacion y aturdimiento, nada respondia á su hija, que se esmeraba en confortarla y consolarla, arrojando solo profundos y dolorosos suspiros. Domitíla, atendiendo á las fatales circunstancias en que se hallaban, pensó en ir registrando aquella infeliz habitacion para ver si encontraba algun utensilio, ó comestible, para socorrer á la desfallecida Antonina. No encontrando cosa alguna, y echando de ver que la habian privado de todo

socorro humano, reduciendolas á la mas horrible mendicidad, resolvió ir á implorar la compasion de los primeros labradores que encontrase, para poder socorrer de algun modo á la desdichada y casi moribunda Antonina.

Propone, pues, á Eudoxîa sus intenciones, quando al tiempo de ir á ponerlas en execucion, oyen tocar á la puerta. Era cabalmente el disfrazado Maxîmio, el qual antes de llegar á la casilla, haciendo, compungido á su vista, un rápido cotejo en su imaginacion, de aquella pobreza y soledad, con la magnificencia, y riqueza de la casa que antes habitaba su adorada Eudoxîa, servida de tantos esclavos y esclavas, no pudo contener las lágrimas que casi enfriaron las ardientes ansias con que llegaba. Ocurriendole luego, que aquel mismo llanto podia contribuir para remedar mejor el méndigo, que representaba, se esforzó en llegar á la puerta que halló abierta, y tocando á ella con el palo que llevaba, decia: ¡buenas almas, apiadaos de un miserable que no puede ganar la vida con sus manos, impedido de los ayes, con que quiso mortificarlo su desventura! Quiera el cielo remunerar la misericordia, que con él usáreis, y que os pido con llanto, animado de la mayor veneracion y respeto.

Domitila, que iba á poner en execucion

sus piadosas intenciones, contenida del repentino llamamiento y voces del pobre, volvió atras para decirle á Eudoxîa, que el cielo les enviaba oportunamente aquel méndigo; porque siendo tal vez de aquellos contornos, las podia servir en la necesidad y falta de todas las cosas, en que se encontraban: que para esto iba á llamarlo. Así lo hizo, diciendo luego que vió á Maxîmio sin conocerle: entrad, que estamos tambien en estado de recibir caridad de vos; así nos la haremos mutuamente. El accidental hallazgo de una prenda amada, no suele causar tanto gozo, quanto la vista de Domitíla al ansioso Maxîmio, y mucho mas el convite que le hacia para que entrase, que era lo que principalmente anhelaba, y así la respondió: que lo haria de muy buena gana, que alli le tenia á su servicio. Diciendo esto, entró siguiendo á Domitíla, que le precedia, hácia el quarto en que se hallaba Antonina tendida sobre la paja, y Eudoxîa á su lado, que la confortaba.

Maxîmio, al descubrir el objeto de sus amorosos anhelos en aquel estado de miseria, sentada sobre la paja, sin ver ningun mueble, en un négro quarto que horrorizaba; la ternura, el amor, la compasion y el sentimiento, oprimieron tan improvisamente á su pecho, que dando al traves con su instantaneo gozo, le obli-

garon á apoyarse de veras al tosco palo, que llevaba, para no caer en el suelo, prorumpiendo al mismo tiempo en tales, y tan recios sollozos, que llamó la atencion de Eudoxîa y Domitila, que en vez de hacerle el encargo que queria, se vió precisada á preguntarle porque lloraba tanto, y si eran tan grandes sus males y desventuras que le obligasen á ello.

El sollozante Maxîmio, que llevaba de antemano meditado lo que habia de fingir, para encubrir mas á sus ojos, se valió entonces de su meditada ficcion, que disimulaba, y escusaba su gran llanto, respondiendo á Domitíla sin cesar de llorar. ¡O y si son grandes mis males! mi nombre solo os dirá bastante; quales son ellos, pues no habrán podido dexar de llegar á vuestros oidos. Soy el infeliz Damasio, de la villa de Esterobea, pero distante de aqui. Ninguna noticia tuvimos de vuestras desgracias, le respondió Domitíla muy compadecida, ni oimos tampoco jamas vuestro nombre; mas grandes deberán ser vuestras desgracias, si por el solo nombre hemos de tener conocimiento de ellas. Largo fuera contarlas por entero, dixo Maxîmio, ni el llanto en que dia y noche me deshago, me lo permite. Sabed en breve, que mi padre Enehisio fué privado de la vida, y despojado de sus grandes haberes por el em-

perador, y yo, aunque inocente, echado de mi casa, y desposeido de la herencia paterna, me veo precisado á mendigar el sustento, en la horrible laceria, y pobreza en que me veis.

Eudoxîa, oyendo una semejanza cabal de su estado, en aquel infeliz mozo, que hacia tan interesante su relacion, no pudo dexar de renovar sus sollozos. Domitíla, aunque enternecida tambien, se esforzó á decirle: en igual desgracia nos encontramos nosotras. Bien tenemos motivo para compadeceros, y nos vemos necesitadas á rogaros querais ayudarnos en nuestra necesidad. No conocemos á ninguno de estos contornos, y faltas de todo mueble y comestible, quisieramos proveer algun sustento, para socorrer á esa enferma, que veis ahí tendida sobre la paja.

¡Ah! exclamó Maxîmio; permitid que os manifieste tambien mi enternecida compasion y maravilla, al ver el extraño contraste de objetos, que se me presentan á la vista. Esta pobre casa desnuda, tres mugeres solas en trage de ricas ciudadanas: vuestros rostros, que llevan impresos el terror, el dolor, y la afliccion: la falta de aquellos pobres muebles, de que estan abastecidos los mas miserables labradores; todo, en fin, me está diciendo, que hay aqui una extraña novedad y desgracia que ignoro y que

deseára saber. En dos palabras, vais á quedar enterado, dixo Domitíla. Aquella es la muger, esta la hija de Belisario. ¡O cielos! exclamó con llanto Maxîmio, y levantando las manos al cielo, luego volvió á decir: ¿aquella la muger, esta la hija de Belisario?... ¡Ah! perdonad, si mi aturdida admiracion manifiesta en cierto modo desconfiar de lo que me decís. A quien no deberá parecer imposible ver á la hija del ilustre Belisario, del vencedor...

No pudo pasar adelante Maxîmio, prorumpiendo en nuevos sollozos, y haciendo prorumpir en ellos á Eudoxîa, inconsolable con la memoria que le renovaba Maxîmio de su amado padre Belisario, á quien nombraba en sus lamentos. Vióse precisada Domitíla á decirles: con esos llantos no remediamos la urgente necesidad de socorrer á la enferma. Y así, Damasio, escusad el renovar pasadas memorias, y hacednos el favor de proveernos algun sustento. Aqui teneis estos pendientes, que podeis vender en la vecina villa de Esterobea; con ellos... No, Domitíla, no, dixo Eudoxîa, interrumpiendola: me despedazais el corazon. Conservad esos pendientes, aqui está este collar de perlas que llevo. Este debe servir para proveer lo necesario para mi madre.

Ese servirá para otra ocasion, dixo Domi-

tíla, quiero hacer primero experiencia con estos pendientes, que valen mucho menos, de la fidelidad de Damasio. Su sincéro llanto y su ingenua compasion, no dexan ninguna duda á la confianza que me merece. Mas persistiendo Eudoxîa en querer entregarle el collar, Maxîmio rehusó uno y otro, diciendo: ¡ah! para manifestaros mis sincéros sentimientos, no necesito de prenda alguna de vuestra confianza. Espero socorrer sin ella vuestra presente necesidad. ¿Qué se me negará de quanto pidiere, en nombre de quienes tan de cerca pertenecen al ilustre Belisario? Dicho esto, sin querer atender á sus instancias, las vuelve la espalda y se va afectando su cogera, que avivaba la satisfaccion que sentia de no haber sido conocido.

Le quedaba algun dinero, del que le suministraron sus padres en la carcel, y con él esperaba socorrer la necesidad de su amada Eudoxîa y Domitíla, y de aquella misma Antonina que fue causa de su prision, y cuyo horrible estado de abandono y miseria, acabó de sufocar en su pecho el resentimiento que conservaba á su altaneria, y á los soberbios modos con que le trató, hasta hacerlo poner en la carcel. Ahora movido á compasion por ella, se encaminó á una vecina casa de labradores, á

quienes rogó quisiesen venderle todo lo necesario, para socorrer y alimentar á la muger, é hija del ilustre Belisario, que se hallaban en la mas terrible miseria.

Ignoraba todavia aquella gente la desgracia de Belisario, y que tuviesen tan cerca la muger, é hija del mismo. Les parecia por esto imposible, lo que aquel pobre les decia, temiendo que les quisiese engañar con aquel pretexto. Mas diciendoles él: que á mas de desmentir con su dinero lo que reputaban ficcion, podian ir á certificarse con sus ojos de la verdad de lo que les decia, le entregaron parte de lo necesario, para alimentar á la enferma, y parte quiso llevarlo por sí una labradora y su hija, curiosas de ver, y averiguar aquella novedad, que no acababan de creer, hasta que se certificaron con asustada admiracion, de lo que les parecia imposible.

Enternecidas de aquella lastimosa vista, que les presentaban las tres ilustres desgraciadas, se ofrecieron á servirlas en todo lo que quisiesen mandarlas. Eudoxîa y Domitíla, agradecieron á las las labradoras sus compasivos ofrecimientos, y la diligencia y servicios á Damasio, el qual recibidas sus agradecidas expresiones, atendia á disponer el hogar que hàbia en aquel mismo quarto, para poner el puchero á

la lumbre, yendo tambien á este fin á recoger leña por el campo. El amor enardecia sus pasos y sus esmeros. La labradora entretanto apiadada del infeliz estado de Antonina, que parecia querer morir de dolor, propuso á Eudoxîa, y á Domitíla, que si querian, podia dar en su casa á la enferma un lecho, aunque pobre, pues no le tenia mejor.

Eudoxîa, oido esto, deseando aliviar á su madre, y sacarla de aquella paja, en que estaba casi sumida, le refirió el ofrecimiento de aquella caritativa labradora, exhortandola á que se aprovechase de él, á lo menos hasta que se restableciese de su consternacion, y mortal abatimiento. Pero Antonina abandonada á su tétrica desesperacion, le respondió: que nada queria, sino la muerte, que ella sola podia poner fin á sus males intolerables. En vano se esforzaba tambien Domitíla en persuadirla á aceptar aquella oferta. Desechaba Antonina todos los atentos oficios, y alivios que se le querian prestar, resuelta á dexarse morir de la fiera afliccion, que hizo terrible presa en su ánimo ambicioso y vano, al verse tan abatida y desgraciada, diciendo que queria seguir voluntariamente al sepulcro á su infeliz marido Belisario.

Esta obstinacion, y las expresiones con que la acompañaba sobre la infeliz suerte de Beli-

sario, renovó el dolor y la memoria de su padre, en el ánimo de Eudoxîa, que prorumpió en nuevos sollozos y lamentos, como si el dicho de su madre Antonina confirmase de hecho la muerte de su padre. Damasio que la oia, mientras acababa de disponer el hogar, se sintió movido á sacarla de sus dolorosas dudas, yendo á la ciudad, para saber el exîto del motin, y de la prision de Belisario, estando ya seguro, que seria bien visto y recibido, siempre que volviese á aquel infeliz asilo, que dexó la fortuna á su adorada Eudoxîa.

Se lisongeó á mas de esto, que si los amotinados conseguian sacar de la prision á Belisario, segun manifestaban querer, quando lo sacaron á él de la carcel, podria ir á darle noticia del lugar en que se hallaban su muger, y su hija, con lo qual ganaria su amor aquellas albricias, y las que tambien se prometia de Eudoxîa, volviendo á darle las alegres nuevas de la libertad de su padre. Avivadas con esta ocurrencia sus ansias, dirige la palabra á Eudoxîa, que continuaba en sus lamentos y sollozos, diciendola con afectuosa expresion, nacida de la amorosa ternura: señora, quedais servida en lo que os dignasteis mandarme, si quereis, iré tambien á la ciudad á informarme del paradero de vuestro padre.

¿De mi padre? exclamó Eudoxîa. ¡O cielos! ¡Lo perdí para siempre!... No por cierto, replicó Damasio, á no ser que haya muerto en el tiempo que me hallo aqui, pues antes de venir, supe que vivia. ¿Será posible? continuó á decir Eudoxîa en sus sollozos. ¡Ah! ¿Cómo podré satisfacer á tan señalado servicio, que me quereis hacer? No pretendo otra satisfaccion, señora, que la misma que yo pruebo en serviros, y en el cumplimiento de vuestros deseos: si no quereis mas que esto, voy inmediatamente á executarlo. Parte luego al punto Damasio, impelido del gozo de servir á su amada, llevando consigo la deliciosa satisfaccion de haberla visto y hablado tan á su grado, sin haber sido tampoco conocido de la misma.

Un sucesivo tumulto de dulces lisonjas y esperanzas nacia á cada instante en su corazon, pareciendole que ya la poseia; que la suerte habia derribado á Eudoxîa de su grandeza y abundancia, solo para que él la consiguiese, y para hacerle con ella el hombre mas dichoso de la tierra. Con tan suaves afectos iba prosiguiendo á largo paso su camino, ansioso de llegar á la ciudad, y de saber el exîto del motin. Mas comenzaron luego á enfriar sus ansias y deseos los muchos que iba encontrando, y que

huyendo de la ciudad, le decian: qué el general Narses habia entrado en ella, y hacia una horrenda carniceria de los amotinados, sin perdonar á edad, ni á sexô.

Asustado, y contenido de esta triste noticia, no se atrevió á llegar aquella tarde á Constantinopla, resolviendo pasar la noche en algun establo, ó pajar de las vecinas alquerías, para poder tener noticias mas individuales al siguiente dia, y entrar así con mas seguridad y confianza, encubierto con su disfraz de méndigo; pues esperaba que la noche pondria fin al estrago que hacian los soldados de Narses en los ciudadanos.

Entretanto que Damasio se encaminaba á la ciudad, viendo la oficiosa labradora que quedó con su hija en la alquería, que eran inutiles las instancias de Eudoxîa, y de Domitíla, para que Antonina pasase á su casa, y á la cama que en ella le ofrecia, quiso traerla alli, esperando que á su vista, se resolveria á aceptarla la enferma. Vinieron bien en ello Eudoxîa, y Domitíla, que entraron en las mismas lisonjas de la oficiosa labradora. Domitíla para empeñarla mas, y manifestarle su reconocimiento, le dió en regalo los pendientes que rehusó Damasio; y que ella aceptó de mil amores, sin que lo echase de ver Eudoxîa, de la qual quiso re-

catarse Domitíla, para que no lo sintiese.

Traida la pobre cama, conoció Antonina el oficio que se le queria hacer, y despues de haber manifestado oponerse, exclamó: ¡ay de mí, la mas infeliz, y miserable de todas las mugeres! Dexadme morir, os ruego, dexadme morir. La afligida Eudoxîa, esperando hacerla condescender á sus ruegos, le dixo entonces: ¡ó mi muy amada madre! el cielo permitió que nos viesemos pobres, é infelices, para que purificasemos nuestros corazones en el crisol de tantos trabajos, y desdichas. Con ellas nos quiere manifestar que no hay ningun bien ni grandeza segura ni permanente en la tierra, sino la virtud. Esta nos aconseja, á que conformemos nuestros sentimientos con la determinacion de la divina providencia. =

¡Ah! ¡infeliz hija mia! ¿Cómo es posible sobrevivir á tan horrible ignominia, y abandono? ¿Qué se dirá de mí? ¿Qué pensarán de mí miserable, reducida á tal oprobrio, y necesidad? ¡Ah!... = ¡O madre mia, esas ideas solo sirven para acrecentar vuestra mortal afliccion! El pobre, que acaba de partir, y de prestarnos sus atentos y compasivos servicios, perdió tambien su padre, sus haberes y comodidades, y se ve reducido, como nosotras, á un estado miserable. No somos solas desgracia-

das en la tierra; ni nuestra pasada grandeza debe, ahora contribuir para agrabar nuestra tristeza y desventura; comencemos, madre mia, á llevarla con resignacion. = ¡Tantas preciosas joyas perdidas! ¡tantos honores desvanecidos! ¿Y en tan grande miseria se pudo ver la muger de Belisario? ¡O crueles memorias! me dais la muerte. =

Ahora experimentais, que ni esas joyas, ni esos honores ni riquezas eran nuestras, sino bienes prestados de la fortuna, que los quiso recobrar quando se le antojó. Por lo mismo los debeis ahora mirar con menosprecio; así no sentireis tanto su pérdida, ni vuestra presente pobreza, y necesidad. = ¿Y Belisario?... ¿Qué se hizo Belisario? ¿Qué es de él? ¡O cielos!... = Ese solo bien escusa nuestras lágrimas, y nuestro justo dolor. Mas todavia no sabemos haberlo perdido enteramente. = Sí, sí, lo perdimos. ¡Me lo asegura el fiero dolor, que me sufoca, que taladra mis entrañas! = Su inocencia y entereza deben antes, madre mia, fomentar las esperanzas de recobrarlo. El pobre que encaminó aqui el cielo se fue á la ciudad á informarse de su paradero, y me prometió que me traeria nuevas, asegurandome, que vivia. Tranquilizad vuestro espíritu, y sobreponeos á vuestra terrible afliccion, la qual pue-

de acarrearos la muerte. = Esa es la que deseo. Ella sola puede poner fin á una vida aborrecible y que detesto.

Así proseguia en lamentarse Antonina, y en consolarla, aunque en vano, su hija Eudoxîa, sin poder recavar que pasase á la cama, que aderezaron las labradoras, ayudadas de Domitíla, mientras Eudoxîa la estaba confortando, siendo inutiles sus esmeros, tentaron ofrecerle el alimento, que podia ser de alivio á su flaqueza; pero Antonina lo rehusó tambien con obstinacion, diciendoles: que no se cansasen, que estaba resuelta á morir; que desistiesen de querer prolongar su intolerable desventura. Persuadida entonces Eudoxîa de la firme resolucion de su madre en querer morir, no pudo contener el llanto, temiendo perderla de hecho. Movida de su dolor, postróse ante ella de rodillas, y juntas las manos, la decia bañada en lágrimas. ¡O amada madre! ¿Por qué quereis que la muerte os usurpe el mérito que pudiera adquirir vuestra resignacion, y paciencia? estas harán vuestra alma acreedora, en medio de tantos males, á la piedad del Omnipotente, único autor de nuestra vida y muerte. A su divino arbitrio queda reservado el derecho de disponer de la vida que nos concede. =

¡Me despedazas el alma, Eudoxîa! ¡me

despedazas el alma! = Conceded á lo menos á mi llanto, á mi dolor, el consuelo de veros recibir este escaso alimento. Tomadlo siquiera por amor mio; por amor de vuestra hija Eudoxîa, que aqui de rodillas os suplica con el mas ardiente afecto. Mostrad en esta condescendencia, pue me amais, que no me quereis desamparar por ceder al dolor de vuestros perdidos bienes, antes que á mis esmeros y cariño. Si llegais á morir, si os pierdo, madre mia, pierdo con vos mi mayor alivio, y consuelo en la desgracia. Con vos se me hará llevadera la pobreza, la mayor miseria. Con vos soportaré con esfuerzo, y si quereis, con complacencia, la ignominia, y el oprobrio. Por vos arrostraré el menosprecio, y se atreverá vuestra hija, la hija de Belisario, á implorar la comiseracion de los hombres, pidiendoles el sustento para aliviar vuestra necesidad. =

No mas, Eudoxîa, no mas... ¡O infeliz Antonina! ¡O muerte, acaba!... = No, madre mia; no me será sensible pedir limosna por vos. Antes bien lo haré con dulce satisfaccion, que yo prefiera á toda nuestra antigua grandeza, si solo así pudiera sustentar vuestra vida. Mas antes de vernos reducidas á pedir limosna nos quedan brazos, y firme voluntad para ganar vuestro sustento con la labor. La buena Do-

mitíla nos ayudará, y nos confortará con sus consejos. No querais, madre mia, desconocer sus atentos esmeros, y los cuidados que puso en proveer ese alimento, que con tanto cariño os ofrece. A lo menos con voluntad, dixo Domitíla, de verla recobrar sus piadosos afectos. La muger de Belisario, en ese mismo infeliz estado debiera reputarse superior á todos sus perdidos bienes, y grandeza.

No, Antonina, la fortuna adversa no os puede quitar este glorioso título, que os hace mas respetable, tendida en esa paja, que ataviada con las ricas galas y joyas. Si os vieran en tal estado los que os reduxeron á él, en vez de tener motivo de complacerse de vuestra miseria, se llenarian de confusion si os vieran en ella, mayor que todos los males, que os causaron, llevandolos con heroyca serenidad y resignacion. Os fuera entonces mas ilustre esta pobre casa, esta miseria y abandono en que os hallais, que vuestros magníficos palacios y los mentidos cortejos y honores, que os hacian aquellos, que antes os acataban en vuestra riqueza, y fortuna. = ¡Ah! ¡desdichada de mí! Todo lo perdí, Domitíla. ¡Todo lo perdí!... = Nada habreis perdido, si nada de todo lo perdido continúa á merecer vuestra estimacion y aprecio. = ¡Antes tanta riqueza, y ahora tanta

miseria, y oprobrio! ¡Ah! no os canseis, dexad que muera en mi funesta humillacion y abatimiento.

Dicho esto, arroja un profundo suspiro, volviendo luego á su enagenamiento, é insensible inmobilidad, que hizo vanos los ulteriores ruegos, é instancias que le hacian con llanto Eudoxîa y Domitíla. La labradora, viendo la resistencia de Antonina en pasar á la cama, ya dispuesta, pensó en ir á llamar á su marido, y á un hijo suyo, para que ellos la trasladasen en brazos, obligandola á condescender con los ruegos de su hija Eudoxîa. Llegaron estos al tiempo en que Antonina, sorprendida de su doloroso parasismo, no pudo impedir, ni resistir su atento oficio, siendo trasladada por ellos á la cama sin que lo conociese, ni sintiese; lo que infundió tristisimas sospechas á Eudoxîa, de que hubiese muerto. Sosególa Domitíla, reconociendo en ella vital palpitacion, y asegurada de esto, agradeció á los labradores su compasivo servicio, y les rogó por ser ya tarde, se volviesen á su casa, pues habian de madrugar para volver á su trabajo.

Partidos todos los labradores, quedaron solas Eudoxîa, y Domitíla en compañia de la enagenada Antonina. Mas las tinieblas de la noche, realzando el horror de aquella obscura y

triste soledad, á la escasa luz de la lumbre, que ardia en el hogar, agravaron la afliccion y dolor, en que Eudoxîa se hallaba por el infeliz estado de su madre, á quien, sin embargo, quiso dispertar de su letargo, con llorosas instancias y lamentos. Antonina á las voces de su hija dolorida respondió solo con algunos suspiros, por respuesta. Le aconsejó entonces Domitíla, que no la molestase mas, sino que la dexase descansar; pues si podia tomar el sueño tal vez este contribuiria á dar tregua á su suma afliccion y sentimiento.

Condescendió Eudoxîa con la insinuacion de Domitíla, é impelida del tierno reconocimiento á la cordial bondad y virtud de tal amiga, se abraza de repente con ella, sollozando amargamente, y con lágrimas le decia: ¡ó dulcisima, y respetable amiga mia! ¿Qué fuera de mí, si me hubiese faltado vuestro amparo, vuestra asistencia, vuestros santos consejos? ¿Sin ellos, sin vos, cómo hubiera podido yo resistir al peso de sus desventuras, que todas á una se desplomaron sobre mi corazon sensible? mil veces hubiera yo muerto: por lo mismo no extraño los crueles efectos del sentimiento, á que se rindió mi buena madre.

La debemos compadecer, no hay duda, le dixo Domitíla; mucho mas no habiendo te-

nido su corazon de antemano luz alguna de sabiduría, ni estudio moral que la fortaleciese contra las desgracias y males que la pudieran sobrevenir. Verdad es, que vuestra madre era devota, piadosa, y de inculpables costumbres, pero esto mismo os servirá de prueba, que la devocion y piedad, sin el estudio moral que instruya y convenza al entendimiento, no son bastantes para que el ánimo se sobreponga á los males y desgracias que la acontecen. Suelen algunos al verse humillados y oprimidos de la desgracia, recurrir al cielo, y á su Criador, para que los conforte, y saque de su oprobrio y miseria.

Este expediente es loable, mas fuera un milagro que el cielo los hiciese superiores á su tristeza y abatimiento, por quanto el Criador dexa obrar en la tierra á las causas que recibieron su primer impulso, quedando al alvedrio del hombre el valerse de los medios y luces que le ofreció para gobernarse en este suelo, y perfeccionar su interior, sin lo qual lo avasallaran necesariamente su ignorancia, sus preocupaciones, sus pasiones; y el alma, señoreada de la vanidad, de la ambicion, del demasiado aprecio de las riquezas, humillada, y abatida en la pérdida de las mismas, saca alguna especie de satisfaccion de su fervoroso recurso á la piedad

omnipotente; por quanto aquella confianza que pierde, en los hombres que la desamparan, la pone con certidumbre en la divina misericordia. Mas este alivio es pasagero, ni destruye la tristeza, ni el sentimiento que quedan pegados al corazon, que lo oprime y atormenta, avivando el aprecio de los bienes que le quitó la desgracia, y en los quales confiaba.

Así, pues, como fuera milagro que un idiota adquiriese una ciencia en fuerza de sus súplicas al cielo, lo fuera así tambien, que en fuerza de iguales súplicas, adquiriesen los desgraciados la serena superioridad, y la fuerte indiferencia que conserva la virtud, en las desgracias que le suceden, y que la misma infunde á los que en ella de antemano se exercitaron; pues su adquisicion, en términos naturales, exîge mayor estudio, y exercicio de reflexîon, que las otras ciencias que se aprenden, debiendo luchar la razon y el entendimiento, con los rebeldes afectos del ánimo, con las opiniones del mundo, que debe combatir, con opiniones enteramente opuestas, para alcanzar aquella sublime fuerza de sentimientos, y aquella imperturbabilidad, de que dixeron los mismos gentiles, que no habia cosa mas digna del Criador, y de las adoraciones de los hombres.

Lo es, no hay duda, por quanto se re-

puta lo mas arduo y dificil de conseguir. Mas no por eso se hace imposible, á quien se exercita por grados en la virtud, pues lo consigue insensiblemente, y sin que se eche de ver. Podrá bien, sí, conmoverse y resentirse al golpe de la desventura; podrá padecer afliccion y dolor á vista de la pobreza, y del oprobrio que lo asalta; cederá á la fuerza que lo arroja en el seno de la miseria; mas volviendo luego en sí, hallará remedio en las reflexîones y afectos virtuosos que adquirió su mente y su corazon; los quales le servirán de alivio y de consuelo en medio de la miseria, y de los males que la cercan; le harán llevaderos sus trabajos, y tal vez, alegrarse con su ignominia.

En este caso nos hallamos, amada Eudoxîa. Vos recibisteis luces y conocimiento de sabiduria moral; os exercitais en la virtud, y con sus reflexîones y exercicio, dispusisteis poco á poco vuestro ánimo para resistir á la desgracia, aunque parecia imposible que viniese. Mas vino, y tronó impensadamente. El rayo tocó vuestro corazon sensible, y aturdió vuestros sentidos, mas no pudo abatir enteramente vuestro ánimo ya fortalecido. Sobrevino, es verdad, el dolor, la afliccion, el llanto; pero si estos no cedieron del todo á la dulce fuerza de la virtud, tambien consternada del re-

repentino acontecimiento, no tardarán á recobrar el señorio de la misma en vuestro corazon, que os hará sobreponer á todos vuestros flacos afectos y tristeza.

Entonces ¿con qué segura satisfaccion y confianza podreis recurrir al cielo, para que haga permanente vuestra fortaleza, y con ella la serenidad y el consuelo, en medio de la miseria, y de la falta de todo lo necesario? Entonces, del mismo llanto con que regareis los cadaveres de vuestros padres, y del dolor mismo de verlos espirar en vuestros brazos, vereis nacer una, no digo complacencia, mas bien sí, un equivalente, que lengua mortal no sabe expresar, pero que hará vuestro ánimo como impasible, y superior á todas las cosas mortales. Entonces, abrazada con la misma miseria, experimentareis el inalterable señorio de vuestra indiferente voluntad, en el uso de las cosas pobres que deben servir á la vida, y lo que es mas, el sosiego sereno á vista de la muerte, que quando llegare, no exîgirá con terror y espanto, como de los demas, el forzoso tributo de la vida, sino que os lo pedirá con respeto, y lo esperará con sumision de vuestra serena conformidad á las leyes de la naturaleza. =

Siempre me interesaron, amada Domití-

la, vuestros discursos, llenos de sabiduria, mas este en las presentes circunstancias en que nos hallamos, me sirve de consuelo particular. Con él aliviais en parte mi dolor y afliccion: ni me quedan ya otros motivos de sentimiento, que el infeliz estado de mi madre, y la penosa incertidumbre en que me veo de la prision de mi buen padre Belisario. Otra cosa no queda ya en la tierra, á mi parecer, que me pueda afligir ni conturbar, antes bien ahora experimento el provecho que me redunda del exercicio de la moderacion, y del menosprecio que procurasteis infundirme á las joyas y riquezas; pues os aseguro que nada siento su pérdida, y la de las comodidades y abundancia en que me ví. Aquellos dos únicos motivos tienen todavia á mi alma en triste agitacion, aunque contenida, en parte, de vuestros consejos. ¿Mas creeis que llegue yo á regar con mi llanto los cadaveres de mis padres, y que de ese llanto haya de sacar ese indecible consuelo que decis? =

No quisiera que tomaseis mi dicho por pronóstico. Comunmente mueren los padres antes que los hijos. Si esto sucediere á los vuestros, espero que vuestro sentimiento podrá tener un gran alivio en la virtud. Mas esta necesita tambien, Eudoxîa, de descanso exterior.

No hemos dormido, ni descansado en dos dias consecutivos, y será bien que lo hagamos ahora para fortalecer la naturaleza contra los accidentes que nos pueden sobrevenir en adelante. Condescendió con lo propuesto por su virtuosa amiga, echandose con ella sobre la paja, que habia servido de lecho á su madre, despues que les pareció que ésta durmiese, lo que no disminuyó la solicitud de su buena hija, en toda la noche, como tampoco la que fomentaba por su amado padre, ansiando que llegase el siguiente dia, para saber las nuevas que le prometió traer el pobre Damasio.

No tuvo este mejor lecho que Eudoxîa aquella noche en el pajar en que se recogió, por no haberse atrevido á entrar la tarde antes en la ciudad, amedrentado de las noticias del estrago que hicieron en el pueblo los soldados de Narses. No por eso quiso dexar de satisfacer sus deseos, y curiosidad, al siguiente dia, en que esperaba se hubiese sosegado el tumulto, y mortandad. Se lisongeaba, á lo menos, que no tendria porque temer en aquel trage, y disfraz que habia tomado de méndigo. Animado de estas lisonjas, apenas los primeros albores del dia iluminaron al establo, se levanta, y prosigue su camino. Informado que se habia sosegado el tumulto, sin saber dar razon ninguna de Be-

lisario, resolvió entrar en Constantinopla, confortado de la dulce memoria de su amada Eudoxîa, y de la esperanza de poseerla.

Ningun obstáculo halló en las puertas, mas se le acrecentaba el miedo y el horror, al paso que se internaba en la ciudad, viendo los charcos de sangre que quedaban en las calles, y en algunas los cadaveres tendidos en el suelo, que no habian cargado todavia en los carros, que iban y venian por la ciudad á este fin. Acrecentaba su espanto el triste y horroroso silencio que la ocupaba, cerradas las oficinas y tiendas de los artesanos y mercaderes, resonando solo, á lo lejos, el llanto y lamentos, que entreoia, al pasar por algunas casas. Estaba tentado Damasio de volver atras; pero el amor, que lo animaba, le sugirió llegarse á las torres, en que sabia se hallaba Belisario, pues así podia mas facilmente, y con mayor disimulo, informarse de su paradero. Así lo executó, poniendose á vista de las mismas, en un sitio un poco apartado, donde comenzó á remedar el méndigo, importunando con sus lamentos á los que pasaban.

Despues que triunfaron la fuerza y la violencia de los amotinados, quedó harto tiempo al emperador para determinar el suplicio de Belisario, mas habiendo perecido á manos del

pueblo sus mayores émulos y enemigos, no quedaba ninguno que solicitase su muerte; antes bien compadecidos todos de aquel ilustre reo, á quien se le habia ya privado de la vista, y de todos sus bienes y riquezas, aconsejaron al emperador á que lo pusiese en libertad, atendida la palabra que habia dado de hacerlo, pudiendola cumplir sin ningun miedo, y sirviendo esta misma gracia para hacer campear la irresistencia de su poder, y para acrecentar el terror del mismo pueblo, viendo á Belisario libre condenado á su ceguera, y á la mendicidad, á que debia recurrir para sustentarse.

Prevaleciendo este parecer, se dió luego órden para que lo sacasen de la carcel, y lo dexasen en la calle á su ventura. Así lo executaron los guardias, dexando ciego, pobre, y desamparado, al que poco antes habia sido la admiracion de todo el imperio, y que habia llevado en el carro del triunfo, por aquellas mismas calles, al vencido rey Gelimer, y á su familia, donde ahora ninguno osaba llegarse para darle la mano, y mucho mas para socorrerle, viendose obligado aquel ilustre miserable á tantear el viento con las manos, y el suelo con los pies, para llevar con alguna seguridad sus pasos en medio de las funestas tinieblas que le circundaban.

Maxîmio, que estaba muy atento á la cruel formalidad, con que los soldados dexaban libre en la calle á Belisario, no pudo resistir á la palpitacion y terror que le causó al ver al victorioso padre de Eudoxîa, reducido á tan miserable estado, y á la cruel privacion de la vista, como lo manifestaban los ademanes que hacia con los brazos y el tiento, y cautela con que arrastraba sus pasos, sin quejarse, ni decir palabra, pareciendo buscar una pared, que le sirviese de guia. Mas no pudiendo dudar de aquella funesta pena de Belisario, á quien veia caminar á tientas y sin acierto, aunque sentia impulsos de ir á ponerle en camino, y de darle noticias de su muger, y de su hija, le retenia, sin embargo, el temor de los soldados, que estaban contemplando el embarazo de aquel respetable ciego, desde la puerta de la carcel, á donde se habian retirado, despues que lo dexaron en medio de la calle.

Pero el amor, avivando los impulsos en el corazon de Maxîmio, con la memoria de Eudoxîa, le hizo atropellar con todos sus temores y reparos, y lo induxo no solamente á que se llegase á él, sino tambien á decirle con compasiva resolucion y franqueza: Belisario, dad acá la mano, os serviré de guia hasta el lugar que me insinueis. Belisario, aturdido todavia, á pe-

sar de la excelsa fortaleza de su animo, de todo lo que acababa de pasar por él, reconociendose libre entre las funestas tiniéblas que iba palpando, y necesitando de agena mano que lo conduxese, mostróse reconocido á aquella persona que le ofrecia la suya, diciendole: quien quiera que seais, pues no puedo tener el gozo de conoceros, os agradezco vuestra compasiva y generosa atencion. Mas asegurado de la cruel libertad que se me concede, y abandonado á mi funesta suerte, no sé si me queda asilo en la tierra, ni quien me ampare. ¿Sabeis por ventura si viven mi muger, y mi hija?

Si deseais que os conduzca á donde estan, lo haré de mil amores; dad acá la mano, venid conmigo. = ¿Mas ellas dónde se hallan, pues me intimaron que quedaba enteramente privado de todos mis haberes, y que se me abandonaba á la pobreza por clemencia del emperador? = Oí decir que las sacaron fuera de la ciudad; nos informaremos por el camino de su paradero. = Vamos allá os ruego. ¡Ah! no lo perdió todo Belisario. No se atrevió el supuesto Damasio á declarar á Belisario el sitio en que se hallaban su muger, é hija, mientras caminaban por las calles de la ciudad, ni contextaba tampoco á otras preguntas que él le hacia, hasta que hallandose ya fuera de las puertas, le paró para de-

cirle así: Belisario, estamos ya en el campo. Os puedo decir ahora con toda libertad lo que antes no me atrevia.

Sabed, pues, que vuestra hija Eudoxîa, sumamente afanada, y solícita por saber el exîto de vuestra pasion me encargó que viniese á Constantinopla, para que pudiese, á lo menos, tener alguna noticia de vuestro estado. A este fin me puse cerca de la carcel, esperando se me proporcionase un momento oportuno para satisfacer á los deseos de vuestra hija, y á los mios, quando impensadamente vi que os sacaban de las torres, y os dexaban en libertad. Así pude atreverme á ofreceros mi mano, y hacer con vos este piadoso oficio, mucho mas honroso y estimable para mí, que todos los honores y riquezas que me pudiera dar el emperador.

¿Qué escucho? ¡cielos! exclamó Belisario: ¡no, no soy del todo infeliz! ¿Esto quién lo creyera? Hallo quien prefiere servirme en mi miseria, á los dones y favores de la fortuna. Vuestras increibles expresiones, me hacen sentir mucho mas la falta de la vista, no pudiendo conocer á quien debo tan estimable oficio, y tan generosos sentimientos. Decidme á lo menos ¿quién sois? = Un pobre infeliz, que como vos perdí tambien todos mis haberes, y me veo reducido á la mendicidad. Empleado en este mise-

rable estado de vida, dí accidentalmente en la pobre casa, á donde llevaron á vuestra muger, y vuestra hija; la qual con el motivo de pedirle yo limosna, y de decirle que iba á Constantinopla, me hizo con lágrimas el encargo que os insinué. = ¡No esperaba tener tan presto este consuelo! ¿Eudoxîa vive, pues, y vive tambien Antonina, aunque en esa pobre casa que insinuais? No podeis pensar quan grande es el consuelo que me causais. El cielo os lo remunere, pues yo no puedo satisfacer á medida de mis deseos á tan generoso favor. = El consuelo es el mio de servir de guia al ilustre vencedor de Gelimer, y de Vitiges. =

Viste, hijo, los males que me han acarreado esos honores. Nada puede ya interesarme en la tierra, sino mi muger, mi hija, y vos, que sobremanera empeñais mi reconocimiento. Por lo tanto os ruego, ante todas cosas, me digais vuestro nombre, y como es que perdisteis vuestros haberes. = Llámome Damasio, y soy de la villa de Esterobea; perdí á mi padre hace tres años, y con él la paterna herencia que confiscó el emperador. Así me veo reducido á vivir pordioseando mi sustento. = Sobremanera siento vuestra desgracia, y quisiera poder remediarla. Mas decidme tambien si sabeis ¿de qué modo se sustentan mi hija, y mi

muger? ¿Hanlas dexado bienes con que pasar la vida, ó las han reducido tambien á la pobreza? =

No puede ser mayor la miseria en que se hallan. No me atrevo, Belisario, hàceros la descripcion del lastimoso estado en que las vi. La sola memoria me enternece. = Hijo, en mi prision preví el exceso de las desventuras que podian acompañar mi desgracia. Nada me parecerá extraño. No teneis, pues, porque recelar y temer en hacerme una pintura de ellas; ninguna cosa será ya capaz de envilecer, y abatir al corazon de Belisario. = Sabed, pues, que con el motivo de llegar á la puerta á pedir limosna, salió á mi llamamiento una señora joven á quien oí que llamaban Domitíla... = ¿Cómo? ¿Qué me cuentas, hijo? ¿Domitíla está con ellas? = Ella me introduxo en la estancia, donde ví á vuestra muger Antonina tendida sobre la paja, y á vuestra hija Eudoxîa, que á su lado lloraba. =

¡O Antonina! ¡O hija mia! ¡Ah! ¿A qué no está expuesto el hombre en la tierra?... Pasa adelante, Damasio. Domitíla, que las confortaba, y que atendia á aliviarles sus penas, me rogó que fuese á proveerles un poco de sustento, dandome para ello sus pendientes, lo que visto por Eudoxîa, no quiso permitir que yo

los recibiera, sino que quitandose un precioso collar de perlas que llevaba al cuello, me lo ofrecia, para que lo vendiese y comprase con él lo necesario. Rehusé aceptar uno y otro, lisongeandome traerles sin ello el sustento de que necesitaban, como lo hice, dexandolas allí para venir á Constantinopla á informarme de vos, segun vuestra hija me lo rogó encarecidamente. =

Ellas, pues, ignoran que estoy libre, y que me privaron de la vista. El gozo y consuelo que probarán por verme en libertad, y en su dulce compañía, compensarán al dolor de verme ciego, y necesitado. = A la verdad, han exercitado con vos una cruel ingratitud. ¡Privaros cabalmente de la vista, á que debe el imperio su mayor gloria, y su dilatada grandeza! = No lo extrañes, Damasio, No hay cosa mas liberal, ni mas ingrata al mismo tiempo que la fortuna. Sin la dulce satisfaccion de mi inocente honradez y entereza, seria yo muy infeliz. = ¿No lo sois del mismo modo? = No: Belisario inocente, aunque méndigo y ciego, no tiene porque echar menos sus perdidos bienes. La fortuna pudo despojarle de los adornos de la grandeza, mas no de sus sentimientos.

Proseguia así su razonamiento Belisario,

y el supuesto Damasio, interrumpiendoles freqüentemente las personas compasivas que conocian á Belisario, á quien ofrecian sus vecinas habitaciones. El les agradecia sus atentos ofrecimientos, sin aceptarlos, ansioso de llegar quanto antes al sitio donde se hallaban su muger y su hija, con Domitíla. ¿Qué sintiera y dixera aquel ilustre ciego, si supiese que aquel Damasio, que espontáneamente le servia de lazarillo, era aquel mismo Maxîmio, á quien él procuró sacar de la carcel, en que le hizo poner Antonina, y el digno y fiel amante de Eudoxîa, cuyo casamiento preferia al de Basílides el mismo Belisario, despues que supo el afecto que Eudoxîa le tenia?

Tentado estaba á cada paso Damasio de descubrirse á Belisario, por Maxîmio; pero contenia sus deseos é impulsos, no tanto el mismo Belisario, quanto Eudoxîa, á cuyos ojos queria quedar todavia encubierto, pareciendole que seria muy inoportuno su descubrimiento en medio del sumo alborozo de la misma, con el recobro de su amado padre. Resolvió, pues, diferirlo á otra ocasion mejor, contentandose, por entonces, de la dulcisima satisfaccion de cumplirle la palabra que le dió de traerle nuevas de su padre, conduciendosele en persona. Pero persuadido que el consuelo que ella pro-

baria, seria tanto mayor, quanto mas impensadamente la presentase su padre, no quiso avisar, ni tocar á la puerta, quando llegó, sino que hallandola abierta, entró conduciendole de la mano hasta la estancia.

Estaban entonces Eudoxîa y Domitíla muy afanadas y tristes junto á la pobre cama, en que habian incorporado á Antonina, sumamente extenuada persuadiendola á que recibiese el sustento que le presentaban, y persistiendo ella en rehusarle, y en querer morir, quando llamada toda su suspensa atencion, de la voz de Belisario que entraba, y del pobre Damasio que le conducia, los reconocen. Eudoxîa, aturdida y arrebatada de la vista de su padre, y deslumbrada al mismo tiempo del gozo excesivo, é inesperado que le infundió, fue á precipitarse en sus brazos, sin reparar en su ceguera, diciendo con sollozos, arrimado su rostro al esforzado pecho de su padre, que la tenia entre sus brazos: ¡ó padre mio!... ¡ó padre mio! ¡recobro mi mayor bien! ¡Quánto debo á Damasio! nada falta á mi dicha...

Te reconozco, amada Eudoxîa, le decia su padre sumamente enternecido, te abrazo, hija mia, te abrazo. Mas ¡ah! no quiso la cruel fortuna concederme el consuelo tambien de volverte á ver con mis ojos. Eudoxîa, advertida enton-

ces de aquella nueva desgracia de su padre, en que no habia reparado, prorrumpió en llanto, diciendo: ¡ó desventurada de mí! ¿qué veo? ¡ah! era sobrada dicha para vuestra hija el recobraros, amado padre, aunque pobre y méndigo. ¿Pero ciego? ¡ó cielos! ¿ciego?... Pero tu padre, hija mia, aunque pobre y ciego, te recobró, y te abraza. Aqui me teneis, dixo Domitíla, penetrada de dolor, al ver la crueldad, que han exercitado con vos. Antonina, que estaba incorporada en la cama, y arrimada de espaldas á la pared, llamada de la voz de su marido, como reconociese todo el exceso de la cruel ingratitud, que habian usado con él, no pudo resistir al mas fiero impulso de su dolor, que la oprimió enteramente haciendola arrojar un agudo grito, que fue el último aliento de su vida.

Aunque su cuerpo cayó sin alma sobre la cama en que estaba medio incorporada, ni Eudoxîa, ni Domitíla repararon en su trance, sumamente aturdidas y dolientes de la vista y expresiones de Belisario, hasta que éste, insistiendo en que le llevasen hacia la cama, para abrazarla, se ofreció Domitíla, diciendole, ahí en la cama está, donde la postró su mortal afliccion. Y llegada con Belisario á la cama, no creyendola muerta, aunque la vió tendida, la lla-

mó, diciendola: aqui teneis, Antonina, á vuestro marido Belisario. Este palpando el cuerpo para asirla de la mano, la decia: aqui me teneis, Antonina, no lo perdimos todo. ¿Mas cómo? ¿no me responde, ni me da señal de vida?... ¿Mas qué significan esos recios sollozos? ¿No sois vos, Domitíla, la que sollozais? ¿No es tambien Eudoxîa la que prorrumpe en tan amargo llanto?... ¿Qué viene á ser esto?... ¿No me respondeis?

Reconoció luego Domitíla que habia muerto Antonina, y se confirmó en ello Eudoxîa por los sollozos de Domitíla, y por la postura de su madre, sin poder una ni otra responder á Belisario, ni certificarlo de su trance, vedandoselo sus sóllozos, y su dolor, hasta que Domitíla, forzada de sus instancias, se lo dixo con medias palabras. Confirmado entonces Belisario en sus sospechas, postrase con dolor sobre la cama, y sobre la mano de Antonina, que habia asido, y aplicando á ella sus labios exclamó: ¡O infeliz Belisario!... ¡O Antonina!... ¡Este golpe cruel me reservaba tambien mi enemiga suerte, para amargar mucho mas el gozo de mi libertad, y de vuestro recobro!...

En estas y otras expresiones dolorosas, prorumpió Belisario, postrado sobre la cama, y so-

bre el cuerpo de la difunta, avivando mucho mas con este espectáculo el dolor de Domitíla, y de Eudoxîa, que se habia arrimado á su buena amiga, buscando naturalmente alivio á su sentimiento en la pérdida de su madre. Mas esta misma confianza avivando su enternecimiento, y dolor, con las tristes demostraciones de su padre, la hizo desfallecer dexandose caer sin sentidos, en los brazos de Domitíla, que la recibió en ellos, advertida de su ademan. Damasio, que hasta entonces habia sido mudo espectador de aquella scena lamentable, no pudo resistir á la fuerte conmocion que le causó el ver á su amada, que privada de sentidos, y con rostro moribundo, parecia querer espirar en los brazos de su amiga. E iba á descubrirse impelido de su amor, que lo reducia á postrarse ante ella de rodillas, quando Domitíla, solícita por el desfallecimiento de Eudoxîa, le rogó que fuese luego á traer agua para rociarla el rostro.

Contenido Damasio del ruego de Domitíla, que le pedia el agua con instancia, se dió priesa en traerla, y con ella, y mucho mas con sus lágrimas, y tiernas expresiones, pudo recobrarla, ayudada del encubierto amante, que la roció tambien el rostro con su enternecido llanto, temiendo que muriese y que su muer-

te le robase el fruto que se prometian sus esperanzas. Mas luego que la vió volver en sí, volvieron á jubilar las lisonjas de su amor en su entristecido pecho, y á fin de impedir que volviese Eudoxîa á caer en igual deliquio, pensó en hacer desistir á Belisario de sus dolorosas demostraciones, en que continuaba, arrancandolo de la cama y del cadaver de Antonina que tenia abrazado.

Lo consiguió con sus exhortaciones, y con la fuerza, de que tambien se valió, para llevarlo á un asiento, que habia algo distante de la cama, donde lo dexó sentado. Le ocurrió tambien, sacar quanto antes del mismo quarto el cadaver de Antonina, para quitar con su vista el fomento de dolor que debia causar necesariamente á los que tanto sentimiento acarreaba su trance. Fue para ello á llamar á los vecinos labradores, los quales condescendiendo con sus ruegos, dexaron el trabajo del campo, en que se empleaban, para ir á hacer este piadoso oficio al cadaver de una muger, poco antes la mas ilustre y rica del imperio, y ahora tan infeliz y tan pobre en su muerte, que causaba compasion á los mas miserables.

Eudoxîa, mal recobrada de su desfallecimiento, estaba todavia en los brazos de Domitila, que se esmeraba en confortarla y consolar-

la, quando llegaron los labradores con Damasio. Advirtió este entonces con sus ademanes á Domitíla de las intenciones que tenia de llevarse el cadaver, de modo que Eudoxîa no pudiese reparar en ello. Lo entendió Domitíla, y á pesar del dolor que le renovaba aquel postrer oficio hecho al cadaver de la difunta, cubrió de modo el rostro de Eudoxîa con el suyo, que los labradores, ayudados de Damasio, pudieron llevarse el cadaver, sin que ella, ni Belisario lo advirtiesen.

Hecho esto, no le pareció bien tampoco á Damasio diferir el entierro, recelando que Eudoxîa, llevada de su dolor, fuese en busca del cadaver de su madre, luego que lo echase menos. Movido de esto induxo á los labradores á que le abriesen quanto antes la huesa en el campo, lo que ellos executaron, ayudados tambien del mismo Damasio, y luego que la tuvieron abierta, depositaron en ella el cadaver, sin otras exêquias, que las que sus compasivas manos, y corazones le hacian. ¡O ambicion! ¡O fortuna! ¡ah! quan diferentes honras prometiais á la que pocos dias antes, desdeñando pobre á aquel mismo Damasio, reputandole indigno del casamiento de su hija, y haciendole poner en la carcel, como reo de su ofendida presuncion, habia de tener en él,

el solo amparo en la tierra, y recibir de sus propias manos las honras postreras, despues de verse reducida, por su adversa suerte, á la mas horrible necesidad, y miseria! ¿Y habrá quien á vista del infeliz trance de la muger de Belisario, se ensoberbezca en la grandeza, y en los honores, solos préstamos de los caprichos de la fortuna? ¡Santa y noble moderacion, tú sola puedes hacer á los mortales mayores que su grandeza y fortuna, y superiores á su desgracia, si en ella los hace caer su contraria suerte!

EUDOXÎA.

LIBRO QUARTO.

Despues que Damasio dexó enterrada á Antonina, volvió solícito á la casa y estancia, donde encontró á Belisario sentado en el mismo asiento en que le dexó. Habia sucedido á sus lamentos un triste silencio, con que mostraba dar atencion á Domitíla, que teniendo todavia en su regazo á Eudoxîa, la decia: vuestra madre pagó ya el tributo á la naturaleza, y vos lo disteis tambien del justo dolor y llanto que su sensible pérdida os exîgia. Todos sus males acabaron con su muerte. Nada os queda porque doleros ni lamentaros de ella. Teneis con vos á Domitíla, que no os ama, ni amará menos que aquella misma que os tuvo en el vientre. Habeis experimentado mi amor, Eudoxîa, y me lisongeo de haber tambien merecido vuestra apreciable correspondencia.

O amada Domitíla, le dixo la recobrada Eudoxîa, si vivo, es solo por vuestros esmeros, y por efecto del amor que os debo: me

restituisteis á la vida, y á mi amado, é infeliz padre... Fui infeliz, Eudoxîa, dixo Belisario, rompiendo su silencio: tal vez se burló de mí la fortuna viendome oprimido de un justo dolor. El corazon de Belisario no se rindió al aparato y dolor del tormento, que lo privó de la luz del dia, cedió por pocos instantes al sentimiento de la pérdida de la buena compañera de su tálamo. Era mortal, y murió. El amor que yo la debia, y al que el suyo fué acreedor, arrancó de mi pecho los lamentos y quejas que no me merecieron, ni la pérdida de mis bienes y honores, ni la de mi vista, ni la pobreza y necesidad presente, á que me condenó la suerte.

Pero pagada ya la deuda de mi forzoso duelo, no le queda ya ninguna otra á mi corazon, mucho menos, dexandome el cielo á mi amada Eudoxîa. Ven, pues, hija mia, dexa que avive en tus brazos el tierno consuelo con que recompensa á mi sufrido sentimiento la memoria de tu posesion. Arbitro omnipotente de los mortales, dignate hacer duradero este mi gozo. Otro bien no le queda á Belisario en la tierra, que su hija virtuosa. Conservarsela, pues, á un tierno padre, que os lo ruega con el mas sumiso y ardiente afecto, y que en la misma, y en su feliz reco-

bro, reconoce el mayor don de tu piadosa beneficencia.

Eudoxîa, que sostenida de Domitíla, obedeció á su padre que la llamaba, y en cuyos brazos hizo él aquella tierna oracion al Criador, luego que vió haberle dado fin, le dixo: recibo, padre mio, en esta vuestra tierna demostracion, no pequeño alivio de mi sentimiento. Vuestra hija Eudoxîa, en su miserable estado, echaba solamente menos á su amado padre, y se dolió justamente de la pérdida de su madre. ¡Ah! no extrañeis si su memoria renueva otra vez el llanto... No, hija mia, no lo extraño, dixo Belisario. Reconozco á Eudoxîa en sus expresiones y sentimiento. Aunque estoy sin ojos, te veo, hija mia. A la privacion exterior de mi vista, compensa la del alma, en que quedan impresas tus facciones, y con ellas la imagen de tu virtud. El mayor de todos sus bienes le queda todavia á Belisario y en tí lo posee.

Pudo la fortuna despojarme de todos aquellos bienes, con que engrandece, si se le antoja, al hombre mas baxo y ruin, en este risible teatro de la tierra; pero la fortaleza y la constante entereza del alma se exîmieron siempre de los caprichos de la suerte. No le demos, pues, mas el gozo, de que oiga en adelante

nuestras quejas y lamentos, y neguemosle la satisfaccion de que nos vea tristes y abatidos. Dexemos que se lamenten de ella los que, engreidos en sus favores, se reputan viles, deshonrados, é infelices, si los pierden. Belisario, ni su hija no deben pensar así. Su mayor gloria, sus títulos mayores, y su mayor grandeza están cimentados en sus sentimientos. Estos ennoblecerán, hija, nuestro presente estado, aunque infeliz y miserable, en esta pobre casa. De aqui no me sacará ya, ni el sonido de la guerrera trompeta, ni los favores soberanos. Verdad es, que no podré como el honrado Regulo, ni como el honesto Fabricio, arar ni sembrar el campo de mis mayores, pues la falta de la vista me lo veda; pero igualmente satisfecho que ellos, podré á la sombra de un árbol tratar con vos, y con Domitíla de los afectos del alma, y de las pasiones, y contigo tambien Damasio, si te dignares quedar en nuestra compañía.

Creia Belisario que Damasio estuviese alli presente, mas él, que advirtió de antemano la falta de todo lo necesario en que estaban aquellos ilustres desgraciados, luego que notó que Domitíla continuaba en consolar á Eudoxîa, se aprovechó de aquellos momentos, para ir á proveer mesa y manteles, y los mas necesarios utensilios. No pudiendo, pues, responder au-

sente, á lo que le decia Belisario, que le dirigió el discurso, respondió por él Domitíla, diciendo: que Damasio no estaba allí; que hacia poco que habia desaparecido. Mas temiendo Belisario que le hubiese desamparado, volvió á preguntar por él, y si sabia á donde habia ido, pues no podia persuadirse que les hubiese dexado del todo, sin prevenirselo antes, atendidas las pruebas, que le habia dado de su noble y generoso corazon.

Contestaronle lo mismo Eudoxîa y Domitíla, que contaron el caso de los pendientes y del collar, que indicaba que sus sentimientos eran superiores á los de méndigo, como él lo era, aunque hijo de ricos padres, segun les habia contado él mismo antes de ir á Constantinopla. De esta manera proseguian en hablar del ausente Damasio, comenzando á recelar haberle perdido, quando lo ven entrar cargado de muebles, y con una mesilla que traia sobre la cabeza. Quanto mas sensible se les hacia su pérdida, tanto mayor gozo les dió su impensada vuelta, con aquella nueva prueba de su compasiva, y generosa atencion. Eudoxîa, y Domitila, transportadas del tierno reconocimiento que les causó, acudieron á él, para ayudarle á descargar aquellos trastos.

Domitila, que se adelantó á Eudoxîa, lue-

go que le vió entrar, fue la primera en decirle, al tiempo que le iba aliviando la carga: esta generosa atencion que usais, Damasio, con Belisario, y con su hija Eudoxîa, no solamente es acreedora al reconocimiento de los mismos, sino tambien á la veneracion que mereceis, con un hecho, que acredìta la grandeza de vuestra alma. Nada hay aqui, que admirar, y mucho menos que venerar, Domitíla, la respondió Damasio: no hago, sino lo que hubiera hecho qualquiera otro en mi lugar. Sigo el natural impulso de la compasion que me mereció la desgracia de Belisario y de su hija, y el del aprecio que hago de la honra que me proporcionó la suerte de servir en su desgracia y miseria al hombre mas glorioso del imperio.

Belisario, oyendo esto desde su asiento, no pudo contenerse preguntando con vivo interes, y curiosidad: ¿es por ventura Damasio el que eso dice? Es Damasio, le responde Domitíla, que vino cargado con los muebles que nos faltaban. Belisario entonces, abriendo los brazos le dixo: ven acá, Damasio, hijo mio, ven acá, dexa que Belisario te manifieste con sus brazos el entrañable agradecimiento y aprecio que te debe. No rehusó Damasio esta tierna demostracion de Belisario; antes bien abrazandose con él, le decia: ¡ah! ¡si supierais, Beli-

sario, quan grande recompensa es esta para mí, y mucho mas el título de hijo que me acabais de dar! ¡O quanto empeñais mi corazon sensible y agradecido! =

Si á tan poco coste puedo recompensar tus inestimables servicios, llamandote hijo mio, sabed, que Belisario á mas de dartelo, te tendrá siempre por tal, si quisieres quedar con él. = ¿Si quisiera quedar con él? ¿Puede haber honor, ni dicha en la tierra, que anhele yo mas, que permanecer con vos, y que serviros? = Me haces enternecer, hijo mio. Empeñas sobremanera mi reconocimiento. Oyendo esto Eudoxîa dixo inmediatamente á su padre: si deseais manifestar á Damasio vuestra gratitud, aqui teneis este collar de perlas que fué la sola alhaja, que me quedó. Si, hija mia, dixo Belisario, dadle acá, tendrá Damasio esta prenda de mi aprecio. Tomale, hijo mio, tomale. ¿Qué yo le tome? dixo Damasio: no se envilecerán mis manos, recibiendo un don que desmintiera el desinteres de mi afecto, aunque fuera para mi una dádiva inestimable, no tanto por lo que vale, quanto por pertenecer á quien pertenece. Respetable Eudoxîa, quedan ya sobradamente recompensados todos mis servicios: basta que os digneis aceptarlos, y con ellos mi sincéra voluntad, con que procuraré no desmerecer el

título de hijo, con que me honró vuestro ilustre padre. Conservad, os ruego, ese precioso collar. De hoy en adelante emplearé con mayor teson mis brazos, y mis sudores, para impedir que llegue el lance de veros necesitada á desprenderos de él.

¡O mozo digno, exclamó Belisario, no solo de mi mas tierno aprecio, sino tambien de que bese esas tus manos! Dadlas acá, Damasio, hijo mio, dexa que desáhogue en ellas con mis labios la gratitud que me aviva tu noble desinterés. No, no lo permitiré jamas, Belisario, decia Damasio, apartando las manos que queria besarle Belisario. Mas este instaba con cariñosa porfia, diciendo: no me niegues, hijo, este consuelo. Confirmaré con esta tierna demos tracion que te tendré siempre por hijo, y por hermano de Eudoxîa. Hija, dame la mano, acercame á Damasio. No será tan desconocido en su magnanima compasion, que haya, y rehuse prestarse á la demostracion de quien se le declaró por padre.

No, no huyo, Belisario, dixo Damasio, postrandose de rodillas, antes bien prevengo aqui á vuestros pies que esa demostracion, como padre no os compete. Uniré mi rostro al vuestro: impriman en ellos nuestros labios con mutuá gratitud, la dulce obligacion que la mis-

ma impone. Diciendo esto se abrazaban, y besaban Belisario, y Damasio, haciendo enternecer á Eudoxîa, y á Domitíla, que con lágrimas en los ojos, veian, y oian las demostraciones, y expresiones tiernas, con que desahogaban los afectos de sus ánimos sensibles, y reconocidos. Desprendieronse de sus abrazos, no sin sentimiento de Damasio, por no haberse atrevido á servirse de aquella ocasion tan propicia para descubrirse á Belisario, temiendo que le fuese contrario, como Antonina, al casamiento con Eudoxîa.

Mas como determinaba quedar alli con él, esperaba que se le proporcionaria ocasion para salir de estos recelos, y para indagar antes los sentimientos de Belisario sobre este particular; pues si le fuesen favorables, podria entonces descubrirse con mayor seguridad, que dexaria mas satisfecho su amor, y realzaria su ficcion. Animado de estas lisonjas, atendió á proveerles de sustento, á que hasta entonces no les habia dexado pensar la muerte de Antonina, cuyo cadaver echado menos de Eudoxîa, le renovó las lágrimas, y el sentimiento que procuró disminuir Belisario con sus exhortaciones, mientras Damasio fue en busca de la comida.

Con el motivo de haber él ido antes al campo á enterrar á Antonina, supo de los la-

bradores que aquellas tres, ó quatro tierras, y un huerto, que habia inmediato á la casa, pertenecia á la difunta. Esta noticia le consoló mucho, acordandole que aquel campo podia servir, aunque corto, á su subsistencia, sin verse necesitados a pedir limosna; expediente forzoso, á que hubieran debido recurrir, sin aquellos campos, y sin aquel huerto, donde quedaban algunas frutas, y alguna hortaliza, que trajo Damasio, y que les sirvió de comida aquel dia, sobre la mesilla que él mismo habia traido antes, y en que Belisario quiso tenerle á su lado, para darle nuevas pruebas de su estimacion y reconocimiento. Rebosaba de sublíme satisfaccion y consuelo el alma de Damasio, no solo por las expresiones de Belisario, sino mucho mas por tener junto á sí sentada á Eudoxîa, pudiendo disfrutar sus ojos sosegadamente del dulce objeto de su amor, tierno y casto, y conocer las realzadas prendas de su bella alma.

Dió motivo para esto, el discurso que movió Damasio, despues que desahogaron los afectos de su gratitud por el sustento que les habia traido, diciendoles él: consolaos, pues no somos enteramente infelices, estas frutas y hortaliza las traxe del vecino huerto que os pertenece, con algunas tierras contiguas, como

patrimonio de Antonina. Yo lo cultivaré con mis manos, y así sacaremos de ellos nuestra necesaria subsistencia, con lo qual pasaremos, pobres sí, pero muy felices, si con ello nos contentamos. Aunque veo que ahora en los principios no os acomodareis facilmente á una comida y sustento tan parco, mucho menos estando acostumbrados á la exquisita abundancia y riqueza que alegraban á vuestras antiguas mesas.

Eudoxîa, oido esto, fue la primera en decir: ningun atractivo tiene ya todo eso para mí. Toda mi antigua abundancia no la trocára, Damasio, por estas frutas, que provistas por vos, realzan vuestra generosa compasion para con mi padre. Domitíla acostumbró de antemano mi corazon al menosprecio de todos aquellos bienes, y riquezas, de que nos despojó la fortuna. Y así os aseguro que no probé tan dulce satisfaccion en medio de mi antigua abundancia, quanto ahora en este escaso manjar, en compañía de mi recobrado padre, de mi amada Domitíla, y de vos, Damasio, en quien reconozco un digno hermano, despues que mi padre os reconoció por hijo. Otro motivo de tristeza no me queda, que la pérdida de mi buena madre. Todas las demás memorias no podrán entristecer á mi corazon, aunque reduci-

da á ganarme el sustento con el trabajo de mis manos.

Damasio al oir esto, no pudo dexar de exclamar: ¡autor omnipotente de todo lo criado, que sois testigo de la admiracion y del gozo que infunden á mi pecho las sublímes expresiones de Eudoxîa, querais poner fin á sus males, y á los de su digno padre, y hacer su presente estado el mas dichoso de la tierra! Dicho esto, iba á descubrirse, impelido de su enfervorizado afecto, haciendo á Eudoxîa una amorosa demostracion, pero lo contuvo el respeto que exîgió de él el continente de su amada, y las lágrimas que vió asomadas á sus ojos, que tuvieron en freno los impulsos de su amor enardecido. Lo contuvo tambien la expresion que le hizo al mismo tiempo Belisario, para agradecerle de nuevo el empeño afectuoso en servirles, y cuidar en adelante de su sustento, trabajando los campos, como habia insinuado.

Avivaronsele con esto mucho mas á Damasio los deseos de quitar el velo á su ficcion, y de sacudir enteramente la molestia que sufria en llevar el rostro sucio y tiznado, como de propósito lo llevaba, para no ser conocido, y mal arropado como iba, con aquellos andrajos, que quanto mas caracterizaban su miseria, tanto menos contribuian para grangearse el

afecto, y correspondencia de Eudoxîa, como hubiera deseado, y como le convenia para que tuviese su descubrimiento un exîto mas feliz. No por esto perdió las esperanzas de que se proporcionase quanto antes ocasion que todo lo combinase. Animado de estas lisonjas, luego que acabaron aquella parca comida, se despidió de ellos, diciendoles: que iba á buscar varias cosas que les faltaban.

Mas no quedandole dinero bastante para suplir todo lo necesario, que sus amorosos deseos le sugerian, vióse precisado á buscar expedientes en su fecunda imaginacion. El de pedir limosna, no podia prestar para tanto: las cosechas de los campos no podian tampoco serles de provecho por entonces, por estar en cierne todavia. El huerto suministraba alguna fruta, legumbres y hortaliza; mas no habiendose exercitado en su cultivo, veia que no podia salir bien de presto con su manifestado empeño, y recelaba que á la larga fuese dañoso aquel solo alimento, á los que no estaban acostumbrados á él, por mas que quisiesen esforzarse en sus circunstancias, á acomodarse á tales manjares con su heroyca resignacion.

Tambien le ocurrió el servirse del precioso collar de Eudoxîa, puesto que le era ya alhaja inutil, por quanto no quiso llevarlo mas al

cuello, desde la vez primera que se lo quitó para entregarselo al mismo Damasio, en lugar de los pendientes que Domitila le ofrecia. Mas antes que resolverse á este paso, á que sentia suma repugnancia, pensó en volver á Constantinopla, y á la casa de sus padres, para tomar algunas alhajuelas que le pertenecian, con cuya venta podria suplir á la presente necesidad, y ver y abrazar á sus padres, que estarian muy solícitos y afanados, por su ausencia, no pudiendo ellos ignorar que habia salido de la carcel que forzaron los amotinados.

Pensar y resolver esto, fue todo un punto, tomando con gran aliento el camino de Constantinopla. Pero luego comenzaron á presentarsele vivamente las dificultades que encontraria para volver á la casa de Belisario, si llegaba á ver á sus padres, que querrian saber de él los motivos de su ausencia, y del trage infeliz de méndigo que llevaba, que lo detendrian, y le impedirian finalmente la vuelta. Estas ocurrencias le retraen de su resolucion, y le paran, obligandole á buscar nuevos medios, para deshacerse de las dudas y temores que le acometian, y suplir á la necesidad, en que se hallaba. Tanto pensó y meditó sobre este afan, que al fin dió con un expediente que le pareció admirable, y fué, que podria vender las cosechas en

cierne, á alguno de los ricos aldeanos de aquellos contornos, y mantenerse todos con el dinero que sacase de la venta, pues entretanto se exercitaria en el cultivo del huerto, y de los campos, y encontraria otros medios para subsistir.

Este feliz expediente, prendido de su imaginacion, le obliga á volver atras. Mas para no llegar vacio y desprovisto á la casilla, determinó ir á implorar la compasion de los labradores que trabajaban cerca de una grande alquería por donde pasaba, pidiendoles un poco de paja, y sustento, que debia servir para el ilustre Belisario, reducido al extremo mayor de miseria, por su ingrata y cruel suerte. A estas añadió otras expresiones, con que movió la piedad de aquella gente, que sabia ya la desgracia de Belisario, dandole de buena gana, no solamente la paja, sino tambien abundantes comestibles, con que llegó cargado al suspirado asilo, donde lo recibieron Belisairo, Eudoxîa, y Domitíla, con nuevas demostraciones de su enternecido reconocimiento á tan desinteresados, y caritativos servicios.

En el tiempo que Damasio estuvo ausente, fue á la casilla la labradora vecina, para dar á Eudoxîa, y á Domitíla algunos lacticinios, en prueba de su gratitud y aprecio, por los pen-

dientes recibidos. Aquellos lacticinios, y parte de los otros comestibles, que trajo Damasio, sirvieron de cena aquella noche. Sobre ella propuso Damasio á Belisario la ocurrencia que le vino de vender las cosechas de los campos á un rico labrador, añadiendole, que habiendose informado sobre ello en la casa de campo donde le dieron la paja y los comestibles, le insinuó uno de aquellos labradores, que tal vez le compraria las cosechas un rico aldeano, llamado Scipion, que vivia retirado de la corte en la vecina villa de Astabia.

Aprobó Belisario el pensamiento de Damasio, agradeciendole sus perspicaces miras, que dieron materia para un discurso semejante al que tuvieron despues de la comida. Llegada la hora de ir á dormir, como rehusase Belisario servirse de la cama, que era la sola que tenian, y prestada de los vecinos labradores, debió Damasio recoger la paja que habia traido, llevandola á otro quarto, para que pudiese descansar en ella Belisario, y él en su compañía. Despidieronse á este fin afectuosamente de Eudoxîa, y de Domitíla, que quedaron en la estancia en que habia fallecido Antonina, cuya memoria avivó á Eudoxîa con las tinieblas de la noche, toda la tristeza y sentimiento que probó en su trance, y que Domitíla no podia templar con

sus razones, consejos, y compañía, pasando toda aquella larga noche en continuo llanto.

No se exîmió tampoco de llorar Damasio, con el motivo de ayudar á Belisario á tenderse sobre la paja para dormir. Representósele tan vivamente el estado de gloria, y de grandeza, en que habia conocido poco antes á aquel heroe memorable del imperio, reducido entonces á la mayor miseria y necesidad, debiendo servirse de aquella paja para descansar, como el mas menesteroso méndigo, que no pudo resistir á la commocion del enternecimiento que le causó, prorrumpiendo en sollozos repentinos. Belisario, oyendole con sorpresa, le dixo: ¿qué te sucede, Damasio? ¿Qué significa ese repentino llanto? = ¡Ah! me quebranta el corazon la vista del infeliz estado, á que os reduxo la inconstante y cruel suerte. ¡Suerte ingrata! ¡cómo es posible dexar de detestarte, viendo al vencedor de tantos reyes, al grande Belisario, reducido por tus caprichos á reclinarse en tan humilde lecho! =

¿Y eso extrañas, hijo, en un soldado? el mismo Belisario, quando mandaba á sus victoriosas legiones, dormia tambien muchas veces al cielo raso, y sobre el desnudo suelo. Si no es otra cosa, la que te aflige, echate, y duerme tranquilo, y sosegado. Mañana iremos á ver-

nos con ese rico aldeano, para proponerle la venta de las cosechas, y si saliere vana nuestra tentativa, nos ingeniaremos en pedir limosna. Ves quan encontrados van nuestros modos de pensar. Lloras y te afliges por verme descansar sobre esta paja, y yo lo contemplo con gran indiferencia. Esto no parece bien, Damasio, porque habiendo de dormir, y vivir juntos los dos, conviene que pensemos, y sintamos del mismo modo. = ¡Ah! ¡si vuestros émulos, y enemigos os viesen mirar con tal indiferencia vuestra desgracia! = Nada de todo eso hace al caso, hijo mio: no te afanes, por lo que no se afana Belisario. Lo que importa es, que reconcilieis luego el sueño, pues hemos de partir temprano para vernos con ese aldeano que dixiste.

Calló Damasio, oyendo esto, conteniendo tambien por entonces los deseos que sentia de aprovecharse de aquel comenzado discurso, para descubrirse á Belisario, á cuya instancia quiso obedecer para dexarle descansar. Luego que la siguiente aurora comenzó á dorar la tierra con sus plácidos resplandores, Eudoxîa, que habia pasado en llanto aquella noche, salió con Domitíla de la casa, para tomar el ayre de la mañana, y fueron á esparcirse en el vecino huerto, antes que Belisario y Damasio se dis-

pertasen. Este recreo, que le aconsejó Domitíla para que pudiese aliviar su afliccion, tuvo el efecto que esperaba en el ánimo de la desgraciada hija de Belisario.

Comenzó á serenarse su tristeza al eco armonioso de las aves, que con sus cantos saludaban á la nacida aurora, y á la vista de las flores, de los frutos, y verdura, que le rendian deliciosos tributos á sus sentidos, borrando en ellos las tristes especies, y pensamientos que la soledad y lobreguez de la noche fomentaron en su fantasia. Alli las sorprendieron poco despues de su llegada, Belisario y Damasio, que las oyeron salir. Renovaronse las tiernas demostraciones y palabras de mutuo afecto y cariño, entre aquella amena frondosidad, en que tanto mas amable, y hermosa pareció Eudoxîa á los ojos de Damasio, cuyo amor se aprovecha de la crecida confianza con las prestadas atenciones y servicios, para hacerle mas afectuosas expresiones y ademanes, con pretexto de darle los buenos dias.

Despues de haberse entretenido alli un rato con apacibles discursos, dixo Belisario á Eudoxîa y á Domitíla: que habiendo resuelto el dia antes el ir á verse con el rico aldeano, para proponerle la venta de las cosechas, iba á ponerlo luego en execucion en compañía de

Damasio, por quanto no les quedaban otros medios para subsistir. Eudoxîa, oido esto, aunque sentia separarse de su amado padre, cedió á la necesidad, y se le encomendó á Damasio; el qual aceptó con toda el alma aquella recomendacion, prometiendola con no menor afecto todos los esmeros, y el cuidado que le encargaba. Aseguróla tambien el mismo Belisario, que asido á la mano del supuesto Damasio, y apoyado á su baston, partió en busca de quien le adelantase los escasos medios para subsistir en la miseria.

¡Quién pudiera poner los ojos en tan triste espectáculo, viendo al conductor de victoriosos exércitos, y cuyo nombre hacia temblar las naciones, conducido ahora él mismo por un roto lazarillo, para mendigar su sustento, sin contemplar con los ojos del alma la instabilidad de la humana grandeza, juguete de los antojos de la fortuna! ¡Ni quien tampoco, uniendo el triste exemplo de Belisario á los de tantos otros, querrá fomentar en su corazon el demasiado aprecio y confianza en los inciertos bienes y favores de la inocente suerte!

Luego que los interpuestos árboles robaron de los ojos de Eudoxîa y de Domitíla la presencia de Belisario, á quien seguian con la vista, compadeciendo su desgracia, volvieron

á la casilla, donde Eudoxîa, con el motivo de la ausencia de su amado padre, se dexó apoderar de nuevo de su afliccion y sentimiento. Mas no le dió tiempo Domitíla para que los fomentase. Conociendo ella que procedia tambien, en parte, su tristeza, de la ociosidad en que se hallaban, por falta de materiales, é instrumentos de labor, con que pudieran entretenerle, le dixo así: la soledad y el ocio engendran naturalmente, amada Eudoxîa, tristeza y abatimiento, mucho mas en aquellos ánimos, en quienes, como al vuestro, les sobran los motivos para ello. Se suele decir que el alma no tiene mas dañosos enemigos, que el ocio y la tristeza.

Verdad es, que nosotras nos hallamos sin telar, sin rueca, ó cosa semejante, y sin materiales con que ocuparnos. Mas siempre encuentra que hacer la muger que lo desea. La limpieza de una casa, suministra siempre ocupacion, á la que no desdeña ninguna, y la limpieza suelen decir tambien, que es una de las principales prendas de nuestro sexô. Veis, pues, que esta casa nos ofrece hartos motivos para exercitarla, así en los techos entapizados de telarañas, como en su pavimento sembrado de basuras. Esta sea, pues, nuestra ocupacion, mientras vuelve vuestro padre; y nos servirá al mismo tiempo de remedio virtuoso contra

la tristeza, la que siempre holgára estar mano sobre mano.

En las cosas pequeñas y humildes se echa de ver á las veces mucho mas, el alma grande que se ácomoda á ellas sin baxeza, y con fuerte voluntad de sobreponerse con indiferencia á la suerte que intentó abatirla y entristecerla. Con esta firme resolucion voy á dar principio á la maniobra. = ¿No veo, Domitíla, cómo querais llegar á los techos aunque baxos? = Lo preví todo. Ahí en el corral ví tres, ó quatro cañas, que bien podrán alcanzar al techo; y en el huerto descubrí algunas matas, de las que suelen servir para hacer escobas. Aunque verdes, servirán del mismo modo, atandolas á los cabos de las cañas, con que podrémos limpiar los techos, y luego el suelo. Las paredes quedarán negras, porque así nos las dexaron los antiguos inquilinos; y la necesidad en que nos hallamos, no nos permite comprar lo necesario para enjalbegarlas.

Pero sabeis que la virtud sabe pasar, á mas de esto, sin tantos adornos, usa de ellos si los tiene, sino está igualmente contenta de un modo que otro. Vamos, pues, á ocuparnos en esto.

El exemplo de Domitíla, unido á sus consejos, empeñó el ánimo de Eudoxîa en aque-

lla humilde ocupacion, que fortaleció mucho su virtud, acomodandose sin quejas, y sin lamentos por su perdida grandeza y comodidades, á la necesidad, en que el destino la ponia. Mientras ellas se empleaban en esto, llegaron Belisario y Damasio á la villa de Astabia, y á la casa de Scipion. Era éste señor de algunas haciendas, y aunque bastante rico, habia quedado harto pobre su familia, en cotejo de los muchos haberes que poseian sus mayores; pero quanto era humano, generoso, y compasivo, otro tanto presumia de su antigua nobleza, teniendo por cierto haberla heredado de los antiguos Scipiones romanos.

Su abuelo, desgraciado en la corte, se habia retirado á aquella aldea, donde él habia nacido, y casado; aunque ya viudo solo le quedaba un hijo mozo de su matrimonio. Era el tal algo viejo, y acababa de saber la desgracia de Belisario. Oyó por lo mismo con gran sorpresa la llegada de Belisario á su casa, haciendole avisar de ella Damasio. Movido de la curiosa compasion, que le causó tal aviso, quiso ir él mismo en persona á su encuentro para recibirle, como lo hizo, diciendole con afectuosas demostraciones: ¿qué es, ó desgraciado Belisario, lo que os trae á honrar la casa de Scipion? ¡Ah no es posible miraros sin acusar de

cruel á la fortuna, que reduxo á tan infeliz estado al hombre mas aplaudido y glorioso de todo el imperio. Pero venid, sentaos, dexad que tenga el consuelo de manifestaros que aprecio la honra que me haceis, y cuyo motivo no alcanzo.

La fortuna, ó generoso Scipion, nos hace grandes ó pequeños á los hombres. Ella es la que señorea al suelo. Su favor me levantó sobre muchos, su contrariedad me reduxo pobre ciego, y necesitado á venir á implorar vuestro favor. = ¿Mi favor? ¿en qué os puedo servir? Dadme motivo para manifestaros la complacencia que tendré en dexar satisfechos vuestros deseos, si á ello alcanza mi imposibilidad. = Esta misma fortuna que hubiera podido forzarme á venir á pediros limosna, me dexó unos campos, y porcion de terreno, de donde pudiese sacar mi escasa subsistencia, y la de mi hija Eudoxîa. Mas estando todavia atrasadas las cosechas, necesitaria de algun dinero adelantado, sobre su fianza. A este fin vengo á implorar vuestra generosa compasion. Si estais en grado de exercitarla conmigo, podeis venir á ver los campos, y á tenor de lo que vos mismo apreciareis sus cosechas, me adelantareis lo que os parecerá conveniente, remitiendome en todo á vuestra honradez. =

¿Cómo si estoy en grado? es sobrada honra para mí, el que hayais querido, ó Belisario, valeros antes de mi buena voluntad, que de la de otro que tuviera igual interes de afecto en serviros. Vuestra desgracia es respetable para mí. Creyera hacer agravio á mí mismo, si dudase un instante en contribuir al alivio de una persona desgraciada que venero. Para ello no necesito tampoco de ir á ver los campos, como me insinuais. = Sobremanera empeñais, ó generoso Scipion, mi reconocimiento. Vuestra compasiva voluntad alivia el peso de mi desgracia, y quedará siempre impresa en el corazon del agradecido Belisario. = Aqui teneis esta cantidad, disfrutadla en compañía de vuestra hija Eudoxîa, y dexad crecer las cosechas, sin tomaros afan en su fianza. = Quisiera tener, ó respetable Scipion, expresiones correspondientes á mi sumo agradecimiento. Os puedo asegurar que todos los premios, y honores que recibí de mano de la fortuna, no me dieron á probar tan puro gozo y complacencia quanta es la que experimenta mi ánimo con vuestra generosa beneficencia.

Iba á proseguir Belisario en sus gratas expresiones, pero se las atajó Scipion, que no quiso oirlas, y que en vez de ellas le hizo instancias para que honrase su mesa. Excusóse Belisa-

rio con èl cuidado, en que habia dexado á su hija Eudoxîa, que estaria muy impaciente por su vuelta, si tardaba en verlo llegar. Con esto se despidió de él, renovandole las demostraciones de su vivo reconocimiento; con lo que tomó vuelta á su casilla, muy gozoso por el feliz exîto del sugerimiento de Damasio, que tampoco cabia en sí de gozo, por haber salido tan presto, y tan felizmente del ahogo en que se hallaba. Pudo así de camino proveer comida para aquel dia, con parte de la abundante cantidad que los entregó Scipion, con lo qual no vió reducida la mesa á las solas frutas y legumbres del huerto, á que hubieran debido ceñirse sin aquel generoso socorro.

Eudoxîa y Domitíla habian ya limpiado y aderezado la casa, segun sus circunstancias les permitian, y estaban esperando con ansia á Belisario y Damasio, á quienes vieron llegar de allí á poco, y los recibieron con tiernas demostraciones de gozo. Creció este con la relacion que les hizo Belisario de la generosa ácogida que les dió Scipion, y de la liberalidad que habia usado con él adelantandole el dinero sobre las cosechas. Esto dió materia, para que explayasen sus ánimos con gustosos discursos antes y despues de la comida, con que se disminuyó en parte la afliccion de Eudoxîa, y se le avi-

vó á Damasio el deseo que fomentaba de descubrirse. Creció tanto su confianza, que no pudiendo resistir mas tiempo á los impulsos que sentia, resolvió finalmente, buscando solo oportunidad en el discurso que hacian, para causar mas interesante y tierna sorpresa á su amada Eudoxîá, y á Belisario.

Pero la misma fuerte palpitacion que sentia se lo hacia diferir, y se lo estorbó un impensado accidente que debia servir para hacer su descubrimiento con mayor seguridad y satisfaccion del mismo. Dió ocasion para ello los afanes y congojas, en que estaban sus padres, no viendo comparecer á su hijo, desde que los amotinados abrieron la carcel, en que sabian estaba detenido, sin poder tener tampoco ninguna noticia de él, á pesar de sus muchas diligencias y continuos desvelos para encontrarle. Ocurrióles por último expediente, enviar persona de su satisfaccion, para que expiase los contornos de la alquería donde sabian haber enviado el emperador la familia de Belisario, porque siendo tan grande la pasion que Maxîmio tenia á su hija Eudoxîa pudiera haberle inducido el amor, ir á vivir cerca de donde ella vivia, y facilitar la pobreza de la misma el casamiento á que antes se oponia la presuncion de Antonina y su riqueza.

Avivandoles mas su paterno amor estas sospechas, que no les dexaba descansar, resuelven salir de ellas, valiendose á este fin de su fiel esclavo Evanio, á quien encargaron se informase en todas las alquerías vecinas á la casa de Belisario, si acaso habian visto, ó tenian noticias del mozo, y quando esto no bastase que viese por último de entrar en la misma casa de Belisario, para informarse de él, si por ventura le hubiesen visto.

El fiel Evanio, que habia criado á Maxîmio desde niño, cumple escrupulosamente con el encargo de sus amos, dando todas las señas de Maxîmio, en las casas en que entraba, y diciendo su nombre, que él mismo se habia cambiado en el de Damasio, lo que Evanio no sabia. Mas siendo vanas todas sus atentas diligencias y pesquisas, resuelve por última tentativa, entrar en la casa de Belisario, como se lo habian mandado, esperando que pudiesen darle alguna razon del mismo. Estaba cabalmente Maxîmio en el estremo lance de descubrirse á Belisario, quando Evanio tocó á la puerta. Su inesperado llamamimento rompe los palpitantes anhelos de su amor, y le obliga á levantarse de su asiento para ir á ver quien era el que tocaba.

La turbacion y sorpresa que le causó la

impensada vista de Evanio, á quien mucho amaba, le tiene mudo y suspenso, renovandole la palpitacion, que preocupó sus consternados sentidos, sin dexarle preguntar, que queria, ni á quien buscaba. La gran palidez que se apoderó de su sucio rostro, á vista del esclavo, contribuyó para desfigurarle mucho mas á los ojos del mismo que le tenia presente, y le veia sin conocerle, preguntandole si vivia alli Belisario. El disfrazado Maxîmio, echando de ver entonces, que Evanio no le habia conocido, confia, y se asegura mucho mas en su disfraz, pierde todo temor, y para mayor disimulo despues de haberle contestado, que vivia, y se hallaba allí Belisario, le introduce en la estancia, y le presenta al mismo.

Todos los criados suelen por lo comun revestirse de los sentimientos, y modos de sus amos, acerca de los extraños Evanio manifestó en los suyos, los que fomentaban los padres de Maxîmio en la desgracia de Belisario, nacidos de los antiguos disgustos y etiquetas de familia, á que dió motivo la altivez de Antonina, y de que estaba tan agena la grandeza del alma de Belisario. A pesar, sin embargo, del modo con que Evanio se presentó, no pudo dexar de rendirse al compasivo respeto que le infundió la vista y presencia de aquel heroe,

pobre, ciego, y reducido á tal estado de miseria, en que lo veia en aquella habitacion.

Dexó no obstante de manifestar la compasion que sentia, para decirle, oyendole el mismo Maxîmio, que estaba presente, aunque con algun disimulo: no creo que ignoreis, Belisario, el grande amor, que tenia Maxîmio, hijo de Septímio, á vuestra hija Eudoxîa, y que en fuerza de las extravagancias que le obligó á cometer su pasion, fué preso, y puesto en la carcel, por recurso que hizo para ello vuestra muger Antonina. Sus padres supieron haber salido de la carcel el dia del motin, mas no habiendole visto comparecer desde entonces, ni tenido ninguna noticia de él, á pesar de sus muchas diligencias, sospecharon si por ventura hubiese venido á veros, y me dieron el encargo de informarme, rogandoos primero, querais perdonar á sus paternos afanes y congojas la nota del indiscreto atrevimiento que pudiera llevar sus curiosos deseos en mi mensage.

Nada hay aqui que perdonar, respondió Belisario. Antes bien les debo agradecer tal encargo, pues me renueva la memoria de ese joven, digno de mi mayor aprecio y estimacion. Oxalá me hubiera permitido la fortuna manifestar á él mismo la gratitud que le debo, y que conservo á las generosas atenciones con que

quiso mirar por mi bien. Pero ni la privacion en que estoy de la vista, me concedió el verle, ni supe de él cosa alguna desde que me dixeron hallarse en la carcel: ni sé que despues de salido de ella haya puesto los pies en esta casa, ni creo que Eudoxîa haya tenido la menor noticia de él. No, padre mio, dixo entonces Eudoxîa, no la tuve ni sé cosa alguna de Maxîmio.

Que eco tan dulce y delicioso hacia toda esta escena en el ánimo del presente Maxîmio, oyendo la solicitud de sus padres, los descubiertos sentimientos de Belisario, acerca de él mismo, y la aseveracion de Eudoxîa, en no haberle visto, ni tenido noticia de él, habiendole tenido presente de continuo. Creció su júbilo y satisfaccion, quando Evanio, oida la síncera respuesta de Belisario, y de su hija Eudoxîa, les dixo: deberé, pues, volver para certificar quanto antes á sus padres de lo que me asegurais, y perdonad de nuevo mi importuno encargo. Podeis, sí, asegurarlos de ello, replicó Belisario, pues ninguno ha estado conmigo, sino ese pobre mozo, Damasio, de la villa de Astabia, que ahí veis.

Maxîmio que procuraba recatarse de la vista de Evanio, oyendo el dicho de Belisario se turbó sobremanera; mucho mas quando Eva-

nio, en fuerza de aquel mismo dicho, puso los ojos en él, diciendo: la estatura es la misma, mas nada tiene que ver en lo demás con Maxîmio. No necesito, Belisario, de otras justificaciones. Quedad con Dios. Dicho esto, sin detenerse mas, parte el esclavo, aliviando Maxîmio con su ida, el tumulto de afectos que le suscitó en su pecho, quando fixó en él sus ojos. Reavivaronse en su ánimo la suma satisfaccion y complacencia con que lo consolaron las expresiones de Belisario, diciendo el grande aprecio que hacia de él, y la gratitud que le debia por sus miras, y atenciones generosas.

No cabia en sí de gozo, prometiendole su amor la segura posesion de Eudoxîa, si se descubria. Mas quiso permanecer todavia encubierto con su disfraz, deseando saber antes quales eran los sentimientos de Eudoxîa para con él, ya que estaba asegurado de los de su padre Belisario. No tardó en ver satisfechos sus deseos, pues apenas volvió la espalda el esclavo, se lo proporcionó Belisario, diciendo: ¡quánto hubiera yo deseado, amada Eudoxîa, poder manifestar á Maxîmio la gratitud que debia á sus afectuosas intenciones, y satisfacer al mismo tiempo vuestro afecto con su casamiento! Pero se mudó la suerte, y Dios sabe donde para Maxîmio.

El mismo Maxîmio sumamente enternecido al oir esto, se esforzó en decir con voz casi anudada á la garganta: ¿quién es Belisario, ese mozo Maxîmio, á quien manifestais apreciar tanto? = Es un joven de una antigua y noble familia de Constantinopla, el qual se enamoró de Eudoxîa, y la pretendió en casamiento. Mas yo ignorando sus amores, la prometí á Basílides. = ¿A Basílides, hijo del general Basílides? = A ese mismo. = ¿Cómo es, pues, que no se efectuó su casamiento? = La suerte lo impidió con mi prision, y desvaneció la promesa de Basílides. = No lo extraño. De la desgracia huyen hasta los amantes. Raros son los que permanecen fieles en ella. ¿Mas cómo es que dixo el esclavo que Antonina hizo poner en la carcel á Maxîmio? =

Antonina, que miraba con desden sus amores, le vedó la entrada en su casa: mas él habiendo sabido la desgracia que me amenazaba, se atrevió á entrar en ella disfrazado en mercader, y con el pretexto de vender á Eudoxîa sus mercaderías, se fingió astrólogo, y se la pronosticó, instandola para que me enviase luego secreto aviso, y la evitase, poniendome en salvo. Mas fue inmediatamente descubierto, y puesto por ello en la carcel á instancias de Antonina. = ¡Pobre Maxîmio! ¡Quánto me inte-

resa su suerte desgraciada! = Luego que supe esto, hice quanto pude para obtenerle la libertad, mas no me fue posible conseguirlo ¡Quánto temo que haya perecido en el motin! =

¡Gran lastima seria! mas no puedo inducirme á creerlo, por quanto sus padres lo hubieran sabido, y no le buscarian ciertamente con tan grande solicitud. Tal vez se habrá ido á otras tierras, temiendo ver efectuado el casamiento de Eudoxîa con Basílides. Mucho lo habrá sentido Eudoxîa, y lo sentirá todavia, si correspondia al grande amor de Maxîmio. Eudoxîa, que oia en silencio, y con alguna satisfaccion este discurso, respondió con modesto recato á Maxîmio, diciendo: lo amé, mientras me fue lícito amarlo. = Un natural afecto del corazon se exênta de toda prohibicion. ¿Mas segun lo que decis, habeis dexado de amarle? = Maxîmio se hizo acreedor á mi eterno reconocimiento. = ¿Dudariais sin embargo de hacerle la entrega de vuestra mano, y corazon, si se presentase á pediros por esposa? = Si en ello viniera bien mi padre, solo el fiel y generoso Maxîmio fuera mi esposo. ¿Si yo viniera bien en ello? ¡Oxalá, dixo Belisario, pudiera darle yo esta prueba de mi reconocido afecto, concediendole la mano, que manifestais quererle entregar! ¿mas quién sabe, si os amára del

mismo modo, pobre y desgraciada, como os veis, que rica y en la grandeza.

Por lo que habeis contado, dixo entonces el alborozado Maxîmio, infiero que Maxîmio permanece todavia constante en su amor. Tales pruebas còmo las que os dió de su pasion, me confirman en mi parecer; y si Eudoxîa deseára certificarse de ello, quasi, quasi, me lisongearia de traerla cabales informaciones. Conmovida Eudoxîa del tono de confianza con que dixo esto Damasio, y de la sonrisa con que lo acompañó, comenzó á entrar en alguna sospecha, aunque sin imaginarse que Damasio pudiese ser Maxîmio, diciendole; ¿mas cómo lo quereis hacer? ¿sabeis por ventura el lugar en que se halla Maxîmio? ¡Ah! su hallazgo me sirviera del mayor consuelo. ¡O cielo! exclama Maxîmio, ¡vuestro mayor consuelo, Eudoxîa! ¡ah! ¿cómo es posible llevar adelante tan molesta ficcion? Aqui, aqui á vuestros pies teneis, amada Eudoxîa, á vuestro fiel y constante Maxîmio, con el falso nombre de Damasio. Diciendo esto se postra á sus pies quitandose de la frente el sucio pañuelo, que la cubria, y confirmando con su ademan, y con las asomadas lágrimas de gozo, la verdad de sus palabras.

Eudoxîa, consternada de aquel improviso descubrimiento, y del súbito júbilo, que le cau-

só, apenas pudo acabar de proferir la exclamacion, que arrojó diciendo: ¿qué veo? ¡cielos! ¡Maxîmio!... ¿Qué es? ¿Qué decis? ¿Maxîmio está ahí? preguntaba el regocijado Belisario. Sí, Belisario, aqui está, aqui lo teneis, le respondió el mismo Maxîmio. El que os servia con el nombre de Damasio, ese mismo era Maxîmio. Me valí de tal ficcion, para poder manifestar mejor á Eudoxîa el amor eterno que me merecia. ¡O luz de mis ojos! exclamó Belisario, este es el momento en que siento mucho mas haberte perdido. Tengo á lo menos, incomparable Maxîmio, el consuelo de abrazarte, y de confirmarte con estos brazos, la gratitud que te debo, como Maxîmio, y como Damasio. Y yo, glorioso Belisario, le decia Maxîmio: la suma, la inexplicable complacencia de agradeceros tal demostracion con el mas puro afecto de mi alma.

Dicho esto, se desprende de Belisario, y dirigiendo la palabra á Eudoxîa, que no acababa de salir de su gozosa sorpresa, eterna prenda de mi dicha, la dice: aqui teneis para siempre á vuestro deseado Maxîmio, ese llanto aviva mucho mas la dulce confianza de mi amor enardecido. = ¡Dios mio! ¿Qué me sucede?... = Lo que os debiais prometer de quien confirmó su afecto, con tales, y tan repetidas

pruebas. = ¡O generoso Maxîmio! ¡O único amparo y sustento de mi buen padre! = Dexàd que postrado de nuevo á vuestros pies, os ame con el mas ardiente respeto, aunque en este vil trage de méndigo. = ¡Ah! levantaos, os ruego. A mí me conviniera hacer esa demostracion, á quien de tantos modos manifestó sus generosos sentimientos para con mi padre desgraciado.

Ven acá, Maxîmio, volvió á decir Belisario; ven, hijo mio, no quiero diferir el momento de confirmarte mi suma gratitud, dandote á mi hija por esposa. = ¡O Belisario! ¡ah! no puedo sino con lagrimas declarar la redundancia del sumo gozo, que no cabe en mi pecho con tal promesa. = Todo se te debe, hijo mio, ven acá, Eudoxîa, dexa que confirme tu padre con tu mano la promesa que acabas de hacer á tan fiel y generoso amante. = Mano amada... ¡ah! el gozo me sufoca. = ¡O mi amado Maxîmio!... Tampoco puedo expresar lo que siento...

Cómo era posible que abarcasen sus corazones el exceso del gozo y del consuelo que los inundaba. Suplió á sus expresiones el llanto que caia de sus ojos. El mismo Belisario, en el colmo de su contento, sentia caer sobre su corazon las lágrimas del júbilo que no podia derramar

por sus cegados ojos. Ni de ellas se exîmio la atónita Domitíla, que unió tambien sus exclamaciones de asombrada admiracion á las de Eudoxîa en el acto del descubrimiento, á que estuvo presente, y participaba de la dulce ternura de los amantes, en las afectuosas prendas que se daban de su mutuo amor, y de su reconocimiento á Belisario, por haber puesto el colmo á sus ardientes deseos.

Puso fin Belisario á los efectos y expresiones con que desahogaban sus pechos, curioso de saber el modo, cómo se le proporcionó á Maxîmio encontrarse con él, quando le sacaron de la carcel, y el motivo de haber tomado el disfraz de méndigo, y de haber permanecido con ellos encubierto hasta entonces. Satisfizo Maxîmio, renovandole la memoria de lo que le contó salido apenas de la ciudad, sobre el encargo que le hizo Eudoxîa de traerle nuevas de su padre, y como se puso cerca de la carcel á este fin. Hizo luego la relacion de la manera como le sacaron de la prision los amotinados, y que sabiendo ellos la causa del motin, y el lugar á que habian conducido á Eudoxîa y Antonina, sin detenerse, ni aun para saludar á sus padres, se vino en derechura á encontrarlas.

Mas que temiendo que Antonina no le permitiese servirla en la desgracia, le ocurrió to-

mar aquel disfraz de pordiosero y fingir aquella historia, con el nombre de Damasio, para no ser conocido, y obtener su amoroso fin. Manifestóles los grandes impulsos que tuvo varias veces de descubrirse, y la turbacion y temores que le causó la llegada de su esclavo Evanio, que le proporcionó el descubrimiento, dandole ocasion para saber antes quales eran los sentimientos de Eudoxîa, y de Belisario, acerca de él, y de su casamiento, que era lo que deseaba saber antes que todo, para descubrirse con mas cumplida satisfaccion y gozo, como lo hizo.

Acabada la relacion, volvió á renovarle Belisario las expresiones de su tierna gratitud y afecto, exhortandole inmediatamente á que fuese quanto antes á ver sus padres, á quienes tenia en tan grandes afanes y congojas por su ausencia; ni les difiriese el consuelo que probarian en verlo. Rehusaba Maxîmio condescender con las instancias de Belisario, pues temia que sus padres le impidiesen su casamiento con Eudoxîa. Prometió, sin embargo hacerlo, luego que la misma Eudoxîa le manifestó el disgusto que la daria, si se negaba á los justos ruegos de su padre, y quedó en executarlo al siguiente dia.

No acababan de salir entretanto, de la ad-

miracion que les renovaba la memoria de los dichos y hechos que con él pasaron en el tiempo de su disfraz, que realzaba tanto su amor, con aquellas ficciones, y se los hacia mucho mas apreciable. Pasaron así aquella tarde, cuyos lances y discursos, que tanto empeñaban á todos, llegaron casi á borrar la memoria de su perdida grandeza, y la afliccion en parte, que conservaban, especialmente Eudoxîa, por su difunta madre. Ni echaba ya ninguna otra cosa menos en su presente estado de pobreza. Hízoseles con esto mucho mas gustosa la cena que tuvieron, y pasó Eudoxîa mas tranquila y descansada la noche, despues que renovó con Domitíla las pruebas del constante amor de Maxîmio, que manifestaban las excelentes calidades de su generoso corazon.

Amanecido el dia siguiente, y levantados todos, Belisario exhortó lo primero de todo á Maxîmio, á que cumpliese la promesa que le habia hecho, de ir á ver á sus padres. Aunque se le hizo de nuevo sensible á Maxîmio, el separarse tan presto de su amada Eudoxîa, debió cumplir con su palabra, pero les dixo, que le importaba sumamente volver á tomar el disfraz de méndigo, pues no se presentaria de otro modo á sus padres. Aunque Eudoxîa, y Belisario ignoraban los fines que en ello llevaba

Maxîmio, vinieron bien de contado, en que lo tomase; lo que executó él con tanto mayor gusto, quanto que la misma Eudoxîa deseó ceñirle el pañuelo, y le ayudó á extender por el rostro las guedejas, con que volvió á parecer Damasio; aunque ¿quán diferente á los ojos de Eudoxîa, que recibia en su despedida las tiernas demostraciones de su descubierto afecto, y promesa de volver á verla quanto antes?

Se la dió tambien á Belisario, el qual le abrazó de nuevo estrechandole á su seno, y dandole el dulce nombre de hijo, con que avivado su consuelo y satisfaccion, partió para la ciudad, dexando algo suspensa y afligida á Eudoxîa con su partida, pues el amor comenzó á fomentar en su fantasia los temores que los padres de Maxîmio pusiesen estorbo á su casamiento, como el mismo Maxîmio lo recelaba. Distraxola Belisario de estos pensamientos, rogandola que lo conduxese al huerto á tomar el ayre fresco de la mañana. Domitíla fue tambien con ellos y todos tres se sentaron baxo de una parra que los defendia de los rayos del Sol.

Belisario sentado sobre un terrazo baxo, vestido de grama, que le daba cómodo asiento, fue el primero en decir á Eudoxîa, y á Domitíla, sentadas á su lado: ¡ah! yo no puedo disfrutar con los ojos el hermoso espectáculo que

os deben presentar á los vuestros estos frondosos árboles y plantas, con sus frutos y flores; pero la imaginacion puede suplir á la falta de la vista. Con aquella me formo, tal vez, un espectáculo mas ameno y agradable, bien sí, como aquellos que se forman mucho mas en vision, que si de hecho las poseyeran.

Pero puedo tambien gozar, como gozo, el dulce canto de las aves, la suavidad del ambiente, regalado del zéfiro con los tributos que exîge de las plantas y de las flores; y pruebo el contento de esta deliciosa paz y soledad que tanto anhelaba mi alma en medio del tumulto de la guerra y de sus turbulentos desasosiegos, y peligros, que buscan los hombres para adquirir honores, riquezas, y gloria, como yo los busqué, engañado de la aparente dicha que presentaban á mis ojos. Algun consuelo es, y grande tal vez, alcanzar victorias, recobrar reynos y provincias, llevar reyes cautivos en triunfo, ser aclamado de los soldados y del pueblo, ver cundir la fama y gloria del propio nombre, y abundar de honores y de riquezas. Mas si debo decir ahora lo que siento, toda la satisfaccion y gozo que probé en esas felicidades, así llamadas, no igualan al puro contento y complacencia que ahora prueba mi alma, en esta dichosa quietud, aunque olvidado del

mundo y condenado á la pobreza.

Eudoxîa, hija mia, tu padre no es tan infeliz, quanto lo puede parecer, y quanto lo parece en la opinion de los hombres, que miden las desgracias agenas por los anhelos de su ambicion, y por las ideas que les formaron sus deseos de la dicha, y fortuna. Pero si de hecho pudieran apreciarlas, como yo las aprecié por experiencia, verian que la mayor satisfaccion y contento que acarrean, no equivalen á la dulce complacencia y consuelo que ahora disfruto, aunque privado de todos los honores y grandeza de que antes abundaba, y aunque ciego, y sentado sobre esta humilde yerba, pues ahora echo de ver que el corazon humano no es susceptible del mayor gozo y contento, que aquel que puede abarcar su pequeñéz; y que esta no permite que la complacencia del mas ilustre triunfo, sea mayor que la que prueba el alma con la vista de un ameno espectáculo de la naturaleza, exênto de inquietudes, zozobras, y peligros.

Desde que se apartaron los hombres del sencillo estado de la naturaleza, corrompieron su verdadera felicidad, fomentandose otra ideal y engañosa, delineada en su fantasia por la codicia y ambicion que los induxeron á aguzar el acero, para oprimir á sus vecinos, pues con su

vencimiento adquirian los campos, que ellos labraban; las ciudades, en que vivian; con lo qual se harian poderosos y alcanzarian el nombre de fuertes, y de valientes. De aqui procedieron luego los honores, los triunfos, las insignias y timbres que dieron los soberanos para condecorar á los mas esforzados, y las larguezas, y premios en haciendas, para distinguirlos de los demas. ¿Qué mucho que naciesen deseos en los otros, de querer y desear, lo que veian que ensalzaba tanto á los que lo poseian? ¿Qué mucho que desamparasen los campos que cultivaban y revolvian con sus brazos, y con fatiga, para acudir al son de los militares instrumentos, que los convidaban á la adquisicion de aquellos honores, y nobleza?

¡O quánto se engañaron, y quánto se engañan los que así piensan todavia! ¡Oxalá pudiesen los hombres ver mi desengaño, en el estado en que me veo, y en que les da en mí la fortuna un exemplo terrible de la inconstancia de sus favores, y de aquella gloria y grandeza que ellos apetecen! Me vieran, sin embargo, mas contento y satisfecho aqui, á la sombra de estos árboles, que levantado sobre el carro del triunfo en que conduxe al cautivo rey Gelimer, y á su familia. Ni este puro contento nace solo en mí de verme aqui contigo, Eu-

doxîa, y con la virtuosa Domitíla, sino tambien de conocer que me devolvió la suerte al primitivo y sencillo estado del hombre, y á la vida que le señaló la naturaleza en este suelo.

Aqui me veo finalmente libre de los pesados, aunque ilustres cuidados de la guerra y del mando; de los trabajos y peligros que los acompañan; de las asechanzas de la envidia, que consiguió derribarme del asiento de gloria y de grandeza en que me vi levantado, en el de la necesidad, despojado de las riquezas que parecian tan apetecibles á quien las anhela, y tan cortas y escasas, á quien las posee, y de los honores que tantas molestias y enfados acarrean; de todo finalmente lo que los hombres mas ciegos, que lo que estoy ahora, solicitan y anhelan, y que yo, instruido de mi desgracia, pospongo á esta dulce paz y sosiego que me dan á gozar estos cortos campos, y este huerto que nos dexó la fortuna. Espero, Eudoxîa, que este mi desengaño contribuirá para que no eches menos nuestros demas perdidos bienes, y grandeza, y para que dexen los mismos de fomentar tu tristeza, en nuestra presente situacion, que aunque falta de comodidades, puede tambien vernos contentos, y satisfechos.

Todo eso, padre mio, que decis, solo sir-

ve para confirmar lo que Domitíla me enseñaba, antes de nuestra desgracia, diciendome: que la dicha verdadera del hombre no estaba fuera, sino dentro del ánimo, en que la cimentaba la virtud. Que esta daba mas sólido y permanente consuelo al ánimo, que todos los honores y riquezas, y que quanto desean las pasiones. Que aun los mismos ricos, y grandes no podian ser felices sin ella. = ¿Te hallas, pues, hija mia, contenta en tu presente estado? = Tan contenta y satisfecha, que si no fuera por la afliccion que todavia me causa la memoria de la pérdida de mi buena madre, no creo que la mas rica doncella, ataviada con las joyas mas preciosas, esté mas contenta que yo, privada de ellas, y reducida á sustentarme con estas legumbres y hortaliza. = Esto, á la verdad, no te lo enseñamos ni tu madre, ni yo. Bien haya la sabia Domitíla, que tan á tiempo te inspiró tan provechosas maxîmas.

Esos mismos consejos, dixo Domitíla, dados á otras doncellas, no hubieran producido el mismo fruto que en Eudoxîa. Para formar el corazon á la virtud, contribuye tambien el caracter y el genio de la persona que se presenta á las máxîmas de la sabiduría. Lo que Eudoxîa supo apreciar y retener, otras doncellas tal vez lo despreciáran como cosa triste, inutil y seca,

de que no pocas hacen befa, como cosa que no les compete. Sin embargo, dixo Belisario, contribuyen mucho los sabios consejos, y el modo con que se dan, para que el ánimo los reciba con provecho. Conviniera mucho que todas las doncellas tuvieran su Domítila. Aseguro, que habria entonces genios mas dulces y moderados; mucho menos ambicion y vanidad, y mas honestas y suaves costumbres. Habria tambien mucho menos luxo; muchas mas casadas contentas, y mas felices, y satisfechos maridos en sus casamientos.

Pero para ello, no veo Belisario, replicó Domitíla, que haya necesidad de Domitílas. Esas mismas sabias máxîmas y consejos, no las aquirí yo de otras mugeres, sino de mi buen marido Ancilio, como sabeis. Y así creyera yo mucho mejor, que si hubiera muchos Ancilios, hubiera tambien muchas Eudoxîas. Verdad es, que vuestra hija Eudoxîa podrá ahorrar á su marido esta enseñanza... Un repentino llamamiento á la puerta de la casilla, que oyeron desde el huerto donde estaban interrumpió el sabio y dulce coloquio de Belisario, Eudoxîa, y Domitíla, que acudió la primera á ver quien era el que tocaba á la puerta. Y viendo un hombre anciano con otro mozo, vestidos ricamente, que le preguntaban por Belisario, los

introduxo en el huerto, para presentarlos al mismo, sin saberle decir quienes eran.

Belisario, recibido su saludo, fue el primero en decirles que la ceguera hacia naturalmente curiosos á los que la padecian; que por lo mismo no extrañasen, si deseaba saber de ellos, quienes eran, y en que podia servirles. Soy Lucio Scipion, Belisario, respondió el mas anciano, en cuya casa estuvisteis ayer, en la villa de Astabia. Belisario, oido apenas el nombre de Scipion, hizo ademan de levantarse diciendo: á tan generoso bienhechor, es corta qualquiera demostracion, dame la mano Eudoxîa. Scipion, conociendo por el ademan, que queria levantarse para recibirlo, se lo impidió diciendole: de qualquier modo, Belisario, me es un honor el ser recibido de vos. Antes bien si me lo permitis me sentaré aqui á vuestro lado. Muy enhorabuena, respondió Belisario, como querais; pues aprecio sumamente una visita con que honrais á quien por tantos títulos se os profesa reconocido. =

Ninguno de esos títulos iguala al que conseguí, dignandoos aceptar, Belisario, una pequeña demostracion del aprecio, y veneracion que merecieron vuestras gloriosas hazañas. = Todas esas cosas, Scipion, pararon en humo y en tinieblas. = A la verdad os compadez-

co, viendoos reducido á un estado tan infeliz. = Lo contrario estabamos diciendo mi hija Eudoxîa, y yo, que no somos tan infelices, quanto lo parecemos. = Me engañé, pues, en mi juicio, que me induxo á venir para proponeros un expediente, que pudiera aliviaros en parte vuestra necesidad, si así vos, como vuestra digna hija Eudoxîa no lo quisieseis rehusar. = ¿Qué expediente es ese? No puede haber ninguno que proviniendo de vuestra generosa compasion, rehuse Belisario, ni su hija, que antes bien no acepte con el mas vivo reconocimiento. = Lo propondré, pues, mas antes me importa saber, Belisario, ¿si tuvisteis algunas noticias de mi antigua familia? =

No es posible, Scipion, en un número tan grande de ilustres familias, como contiene el imperio, conocerlas á todas, mucho menos á mí, que jamas anduve tras esas cosas, y que criado desde niño entre las armas en remotas provincias, no hubiera podido adquirir tales noticias, aunque lo hubiese deseado. Sin embargo no pongo duda alguna que sea muy antigua vuestra familia; ni porque lo sea, añadirá precio en mi concepto, al expediente que deseais proponerme. El corazon humano y benéfico, es para mí el mas noble, y el mas respetable. = Perdonad, Belisario. Siempre en el mundo,

en todos tiempos y naciones, se hizo gran caso de la nobleza y antigüedad de las familias. Por la nobleza exponen los hombres su vida y su sangre á los peligros de la guerra. Por ella se afanan en los empleos, y en la contratacion. Por la misma son respetados, y envidiados los grandes, de los que no lo son; ni creo engañarme, si pienso que vos mismo, empleado desde niño en el exercicio de las armas, lo hicisteis solo para dar mayor lustre y mayores timbres á la nobleza, que heredasteis de vuestros mayores. =

¡O generoso Scipion! ninguna cosa me sirve de mayor desengaño de esas vanidades, que haberlas yo mismo experimentado. Sudé, es verdad, me afané; expuse mi vida á mil riesgos por esos mayores timbres de nobleza, y creo haber alcanzado alguno con las armas. Pero por lo mismo, creedme, Scipion, que el verdadero noble en la tierra, es el sabio que mira con indiferencia todos esos vanos objetos, porque andan los hombres tan ufanos, y desvanecidos. En mis expediciones militares fui testigo de proezas admirables de soldados rasos, que les hicieron acreedores á la mayor nobleza, y sin embargo quedaron soldados rasos, ó gimen reducidos á la mendicidad, á pesar de mis recomendaciones, porque estas no fueron atendi-

das, y porque no dixo el emperador: os hago nobles, pues no tiene otro orígen la nobleza, que estas tres palabras.

Por el contrario, vi otros viles y cobardes, que temblaban antes de ver el rostro al enemigo, levantados por el favor y la intríga, á excelsos grados, y empleos eminentes. De tal orígen ¿habré de reputar tan estimable la nobleza de los descendientes, qué otro mérito, ni título tiene, para jactarse de ella, que la fecundidad de sus madres, y de sus abuelos? No, Scipion; Belisario no piensa así. = Pero quando quedan pruebas auténticas de la antigüedad de familia, no veo por qué se le deba negar el respeto y aprecio que merece, como las tengo yo de la mia, que reconoce su antiquísimo orígen de los primeros tiempos de la república romana. Vano fuera deciros de los Scipiones que militaron en España, y de aquel Publió Scipion, que mereció ser llamado el Africano.

Otro Gneyo Scipion se halló alferez en el exército de Pompeyo, y otro fue géneral de la caballería en Alemania; en tiempo del emperador Claudio, y así de otros que fuera importuno contar, hasta que uno de ellos pasó con Constantino á estas partes, donde mi familia conservaria sus antiguas preeminencias y honores, si mi bisabuelo, Marco Scipion, no se

hubiera alejado de la corte por manejo de sus émulos, y obligado á retirarse á la aldea de Astabia, donde yo nací, aunque bastante rico para mantener el decoro de mi nacimiento. =

Veo por lo que me decís, que no hay hoy dia en el mundo familia mas antigua que la vuestra, pues ninguna podrá contar su orígen desde los primeros tiempos de Roma. La vuestra es la sola que se exîmió de la burla qué hace el tiempo de esas antigüedades. Lástima es, que por manejo de la envidia haya perdido vuestro bisabuelo Marco Scipion sus honores y preeminencias, pues hoy dia os hallarais vos favorecido del emperador, ó gobernador de alguna de sus provincias. = Me basta, Belisario, que quedeis enterado de la antigua nobleza de mi familia, y nada se me da de esos honores y gobiernos que yo pospongo al partido que vengo á proponeros, sin cuyo motivo fuera muy odioso el mencionar la propia nobleza. = No veo, Scipion, qué necesidad haya de ello, para el partido que me quereis proponer. A la verdad acrecentais mi curiosidad.

No es bien, pues, que difiera el satisfacerla. Sabed que tengo un hijo único, heredero que es de todos mis bienes, y que traigo aqui conmigo, para ofrecerle á vuestro servicio. = A mi solo reconocimiento, pues lo de-

bo tambien al hijo de quien se dignó socorrerme tan liberalmente en mi necesidad. = Cumplimientos aparte: sabed, que todos mis haberes estan á disposicion vuestra, como tambien mi hijo Mucio, si os dignais reconocerle por esposo de vuestra hija Eudoxîa. = ¿De mi hija Eudoxîa? ¿Qué decis? Por lo que á mí toca, Eudoxîa fuera desde éste instante esposa de vuestro hijo Mucio, sino pusiesen un invencible impedimento á mi gratitud, el estar la misma prometida á otro. =

¿Prometida á otro? No lo creia... ¿Se pudiera saber quién es el sugeto? = Aquel pobre, que me servia de lazarillo quando llegué á vuestra casa. = ¡O cielo! ¿Qué escucho? ¿Qué decis Belisario? Os confieso que no son tan grandes mi admiracion y sorpresa, quanto la compasion y lástima que me causa Eudoxîa, al verla destinada á un vil méndigo. ¿Os pudisteis resolver á ello, Belisario? ¿Dar una doncella tan ilustre á un desnudo pordiosero, quando tantos nobles y ricos se tuvieran á honra el obtenerla, á pesar de su presente estado de pobreza? = ¿Qué le quereis hacer, Scipion? ese pordiosero fue el primero que la pidió, y la obtuvo, está ya prometida, y Belisario no puede faltar á su palabra. =

Permitidme, no obstante, que os advierta

que vuestra hija Eudoxîa, no habiendo tal vez dado su consentimiento, os ofrecerá justo motivo para desembarazaros de esa promesa. = Sin su espontáneo consentimiento, no hubiera yo dispuesto de lo que no puedo. Queda Eudoxîa en libertad de decir sus sentimientos. Mis sentimientos, pádre mio, dixo la modesta Eudoxîa, no son otros que los vuestros. Estoy prometida á Maxîmio, y Maxîmio será mi esposo. ¿Es ese por ventura el nombre de ese méndigo? preguntó Scipion. Ese mismo, dixo Eudoxîa. ¡Ah! perdonad, ilustre doncella, si compadezco vuestra desgracia, exclamó Scipion, ¿preferir un vil mozo, á quien pudiera sacaros del miserable estado, á que os reduxo la fortuna? =

Qualquiera que sea mi estado, no tengo porque envidiar en él á otros mas ricos y mas felices. Un pobre mozo puede hacer tambien feliz, á la que no apetece ni honores, ni riquezas, y que satisfecha de su presente fortuna, sabrá acomodarse á ella. Debo no obstante pedir perdon de estos mis sentimientos sobrado sínceros, tal vez, á quien se declaró tan generoso bienhechor de mi padre necesitado y pobre. Mi reconocimiento, siendo igual al suyo, me obliga á confesaros: que si el pobre Maxîmio, no hubiera empeñado de antemano mi afecto

y correspondencia á su generoso amor, fuera acreedor á mi mano y corazon el que os dignais proponerme, y á que por lo mismo os quedo sumamente agradecida.=

En igual aprecio quédo á vuestras atentas expresiones; mas siendo así, como decís, no debo acarrearos ulteriores molestias. Os deseo ese colmo de dicha que os prometeis con ese pobre mozo. A Dios Belisario. Dicho esto, y recibido el saludo de Belisario, que escusó los deseos que tendria de aceptar su honroso partido, con la palabra dada á Maxîmio, partió algo resentido, al parecer, juntamente con su hijo Mucio, el qual no dexó oir su voz, ni aun para los saludos, que limitó á solo ademanes, aunque manifestó quedar muy prendado de Eudoxîa, de quien no apartó jamas sus ojos. Este accidente dió motivo para nuevo discurso á Belisario, Eudoxîa, y Domitíla, despues que partieron los Scipiones, bien agenos de imaginarse, que fuese capaz Mucio Scipion el mozo de usar con ellos de la baxa venganza que usó, creyendo impedir con ella el casamiento de Maxîmio con Eudoxîa, de la qual se iba muy prendado.

Dió ocasion para ello á Mucio el ser dependientes suyos y de su padre los vecinos labradores que prestaron la cama para Antonina.

Esta particularidad sabida de Mucio, antes que llegase con su padre á tratar de su pretension con Belisario, le sugirió la especie despues de partido, que podria estorbar el casamiento de Eudoxîa, si mandaba á los labradores que recobrasen la cama con qualquier pretexto, pues quedando sin ella, y no teniendo medios el pobre Maxîmio para proveer otro lecho semejante, seria obstáculo bastante, para hacer mudar á Eudoxîa de determinacion, forzada de la necesidad y miseria.

Esta especie extravagante y propia del corto alcance del joven Mucio, le obligó á separarse de su padre apenas salieron del huerto de Belisario, para poder ponerla en execucion, sin que su padre lo supiese, y así lo executó, dando órden á los labradores, para que fuesen inmediatamente á traer la cama que habian prestado á Eudoxîa, amenazandoles de despedirles, si tardaban en obedecer, exîgiendo al mismo tiempo de ellos, que se guardasen de decir que lo hacian por orden suya. Los sencillos labradores executan lo que les fué mandado, y acuden á la casa de Belisario para pedir la cama que necesitaban, pretextando la sobrevenida enfermedad á un hijo suyo. Eudoxîa, y Domitíla les entregaron sin ningun disgusto, ni sospecha, la cama que les pedian sus dueños,

y de que ellas no se habian aprovechado, por haber usado siempre de la paja que encontraron en la estancia. Partidos los labradores, se pusieron á aderezar su pobre comida, no esperando en aquella mañana á Maxîmio.

Se encaminaba este entretanto hacia la ciudad, trazando medios en su imaginacion, para entrar en su casa, y sacar las alhajas que tenia, sin que sus padres lo supiesen; pues aunque habia prometido á Eudoxîa y á Belisario que se presentaria á ellos para sosegar sus congojas, temia que los mismos estorbasen su casamiento, si lo executaba. Mas no quadrandole ninguno de los medios que le ocurria para poder entrar en su casa sin ser conocido, se hallaba sumamente perplexo á vista de la ciudad. Crecieron sus angustias, ocurriendole que no era posible que pudiese entrar en su casa con aquel trage de méndigo en que iba, porque habiendole visto el esclavo Evanió en la casa de Belisario con aquel mismo trage, lo reconoceria, y contaria á sus padres el hecho, con lo qual zozobraban mayormente sus intentos.

Tanto pensó, que al fin le ocurre vestirse de labrador, acordandose que hallaria este trage en alguna tienda de Constantinopla, y que lo podria comprar con el dinero que Scipion entregó á Belisario, y que Belisario le entregó á

él, para los gastos que ocurrian. Pero para executarlo quiso esperar la noche, para entrar con mayor disimulo, meditando lo que debia decir á sus padres para ocultarles el verdadero motivo de su ausencia, desde que los amotinados le sacaron de la carcel, y como se debia de contener para que no le impidiesen la vuelta á la casilla de Belisario. Mientras iba él pensando en esto, Eudoxîa y Domitíla vieronse precisadas á aderezar la comida con los productos del huerto, y comieron, amenizando Belisairo aquellos pobres, y escasos manjares, con sus joviales razonamientos, de modo que parecia haber perdido enteramente la memoria de sus perdidos bienes y grandeza.

Acabada la comida, deseó ir con Eudoxîa y Domitíla á un pequeño bosque, que hacia tambien porcion de aquella otra hacienda, donde sentados todos tres, con el motivo de alabar Eudoxîa y Domitíla su sombria amenidad, comenzó á decir Belisario: aunque no puedo gozarla como vosotras, me sucede lo mismo que esta mañana en el huerto, que me represento este bosque, como uno de los mas amenos y deliciosos que ví, quando disfrutaba de la vista. Con esto se puede disminuir la afliccion de su pérdida. Vuestros sentimientos, le dixo entonces Eudoxîa, nos sirven, padre mio, de grande

alivio y consuelo. No sé como lo pudisteis hacer, para sobreponeros á tantos bienes perdidos, con esa heroyca serenidad, é indiferencia.

Te lo diré, hija mia, respondió Belisario: con la reflexîon, y con el desengaño que saqué de la experiencia de las cosas humanas. Verdad es, que esto solo no basta para llevar con virtuosa resignacion la pérdida de los honores, de las riquezas, y de la vista. Pero mi ánimo, instruido de las desgracias de los mismos reyes que vencí, pudo sufocar la jactancia y presuntuosa satisfaccion que probaba en la prosperidad. Así humilladas y abatidas aquellas al golpe de la adversidad, pude hacer caminar, por decirlo así, mis sentimientos, con pie firme, sobre las ruinas que no me oprimieron enteramente. De este modo llegué tal vez al mismo término, á donde Domitila te guiaba con las reflexîones de la virtud y sabiduria, aunque por diverso camino; pues al cabo, no es otra cosa la virtud, segun creo, que la fortaleza de los sentimientos del ánimo, con que nos sobreponemos á todos los objetos, anhelados de las pasiones; á no ser que tenga que decir algo en contrario Domitila.

No supiera yo hacer mejor definicion de la virtud, dixo Domitila. Mas sin una alma grande, y sin luces y vistas superiores, me pa-

rece que no es facil al hombre adquirir esa heroyca fortaleza, é indiferencia que no acabamos de admirar en vos, y que tanto nos consuela, y conforta. Si es así, continuó á decir Belisario, debo estar muy agradecido á quien se dignó infundir á mi alma esas luces y vistas superiores, como don de la infinita sabiduría, la qual me suele dar materia de meditacion, algunas veces que me hallo solo, ó que tardo á dormirme, diciendome á mí mismo: ahora que es de noche, todos los mortales son ciegos, ó no ven, como yo. Ellos pueden, bien sí, servirse de luz artificial, pero sin ella todos somos ciegos en las tinieblas de la noche.

Las que yo padezco son continuas, pero por lo mismo dan mayor vigor á la luz de la imaginacion, con la qual, levantandose mis pensamientos sobre todas las cosas de la tierra, los puedo poner mas vivamente en la eterna providencia, que con medios incomprehensibles, rige las cosas de los mortales, y los infinitos sucesos, y accidentes de este mundo, aunque parezca que los abandone á los caprichos de la que llamamos fortuna, que reputamos adversa, ó propicia, segun son los efectos que experimentamos de su favor, ó inconstancia, y que redundan en pérdida, ó en la adquisicion de aquellas cosas que deseamos los hombres, y que

engendran en nosotros afliccion, ó alegría.

Así quisieramos avasallar las eternas miras de la providencia á nuestros deseos, persuadiendonos el amor propio, que hace cada qual un gran papel en la tierra, y que somos acreedores á que la suerte atienda á nuestra dicha, y tome particular empeño por ella. Hasta el pastor mas desconocido en los solitarios valles pretende tener derecho igual á las favorables suertes de la fortuna, como los grandes y poderosos en las cortes, y en las ciudades, donde parece que tiene sus aras. Hacense por lo mismo muy risibles las quejas y los lamentos, la tristeza, y desolacion de los desgraciados, en los males y desdichas que impensadamente les sobrevienen, como si la providencia les hiciese injuria y agravio en dexarles caer en ellas.

De esta manera, mirandose solamente á sí mismos, pagados solos de sí, y de su exîstencia, en vez de reconocer en ella su pequeñez, su miseria, y la insensatez de sus desvanecidas pretensiones, les parece al contrario, que todo debe obedecer á la importancia de su ser, que todo debe contribuir á su particular felicidad, segun les sugieren los deseos de su ambicion, y amor propio, sin echar de ver, que semejantes á los insectos, mueren, y nacen como ellos, y estan sujetos por ley de natura-

leza á todos los accidentes y combinaciones de orden del universo. El alma es inmortal, y superior á las cosas terrenas; mas el cuerpo, á pesar de las preeminencias y perfeccion de que se jacta, sobre el de los brutos, salió como el de estos del lodo de la tierra, y se animó al soplo del espíritu del Criador.

¿Qué mucho, pues, que un sér tan baxo, tan fragil, y perecedero, esté sujeto al choque de todas las cosas que lo rodean, impelidas de los accidentes adversos, ó favorables que enlazados incomprehensiblemente entre sí, las conducen al fin inevitable? ¿Y el hombre miserable y vano se atreverá á culpar la infinita sabiduría, porque lo dexó expuesto á las siniestras contingencias, regidas de las causas inferiores, á que su mano dió el primer impulso, y porque lo tratan, como trata él mismo á la sabandija, que por antojo la estruja con su planta? Estas, y semejantes reflexîones me obligan á sufocar las quejas, y sacudir la tristeza en mi desgracia, contemplandola, como cosa indispensable á quien vive en la tierra, sujeto ahora al bien, ahora al mal, que uno á otro se suceden.

Así de la contemplacion de la pequeñez y miseria de mi ser mortal, paso á reflexîonar sobre el ser eterno del alma, capaz de los heroycos sentimientos que forma la verdadera

grandeza del hombre, tanto mayor, quanto mas se sobrepone á las cosas que mas anhelan y desean los mortales, y con quanta mayor indiferencia y superioridad las mira. Pueden los demas reputarlo infeliz y miserable, por verlo pobre y abatido, segun el concepto que les hizo formar la ambicion y la vanidad, mas Belisario, aunque ciego y pobre, arrojado á la sombra de este solitario bosque, semejante al topo, que se abriga en esos ribazos, no debe reputarse por eso de inferior condicion al mismo, quando lo aplaudian y acataban.

Un concurso propicio de accidentes me dió el mando de los exércitos, y victoriosas legiones; otra combinacion siniestra de aquellos mismos, me derribó del carro del triunfo, y del asiento de la gloria, para arrojarme de las tinieblas de la carcel, y al pie del suplicio. El favor de la fortuna dió cuerpo á la opinion, y á la fama de mi nombre; mas la suerte adversa las hizo desvanecer del concepto de aquellos que antes me hubieran ofrecido á porfia sus haberes quando no los necesitaba, y que ahora rehusarán tal vez mirarme á la cara. ¿Pero creeis que se haya trocado por eso, ó envilecido mi caracter, y que mi condicion haya hecho mi animo inferior, á lo que lo era antes en la grandeza, y fortuna? Si todos os vieran con

mis ojos, padre mio, no se hubiera mudado, dixo Eudoxîa, la opinion que formaron dé vos.

Siempre se midió la grandeza del hombre, dixo inmediatamente Domitíla, por los honores, y las riquezas; ninguno lo mide por sus sentimientos. La apariencia es el manto de la farsa que la fortuna hace representar á los hombres en la tierra. Lo que ella hizo con vos despojandoos del manto luminoso de la representacion, tarde ó temprano lo hace tambien la muerte con todos. Así el sabio desde su rincon contempla con risa compasiva la vana representacion de los mortales, que sucesivamente desaparecen de ella... Interrumpió este discurso la llegada de la vecina labradora, la qual arrepentida de haber quitado á Eudoxîa, con falso pretexto, aunque por orden de su amo, la cama, venia á escusarse con ella.

Eudoxîa, luego que la vió comparecer, se levantó para manifestarle su reconocimiento. Contóle ella entonces el lance, segun habia pasado, escusandose con el órden de su amo. Eudoxîa, la consoló diciendola: que la cosa no merecia que viniese á darlas satisfaccion, pues estaba persuadida de su buen ánimo. Belisario, que oyó hablar á Eudoxîa con una persona que llegó, preguntó quien era. Es Flacila, nuestra vecina, le dixo Eudoxîa, que viene á disculpar-

se de haberse llevado la cama. Bien venida Flacila, sentaos tambien vos, venid acá, dixo Belisario, no hay nada que perdonar. = Perdonad, señor, sumamente lo sentí. = Aqui no hay ya mas señores. Todos somos honrados campesinos. Es este un estado mas antiguo que el de la señoria. Ea, dexemonos de escusas, y entretengamonos en buena conversacion. =

Podeis estar persuadido de mi síncera voluntad. = Lo estoy, Flacila, lo estoy. No se hable mas de la materia, pues es disgustosa para vos. Echemosla al olvido, y decidme de donde sois. = De la villa de Anape, para serviros. = ¿De Anape sois? Mucho me alegro de saberlo: si no me engaño, está vecina de esa villa la casa de campo que se le destinó al prisionero rey Gelimer por domicilio. = Es así, allí vive aquel infeliz rey, á quien vos traxisteis cautivo á Constantinopla. = ¿Y lo llamais infeliz? ¿Quién os parece que sea mas infeliz de los dos, el rey Gelimer, ó yo? = Vos. = ¿Yo? gustára de saber la razon. = Porque él salió de la carcel con la vista, se le destinó una granja magnífica, y esclavos que le sirviesen, sin verse reducido como vos á necesitar de la agena compasion. =

¿Lo visteis alguna vez? = Varias veces lo ví, ya solo, ya acompañado, pero siempre

triste y abatido, con la memoria de su perdido reyno, y por el presente estado de cautiverio, á que la suerte lo reduxo. = ¿Y os parece que yo, aunque privado de la vista, y necesitado de la agena compasion, esté tan triste como él? = ¡O! no por cierto, ni de mucho. Antes bien, parece que no sentís vuestra gran desgracia, y que os hallais bien en ella. = No soy, pues, de mucho tan infeliz quanto Gelimer, pues de mucho no estoy tan triste, y me hallo bien en mi desgracia. = Mas no teneis un palacio tan lindo como él, ni esclavos como él tiene, ni estais bien tratado, sino pobre. =

¿Segun eso, poneis mi infelicidad en no tener lindo palacio, ni esclavos, ni tratamiento? = Todos dicen, que sois mas infeliz que el rey Gelimer atendida vuestra pobreza, y vuestra ceguera. = Veis, pues, como yerran todos en sus juicios: por quanto él con todas aquellas cosas vive triste y melancólico, y yo paso sin ellas, á lo menos con indiferencia. Deseára sin embargo, que satisfacieseis á otra curiosidad, que me viene. Es á saber: ¿quál de las dos desgracias os fuera menos sensible, la mia, ó la de Gelimer, si la suerte os condenara á una de ellas? = Antes escogiera la de Gelimer, aunque triste. = Eso es prueba de que reputais su presente estado mas apetecible que

el mio, dexandoos deslumbrar de la apariencia: porque ¿qué felicidad puede ser el vivir triste en la abundancia y riqueza? ¿No es mucho mejor vivir alegre y contento, aunque ciego, y pobre, que rey rico, triste, y afligido? =

No por cierto. = El engaño que padeceis me hace sospechar que no estais contenta con vuestro estado de labradora, y que deseariais antes haber nacido rica ciudadana. = ¿Quién duda que valiera mucho mas? = No sé si Eudoxîa será de vuestro parecer. ¡Ah! Flacila, padre mio, dixo Eudoxîa, no sabe que las mas ricas ciudadanas viven tal vez tan descontentas que llegan á envidiar á las mas pobres labradoras. = ¿Eso es posible, señora? = No lo dudeis. Las riquezas, las galas, el atavio, las infunden una apariencia de ufana jovialidad, que engaña á la vista, y da tal vez envidia á las pobres labradoras que las admiran, porque no ven las interiores desazones y graves pesares de sus ánimos, que las acibaran su aparente felicidad, y que las labradoras no padecen, ni conocen, aunque exteriormente parezcan infelices. =

Si fuera así como decis, bien estuvieramos en el campo. = Yo, á lo menos me hallo mas contenta en él, que en la ciudad, y lo mismo creo que le sucede á mi amada Domitíla: apreciamos mas nuestro presente estado, aunque po-

bre, que el rico que perdimos. Así es, Eudoxîa, dixo Domitíla. Pero no extraño que le parezca imposible á Flacila, pues dudo que haya ninguno que nos crea sobre nuestra palabra. = Si no lo viera confirmado con vuestra resignacion y paciencia en tantos, y tales trabajos, no lo pudiera creer. Por lo mismo me fué mucho mas sensible el órden de mi amo, de que os hice la confianza, por quanto pudiera desmentir las demostraciones de compasion, y de afecto, á las quales se hizo tan acreedora vuestra desgracia. Y para que veais que no procedió por falta de voluntad, aqui teneis estos pollos y estos huevos, que suplirán á la gratitud que conservo al precioso don de los pendientes que me regaló Domitíla.

Eudoxîa, que no advirtió en la entrega de los pendientes, quando se la hizo Domitíla, sabiendola ahora por la ingenua confesion de la labradora, dió amorosas quejas á su amiga, diciendola: que perdonaba su virtud aquella falta de confianza. Domitíla respondió que no se acordaba ya mas de los pendientes, y que no su voluntad, mas el sentimiento que ella hábia manifestado, quando los entregaba la primera vez á Maxîmio, fue causa de la falta de confianza que ahora notaba. Agradeció sin embargo á Flacila el regalo que Eudoxîa se escu-

saba de recibir, y que aceptó la misma Domitíla en atencion de la misma Eudoxîa, y de Belisario, que sabido tambien el regalo, porque preguntó, se lo agradeció á Flacila, que se despidió de ellos contenta y satisfecha.

Volvieron inmediatamente ellos á su casilla, esperando que volviese de un momento á otro el deseado Maxîmio, por ser ya tarde. Mas como no le viesen comparecer cerrada ya la noche desconfiaron enteramente de su llegada hasta el siguiente dia.

EUDOXÎA.

LIBRO QUINTO.

El atento, é ingenioso Maxîmio, despues de haber esperado que llegase la tarde, cerca de la ciudad pensando el modo como había de fingir á sus padres el motivo de su larga ausencia, entró en Constantinopla, luego que lo imaginó, y fue á proveerse del sayo de labrador que necesitaba para su ficcion. Con él se encamina á la casa de sus padres, pero sin darse á conocer sino al esclavo Evanio, á quien hizo llamar á este fin. Evanio, que lo amaba tiernamente, y que estaba sumamente solícito por no saber su paradero, luego que lo reconoció, prorrumpió en tiernas demostraciones de gozo, abrazandole y besandole, como si fuese su recobrado hijo. Pero le contuvo Maxîmio, diciendole: que importaba guardar gran circunspeccion en recibirle, por quanto le iba la vida si llegaba á ser descubierto, que por lo mismo le rogaba fuese á prevenir de esto á sus padres, antes de recibirlo.

Asustado con esto Evanio, reprimió su re-

pentino júbilo y los ademanes con que lo manifestaba, dando cabida en su pecho á las temerosas dudas y recelos que le infundia, y que sobremanera lo angustiaban, creyendole de contado. Antes bien sin informarse del motivo, fue inmediatamente á avisar á los padres de la llegada de su hijo en trage de labrador, diciendoles al mismo tiempo el encargo que le hizo sobre la precaucion y secreto que debian guardar en recibirlo, por quanto peligraba su vida, si llegaba á saberse su venida. Los padres, oido el impensado aviso, padecen el contraste del alborozo, del temor, y de la consternacion que al mismo tiempo les causaba. Impelidos sin embargo del gozo y del amor paterno, salen ansiosos á verle, y á recibirle, aunque contenidos en parte de los temerosos recelos que sentían.

Mas no pudiendose contener á vista de su amado hijo, cuya ausencia tantos afanes y desvelos les costaba, prorrumpen en mil afectuosas demostraciones, tanto mas ardientes, quanto mas se esforzaban en reprimirlas, para no ser oidos. Le introducen luego en una secreta estancia donde despues de háber desahogado á su satisfaccion los reprimidos afectos, le preguntan el motivo de su ausencia, en que parte habia estado hasta entonces escondido, y porque

le iba la vida si se sabia su llegada. El advertido Maxîmio, echando de ver que habia comenzado á prender en el ánimo de sus padres consternados, el tramado ardid, le pone el complemento, revistiendose de congojas, y temores que no sentia, pero que realzaban su trage de labrador, y los ademanes tristes que hacia, diciendo así:

¡Ah! debí nacer baxo infausta estrella, pues desde que me reconozco, hallé siempre invencibles contradicciones á mis deseos, y tuvieron siempre fines desgraciados mis tentativas, especialmente en el de la salida de la carcel, donde la altiva Antonina... El llanto interrumpió su narracion, agitando con él mucho mas el corazon de la madre, que ansiosa de oir lo que comenzaba á indicar Maxîmio, comenzó á decir angustiada: ¿qué es, hijo mio? ¿qué es lo que te aconteció? acaba de sacarme del cruel afan que me causas. Apenas descerrajaron los amotinados (continuó á decir Maxîmio) las puertas de la carcel, entran en ella con gran alboroto y voceria, poniendo en mis manos libres una espada, diciendome, que jurase sobre ella, que vengaria la patria de sus traidores, y violadores de la justicia y de la inocencia.

Como yo nada sabia del motivo de la sedicion, ni de las pretensiones de los amotina-

dos, hice el juramento que exîgian de mí. Me sacan inmediatamente de la carcel con los otros presos, y me obligan á ser cómplice en sus desafueros, hiriendo á los que su exemplo, y voces me enseñaban que eran enemigos, y como cayese desgraciadamente en nuestras manos Mondomio, favorito del emperador, executamos en él las crueldades, que habreis sabido, siendo yo el segundo que le hirió mortalmente, ¡O cielo! ¡O desventurada de mí! exclamó la madre al oir esto. ¡Qué hiciste desdichado Maxîmio! diciendo esto deshaciase en llanto. Su padre Septímio, sin prorrumpir en semejantes exclamaciones, aunque mas consternado que su muger, deseó saber de él, como habia podido escapar de las armas de Narses, y de la carniceria que los soldados hicieron en el pueblo sedicioso.

Advirtiendo luego yo mismo (continuó Maxîmio) la atrocidad de mi delito, me desvié de los amotinados, aconsejandome el horror mismo del hecho á salir de la ciudad, y esperar en sus cercanias el exîto del motin. Mas luego que supe el estrago que hacian en los ciudadanos los llegados soldados de Narses, me alejé á toda priesa de la ciudad, y despojandome de mis vestidos, pude tomar este sayo, que compré de unos labradores, y me fui luego á otra parte

distante, donde logré entrar á soldada con un rico labrador. De alli vengo para sacaros de los afanes y afliccion que os suponia estuvieseis, pero para volverme inmediatamente al mismo lugar, de donde no saldré mas hasta que no muera el emperador.

Crecieron las congojas y el sentimiento de la madre, con esta breve, pero tan bien fingida relacion. No pudo tampoco contener su llanto el afligido padre, conociendo el peligro que tenian, así ellos, como su hijo, si se llegaba á penetrar su venida; no supo por lo mismo oponerse á la resolucion de Maxîmio en partir inmediatamente, diciendo qúe para ello necesitaba de algun dinero, y de tomar las pocas alhajas que le pertenecian. Vino bien en ello el sensible padre, y despues que venció los sollozos y dolorosas oposiciones de su madre, arrancandose de sus brazos, salió de la casa paterna, para ir á recobrarse en el soportal de un templo, donde pasó la noche, no cabiendo de gozo su corazon por el exîto feliz de aquella ficcion, que le proporcionaba volver luego á su amada Eudoxîa, cuya dulce memoria alivió la incomodidad de aquella noche.

Pasóla en continuo desvelo pensando el modo como llevaria á la casilla los muebles, de que se hallaban faltos, y que eran necesa-

rios á su casamiento, y á la resolucion en que estaba de vivir en aquella casilla con Belisario, especialmente las camas, que determinaba comprar al otro dia, con el dinero que le entregó su padre, y con el que sacaria de las alhajas, que hacia cuenta de vender, ántes que tocar al dinero que le habia entregado Belisario. Necesitaba á mas de esto, proveer instrumentos de labranza, y todos los demas aperos que requeria el cultivo del campo, en su nuevo establecimiento, determinado á seguir vida de labrador, para sustentar á Eudoxîa, y su familia con el trabajo de sus brazos.

Pensando esto, y en la manera como podria conducir la carga á la casilla, le ocurrió que siendo utilísimo en una alquería un carro, y un par de bueyes, los podria comprar á este fin, y al mismo tiempo servirse de ellos, para trasladar los muebles, y los instrumentos de labranza que habia de comprar. Amanecido el suspirado dia, antes de dexar la ciudad, quiso recorrer las tiendas para ver si encontraba camas hechas, y los demas muebles y utensilios que debia proveer, y habiendolos hallado á su satisfaccion, los dexó apalabrados para pagarlos, quando viniese por ellos con el carro. La compra de este, y de los bueyes le parecia mas árdua, para hecha de pronto, como deseaba, pe-

ro confió salir con ella, en una de las alquerías, en que estuvo el dia antes de entrar en la ciudad.

La intrepidéz, y el ingenio son comunmente favorecidos de la fortuna. Maxîmio, llevado de sus deseos, se presenta al dueño de aquella alquería, en que habia puesto las miras, hacele ver la necesidad en que se hallaba de comprar un carro, y un par de bueyes con todos sus aderezos por comision que tenia para ello de su amo, que acababa de quedar sin los suyos en el incendio de su establo; le añade que su necesidad era tan urgente, que le daria lo que le pidiese, con cuyo precio podria el comprar otro carro á su satisfaccion, y otros mejores bueyes, que aquellos que le vendiese.

Tentado el labrador de la oferta, condescendió con las instancias de Maxîmio, entregandole el carro y bueyes que deseaba, y recibiendo el dinero que Maxîmio le entregó de buena gana, ansioso de la compra, partió con ella muy alegre, aunque muy embarazado con la misma, por falta de experiencia en su manejo. Suplió á ella el amor, que le hizo llegar felizmente á la ciudad, donde cargados los muebles que habia apalabrado, partió mas ufano, satisfecho, y contento sobre su carro, que Belisario en el suyo, quando conduxo en triun-

so al cautivo rey Gelimer, y su familia.

Alguna molestia le daba haber gastado en toda aquella compra el dinero que le entregó su padre, y parte del que conservaba de Belisario, á que no queria tocar; pero poniendo luego los ojos en sus brazos, y en la preciosa, é inagotable mina del campo, y la memoria en su buena Eudoxîa, volvió á serenarse enteramente su ánimo, y á alegrarse su corazon, con el mas puro júbilo avivandosele las ansias de llegar á ella, para darla aquella nueva prueba de su amor ardiente, y de las atentas miras que llevaba en contribuir á la mayor comodidad y decencia que cabia en el estado pobre que habia resuelto abrazar, por afecto y pasion de la misma.

No menos solícitos estaban Belisario, Eudoxîa, y Domitíla, por su llegada, no viendole comparecer tampoco aquella mañana, en que lo esperaban; y entraron en sospechas de que sus padres le hubiesen impedido la vuelta. Ya casi desesperados de ella, acudieron al huerto para proveer la comida, quando oyeron el ruido de un carro que paraba á su puerta. Movidas de esta novedad acuden á ver lo que era, y quedan sorprendidas de aquella carga, sin conocer á primera vista al boyero en trage de labrador, si él mismo no se diera á conocer al ins-

tante, con la tierna demostracion que hizo á Eudoxîa, que no esperaba ver comparecer con sayo de labrador, aunque galan y lucido, á quien vió partir en trage de sucio y roto pordiosero.

Grande fue entonces su alborozo, y el de Domitíla, y no inferior el de Belisario, quando le dixeron lo que era, y la carga con que llegaba Maxîmio. Animadas Eudoxîa y Domitíla de la tierna complacencia y satisfaccion que la infundian los cariñosos desvelos de Maxîmio, manifestados en aquellos muebles, é instrumentos que les traia, quisieron ellas mismas ayudar á descargarlos con sus brazos; sin querer para ello llamar á los vecinos labradores, gustando de acomodarse á las circunstancias de su pobre situacion, y emplearse en aquel trabajo, en apariencia humilde, que pudieran escusar con sus flacas fuerzas.

Lectores delicados, no creo que reputareis estas menudencias indignas de la pluma, aunque grosera, que retrata los virtuosos sentimientos de la hija de Belisario. El sabio pintó á la muger fuerte hilando lana, yo á Eudoxîa, doncella poco antes ilustre, trasladando con sus brazos, no acostumbrados á tales usos, el lecho en que debe descansar su padre ciego, y desgraciado. No olvidada del todo de sus perdi-

dos bienes y grandeza, ¿qué esfuerzo de heroycos afectos debia dar impulso á sus delicados y tiernos miembros? ¿Qué sublíme resignacion á las disposiciones de su suerte, convenia que fortaleciese su ánimo para abrazar aquellas cargas, que parecia le indicasen, que no esperase otra condicion mejor en su vida, que la que le ofrecia aquel pobre techo, á donde las trasladaba, no con ánimo triste, ni abatido, sino con la mas serena complacencia, animada, es verdad, del amor, pero del santo amor, que sin la fortaleza de la virtud, no inspira tan heroycos sentimientos?

Aunque Maxîmio quiso oponerse á la resolucion de Eudoxîa, y de Domitíla en ayudarle á descargar las camas; debió ceder á su cariñoso empeño, ateniendose al partido de cargar con los muebles mas pesados trasladandolos á los quartos sobre sus hombros. Hecho esto con algun trabajo, atendió á dar recobro á los bueyes en un pequeño establo que habia á las espaldas de la casilla, mientras Eudoxîa y Domitíla acababan de aderezar la comida. Belisario, informado de ellas de lo que Maxîmio habia traido, no acaba de admirar la constancia del amor de aquel mozo, así en todo lo que hizo antes para merecer la posesion de Eudoxîa, como en lo que ahora hacia despues de ha-

berla merecido, manifestando su determinacion en acomodarse á sus pobres circunstancias, y en aliviarlas, en quanto las suyas se lo permitian, prefiriendo la vida de labrador, á todos los empleos de lustre que hubiera podido obtener, atendida la nobleza de su familia.

Penetrado de estas reflexîones el ánimo de Belisario, no pudo dexar de manifestar su aprecio y gratitud á Maxîmio, con las mas tiernas demostraciones, luego que se le presentó el mismo despues de haber puesto en cobro sus bueyes. Agradecióselas Maxîmio, enternecido de las expresiones de aquel ilustre ciego, y luego se sentaron á la mesa, en que deseó Belisario oir el modo como habia sido recibido de sus padres, y como habia comprado todos aquellos muebles. Hizole Maxîmio la relacion, animandola con tales pinturas, de las situaciones en que se halló, y de los diversos afectos que hubo de sentir en el recibimiento y vista de sus padres, que hacia revestir de ellos á los apasionados oyentes, que lo escuchaban con tanto interes, teniendoles pendientes de su discurso.

Pero en vez de contarles el ardid de que se sirvió, para ocultar á sus padres el verda dero motivo de su ausencia con la muerte de Mondomio, fingió otra relacion, temiendo dar que sentir á Eudoxîa, y á Belisario, si les con-

taba llanamente lo que dixo á sus padres. Ciñóse su nueva ficcion á decir, que á fin de que aquellos lo dexasen volver, les habia pedido licencia para ausentarse de la ciudad por algunos dias, mientras le obtenian la necesaria seguridad por parte de la justicia, informandose primero si se habia liquidado su proceso; pues el temor de que le volviesen á poner en la carcel, de donde le sácaron los amotinados, le obligó á salir luego de Constantinopla, y á ir vago, y pordioseando por las vecinas aldeas, mientras duraba el motin; que por lo mismo creia necesario volver á salir de la ciudad, hasta que la misma justicia le asegurase su entrada. Que en fuerza de esto, sus padres vinieron bien en que se ausentase, y le entregaron dinero, con el qual habia comprado aquellos muebles, y el carro, y bueyes que habia traido.

Todos lo creyeron sobre su palabra, pero si no se verificaron los temores de Maxîmio en dar que sentir á Belisario y á Eudoxìa, diciendoles la primera fingida relacion, que hizo á sus padres, no por eso aprobaron la segunda, que les acababa de hacer á ellos; echando de ver que habia querido eludir en su relacion el que supiesen sus padres haber estado en la casilla con ellos, y que volvia á la misma. Por lo mismo Belisario, á pesar de su tierno afecto y

reconocimiento, y de la promesa que le hizo de darle á Eudoxîa por esposa, determinó diferir el casamiento, ó no efectuarlo, si primero no lo sabian sus padres, y sino venian bien en dar su consentimiento para ello.

Disimuló sin embargo su resolucion por entonces, para no afligir á Maxîmio, ni agrazarle la suma satisfaccion que manifestaba en la menuda relacion que les hacia de su viage, y de sus compras, con las quales le parecia haber allanado todos los obstáculos á su amor, lisongeandose que éste le coronaria quanto antes en el dispuesto tálamo de himeneo. Lleno de esta confianza, continuaba á disfrutar sobre mesa la suavísima compañía de Eudoxîa, á cuyo lado estaba sentado, reconociendose ya esposo de la misma.

Solos vosotros, amartelados amantes, podeis comprehender la suprema satisfaccion y consuelo de Maxîmio, seguro ya de poseer á una doncella tan amable; no menos ilustre por su nacimiento, que por la virtud que añadia tan sublímes realces á las tiernas gracias, y hermosura de su linda presencia; viendola olvidada de sus antiguas comodidades y riquezas, resignarse con tanta modestia y blandura á su presente pobreza, acomodandose á ella con heroyca fortaleza de ánimo, como tambien á las ocupaciones

mas humildes, en que desdeñáran tal vez emplearse las mismas esclavas que antes tenia, estando seguro Maxîmio, que en ellas, y en su pobre situacion, le anteponia por esposo con firme, y síncero afecto, á los mas ricos señores del imperio.

Dexabase transportar el ánimo de Maxîmio del ternísimo afecto que le avivaba aquella persuasion, aunque esta por su singular modestia y recato, parecia no corresponder exteriormente con igual pasion, á la que él la manifestaba con sus tiernas demostraciones, bien que contenidas no tanto de la presencia de Domitíla, quanto del respeto y dulce veneracion que le infundia el recato de Eudoxîa, sin dar presa alguna á las lisonjas de la pasion de Maxîmio. Antes bien las convertia en un afecto mas tierno, y puro, dexando solo lugar en su ánimo al satisfecho gozo y consuelo que sacaba de la vista de su amabílisima modestia, la qual exîgia los mas cariñosos afectos de su alma.

Disfrutó Maxîmio esta dulce complacencia al lado de Eudoxîa, hasta que Belisario llamó toda su atenta sorpresa con la relacion que le quiso tambien hacer de la venida de los Scipiones, padre é hijo, y de la peticion con que vinieron durante su ausencia. El tono jovial y festivo, con que Belisario se lo contaba, disminuyó

en parte las congojas que le sobrevinieron al oirlo, y que se trocaron luego en mayor alborozo, oida la negativa, que así él, como Eudoxîa dieron á los descendientes de Publio Scipion, sobre la pretension del casamiento, de que redundó mayor aprecio á la virtuosa constancia del fiel amor de la doncella, y á la honradez y grandeza de ánimo de Belisario, que rehusaban un partido ventajoso en las circunstancias de su desgracia.

Este caso, avivando sumamente el reconocimiento de Maxîmio, le hizo prorrumpir en nuevas demostraciones de gratitud para con entrambos, hasta que la tarde ya entrada les acordó, que debian poner en órden los muebles traidos, acomodándolos á las respectivas estancias en que debian ser colocados. Emplearon en esta ocupacion el resto de aquella tarde, pudiendo así descansar Eudoxîa en la nueva cama que habia de servir de tálamo á su himeneo. A este fin la compró Maxîmio, á mas de las otras que debian servir separadamente para Belisario, y para él, antes que se efectuase el casamiento. Con esto durmieron todos con mayor comodidad y consuelo aquella noche.

Amanecido apenas el siguiente dia, Maxîmio, á quien el amor y el cuidado de su nuevo oficio dispertaron presto, fue el primero

en levantarse para conducir sus bueyes al pasto, encaminandose con ellos al vecino bosque. Convidado alli del apacible silencio de la mañana, y de la quieta amenidad de aquel sitio, se sentó al pie de uno de los fresnos que lo formaban, creyendo que tardarian á levantarse Belisario, Eudoxîa, y Domitíla. La vista de aquellos frondosos y silenciosos árboles, de los bueyes, que pacian la crecida yerba, y el canto de las aves que daban el alborada al dia, empeñó poco á poco su meditacion, acordandole que Eudoxîa con su casamiento le hacia dueño de aquel sitio, y de todo aquel terreno, que aunque corto, bastaba, á su parecer, para mantenerse.

En fuerza de esta ocurrencia se decia á sí mismo: ¿qué mas puede desear un hombre, en esta vida mortal, que tener asegurado su necesario sustento, y por compañera una amable y virtuosa esposa? Estas son las primeras necesidades de la naturaleza. Todo lo demas es conseqüencia superflua de los deseos, y antojos de las pasiones, fomentados de la ambicion y de la vanidad; bueno en parte si se posee, ó si se consigue sin tanto afan y solicitud; pero no con riesgos y peligros de la vida, como lo hacen los mas. ¿Qué le aprovechó á Belisario adquirir tantas riquezas, tan grandes honores, y tan

gloriosas distinciones? Agravaron su desgracia, y si la fortaleza de su excelso ánimo no le hubiera dado noble aliento para sobreponerse á su adversa fortuna, le hicieran el hombre mas infeliz y miserable de la tierra.

Verdad es que no acontecen á todos tales desventuras, y mueren los mas en el seno de la gloria y grandeza que adquirieron, ó que heredaron: mas tampoco llegan á ser grandes y ricos todos los que aspiran á ello, y lo procuran. ¿Quántas veces sucede tambien á aquellos mismos, cuya grandeza envidiamos, que trocáran de buena gana su rico estado, con el de un labrador honrado, envidiando á su turno la tranquilidad y quieto señorío del campo? A pesar de esto, no es de extrañar que ninguno de ellos dexe el asiento de su grandeza y de sus estudiadas comodidades, para acomodarse á las sencillas costumbres y vida del campo, porque á todos amedrenta la apariencia humilde; ni les es facil sobreponerse á la vanidad que los avasalla. Antes bien inducidos muchos de ella, y de sus engañosos alicientes, dexan la quieta soberanía que gozan en sus aldeas, metiendose en la turbulenta carrera de la ambicion, para obtener los honores y los empleos á que aspiran á costa de mil disgustos y pesares.

¡Feliz mil veces aquel dia, en que el amor

que la estimable Eudoxîa suscitó en mi pecho, llegó á consumir enteramente los deseos de distinguirme en cargos luminosos! pues libre así de los peligros, y de las desazones que los acompañan, me veo ahora sentado en este verde trono, aunque humilde, de la dicha pura, como lo es, para quien sabe apreciarle. Porque ¿qué señor, por grande que sea, prueba tan suave satisfaccion y contento en sus adquiridos honores, quanto la que experimenta mi alma, mis sentidos y potencias en este âmeno templo de la naturaleza, á quien sirven como de columnas de su frondoso edificio estos troncos, de techo magestuoso sus verdes copas; de cantores que ensalzan la divina omnipotencia del Criador estas aves con sus dulces cantos, de rica alfombra esta florida yerba, en que pacen estos mansos bueyes, que acrecientan mi pequeño señorío, léjos de la confusion y tumulto de las ciudades?

Aqui reyna la paz suave, que aviva en mi pecho el aprecio de la resolucion tomada de mi amor, de desamparar la ostentacion y fausto de la ciudad, y de vivir, aunque pobremente, en compañía de mi buena Eudoxîa. Aqui quedará tal vez sepultado mi nombre, sin títulos, sin honores, sin fama; pero al muerto, al cadaver yerto y frio del hombre mas ilustre ¿de qué le sirven tampoco todos sus adqui-

ridos honores y timbres? Los heredan bien sí, sus hijos, ó sus descendientes ¿pero con el fin de trasladar mi nombre á los que tarde ó presto los tragará el olvido, habré yo de exponerme á riesgos que harán tal vez desvanecer antes los anhelos de mi ambicion?

No, Maxîmio, esos son los falsos alicientes de la vanidad que prometen la dicha, donde no se encuentra. Todos anhelan los haberes, las distinciones, la preeminencia sobre los demas; tal es la soberbia humana; mas todo eso, ni satisface enteramente, ni tranquiliza al corazon que lo disfruta. Aqui, no niego, habré de regar el suelo con el sudor de mi frente; esforzar mis fatigados brazos, endurecer mis atezadas manos con el trabajo, aguantar soles ardientes, y rehacer mis exhaustas fuerzas con un pobre y parco alimento; mas sudaré para mantener á mi Eudoxîa, á mis dulces hijos, si los tuviere, no para manchar barbaramente la tierra con la sangre de los enemigos, ó con la mia en la batalla.

Aguantaré los calores, los sentiré: mas podré recrearme libremente, quando se me antojare á la sombra de un árbol, sin que el imperioso sonido de la trompeta me obligue á continuar la marcha; á pesar de las inclemencias de los tiempos, solo para ir á exponer mi pe-

cho á la herida, ó á la muerte, ó para darla por ageno capricho. Endureceré mis manos en el cultivo de la tierra; pero para que me rinda mi honesta subsistencia, y la de mi familia, no para abrir fosos y trincheras, que habrian de ser tal vez mi sepulcro. Denodaré mis brazos, y mi cuerpo en una provechosa y honrada fatiga, mas no en las evoluciones militares, ni en los demas duros trabajos de la milicia, en que rara vez, y raros, consiguen los premios y los honores que se prometen.

Sudaré y trabajaré, pero sin serviles anhelos, sin dura dependencia y sin las demas importunas desazones, é inquietudes que siguen á los empleos y cargos de lustre. Sudaré y trabajaré ¿pero qué rico ocioso en el seno de su ufana holgazanería, se atreverá á decir, que es mas dichoso, sin hacer nada mas que lo que hacen las estatuas con resortes, que Maxîmio, que suda, que se afana y trabaja por el glorioso Belisario, heroe desgraciado del imperio, y por su amable y virtuosa hija, que endulzará mis fatigas? ¿que aliviará los males inevitables de la vida, y que con su virtud y amable consorcio, pondrá el colmo á mi tranquila felicidad, sin todos esos vanos y desasosegados bienes, que envio en hora mala?

Esto iba diciendo consigo mismo Maxî-

mio, muy ageno de esperar el precioso instante de ver comparecer á Eudoxîa sola, sin Domitíla, y sin Belisario. No es posible expresar los dulces afectos, que suscitó en su pecho la graciosa presencia de su amada en aquella soledad, á la sombra amena de aquel bosque, y á la suave quietud del alba. Nada de quanto puede pintarnos la imaginacion hubiera podido causarle igual sorpresa ni tan gustosa, quanto la modesta y amable hija de Belisario. Alegróse tambien ella de encontrar á su fiel amante sentado al pie de aquel árbol frondoso, paciendo delante de él, con quietud, los mansos bueyes.

Ella fué la primera en decirle: Maxîmio, suponia mi padre que hubieseis venido á apacentar los bueyes, y me envia á llamaros. = Amada Eudoxîa, aqui me teneis embelesado de este amenísimo templo de la naturaleza, donde solo echaba menos vuestra presencia. = Muy de mañana os habeis levantado; mi padre os oyó quando sacabais los bueyes del establo. = El alba comenzaba á rayar en el horizonte. Pero doy por bien empleada mi madrugada, no solamente por la dulce contemplacion en que estuve, sino tambien por la suma complacencia que me grangeé con ella de vuestra inesperada vista. Venid acá, Eudoxîa: haced es-

te dia mucho mas delicioso para mí con vuestra dulcísima compañía. Sentaos, reyna de mi voluntad, en este blando asiento que no tiene porque envidiar á los dorados de los palacios, y disfrutad tambien por un poco la apacible amenidad de este sitio.

= Me sentaré por un instante, para oir la contemplacion, en que estuvisteis. ¿Qué era, pues, lo que meditabais? = Estaba ponderando la gran ventura que me adquirió el amor, con la feliz vida que me llevaré aqui en compañía vuestra. = Tuvimos la misma meditacion, y al mismo tiempo tal vez. = ¿La misma tuvisteis? ¡ah! no sabeis Eudoxîa, quanto regala á mi alma esa ingenua y no exîgida declaracion. Ella me asegura de la conformidad de nuestros genios y afectos, de donde dimana la firme y mas dulce correspondencia. Pero no sé, si habiendo vos tenido la misma meditacion, la tuvisteis tambien del mismo modo. Iba yo haciendo el cotejo de la dicha que prometen á los hombres la ambicion y vanidad, en las riquezas, en los honores, y en la ostentacion, con la que promete nuestro presente estado, aunque pobre y humilde en apariencia. No sé, pues, si el amor os sugirió esta misma meditacion, y del mismo modo que yo la tuve. =

No podeis dudar, Maxîmio, del constan-

te afecto que os profesé desde mis tiernos años. = No sé si el vuestro fue siempre tan constante, como el mio. ¡Ah! esto fuera querer pretender sobrado. = Siempre fue igualmente constante. = ¿Mas y el casamiento con Basílides? = ¿Qué quereis significar con eso? = Que Basílides puso tal vez tregua á un amor, que sin aquel estorbo, hubiera podido prometérmelo siempre mio. = ¡Ah! ¡no sabeis quanto costó esa tregua á mi corazon! La virtud sola recavó, lo que no hubiera obtenido Basílides, aunque fuera el árbitro del imperio. = ¿Tanto pudo esa cruel virtud? ¡Ah! perdonad, Eudoxîa, esa indiscreta expresion á mi amor, que no me dexó advertir, que ese mismo costoso triunfo realza vuestros amables sentimientos. Permitid, prenda de mi dicha, que les dé con mis labios en esas manos el tributo que les debo. =

No por cierto, Maxîmio, no lo permitiré. = ¡Ah! me desdixe sobrado presto del título de cruel, de que casi me arrepentí de haberla dado. = No es ser cruel el ser recatada. = Es ser cruel, el negarse con tal severidad á una inocente demostracion del amor mas puro. Si acaso se me negó por falta del debido acatamiento, aqui mismo de rodillas, os ruego, Eudoxîa, me permitais este obsequio que os rin-

de vuestro prometido esposo. = Maxîmio, me obligais á remper un honesto y suave entretenimiento, ó volved á tomar vuestro asiento, ó sino parto. =

No, no, hermosa Eudoxîa. Basta la insinuacion de vuestra voluntad, para que Maxîmio, á pesar de la privacion de lo que mas deseaba, os obedezca rendido. ¡Ah! vuelvo á tomar mi asiento, puesto que así lo mandais... Vosotras solitarias plantas, solos testigos de mí sumision, si acaso lo admirais, como admirais el severo recato y modestia de Eudoxîa, haced que vuestra asombrada admiracion contribuya á la mas pura felicidad de nuestros corazones. ¡Ah! ¡qué veo triste de mi! ¿quereis partir Eudoxîa? ¿No basta la palabra de Maxîmio para asegurar enteramente á vuestra virtud de mi tierno respeto? = Mi padre me espera, y mi tardanza le tendrá tal vez solícito. Podemos encaminarnos juntos hacia casa. = Vamos pues. Mas ved ahí á vuestro padre; que viene con Domitíla.

Era así, que venia Belisario, acompañado de Domitíla, que fue el primero en decir, antes de llegar á ellos: ¿dónde estan mis hijos? Aqui nos teneis, Belisario, dixo Maxîmio, disfrutando de esta amena soledad donde tratabamos de la dicha de nuestro pobre estado en co-

tejo de la pasada grandeza. = Buen argumento es para el amor; aunque no sé si todo amor se acomodaría á vuestro cotejo. ¿Qué os parece Domítila? = Lo que puedo decir es: que el amor recaba á las veces, lo que no consigue tal vez la virtud. Aquel hace baxar á algunos del estado superior, en que les hizo nacer la fortuna á otro inferior, y pobre. Pero á la larga engendra arrepentimiento, como efecto de inconsideracion, sino suple la virtud, haciendo sobreponer el ánimo á los bienes exteriores, y comodidades de que el amor se priva.

Por esto no es de extrañar que hallen tan grande oposicion en el mundo los casamientos, reputados desiguales, culpandolos, tal vez con justa razon la vanidad, y el interés, por quanto raras veces, ó casi jamas efectua la virtud tales casamientos. Y si esto llegase á suceder, pocos se persuaden que puede la virtud suplir los bienes de que se halla falta en su pobreza, y que el mundo admira y aprecia en tanto grado.

Sufren por lo mismo, y aconsejan tal vez los padres á sus hijos, á que abracen antes un estado pobre y celibe en los claustros, que un pobre casamiento, porque en este se resintiera su vanidad; y la opinion que ennobleció la pobreza voluntaria en los claus-

tros, la suele vituperar en un casamiento, aunque virtuoso. No hay duda que la pobreza se consagra en los claustros á la deidad, que es el título que la ennoblece á los ojos de la ambicion; mas la virtud de los corazones amantes ¿no puede consagrarse del mismo modo á la deidad en un santo casamiento, prefiriendo ellos con heroyca fortaleza, y á la vista del mundo, el trabajo y los sudores de la industria para sustentarse?

Tal contemplo mi casamiento con Eudoxîa, dixo Maxîmio, estando yo empleado en el cultivo del campo, y lo pensaba antes conmigo mismo sin ocurrirme esos claustros. Pero, prescindiendo de todo eso, no sé que haya, á mi parecer, estado mas apetecible y tranquilo, que el de un labrador, dueño de sus campos, aunque los cultive con sus propias manos, sin que tenga que ver en su dicha esa virtud que tanto encareceis; pues sin ella viviré del mismo modo aqui en el campo, libre de los disgustos, molestias, y desazones que los ambiciosos experimentan en las ciudades.

Atendido el caracter de las cosas humanas, no sé, dixo Domitíla, que pueda el hombre gozar sin la virtvd esa paz, y dulce tranquilidad que aqui os prometeis. Convengo en que la vida del campo es preferible á los empleos y ho-

nores ciudadanos, teniendo mayor proporcion para exîmirse de los pesares, y enfados que estos traen. Mas sin las máxîmas de la ciencia moral, soy de parecer, Maxîmio, que no se pueda disfrutar la dicha en el campo tan largo tiempo, quanto pensais. = ¿Por qué no? = Lo diré. El ánimo se halla sosegado, satisfecho, y contento, quando no siente ninguna cosa que lo disguste, entristezca, y moleste. Aqui en el campo, no tienen, á la verdad, los labradores, tales, ni tan freqüentes causas de pesares y disgustos, quantas se padecen en las ciudades; mas nò por eso faltan tampoco aqui ocasiones de graves, y amargas pesadumbres, y aflicciones.

No pretendo comprehender entre ellas las que se originan de los males, de que no puede exîmirse la naturaleza humaua, y que alteran, ó destruyen la paz y contento del alma. Nacen á mas de aquellos freqüentes disgustos en las familias, y suelen tambien ocasionar muchos otros los vecinos. El hombre, en qualquiera parte está siempre rodeado de males que le acechan. ¿Veis, Maxîmio, este bosque, que con su sombria y apacible amenidad nos recrea y embelesa la vista? ¿Estas ufanas, y espesas copas que dan tan gustoso abrigo á las aves, que nos consuelan con sus cantos? ¿Mas allá

aquellos panes que comienzan á trocar su verdor en la preciosa amarillez, que os promete el sustento casi asegurado? ¿Esas parras, cuyos racimos, parece se quieren desprender con su peso, para ofreceros su dulce licor? ¿Aquellos frutales, que dexan asomar sus sazonados frutos? ¿Este dia finalmente, que con su pura luz regocija y ameniza la variedad de estas plantas, que contribuyen para hacer mas apetecible la dicha del campo?

Pues toda esta hermosura y amenidad puede trocarse en motivos de graves pesadumbres, y de la mayor afliccion, si llega una nube á lanzar su granizo que lo arrase todo en un momento á vuestros ojos, sin dexar ni legumbre, ni yerba, ni hoja que llegar á vuestra boca, reduciendoos á la mendicidad. ¿Qué será entonces de la dicha que siempre os prometiais tan segura en el campo? = ¿Y os parece que me seria tan sensible mendigar por Eudoxîa y por Belisario? = Si fuese así, dichoso vos. Pero advertid, Maxîmio, que suele el amor representar facil de antemano, lo que en el lance solo puede hacer de algun modo llevadero la virtud, mucho mas á quien no se acostumbró desde niño á tales ocupaciones y estado, ni hecho sus hombros al grave peso de la necesidad. =

Segun eso, vuestra celebrada virtud ¿es el supledichas de la vida? = Eso os lo puede decir Eudoxîa tan bien como yo. = No hay duda, dixo entonces Eudoxîa, que sin las máxîmas de la sabiduría, y sin el exercicio y estudio de las mismas, dificilmente puede resistir el ánimo al dolor y afliccion, nacidos de las desgracias, especialmente de aquellas que padecen los labradores, que son de las que tratabais, y que sin la fortaleza de los sentimientos de la virtud, no pueden dexar de amargar, ó destruir enteramente la dulce paz y felicidad que os prometeis, Maxîmio, en el estado que quereis abrazar. El ánimo cede naturalmente al mal que le desagrada, y á la tristeza y abatimiento que se le sigue, y le desazona. Conviene, pues, que se le fortalezca con las máxîmas de la filosofía moral, para no ceder facilmente á los males que freqüentemente sobrevienen, ni abandonarse al dolor y pesares que ocasionan. =

Me confirmais, dixo Maxîmio, que esa ciencia moral es el curalotodo. ¿Mas cómo se aplica tal medicina? = Gustaré de satisfacer á vuestra pregunta: se aplica, formandonos del mal y de la desgracia, ideas diferentes de aquellas que comunmente se forman los hombres, y que en vez de fomentar el temor de los males

por venir, nos acostumbremos á mirarlos con indiferencia. Para esto conviene sufocar primero los anhelos de la codicia, de la vanidad, y de la ambicion, el amor demasiado á las cosas propias, y los temerosos recelos de que no nos sucedan las por venir á grado de nuestros deseos y esperanzas; porque de lo contrario se origina la falsa opinion que nos formamos de los males. Así rectificada ésta, y moderados aquellos afectos, se nos harán mucho menos sensibles las desgracias.

Las pasiones nos hacen concebir sumo aprecio á todos los bienes exteriores, los anhelan, los buscan, se desasosiegan por conseguirlos, se inquietan si les falta, se desesperan si los pierden, ó si no les pueden alcanzar. La moderacion al contrario, ó por mejor decir la moral filosofía, enseña al ánimo á poner su mayor aprecio en los bienes interiores, qual es la paz del mismo, su sosiego, el señorío que puede adquirir de sus vanos deseos, esperanzas, y temores: le enseña á mirar todos los bienes exteriores, como préstamos de la fortuna, que esta puede quitar, y á no inquietarse ni resentirse, si despues de poseidos los mismos, los perdiere. Puede ahora vuestro corazon, enardecido del amor, mirar con menosprecio la pobreza y mendicidad, en caso que la suerte llegase

á talar los campos y destruir vuestras cosechas; mas no sé si permaneciera firme esa vuestra indiferencia, si la suerte misma os matase los bueyes, incendiase la casa, os robase los comprados muebles, ó lo que.... =

Basta, Eudoxîa, basta; os entiendo con la sola insinuacion. Eso prueba que el hombre mientras vive en este valle de miserias, anda sujeto á disgustos y pesares inevitables, en medio de la que reputa su mayor dicha. = Eso mismo prueba tambien que conviene, y es casi necesario al hombre el estudio de la filosofía moral, cuyo fin es la virtud, para hacer menos sensibles los males y pesares inevitables de la vida. = Podeis sin embargo decir sobre eso lo que querais, no me persuadireis que la virtud recabe disminuir el dolor y la afliccion del hombre, en lo que vivamente siente. = Si padeciendolos vivamente os debeis hallar mejor; no tengo mas que decir; pues si despreciais el remedio, convendrá que Eudoxîa, vuestra compañera, se arme tambien, á mas de la conformidad necesaria en sus propios males, del sufrimiento y paciencia para soportar tambien el peso de vuestras acrecentadas inquietudes y desazones. =

Es decir, que Maxîmio quiera que no, debe comprehender ese estudio de la virtud. =

Esa no se enseña, ni se aprende por fuerza, sino quando el hombre es niño. En el adulto el auxîlio de Dios, y una inclinacion, y docilidad á los consejos y máxîmas de la sabiduría, que destruyen poco á poco las preocupaciones de los siniestros afectos del ánimo, engendrados de las pasiones, y que fortalezcan los buenos sentimientos contra los adversos accidentes de la suerte, de modo que estas no puedan alterar tanto la dulce tranquilidad del alma, y la dicha de la vida aqui en el campo tambien, donde no podrá permanecer tampoco sin la virtud. = Amable Eudoxîa, triunfas de todos modos del corazon de Maxîmio. Lo veo; me rendiré... pero los bueyes se salen del bosque; quieren sin duda beber. Voy á sacarles agua.

¡Valgate Dios por los bueyes que nos interrumpieron tan util, y gustosa conversacion! (exclamó Belisario); pero en fin tendrémos hartas ocasiones para volverlas á emprender. Podemos volver á casa. Como querais, padre mio, dixo Eudoxîa. La misma conduxo de la mano á su padre tratando del discurso que acababan de tener, en que se le comenzaron á dar lecciones á Maxîmio, para perfeccionar los sentimientos de su excelente corazon, que se dexaba llevar de su intrépida franqueza, y que lo induciria á cometer acciones, que Eudoxîa no

aprobaba, como la de su ficcion y engaño que usó con sus padres. Admiraban sin embargo el gusto y la propension con que se empleaba en las humildes ocupaciones, aunque tan nuevas para él, y tan agenas de su nacimiento.

Sobre esto continuaban á tratar Eudoxîa, Belisario, y Domitíla, despues de llegados á su casilla, quando Maxîmio, recobrados sus bueyes, entró diciendo: nó todo debe ser razonamientos de virtud. La vida exîge tambien su sustento, y para ello conviene hallar medios, y ponerlos en execucion. Tenemos ya todos los necesarios instrumentos, ó los principales, y el precio de las cosechas que nós entregó Scipion, con que nos podrémos mantener sin temor de que el granizo nos cause pesar por este año, teniendo ya el dinero en el bolsillo. Queda por ver, dixo Belisario, si el que nós alargó el dinero, viene á exîgirlo de nosotros. = No hay ya que exîgir. A contrato hecho, finiquito de querer. = No hicimos tal contrato, hijo: Scipion puede venir á pretender el dinero que nos prestó. =

Si es así, yo soy de parecer que se lo devolvamos, aunque deba venir el granizo y la piedra. No quisiera retener el dinero de esos bellacos. = Soy de contrario parecer, Maxîmio,

porque haciendolo así, manifestariamos nuestro orgulloso resentimiento, que fuera efecto de ingratitud al favor apreciable que nos hizo Scipion, con el qual nos sacó del ahogo en que nos hallabamos. Aunque su pretension sobre Eudoxîa, y el hecho de su hijo Mucio, indiquen miras opuestas á la beneficencia que usó con nosotros, debemos no obstante apartar de ella toda sospecha contraria, y abstenernos de darles títulos ofensivos, que tal vez no les competen.

Por consiguiente no nos está bien tampoco añadir á nuestro desprecio, el sonrojo de restituirle el dinero que tan generosamente nos entregó, no pudiendo tener entonces Scipion ninguna mira de interés. El mejor expediente me parece ser no tocár el dinero, para que en caso que venga á exîgirlo, se lo podamos devolver. = Léjos estoy, Belisario, de oponerme á vuestra determinacion; pero conviene que os advierta; que si dexamos de servirnos de ese dinero, convendrá, que pensemos en otros medios, para que nos podamos sustentar, hasta que las cosechas esten en estado de venderse. Ni veo otro expediente para ello, que el ir yo á ganar un jornal, ora sea en el cultivo del campo; ora carreteando con los bueyes. =

¡Ah! Maxîmio, conmueves sobremanera mi corazon! No en valde aborrecen tanto los

hombres la miseria y la necesidad. Lo que ninguna pena me diera exercitar por mí mismo, me la causa el oir que quieres, hijo, executarlo por mí. = Ninguna pena os debe dar, pues no me la da á mí; antes bien tendré complacencia de cultivar la tierra para sustentaros á vos, y á Eudoxîa. Sosegaos, Belisario, poco á poco con la virtud, que Eudoxîa nos predicó, iremos dando asiento á las cosas, haciendolas unas despues de otras, corrigiendo las que se erraren; y perfeccionando las bien hechas. El esfuerzo y la voluntad no faltan, que es lo principal. Tampoco suele faltar jornal á quien le busca, y desde luego voy á ello. El destajo en el campo no requiere gran estudio.

No ireis solo, Maxîmio, dixo entonces Eudoxîa, podrán tambien mis manos manejar el hazadon. Maxîmio, sumamente conmovido al oir la animada resolucion de Eudoxîa, exclamó: ¡ah! ¡como teneis valor para decirlo, si á Maxîmio le falta para oirlo sin conmocion! ¡Eudoxîa jornalera! ¿reducida á cavar la tierra con esas manos?... ¡O cielo! No, no lo permitirá Maxîmio. = Lo mas lo hizo la suerte, lo menos lo podrá hacer la hija de Belisario. Haré lo que competa á mi presente estado, y lo que exîge la necesidad. La virtud ennoblece qualquier oficio, y la buena voluntad alivia

qualquiera trabajo. No ireis, pues, sola, Eudoxîa, dixo Domitíla: quiero participar tambien de ese honroso trabajo.

Qué es esto, hijos, exclamó Belisario ¿os quereis ir, y dexarme aqui solo; y abandonado á mis tinieblas? No, padre mio, respondió Eudoxîa. Vendreis con nosotros á donde encontremos jornal, alli descansareis á la sombra de algun árbol, mientras nosotros trabajarémos. ¡O fortuna! exclamó el enternecido Belisario. ¿Estabas por ventura en asechanza de este momento, para ver flaquear el ánimo de Belisario al contemplar la dura necesidad á que expones, no á él, sino á su hija Eudoxîa? mas no, hija mia, antes que oponerme á esa noble resignacion y fortaleza de sentimientos, los sigo; llevadme á algun ribazo del camino, ó alguna de las vecinas aldeas, donda pueda mendigar tambien mi sustento, implorando la agena comiseracion. A un ciego es solo permitido y decente esta forzosa necesidad.

Así proseguian en este contraste de ternísimos afectos, acompañados de lágrimas, que les sacaba, no la fuerza de su desventura, sino la compuncion de sus corazones, quando oyeron tocar á la puerta. Aunque Maxîmio se hallaba sumamente conmovido, y con el llanto asomado á los ojos, acudió á ver quien era el

que llamaba. ¡Mas quál fue su sorpresa quando vió ante sí á Lucio Scipion, que preguntaba por Belisario! El discurso que habian tenido poco antes de él, le suscita la idea á su vista, que viniese á exîgir el dinero que les habia adelantado. ¿Cómo podia imaginarse que fuesen mas nobles y mas generosas las intenciones con que llegaba aquel honrado anciano?

Le introduce sin embargo á la presencia de Belisario, aunque con modo seco y desabrido. Recibióle al contrario Belisario con atentas expresiones, rogando á Eudoxîa le diese asiento. Scipion le acepta con urbanidad, y lo agradece, luego comenzó á decir así: no creo que extrañareis, Belisario, la venida de Lucio Scipion á vuestra casa, despues del descomedido proceder de mi hijo Mucio, contra vuestra respetable hija Eudoxîa. Debierais antes bien extrañar que haya tardado tanto en venir á daros la debida satisfaccion, ó por mejor decir, á fin de quitar las sospechas que hubiera podido hacer recaer sobre mi buena voluntad, y sobre mis sinceras intenciones. Mas solo lo acabo de saber accidentalmente, lo que por lo mismo agravó mi pesadumbre y sentimiento. ¡O Scipion! ¿qué es lo que decis? ese accidente no merece, le dixo Belisario, satisfaccion ninguna. Vuestra beneficencia no dexó lugar á sospechas con-

tra vuestros nobles y desinteresados sentimientos. =

Tales puedo prometerme que fueron siempre los mios. Por lo mismo me fue mucho mas sensible el baxo proceder de mi hijo, que no sé como llegó á perder el seso á tal grado, que pensase poder obligar á Eudoxîa á que le tomase por esposo, poniendo tan leve, é indecoroso obstáculo á su establecido casamiento. Arrepentido sin embargo él mismo de un hecho tan ruin, lo llenó de vergüenza tal, que me dixo no atinar el camino para venir á pediros perdon. Mas si pude condescender con su justa vergüenza, no pude dexar de venir yo en persona á pediros por él perdon, como os lo pido, pero para prueba de su arrepentimiento me suplicó hiciese á vuestra Eudoxîa esta pequeña demostracion. Espero, Eudoxîa, que dignandoos aceptarla, manifestareis concederle el perdon que os pide por mi medio.

Eudoxîa, encogida al ademan que Lucio Scipion le hizo, presentandole un bolsillo, se retraxo con modestia, diciendole: perdonad, Scipion. No necesita vuestro hijo de comprar, ni á mí me está bien el vender un perdon que le concediera de grado, si me hubiese dado motivo para ello. = Ninguno de esos títulos debe llevar, Eudoxîa, está demostracion de la ar-

repentida voluntad de mi hijo, á quien vuestra recusacion dexará ciertamente sonrojado. Ni creo, os sufrirá el corazon tomar esta venganza, aun de aquel que os agravió. A lo menos espero que si lo rehusais aceptar en nombre de mi hijo, no lo desdeñareis en nombre de un padre honrado y compasivo que os lo presenta. = Estoy sobrado persuadida de vuestra honradez y comiseracion. Y si ésta la que dá motivo para que me hagais este generoso presente, no acertais, Scipion, en el objeto que mas que Eudoxîa lo merece. Yo puedo ganar mi sustento con el trabajo de mis manos, sin aceptar demostraciones que no me competen. =

Perdonad, ó ilustre y discreta doncella, si no acerté en el objeto que con tan noble desinterés me indicais. Belisario, la insinuacion de vuestra hija creo que no me hará errar. Espero que dexareis satisfecha la compasion que debo á vuestra desgracia. = ¿Qué es esto, generoso Scipion? ¿qué me quereis? = Que os digneis aceptar esta pequeña cantidad de dinero, igual á la que os entregué á título de compra de las cosechas. = Aquella, pues, fué á titulo de compra de las cosechas, y esta ¿qué título debe llevar? = Esta quita el título á la primera, y os hace dueño de disponer de una y otra como querais.

¡O cielo! Me confundis, ó magnánimo Scipion. Vuestra noble generosidad no dexa ningun justo arbitrio á Belisario, pobre, ciego, y desgraciado, para rehusar lo que de ningun modo aceptaria, si vuestra singular beneficencia no tuviera empeñada de antemano mì eterna gratitud y reconocimiento. ¡Con qué expresiones os lo podré manifestar! = No recibo ninguna Belisario. Mi mayor satisfaccion es, que os hayais dignado recibir esa prueba de mi síncera voluntad. Esto me basta, y parto. = Eudoxîa, hija, suple por tu padre, que está sin vista, la gratitud, que debo, y que tú debes tambien á un don que has rehusado. =

Padre mio, no puedo suplir de mejor modo, viendoos tan generosamente socorrido por tal bienhechor, que doblandole las rodillas, y besando la mano benéfica que alivió vuestra pobreza: permitid, pues, generoso Scipion, que reconozca en esa mano... Eudoxîa, postrada de rodillas, decia esto alargando la mano para que Scipion le cediese la suya. Mas Scipion aturdido, confuso, y sumamente compungido de aquella demostracion de Eudoxîa, no sabia donde volverse, diciendo: Eudoxîa, ¿qué haceis? ¡Cielo! no lo permitiré, me despedazais el corazon. Alzaos. Permitid, le decia Eudoxîa, que quite la nota del poco aprecio, que hizo

tal vez mi ánimo de vuestra beneficencia. Quitada está, quitada está, le decia Scipion medio sollozando; este llanto, que me arranca vuestra gratitud, y vuestra suma dignacion, os sean prueba del aprecio que me merece. Alzaos os ruego, ilustre doncella, ó sino me postro tambien de rodillas. ¡Ah! ¡con tales sentimientos, como podeis dexar de hacer mucho mas ilustre vuestra desgracia que vuestra grandeza!

Dicho esto, y besada la mano á Eudoxîa, sin que esta pudiese besar la suya, partió Scipion, cayendole las lágrimas de los ojos, y dexando no menos enternecidos á Domitíla y Maxîmio, presentes á aquella escena, con que Eudoxîa echó el sello al sumo, y tierno amor que profesaba á su padre desgraciado. El enternecimiento de Maxîmio creció con la admiracion que le causó la generosidad inesperada de Scipion, tan opuesta á lo que se figuró quando le vió comparecer. En fuerza de esto, fué el primero en decir, luego que salió Scipion: ahora veo que la providencia mira tambien por nosotros. ¿Cómo podia esperar tal prueba de ello por tal mano, y despues de tal hecho?

Convendrá, Maxîmio, dixo Belisario, que vayamos á su casa á manifestarle nuestro tan justo reconocimiento. = Eso haré yo de muy buena gana. Lucio Scipion se hizo acreedor á

eso, y á mucho mas. Me acaba de hacer el hombre mas venturoso de la tierra. ¿Qué decis, Eudoxía, de tan generosa beneficencia? A la verdad, respondió Eudoxîa, no la acabo de admirar. Ni me obligó tanto á postrarme de rodillas el motivo de sacarnos de la necesidad de ir á ganar el jornal, quanto el de exîmir á mi buen padre de ir á pedir limosna, como deseaba. = El cielo remunere tu buen corazon, hija mia. = ¡Ahora si que me rio de veras de todos los honores, y riquezas de la fortuna! Veamos que cantidad.

¡Cuidado Maxîmio, dixo Eudoxîa, de engreiros con ella! ¿Por ventura no manifestais sobrado aprecio al dinero? ¿Quánta mas pura satisfaccion y consuelo nos hubiera acarreado esa misma cantidad, si fueran pagas de jornales? = No por cierto. ¿Quántos jornales hubieramos de haber hecho, antes de llegar á juntar este dineral? ¡Bien haya mil veces la generosidad de Scipion! Pero para que veais Eudoxîa, que no me dexo engreir de una vana jovialidad, y que esta no me borró la especie del granizo, sabed, que mi mayor contento procede de las prudentes medidas que puedo tomar con este dinero, para precaver las desgracias que nos pueden sobrevenir.

Los consejos de la virtud son buenos, no

lo niego, mucho mas quando con ellos se alivian las desgracias, mas estas no siempre se pueden desviar con solos virtuosos consejos, pues para esto conduce mucho mas el no encontrarse el hombre desprovisto de medios, y especialmente de este, con que acaba de manifestar Scipion su ánimo incomparable, y que sugirió á mi gozo un plan de economía, que voy á proponer. Es este, que con aquella primera cantidad, á que se dignó quitar Scipion el dudoso título que nos embarazaba, suplamos á los gastos de nuestra manutencion, entretanto que lleguen á su sazon las cosechas, pues ya no nos vemos necesitados, ni á pedir limosna, ni á buscar trabajo á destajo. No por eso pretendo exîmirme de emplear mis brazos. Lo que no haré en campos agenos, lo executaré en estos que nos pertenecen, y que requieren tambien el cultivo. Así sin tocar á esta otra cantidad que nos acaba de entregar, la tendrémos de repuesto, para que en caso que venga el granizo, no nos veamos en angustias, ni necesitados á vender las cosechas en cierne, ni á echar solamente mano de la virtud de la resignacion. Esta quedará tambien guardada para quando nos falte otro mejor arbitrio.

¿Os agrada, Belisario, este plan? ¿Teneis algo que oponer, amable Eudoxîa? Mos-

trais, hijo, respondió Belisario, haber sacado doble provecho de los consejos de Eudoxîa. Todo va bien, gracias al cielo, y al generoso Scipion. Nada me queda que oponer, Maxîmio, dixo tambien Eudoxîa. Solo os debo acordar, que puesto que ni Domitíla, ni yo, entramos en ese plan económico, no pór eso nos debèmos tampoco exîmir de la economía interior que requiere una familia. La ocupacion del hogar nos dexa hartas horas ociosas para la labor, y no tenemos ni materiales, ni instrumentos para exercitarla. = No me habia ocurrido eso. Iré á proveerlo sobre la marcha. Pero para eso será preciso defraudar algo de la cantidad que resolvimos tener de repuesto. No importa. A lo presente conviene que atendamos, antes que á lo por venir. =

Sin tocar á esa cantidad, podrémos suplir á ella con la venta del collar de perlas que me queda; pues me es alhaja inutil, no debiendola ya llevar. = ¿Y por qué no? esa ha de ser vuestra gala el dia que nos corone el amor en el altar de himeneo. = No por cierto, Maxîmio, es gala que no me compete. Desdixera de mi presente estado, el adornarme con ella, y desdixera mucho mas de la solemnidad del dia de nuestro casamiento. Aqui la teneis; llevadla á vender, y con lo que sacaréis de su ven-

ta supliremos á las cosas mas necesarias que nos faltan. Las joyas y galas dicen solo bien á los que les sobran medios para gastarlas = Permitidme, sin embargo, amada Eudoxîa, que os advierta que no podeis disponer de esa joya sin el beneplácito de vuestro padre.

Teneis mucha razon. ¿Os parece bien, padre mio, que vendamos este collar de perlas que de nada nos sirve? = Haz, hija, lo que mejor te parezca, convente con Maxîmio. = Mi parecer es que se venda; pero Maxîmio rehusa convenir en ello. Quiere que se distinga la hija de Belisario desgraciado, y pobre, con esa sarta de huevos de concha, á quienes hizo preciosos su sola rareza. = ¡Quántos motivos, para humillar mi pretension! Uno solo bastaba Eudoxîa, para rendirme á vuestra declarada voluntad. Venga esa sarta de huevos, se venderá. = Tomadla. = ¡Ah! si supieran los hombres el gran aprecio que adquiere este collar, desdeñado de Eudoxîa ¡quánto mas rico volviera á casa Maxîmio!

Dicho esto besó con tierno y respetuoso ademan el collar que Eudoxîa le entregó, determinando ir á venderlo á la ciudad, despues de la comida. Aderezaronla Eudoxîa y Domitíla, mientras Maxîmio fue á proveer lo que les faltaba. Dispuesta ya, se sentaron á comer,

libres sus corazones de los padecidos afanes, de que les habia sacado la liberalidad de Scipion, que renovaron en sus discursos, mientras duró la comida. Acabada ésta, Maxîmio fue á uncir sus bueyes al carro, y convenidos en los materiales, é instrumentos que les habia de proveer para emplearse en la labor, partió para Constantinopla mas triste y pesaroso Maxîmio que las otras veces, no solo por dexár á Eudoxîa, sino tambien por haber de vender el collar precioso á que se resistia, pareciendo que presintiese su alma la desgracia que le habia de suceder con su venta.

Poco despues que partió Maxîmio, quiso Belisario volver al bosque, á donde lo acompañaron Eudoxîa, y Domitíla. Alli con el motivo de la complacencia que probaban en aquella apacible soledad, renovaron la conversacion sobre la dicha de la vida del campo, y de los labradores, en cotejo de la de los ciudadanos. Confirmóse en ello Belisario, diciendo: á la verdad, ¿quánto mas dichoso hubiera sido yo, si hubiese nacido labrador, y exercitado la labranza desde mis tiernos años en estos mismos campos, sin nombre, sin fama, y sin honores? á lo menos no me hallára despojado de ellos, despues de haber padecido tantos afanes, y peligros para alcanzarlos.

Pareceme, por lo mismo, que lo yerran todos aquellos, que nacidos entre la libre y amena frondosidad de los campos, ansian dexar la dichosa quietud de su estado, para ir á encerrarse en las grandes ciudades, alhagados de su ostentoso trato, y de los ruidosos divertimientos que solicitaron sus desvanecidos corazones. Porque reconociendose con alguna riqueza y nombre, que heredaron de sus mayores, y que los hacen príncipes en las aldeas, se figuran que podrán igualar á los que lucen, y hacen eco en las ciudades, sin echar de ver, que en lugar de ir á ser aplaudidos, como se los pinta la vanidad, van solo á ser tildados, y tal vez escarnecidos, y á perder la soberanía de su rancia nobleza, y la preciosa tranquilidad y paz del campo, para meterse en los forzosos disgustos y desazones que engendra el turbulento y malicioso trato ciudadano.

Alegran, á la verdad, á primera vista, los divertimientos urbanos, la pompa, y la ostentacion, en que parece que los ánimos de los señores, y de los ricos, no caben de gozo y de satisfaccion, haciendo alarde de costosas galas, de modas, de gastos, que dan tanto realce á la opinion de su nombre, y riquezas que solicitan las pasiones de los que los admiran dar aquellos tributos á la fortuna, y á la gloria que los le-

vantó sobre los demas. A esto añaden los concursos, en las fiestas así públicas, como particulares, los juegos, las numerosas y lucidas visitas, los saraos, y todas las demas cosas que dan alma y tono al trato, y vida ciudadana con el lucimiento.

Todo esto, á la verdad, falta en el campo; y aquellos que lo probaron en las ciudades, y se acostumbraron á ello, creen que no puede haber contento, donde aquello falta. De aqui nace la desvanecida opinion que forman de los labradores, llamandolos, y creyendolos infelices, porque privados de urbanidad, de oficioso trato, aburridos de sí mismos, brumados de sus fatigas, reducidos al solo trato de las bestias y animales caseros, sin luces, sin conocimientos, sin crianza, que agrava su miseria, é infelicidad. Ni reparan en tratarles con desprecio, si algunas veces se encuentran con ellos, siendo así, que son los hombres mas útiles á la patria, los mas respetables por consiguiente, y me atreviera á decir los mas nobles, por mas que se altere al oirlo la necia presuncion y vanidad.

¿Mas quereis ver el aprecio que se merecen todos esos vanos divertimientos del trato de los ciudadanos, y toda su ufana cortesia? Oidlo. ¿Os habeis hallado algunas veces en las magníficas concurrencias del circo, del teatro,

y en las demas fiestas, en que todos quieren lucir á porfia? ¿Mas quán pocos son los que reparan en los móviles de su vano lucimiento y en el gran vacío y triste aturdimiento que dexan en el ánimo todos esos magníficos espectáculos, luego que sucede la quietud del retiro á su bullicio, y boato? ¿Quán pocos son los que se exîmen de las solicitudes y congojas que causan las depuestas galas y vestidos con que lucieron, gastados antes de ser pagados, ó que no se pagan tal vez sino con nuevos pesares y desazones, á pesar de la jovialidad y falsa risa que procuran ostentar, y que se convierte en mas amarga tristeza?

No son solos estos disgustos y tristeza los que sacan de esos vanos divertimientos. Son muchos mas los daños que causan al ánimo, nacidos de los medios viles y rateros, de que se valen para distinguirse; de las miras sordidas, maliciosas, y falsas de honradez que llevan, y con que se arruinan. Pero es mas poderosa que todo eso la vanidad que los junta, y la curiosidad que los arrastra á los concursos de ostentacion.

Quien mira á bulto un grande espectáculo, queda embelesado y sorprendido de complacencia, al ver la brillante y magnífica apariencia que ostentan los concurrentes; la divers-

dad de los trages, de los colores, y gustos con que se adornan; la cantidad y precio de las joyas y adornos con que lucen; las voces y gritos de alegría con que resuena el circo, y que hacen resaltar el embaido contento en los semblantes, de modo que al verlo, no es de extrañar que exclame algun necio desvanecido. ¡O bienaventurada cultura de los hombres, que supo producir un espectáculo tan admirable! Baxen los dioses del Olimpo á disfrutar lo que allá les faltaba. ¡O buen Homero! ¿valia la pena de hacer baxar á Júpiter, y á Juno sobre la cumbre del Ida, para que admirasen el furioso enojo de Aquiles, y el esfuerzo de Diomedes? ¡Este sí que es espectáculo digno de los ojos celestiales!

La apariencia tal lo representa. Pero si vieran los ánimos de los que en junto forman este espectáculo, ¡ó quán lastimosa y miserable vista nos presentarian! ¡Quán mentirosa su risa, quan falso su contento! La carrera de los carros y caballos, el remedo del triunfo, su ostentoso aparejo y lucimiento, tienen, no hay duda, embobados y divertidos los ánimos, pero para agravar despues mucho mas sus corazones, siendoles entretanto cebo de todas sus pasiones. Crecen de este modo las rivalidades y emulaciones de los poderosos, que dan á gozar

á otros lo que ellos no gozan, y lo que, á mas de desperdiciar sus riquèzas, les acarrea enfados, pesadumbres y molestias inseparables de la ostentacion.

Se aviva así la envidia de los que no siendo tan poderosos como aquellos, no pueden ostentar, ni lucir como ellos, lo que irrita y entristece sus fantasias, y acrecienta su sentimiento y dolor, y las quejas interiores contra la suerte que les hizo infelices, por no poder hacerse admirar, como ellos admiran á los mas ricos. De aqui toman cuerpo las ansias por medrar y levantarse, que los inducen á tentar todos los medios y caminos para llegar á donde ven con envidiosa ambicion llegados otros, fomento principal de las desvanecidas emulaciones del uno y del otro sexô, en su ensalzado trato, y comercio social urbano.

Puestas de este modo en impetuoso movimiento las pasiones, sufocan la sinceridad y honradez de sus ánimos, y de sus efectos. Las fingidas amistades se truecan en mayores odios y rencores. Sus conversaciones solo hallan pábulo en argumentos maliciosos, vanos, é insulsos, en su trato embustero, que las sujeta á continuas importunidades, que les acarrea amargas pesadumbres, y les hace víctimas de sus estudiadas etiquetas. Se añade á esto las malvadas,

ó maliciosas invenciones, con que obran; las solapadas fuerzas y servicios que se venden, y los engaños, y traiciones que se hacen con sus falsas demostraciones, de que proceden otros infinitos daños y males que se ocasionan, necesarios frutos de esos jactados bienes de la urbana sociedad, tan celebrada y preferida á la honrada sencillez, y á la dulce quietud de la vida del campo.

¡Pero quán diferente espectáculo, y quanto mas delicioso y agradable nos ofrece en él la naturaleza, á los que con ojos sabios lo contemplan! No entiendo indicar solamente este ameno ensanche de los campos, de la diversidad de sus verdores, que tanto recrean el alma, baxo las sombras placenteras de los árboles, amenizadas de los varios cantos de las aves; ni la silenciosa y dulce tranquilidad que aqui reyna, léjos del enfadoso ruido de las ciudades, de la tristeza que infunde la estrechez de sus calles, y asombrados caseríos: hablo tambien de la suave paz y sosiego de los ánimos de los labradores, exêntos de los estímulos de la ambicion y de la vanidad, y léjos de los exemplos que las fomentan.

Ellos, á la verdad, no prueban la ufana y altanera satisfaccion que infunde el trage rico y costoso, ni las ansias de ser considerados y

aplaudidos; pues esta misma falta, es un bien verdadero para los que no la echan menos, ni conocen los estímulos de la presuncion, ni la servidumbre del miramiento que aquella requiere, para llevar esa vana apariencia, y en conservarla, no menos que los desvelos, y cuidados que cuesta el mantenerla. Los labradores no rien, ni se hartan en opíparos convites; ni prueban los diversos gustos de los estudiados manjares, ni de vinos forasteros; pero tampoco están sujetos á las dañosas conseqüencias de la sociedad y destemplanza que se les siguen. Ellos no tienen tampoco mullidos y delicados lechos con ricos adornos; pero duermen mas tranquílos y descansados sueños, aunque sea sobre desechados rastrojos.

Sudan bien sí, y trabajan al resistero de los soles mas ardientes, pero acostumbrados al sufrimiento y á la fatiga, sienten mucho menos sus trabajos que los ricos y ociosos del peso de su desidiosa holganza, aunque en el seno de la abundancia, y de buscados placeres. Ellos no conocen lucidos concursos, ni ostentosos divertimientos, pero tampoco se les da cosa alguna por no conocerlos, ni se apesadumbran y entristecen como aquellos que los echan menos con afliccion, quando les faltan.

Su exterior desaliñado y pobre, manifies-

ta, á la verdad, la rústica crianza que tuvieron, pero en su esterior encogimiento se echa de ver la honrada sencilléz y candor de sus corazones, exêntos de la solapada malicia de los ciudadanos, y de los fraudes y engaños que traman estos, cubriendola con las embusteras expresiones de su trato y cortesanía. ¡O quánto mas felices fueran los habitadores de los campos, si supiesen apreciar su estado, libre de todos los disgustos y molestias, que son el acibar de la vida urbana! Pero al sabio aprecio que les falta, suple la naturaleza, infundiendo en sus corazones un plácido y continuado contento, que es el cimiento de la dicha de la vida.

No ciñera á esto solo mi discurso; pero vosotras estareis cansadas de oirme. No, padre mio, dixo Eudoxîa, antes bien vuestro razonamiento queda corto á la complacencia y consuelo que me daba en oirlo; especialmente sacando de él mucho mayor aprecio del estado á que nos reduxo la suerte, y mayores deseos de exercitarme en el trabajo del campo, si se me proporcionase ocasion de ello. Bueno seria, dixo entonces Domitíla, poner en práctica vuestros deseos; á este fin me ocurre, que pudieramos ir á exercitarnos en una especie de trabajo voluntario, arrancando la cizaña de los trigos, con lo qual comenzariamos á experimentar

nuestras fuerzas en las labores del campo. De muy buena gana me emplearia en ello, respondió Eudoxîa, sino fuera por no dexar solo á mi padre. Nada importa eso, dixo Belisario. Sabeis que á mis solas me entretengo con mis pensamientos, á quienes jamas les falta materia. Id á vuestro trabajo, que si no os traxere ganancia, os servirá de recreo y de mayor utilidad que mi discurso.

Eudoxîa, oido esto, obedeció á la insinuacion de su padre, y fue con Domitíla á ensayar sus fuerzas en el propuesto trabajo. Sus manos delicadas, no acostumbradas á tales esfuerzos, se resintieron luego de los que hacian para desarraigar las crecidas yerbas y maleza; luego la molestia misma de aquel exercicio, y el embarazo que les daba la situacion, metidas entre los espigados panes, aceleraron su cansancio, despues que juntó una brazada de malas yerbas. Y aunque volvió con empeño á la fatiga, hízole nueva traicion el cansancio, obligandola á que lo manifestase, como lo hizo, diciendo á Domitíla: no sé como me hubiera ido en este trabajo, si lo hubiera debido hacer por necesidad, para ganar el sustento.

El cansancio, amada Eudoxîa, dixo Domitíla, hubiera sido necesario y natural; y lo que mas es, os hubierais hallado muy embara-

zada en comenzar. Todas las cosas, aun aquellas que no requieren estudio, piden exercicio y práctica. Sin esta, cede al peso mas leve la mas firme voluntad. No en vano os convidé á esta ocupacion, para que hicieseis en ella experiencia de vuestras fuerzas, pues siempre es gran ventaja el emplearse en estas cosas con buenos sentimientos, sin probar en ellas ficcion ó abatimiento de ánimo. = Antes bien os aseguro, que ningun divertimiento ciudadano me causára tan pura satisfaccion y complacencia, quanta la que saco de este exercicio, aunque inutil. =

¿Inutil lo llamais? Lo parece á la verdad, y se reiria de nosotras qualquiera que nos viese tan afanadas en limpiar un campo de su maleza, que se hizo refran de las cosas mas árduas. Pero á buena cuenta, este exercicio es la escuela de nuestras fuerzas, en que comenzamos á enseñar nuestros cuerpos, y exercitarlos en la fatiga. A mas de esto impedimos, que las yerbas arrancadas, se reproduzcan de sus semillas en el año siguiente, en daño del trigo que se ha de sembrar; y con ellas sacais tambien el consuelo y satisfaccion que decis, que yo reputo por no poco provecho. Parece tambien inutil por otra parte este trabajo, por quanto nos exercitamos en él por poco tiempo, y es nada

la maleza que hemos sacado, en cotejo de la que dexamos; pero para quien no tiene otra cosa que hacer, no es tan inutil esta ocupacion que podremos dexar para otro dia si os hallais cansada. =

Algo cansada estoy, pero podemos descansar, y volver despues á nuestro trabajo. = No tenemos necesidad de ello por ahora; á mas de que comienza á caer la tarde, y vuestro padre querrá tal vez volver á casa. = Vamos, pues, á encontrarlo. Hicieronlo así, y halláron á Belisario sentado al pie del árbol, donde le dexaron, en postura meditativa, la que él mudó luego que las oyó llegar, para preguntarles como les habia ido en su ocupacion campesina. La respuesta de Eudoxîa, y de Domitíla dió motivo para otro ameno discurso, en que se entretuvieron con gran consuelo en el bosque hasta que la oscura noche les hizo retirar á la casilla, lisongeandose de ver llegar quanto antes á Maxîmio con los materiales, é instrumentos para la labor que le encargaron.

Con esta intencion y deseos, llegó entretanto Maxîmio á la ciudad en su carro, dirigiendose á una tienda de un rico platero que le pudiese comprar luego las perlas, seguro de que sus padres no le conocerian, aunque le encontrasen. En vez de ellos vió accidentalmente á

su amigo Flavio, que fue el que le confió la desgracia de Belisario. Impelido del gozo que le dió su vista, no teniendo por que recatarse de él, paró sus bueyes, y se le descubrió, haciendole sucinta relacion de su ausencia, del lugar en que se hallaba fuera de la ciudad, y de su tratado casamiento con Eudoxîa, y del motivo porque volvia, que era el de la venta del collar de perlas que Eudoxîa le entregó.

Alborozado de su encuentro, prendado de la confianza que le hacia, quiso Flavio acompañarlo hasta la tienda del platero á donde se encaminaba, para tener el gusto de conversar con él, como lo hizo, deteniendose en la misma tienda para ver el remate de la venta. Presentó Maxîmio á este fin al dueño el rico collar de perlas. Mas éste sorprendido de ver aquella preciosa alhaja en manos de un villano, que tal parecia Maxîmio, entró luego en sospechas, si seria aquella una de las joyas que dias antes robaron á un senador, y de que la justicia hizo prevenir á todos los mercaderes, para que denunciasen toda alhaja sospechosa que se les presentáse en venta. Vióse obligado el platero en fuerza de esto á dar parte de sus sospechas al tribunal, lo que pudo executar, valiendose con otros pretextos, de los mozos que tenia en la tienda, y haciendo esperar á Maxîmio, sin

que él pudiese sospechar cosa alguna, hasta que los llegados alguaciles se le echaron encima, y le prendieron con gran sobresalto y susto de Flavio, que con él se entretenia.

No fue menor el asombro, y triste aturdimiento de Maxîmio al verse atar sin saber el motivo por que lo prendian, y al verse poner atado sobre su mismo carro, y llevado públicamente en él hasta la carcel, sufriendo aquella ignominia con mucho mayor dolor, acordandose de su Eudoxîa, y de su collar perdido.

Le esperaban aquel mismo dia Belisario, Eudoxîa, y Domitíla, muy ageños de su desgracia, y no dudaron que llegase en el siguiente con los instrumentos y materiales. Pero desvanecidas sus esperanzas en aquel, y otros dias, comenzaron á entrar en sospechas de que le hubiese acontecido algun funesto accidente, ó que sus padres le hubiesen hecho detener, ó impedidole la vuelta. Eudoxîa, sobre todo, se dexó apoderar de todos los temores, y tristes recelos que suele infundir el tierno amor en tales circunstancias, mas á ninguno ocurria que el collar de perlas pudiera ser causa de tan penosa ausencia, y de la desgracia que el mismo Maxîmio padecia.

Mostrabase muy solícito y afligido Belisa-

rio, por el grande aprecio y cariño que le habia merecido, y por el grande alivio, y amparo que en él tenia, echando de ver á cada paso la falta que le hacia, especialmente hallandose solo con Eudoxîa, y Domitíla, que por su caracter y circunstancias, no podian suplir la falta de muchas cosas, ni con sus deseos solos, ni con la fuerza de sus brazos delicados. Nada era la pérdida del carro, de los bueyes, del dinero, y del collar, en que ninguno ponia su pensamiento, en cotejo de la pérdida del solo Maxîmio, de sus atentos oficios, y de su cariñosa diligencia, con que los sacaba de todos los ahogos, y con que prevenia sus necesidades y menesteres; y nada de todo esto en cotejo de la correspondencia del tierno cariño de Eudoxîa, á que ella habia dado honesta y virtuosa soltura, con la esperanza de su vecino casamiento.

No podia por lo mismo poner fin á sus lágrimas y desconsuelo, á pesar de los consejos de Domitíla, que se esmeraba en aliviar su dolor, y la fiera incertidumbre en que se hallaba, viendo pasar varios dias, sin saber del paradero de su fiel amante, y sin saber de quien valerse para salir de las tormentosas dudas que la angustiaban. Pudieran servirse de los vecinos labradores, como lo hacian en otras cosas, sirviendoles ellos con sumo afecto y cordialidad;

¿mas á donde enviarlos para saber nuevas de Maxîmio, sino á la casa de sus padres? pero esto era cabalmente lo que no les estaba bien, aunque sugiriesen á los vecinos labradores, alguna estratagema, para que sin nota se informasen, si por ventura se hallaba detenido en casa de sus padres, y si ellos eran la causa de su ausencia.

Mas lo que Belisario y Eudoxîa no se atrevian hacer en sus angustias, lo hizo Flacila, ofreciendose á ir á la ciudad, para certificarles si de hècho se hallaba Maxîmio en casa de sus padres, pues ésta era su mayor sospecha, persuadiendose que ningun otro accidente hubiera podido retardar tanto su vuelta, sin hacerlas saber el motivo de su ausencia. No pudo dexar de manifestar Eudoxîa su sumo aprecio al ofrecimiento de Flacila, abrazandola con lágrimas, y agradeciendola con tiernas expresiones tan singular servicio. Y aunque Belisario, á pesar de su reconocimiento, estaba indeciso de aceptar la oferta de la labradora por justos recelos, venció la determinacion de la misma, encaminandose á la ciudad á este fin, con que avivó la confianza de Eudoxîa, á quien entretanto se le hacian siglos los momentos de la tardanza de Flacila.

Pero la vuelta de ésta solo contribuyó pa-

ra agravar mucho mas su dolor, no pudiendo ya dudar, por la relacion que les hizo Flacila, de que Maxîmio no se hallaba en casa de sus padres, ni habia puesto los pies en ella, desde la última que estuvo disfrazado en labrador, segun se lo habia asegurado el esclavo Evanio, á quien se lo preguntó con el pretexto de venderle unos pollos que habia llevado á este fin. Creció con esto el llanto y desconsuelo de Eudoxîa, y el sentimiento de Belisario, llegando casi á desesperar de volver á ver á Maxîmio, pues no sabian atinar ningun otro motivo de su ausencia, sin atreverse á poner dudas en los honrados sentimientos del mismo, ni en la constancia de su amor. ¿Cómo era posible que recayese sospecha alguna ofensiva, en quien tales, y tantas pruebas les habia dado de amor tan puro y tan desinteresado?

¡Ah! ¡Si ellos supieran que Maxîmio se hallaba preso! ¡Si tuvieran noticia del dolor y meláncolica desesperacion á que se habia entregado su ánimo en aquel seno del oprobrio! De los continuos sollozos y lamentos con que hacia resonar sus negras paredes, repitiendo de continuo el dulce nombre de su amada Eudoxîa entre aquellos horrores, y tinieblas que agravaban su mortal abatimiento. Fiado sin embargo en su inocencia, no viendo en sí ningun

delito, digno de aquellas penas, é ignominia, sino el solo engaño que usó con sus padres, se persuadia que estos habiendo sabido que se hallaba con Belisario, le habian hecho prender. Esto confortaba su ánimo, sin salir de sus penosas dudas, hasta que pasados muchos dias, fue llamado al tribunal. Alli infiriendo por las preguntas que el juez le hacia sobre el collar de perlas, que era este el motivo de su prision, aunque respiró aliviada su inocencia, se irritó mucho mas contra su adversa suerte.

Temiendo, no obstante, las conseqüencias funestas que pudiera tener su supuesto robo, si no confesaba enteramente la verdad, y todas las circunstancias que lo acompañaban, dixo que habia recibido aquel collar de la hija de Belisario, para que lo vendiese, como lo podian confirmar la misma Eudoxîa, y Belisario. Declaró á mas de esto, que no era labrador como lo parecia el trage, sino hijo de Septímio, de cuya casa se habia ausentado en fuerza de la pasion que tenia á la hija de Belisario, á quien servia, movido á compasion de su desgracia. Sorprendido el juez de la declaracion de aquel supuesto reo, no dudó de la verdad de lo que decia; pero para certificarse, quiso hacer presentar primero el collar de perlas al senador robado, para que reconociese si era alhaja que le faltase.

Asegurado por el senador que aquellas perlas no le habian pertenecido, resolvió el juez pasar á las otras pruebas que le faltaban para corroborar la verdad de la declaracion, es á saber: si era el preso hijo de Septímio, y si la hija de Belisario le habia entregado el collar para vender. Para lo primero fue preciso hacer comparecer en el tribunal á Septímio, comunicandole antes el juez, en atencion á su nobleza, el motivo porque era llamado. El triste y sensible padre que vivia en continuas angustias por su hijo, desde el dia en que éste le contó el embuste de la muerte de Mandomio, temiendo que cayese en manos de la justicia, estuvo á punto de desfallecer de dolor, quando recibió el aviso del juez, rogandole que se presentase á reconocer á su hijo preso.

Agravaba mucho mas su fiero sentimiento la sospecha del feo delito, sobre el supuesto hurto del collar, que el juez le insinuaba, haciendole estar indeciso, si se presentaria á la carcel, para declarar reo á su hijo con su paterno testimonio. Mas siendole forzoso obedecer, se encaminó trastornado de su dolor y angustias al tribunal, á que se presentó. Mas luego que reconoció á su hijo atado y traido como malhechor, en el mismo trage de labrador con que se le presentó en su casa, no pudo resistir á la

fuerza del sentimiento que lo privó de repente de sentidos, sin poder contextar con la voz, á lo que mejor que con ella, confirmaba su desfallecimiento.

Dióle tiempo el juez para que pudiese volver en sí; y luego que confirmó ser aquel su hijo Maxîmio, se le dió libertad para que se restituyera á su casa, dexando alli mucho mas consternado, y afligido á Maxîmio, á quien llevaron otra vez al calabozo, faltando la declaracion de Eudoxîa y de Belisario, sobre la entrega del collar, para declararle enteramente inocente y darle la libertad. No pudiendo comparecer en el tribunal Eudoxîa y Belisario, por reputarse desterrados por el emperador, al sitio en que se hallaban hubo de ir el juez en persona á tomarles declaracion.

Tuvo entretanto harta ocasion Eudoxîa para experimentar que los consejos y máxîmas de la virtud, aunque cuestan ponerse en práctica en las cosas mas sensibles, contribuyen sin embargo, para alivio de ellas. Así su corazon se habia enteramente conformado con las disposiciones del cielo, desconfiada de volver á ver su perdido Maxîmio, quando llegó el juez á la casilla preguntando por Belisario, y por su hija Eudoxîa. Cabalmente se hallaba ella delante de la casa, ocupada con Domitila, y con

la labradora Flacila en limpiar las legumbres, que habian recogido. Belisario estaba cerca de ellas sentado sobre una piedra que habia baxo un manzano, y apoyado en su baston.

Reconoció luego el juez á Belisario, ni pudo dexar de compungirse á tal vista; pero no conocia á Eudoxîa, ni se podia imaginar que fuese la misma, aquella á quien se lo preguntaba, empleada en aquella humilde ocupacion. La llegada, y vista inesperada del juez, y su pregunta, le infundieron luego algun temor atento á Maxîmio; y aunque algo turbada, respondió ser ella Eudoxîa, y que alli tenia á su padre Belisario. Disimuló el juez el enternecimiento y compasion que le causó la vista de una doncella poco antes tan rica, y tan ilustre, forzada de la suerte á emplearse en aquel humilde trabajo, diciendola que tenia que hablar con ella y con Belisario.

Eudoxîa acudió entonces á prevenir á su padre, y á darle la mano para conducirle á la casa; donde sentados, fue el primero el juez en preguntarles, ¿si habia estado con ellos un mozo llamado Maxîmio? necesitó Eudoxîa de todo el esfuerzo de sus virtuosos sentimientos, para no desfallecer á tal pregunta. Respondió Belisario haber estado con ellos algunos dias, pero que no le habian vuelto á ver desde que

se encaminó á la ciudad á vender un collar de perlas, única alhaja que le habia quedado á su hija Eudoxîa de su antigua fortuna. El juez, oido esto, preguntó á Eudoxîa, ¿si caso que viese el collar de perlas, le reconoceria? A esta pregunta no pudo disimular Eudoxîa el sobresalto, la turbacion, los temores y dudas que padecia por el paradero de Maxîmio sin saber acertar en lo que responderia al juez.

Este, reparando la consternacion de la doncella, la hubo de renovar la pregunta, á que satisfizo ella, diciendo que le reconoceria si lo viese. El juez le presentó entonces el collar que conoció Eudoxîa con angustiada sorpresa, diciendo ser aquel mismo, el que le habia entregado á Maxîmio. Mas aunque sentia vivísimas ansias de saber, como habia llegado á manos de juez, ni se atrevió á preguntarlo; ni el juez la sacó de la acerba incertidumbre, en que quedaba, sino que se despidió inmediatamente, diciendo: que puesto que lo reconocia por suyo, que alli lo tenia, que se sirviese de él. Con esto volvieron á suscitarse de nuevo en el pecho de Eudoxîa los afanes y temores por su desgra ciado amante, sospechando con razon, que aquel podia haber sido causa que cayese en manos de la justicia.

A pesar, sin embargo de sus afanadas du-

das, nacian en su corazon las lisonjas de volver á verle, pues no en valde el juez se habia tomado la pena de venir con formalidad á pedirles declaracion, atento á Maxîmio, y sobre la entrega del collar, hecha al mismo. Veia Eudoxîa, no sin asomo de gozo, confirmadas estas sus lisonjas por su padre Belisario, que fomentaba mayores esperanzas que su hija, de ver comparecer quanto antes á Maxîmio, imaginandose una equivocacion semejante, á la que sucedió en la venta de las perlas, que sin duda dió motivo á su prision por sospechas de que fuese hurto, atendida la belleza y grandeza de las perlas, llevadas á vender por un boyero, quando apenas el emperador mismo tenia otras semejantes.

Mientras crecian con mayor gozo de Eudoxîa estas sospechas, confirmólas el juez luego que llegó á Constantinopla dando la libertad al inocente Maxîmio, y haciendole entregar el mismo carro, y bueyes, en que quiso fuese publicamente conducido hasta la tienda del platero en que fue preso, para hacer así mas pública su inocencia, á que parece tener justo derecho el honor de todo reo preso por solas graves sospechas, y que le debe restituir toda bien regulada justicia.

Acabada la ceremonia, como estuviese su-

mamente ansioso Maxîmio de hallarse en su entera libertad, para volar hacia su amada Eudoxîa, atendió á esto solo dandose priesa en salir quanto antes de la ciudad, sobre su recobrado carro, sin atreverse á dexarse ver de sus padres, á quienes suponia sumamente resentidos, despues que su padre le vió aherreojado en la carcel, aunque se hubiese publicado su inocencia. Pudo así llegar en poco tiempo al término suspirado, y en hora que Belisario, Eudoxîa, y Domitíla habian dexado la casilla, y se encaminaban al bosque, de que distaban poco.

Eudoxîa, que tenia siempre presente á Maxîmio, lisongeandose de verlo comparecer quanto antes, presintió que fuese el mismo al ruido del apresurado carro que oia, sin poderle ver, por impedirselo los interpuestos árboles. Mas reconociendole al instante por las voces que daba, llamando á Eudoxîa, y á Belisario, acudieron desaladas á su encuentro, Eudoxîa y Domitíla, sin acordarse una y otra, enagenadas del gozo, que dexaban solo, y desamparado á Belisario. Maxîmio al verlas, sin esperar que parasen los bueyes, salta del carro, y corre á precipitarse en los brazos de Eudoxîa, sin que ésta pudiese defenderse del abrazo que le dió, llevado del ímpetu de su júbi-

lo, diciendo: á tantas, y tan mortales angustias padecidas, permitid, amada Eudoxîa, esta demostracion del amor mas constante y puro. ¿Mas qué fue todo lo pasado en cotejo del consuelo y satisfaccion presente?

Con iguales expresiones, mal pronunciadas del sumo gozo que probaba, correspondió Eudoxîa á su recobrado amante, que la dexó para ir á hacer demostracion igual con Belisario, que de algunos pasos atras lo llamaba conociendo por sus voces y por la de Eudoxîa, que era el que llegaba. Abrazaronse estrechamente los dos, dandose los dulces nombres de padre, y de hijo, con que mutuamente desahogaban el júbilo de sus corazones, por su recobro. Luego entraron todos juntos en la casilla, deseosos de saber de él la desgracia que le habia sucedido, y la pérdida del collar. Hizóles *él* la relacion, con que satisfizo á su ansiosa curiosidad, y acabó de disipar de sus pechos las dudas y afanes que por tanto tiempo los habian angustiado, substituyendo en vez de ellos, el sumo consuelo, que experimentaban con su llegada.

EUDOXÎA.

LIBRO SEXTO.

Quanto fueron mas tiernas las demostraciones con que Eudoxîa, y Belisario manifestaron su afecto y amor á Maxîmio, tanto mas creció la confianza del mismo, y las ansias de poseer á su amada Eudoxîa, de suerte que resolvió no dexar enfriar la memoria de sus padecidas penas, sin hacerlas servir de medio, para ver efectuado quanto antes su casamiento. No quiso á este fin que llegase el siguiente dia, sino que con el motivo de conducir á Belisario á su estancia, despues de la alegre cena que tuvieron, le habló de esta manera.

Fuera muy ageno, Belisario, y no menos impropio de la confianza y seguridad que puse en la promesa que me hicisteis, de concederme á Eudoxîa por esposa, el renovaros los títulos que pudiera yo alegar para hacerme reconocer por acreedor á una gracia tan singular. Joya tan preciosa, qual es Eudoxîa, no reputaré jamas haberla merecido con mis servicios, sino por exceso de vuestra bondad, y por la dig-

nacion con que quisisteis concedermela por esposa. Pero prometida ya, permitid que alegue todas mis pasadas angustias y trabajos, para que no dilate poner el colmo á mi mayor, y mas ansiada felicidad.

Todas las circunstancias de nuestro estado, y de la situacion en que nos hallamos, hacense otros tantos intercesores de mis ardientes deseos. Habitamos baxo un mismo techo, permitiendomelo la confianza que os dignasteis hacer de mis honrados sentimientos, y de mi respeto para con Eudoxîa, no menos que de la virtud de la misma. Mas esto cabalmente se convierte en mayor pena de la pasion. Que tanto mas arde, y sufre, quanto de mas cerca tiene el estimable objeto que la aviva, sin llegar á poseerlo enteramente. A trueque de conseguirlo, volviera á pasar de buena gana por toda la ignominia, y oprobrio que padecí, si solo de este modo pudiera obtenerla.

Iba á proseguir Maxîmio su discurso, pero Belisario le interrumpió, diciendo: hijo, yo no esperára á mañana á poner el colmo á vuestros deseos, ni para ello necesitára de eloqüente razonamiento, sugerido del amor, sino que desde el instante en que os quitasteis el disfraz de Damasio, y que os prometí á Eudoxîa por esposa, os la hubiera concedido, si debiera aten-

der solamente á los impulsos de mi afecto reconocido. Mas este no es el solo arbitrio de mi voluntad. Mis mismos deseos deben estar sujetos á las conveniencias que nos imponen las leyes de la sociedad, de la patria, y de la naturaleza. Ellas me advierten que sois hijo de Septímio, y que dependeis de su paterno querer, el qual es anterior al vuestro y tambien al mio, y al de Eudoxîa. Puede esta disponer de su corazon, y yo confirmar su voluntad con la mia. Una y otra os son favorables. Teneis ya mi promesa, y Belisario no la revocará jamas. Pero conviene, hijo mio, que obtengais antes el beneplácito de vuestro padre.

¡O cielo! ¿Qué escucho? exclamó Maxîmio con dolor, ageno de oir tal proposicion. ¡Ah! Belisario, ¿cómo podia esperar yo de vuestra boca este funesto rayo? = Mas ¿por qué hijo? = ¿Podeis ignorar la oposicion que manifestaron mis padres á mi declarado amor para con Eudoxîa, aun quando ella se hallaba en su mayor fortuna? ¿Y quereis que condesciendan ahora con mi pretension, en su mayor desgracia y pobreza de vuestra hija? = Si ha de durar, pues, su oposicion, Maxîmio, os lo digo con dolor, tampoco yo puedo permitir vuestro casamiento. = ¡O dia el mas funesto para mí, quando esperaba que fuese el mas fausto, y ale-

gre de mi vida! ¡Ah! Belisario, cubris de tinieblas mi corazon, y amargais cruelmente á mi alma. =

¡O Maxîmio! no sabes quanto padece tambien mi corazon, con este forzoso sacrificio que exîgen de mi voluntad las leyes de la patria, y de la naturaleza que os insinué. = ¿Mas esas leyes donde están? La patria autorizando mi edad competente, concedió el derecho á mi corazon para que se determine á la eleccion del objeto que mas me agrade. Otra no es tampoco la ley de la naturaleza, que solicita mi pasion. Aunque esta, y aquella me sometan á la autoridad y voluntad de mis padres, no por eso les dan tambien el derecho de oponerse á la eleccion, cuyo derecho conceden las mismas á los hijos. = El derecho de la eleccion es de estos, no hay duda; mas debe quedar subordinado á la aprobacion de los padres. Estos deben ser los jueces de aquella. La pasion no puede ser juez en causa que le interesa y deslumbra. =

En causa, en que debe tener parte el amor, y el dichoso estado de los hijos, estos solos deben ser los jueces de ella. = El amor, Maxîmio, no conoce siempre su verdadero bien, y felicidad, aunque tal lo parezca. La pasion se engaña por lo comun en sus propias elecciones, especialmente en las que son mas libres. = ¿Y

quánto mas no se engañan, y mas comunmente la vanidad, el interés, y la ambicion de los padres en los casamientos de sus hijos? ¿Quántos de estos se ven víctimas sacrificadas al antojo de sus padres, que forzaron su eleccion, haciendo al amor de los hijos dependiente de sus vanas etiquetas y caprichos? Si debe ir á razones, no espereis, Belisario, que quede en ellas corto el eloqüente amor de Maxîmio. =

Las razones sirven, no hay duda, para convencer al entendimiento; pero deben callar ellas ante la primera de las leyes, qual es la subordinacion de los hijos á los padres. = Nada tiene que ver la autoridad de los padres sobre la honesta eleccion de sus hijos en el casamiento. Podrán bien, sí, valerse de su autoridad para impedir la execucion, mas serán responsables de sus fatales conseqüencias, ni podrán jamas forzar la voluntad interior de los hijos, ni su inclinacion, ni afecto. = Ni es posible tampoco, si de grado no se convence y se somete la voluntad. Esta es cabalmente la obligacion de los hijos. = ¿Obligacion debe ser someterse á lo que el amor repugna? = ¿Y á las leyes del cielo no repugnan las pasiones? ¿Se habrán de exîmir por eso de someterse á ellas, y de obedecerlas? en fin perderemos el tiempo en disputas. Breve pues. Venid con el beneplacito de vues-

tros padres, y Eudoxîa sera vuestra.

¡Ah! ¡por qué no me mandais antes purgar la tierra de sus monstruos, y pasar á nado, no ese vecino estrecho de Abído, como Leandro, sino el ancho mar en que Jove abrió á Europa el temible, y hondoso sendero! esto me fuera mas facil, que obtener el consentimiento de mis padres á mi casamiento con Eudoxîa. Mas ya que á fuerza de imposibles debo llevar adelante mi amor, tentaré de hacer lo que de mí exîgis. ¿Pero podré saber, qual será el premio que ha de obtener su execucion? ¿Si mis padres se niegan, quál será entonces vuestra determinacion? = La heroyca constancia de vuestro amor, obtendrá tal vez, lo que ahora os parece imposible. = ¿Mas si es tanta mi desventura, que no consiga de ellos, lo que tan facil os parece, qué decidireis? = No debo acrecentar la desconfianza que manifestais. Belisario es honrado, no faltará á su honradez. = ¡O infeliz de mi! Os entiendo Belisario. ¡Cruel destino el de Maxîmio, hecho el dechado mayor en la tierra, de la constancia y fidelidad del amor!...

Dicho esto prorumpe en llanto, y se ausenta de la estancia, dexando solo á Belisario en la suya, y haciendo resonar con sus sollozos la casilla. Eudoxîa, y Domitíla, que no se habian acostado todavia, conmovidas de aquellos re-

pentinos sollozos y lamentos, acuden afanadas á saber la causa, á la estancia de Belisario, que les dixo el motivo. Eudoxîa sumamente enternecida, sintió impulsos de ir á consolar al lloroso Maxîmio, y unir sus lágrimas con las del mismo, pero detenida de su modestia, sufocó los impulsos de su ternura, sacrificandolos á su decoro. Suplió por ella Domitíla; la qual temiendo que la resentida pasion de Maxîmio le induxese á algun arrojo, aconsejó á Belisario á que fuese á consolarle. Vino bien Belisario en lo que Domitíla le aconsejaba, y conducido por la misma, se sentó junto á la cama, en que Maxîmio se habia tendido, continuando en sus inconsolables lamentos.

Belisario, asiendole de la mano, le dixo: ¿qué viene á ser esto, Maxîmio? ¿á qué fin esta pueril afliccion? = ¡O Belisario, no querais agravar la desesperacion en que me veo, y que vos mismo causasteis! Abandonadme, os ruego, á mi dolor, y á mis crueles penas. Mucho mas piadosa será para mí vuestra crueldad, que estas demostraciones, y que los inútiles consejos, con que pretendereis en vano darme algun consuelo. = Maxîmio, hijo mio, ¿es posible que nazcan tales expresiones en vuestro noble corazon, y que vuestro pecho ceda tan facilmente á un inconsiderado sentimiento? =

¿Inconsiderado lo llamais? Y que mal peor, aunque sea la misma muerte, y los horrores del calabozo, en que me ví, pudierais acarrearme, que el hallar pretextos tales, para negarme lo que tan solemnemente me teneis prometido, despues que... ¡O desventurado Maxîmio! =

Hijo, lo que te tengo prometido, te lo vuelvo á prometer. Eudoxîa será tuya, ó no lo será de ningun otro. = ¡Ah! no me dexo deslumbrar de palabras especiosas, quando se exîgen de mí hechos tan imposibles, para no alcanzar jamas lo que á tal coste se me promete! = ¿Hecho imposible llamais el obtener el consentimiento de vuestros padres? Eres su hijo, Maxîmio; y creo que no serán ellos tan crueles como pensais, ni vos hijo tan descomedido con ellos. Nada os debiera costar un paso tan justo. Si despues de dado se niegan ellos á vuestra honesta pretension, tendreis entonces motivo para abandonaros á vuestro sentimiento. Mas antes de saber su voluntad, pareceme un desacierto el entristecerse y desesperarse tanto, como lo haceis, anticipandoos una afliccion que no tiene motivo asegurado y cierto, sino en vuestro engañado concepto; y á mas de esto sois causa de que Eudoxîa llore, y se entristezca. =

¿Eudoxîa llora? ¿Y yo soy el motivo de su llanto? ¡O lumbreras del cielo! ¡Ah! ¡no podiais, Belisario, encontrar alivio mas eficaz á mi dolor, y desesperacion! = Venid, pues, á consolarla. = No es posible resistir á tan delicioso embite. = Aqui me teneis. Diciendo esto, dexó Maxîmio la cama, y conduciendo él mismo á Belisario, fueron á la estancia, donde se hallaba Eudoxîa con Domitíla. Maxîmio, al verla en ademan triste y dolorido; se la inclina en postura respetuosa, y la dice con ternura; que si la obstinacion que acababa de manifestar la declarada voluntad de Belisario, era causa de su sentimiento, venia á borrarla con nueva determinacion de rendirse á su insinuacion leve, y que así la declarase.

Eudoxîa sin descomponer su aspecto triste y serio le respondió: que se habia dexado llevar de sus desacertados sentimientos, mal aconsejados de su pasion. Que no era la sola voluntad de sus padres, la que ponia estorbo á su casamiento, sino tambien la nota del engaño que habia usado con ellos, y cuya memoria renovada, la tenia desazonada y afligida, por quanto desacreditaba la honradez y entereza de su corazon, que solo podia purgar, pidiendo perdon á sus mismos padres de tal proceder. Conmovido mucho mas Maxîmio de esta nue-

va y terrible pretension de Eudoxîa, aunque se le hacia mucho mas sensible, respondió sin embargo, que habia prometido obedecer á lo que le insinuase, y que la mantendria la palabra: que antes bien la pondria entonces mismo en execucion, si la noche le permitiese ponerse en camino, pero que la veria cumplida al dia siguiente.

Belisario dió entonces en tono festivo las gracias á Eudoxîa por haber recabado con dos palabras, lo que él no habia podido con mil razones, y dandoles las buenas noches, se retiró con Maxîmio, resuelto á cumplir al otro dia con la promesa, que fué causa de la desasosegada noche que pasó, temiendo que sus padres se negasen á su peticion. Amanecido el siguiente dia, y levantados todos, se despidió de ellos, para ir á verse con sus padres, como habia prometido, y diciendo á Eudoxîa con los ojos empañados del llanto, que iba á darle la mayor prueba de quantas hasta entonces le habia dado de su constante y ardiente amor; que sola su voluntad manifestada podia darle esfuerzo para executar tan sensible separacion: luego profiriendo una dolorosa exclamacion contra su cruel destino, se salió precipitadamente llorando, y tomó á pie el camino de la ciudad.

Pero al paso que se iba acercando á ella,

fatigaba su fantasia, pensando el mejor modo como pudiera salir bien de aquella empresa, la mas terrible de quantas hasta entonces habia acometido; y aunque su pensamiento acostumbrado á tramar engaños, le aconsejaba urdir otro igual entonces, lo desechaba, como cosa reprendida y afeada por Eudoxîa; pues tan grande fue la impresion que hizo en su ánimo el justo y honesto reproche de su amada. Resuelto, pues, á proceder con sinceridad, que no le sugeria medios á su satisfaccion, esperaba que su misma obediencia le sacaria felizmente de aquel lance, y que sus padres cederian a sus ruegos. Mas al estar ya cerca de su casa, le acometió tal repugnancia de llegar á ella, que estuvo á punto de volver atras, recurriendo á sus embustes.

Representósele vivamente la indignacion de sus padres por haberle visto preso en la carcel por ladron; el desfallecimiento al verle atado; la ficcion que habia usado con él de la muerte de Mondomio, y finalmente todo lo que mas podia acobardarle y retraerle; para que no se presentase á él. Pero por otra parte, lo retraia mucho mas la falta de la palabra dada á Eudoxîa, de pedir perdon á sus padres; el no saber que decirles á ella y á Belisario, si volvia sin haber cumplido con su promesa, y la nega-

tiva que seguramente tendria del mismo, y de Eudoxîa, acerca de su casamiento; que al contrario podia esperar ver efectuado, si sus padres apiadados de su desgracia, venian bien en perdonarle lo pasado, y en consentir en su matrimonio.

Los vivos impulsos que le dió esta lisonja, hizole atropellar con todos sus reparos, y dió consigo en el zaguan; viendole alli accidentalmente un esclavo, hizo que llamase á su fiel Evanio. Llegado apenas éste le reconoce, pues llevaba el mismo trage de labrador que antes, y le dice muy afligido: ¡ó Maxîmio! ¿qué habeis hecho? ¿á Evanio debia tocar el dolor de haceros saber el orden que nos dió á todos vuestro padre, de no recibiros de ningun modo; antes bien de echaros de casa, si comparecierais? Dicho esto prorrumpe en llanto, dexando aturdido á Maxîmio, que no sabia que responder á tan impensada, y cruel intimacion. ¡O Eudoxîa, á que terrible lance expuso tu virtud á tu fiel amante!

A su aturdido sentimiento y confusion, sucedió sin embargo la confianza que un hijo arrepentido no podia dexar de poner en el amor paterno que le hizo esperar poder merecer con su llanto el perdon de su padre. Para esto deseó saber de Evanio si sus padres se hallaban en ca-

sa. Oyendo que se encontraba sola su madre, nada le pudo contener, para que no tomase la escalera, y penetrase en las estancias de su madre hasta presentarse á la misma. Sorprendida ésta, y conmovida de la vista repentina de aquel mozo labrador, pues no le permitió conocer luego á su hijo la turbacion, le dixo muy alterada: ¿qué quereis? ¿á quién buscais? y llama al instante á una de sus esclavas.

Aunque se acobardó á vista de su madre alterada la atrevida confianza de Maxîmio, no le faltó aliento á su respeto, para ponerse de rodillas, como lo hizo; y levantando las manos, la dixo; ¡ó madre mia! ¿no reconoceis á vuestro hijo el infeliz Maxîmio? Cómo pintar los encontrados afectos y movimientos que caracterizaron de repente el corazon de la madre, la sorpresa, el amor, la indignacion, el desden, el enojo trocado en cruel frialdad, que señoreó á los demas sentimientos, y con que oido apenas el nombre de su hijo, y reconocidole en aquel trage, le respondió, ya levantada de su asiento: no tengo ningun hijo llamado Maxîmio; os engañais mozo. Qualquiera que seais, volved á salir por donde vinisteis. Nada teneis que ver aqui.

A tantos rayos disparados á una de la boca de una madre, no pudo resistir el sensi-

ble corazon de Maxîmio, y hubiera desfallecido, si el sobrevenido llanto no hubiera contribuîdo á desahogar su dolor, diciendo entre sollozos; ¡ó madre mia! ¿no reconoceis al arrepentido Maxîmio, que os pide perdon con el mas tierno y respetuoso rendimiento? El amor de hijo, es el que me traxo á obtener de vuestra maternal piedad el perdon que os vuelvo á pedir con estos ardientes sollozos.

Mientras esto decia sollozando Maxîmio, le lanzaba la madre terribles miradas llenas de acerba indignacion, y sin darle respuesta, dixo á la esclava que compareció á su llamamiento: intimad á ese mozo atrevido, que se guarde de volver á poner los pies en esta casa. Esto dicho, vuelve la espalda y entra en otra estancia que cerró tras sí, dexando en su humilde postura al triste Maxîmio, que en vano imploró su piedad con los brazos levantados; pero desistió, luego que la esclava le dixo que no tenia que esperar piedad de sus padres que le habian desheredado. ¡Ah! lo veo, dixo Maxîmio. ¡Mas no quiera el cielo tratarles como tratan ellos á su hijo, que otra cosa no les pide que el perdon de sus desaciertos!

Dicho esto se sale, poniendo su memoria en Eudoxîa, resuelto de volver á ella en derechura, para hallar algun alivio á su dolor, y

si le desechaba tambien ésta, darse la muerte. Con esta determinacion sale exâsperado con paso violento de las estancias; baxa la escalera sin acordarse, ni de Evanio, ni de su padre, quando al tiempo de ir á salir por el zaguan, se encuentra con su padre Septímio, que entraba en casa. A su inesperada vista cubrese al instante de tinieblas el ánimo de Maxîmio; mas casi sin advertir en lo que hacia, impelido de la confianza de su amor filial postrase de rodillas en el suelo á los pies de su padre, y con las manos sobre el pecho, en ademan muy humilde, y llorando, le dice: ¡ó padre mio! teneis á vuestros pies al arrepentido Maxîmio, á quien acaba de desechar su propia madre, negandole el perdon que solo la pedia, como os lo pido tambien á vos, padre mio.

Fuese efecto de la sorpresa, ó de lo que debia hacer el padre, viendo repentinamente ante sí de rodillas á su hijo, se paró un instante, mirandole sin desplegar sus labios. Mas luego determinado en su indignacion y desprecio, puso la mano en la faltriquera, y sacando una moneda, como limosna que se dá á un méndigo desconocido, no se la entregó en las manos, sino que la dexó caer en el suelo, y prosiguió su camino, dexando á Maxîmio mas horriblemente consternado y confuso en aquel acto de

cruel y desapiadada misericordia, que su misma madre en el arrogante desprecio que le manifestó.

A vista de esto, nació en el ánimo de Maxîmio un vivo resentido despecho, mezclado de enojo, y de indignacion que le enxugó el llanto. Procuró sin embargo sufocarlo en fuerza del respeto y amor que tenia á quien debia su ser. Mas reconociendose luego oprobriosamente desamparado de su padre, que continuaba en subir la escalera, se levanta despechado, y desdeñando recoger la moneda que le tiró en el suelo, sale de la casa, y de la ciudad, tomando el camino de la casilla de Belisario, que regaba con sus rabiosas lágrimas; arrojando quejas contra los que le habian tratado peor que si le fueran extraño enemigo.

Pero luego la imagen de Eudoxîa se le presentó á la mente, como sol, que disipó las tinieblas de su horrible confusion, y de su rabioso sentimiento, y que avivando su confianza, le hacia apresurar el paso, lisongeandose, que el mismo cruel desden y desamparo de sus padres contribuiria para que ella y Belisario se apiadasen de él, y de su desventura. Con estas lisonjas continuaba su camino, mientras Eudoxîa le esperaba solicita por el exîto de su ida á la casa de sus padres. Aunque Maxîmio se

esforzó en disimular el sentimiento que traia, tomando de prestado una aparente jovialidad, para no afligir á Eudoxîa, pero no iba acompañada, como las otras veces, de los transportes de alborozo, y vivo consuelo que manifestaba quando se le presentaba de vuelta.

Por lo mismo nacieron en el corazon de Eudoxîa, afectos encontrados á su vista; mas predominó la complacencia de verlo otra vez, y la confianza que le daba de traer buen despacho, no por otro motivo que por verle de vuelta. Confirmó el mismo Maxîmio esta lisonja, diciendola con alegre despejo: Eudoxîa, Maxîmio es vuestro. Ninguna cosa impide ya á mi amor la posesion que tanto me costó. Creyendo de contado Eudoxîa por estas expresiones que sus padres hubiesen condescendido á su casamiento, aunque por otra parte le parecia imposible, deseó que la sacase de estas dudas, rogandole contase el modo como sus padres le habian recibido quando se les presentó. Esto mismo mostró tambien desear saber, y oir Belisario.

Convirtióse entonces de repente la fingida alegría de Maxîmio, en no esperado llanto, en que prorumpió con sorpresa de Eudoxîa y de Belisario, diciendo entre sollozos: ¡ó Belisario, no le queda otro padre á Maxîmio que el pa-

dre de Eudoxîa! Espero que no desechareis á quien tantas pruebas os dió de su amor y de su ardiente ternura. Belisario, á pesar de la sorpresa que le causó el llanto de Maxîmio, le respondió. Siempre te miré como hijo, Maxîmio: ¿por qué quieres que ahora te deseche? ¿qué significa ese discurso? Maxîmio respondió continuando en su llanto. Mis padres me han desheredado y echadome de su casa, ni quieren saber mas de mí. No me queda en la tierra otro amparo que vos, ni otro bien que Eudoxìa. Si este pierdo, si vos me desamparais tambien, no me queda otro expediente que la muerte para poner fin á una vida, que sin vos, y sin Eudoxîa, me será aborrecible. =

¿Tus padres te han desheredado y echadote de su casa? cuentame como ha sido. Por el tono de admirada compasion con que Belisario le preguntó esto, echando de ver Maxîmio que el padre de Eudoxîa no estaba ageno de condescender con sus deseos, le contó con confianza mas enérgica el desdeñoso y cruel recibimiento de sus padres, con todas las circunstancias que lo acompañaron. Penetrado de compasion Belisario, no menos que Eudoxîa, que le oia en triste silencio, le abrió inmediatamente los brazos, diciendole: ven acá, hijo; ven al seno de Belisario, que te ha sido, y te

será siempre padre, en premio de tu constante y síncero amor. Y puesto que tus padres no quieren saber mas de tí, no debo ya diferir mi promesa, y con ella el cumplimiento del gozo á tus deseos. Eudoxîa, hija mia, ven acá tambien; dexa que entregue tu mano á Maxîmio, que tan merecida la tiene. Aqui tienes, Maxîmio, á tu esposa. Belisario te dá prenda con ella, que te será buen padre, aunque pobre y desgraciado.

¿Quién sabrá expresar la subita mutacion de la mayor afliccion que probaba Maxîmio, en el mas vivo, y sublime gozo que le infundió Belisario con aquella inesperada demostracion con que ponia el colmo á la suspirada felicidad del amante de su hija? ¿Ni quién la tierna y dulce sorpresa de ésta, al oir á su padre que la llamaba, para declararla esposa de Maxîmio con la entrega de su mano? Maxîmio enagenado de alborozo, exclama: ¡ó cielo! nada, nada mas me queda que desear en la tierra! ¡ó momento el mas dichoso de mi vida! testigo este tierno llanto que me saca mi sumo reconocimiento, á la mayor prueba de vuestro amor, con la mano de Eudoxîa, que beso, y adoro postrado aqui de rodillas ante el padre, que me la entrega. =

Ea, pues, consolaos hijos mios; dexa Ma-

xîmio, que te manifieste tambien con este abrazo mi gozo, y los deseos que alimento de vuestra mas pura y constante fidelidad. Este es tu esposo, Eudoxîa, tu padre te lo entrega, seguro de que su amor y tu virtud, suplirán á las riquezas, de que me despojó la fortuna, y en que no os puedo dexar heredados. Vanos fueran todos otros consejos; y así levantaos, hijos, y comencemos á tomar las disposiciones, para que quanto antes se celebre solemnemente vuestro casamiento. No pudo contener Eudoxîa él llanto que le exîgieron el gozo y ternura que le causó el amoroso y breve discurso de su buen padre, á quien agradeció aquella prueba de su cariño, interrumpiendola las expresiones de Maxîmio, con que no acababa de manifestar su sumo reconocimiento y gozo á Belisario, y á la misma Eudoxîa, á quien abrazó luego Domitíla, dandole sus mas tiernos parabienes acompañados de lágrimas de júbilo y de complacencia.

Maxîmio fuera de sí de contento, fue inmediatamente á la aldea mas vecina, para prevenir lo necesario á la celebracion de su casamiento, que determinaron solemnizar al siguiente dia, convidando para ello á los vecinos labradores, de quienes habian tenido tantas muestras de afecto y de compasion. Comparecieron estos

en la casilla, antes que amaneciese, para acompañar los esposos á la vecina aldea. Estaban ya todos levantados; con esto se encaminaron alumbrados del resplandor de la luna, que con su dulce claridad parecia envidiar el gozo de aquella comitiva. Eudoxîa no llevaba otro adorno nupcial, que el rico collar de perlas, salvado del naufragio de su grandeza, y del riesgo y desgracia que habia corrido de nuevo, poniendoselo por complacer á su esposo Maxîmio.

La misma quiso tambien tener la complacencia de conducir por su mano á su ilustre padre, hasta que llegaron al templo, donde se efectuaron sus desposorios, no sin declarada ternura y llanto de todos los presentes á vista de las sagradas ceremonias, acordandoles estas, que aquella doncella que poco antes hubiera visto su casamiento solemnizado con la mayor pompa, y con las aclamaciones y honores del pueblo, y de los grandes del imperio, en nada ahora se diferenciaba de una pobre labradora, aunque ella prefiriese su presente estado, al de sus perdidos honores y riqueza. Acabada la ceremonia, fue el primero Belisario en abrazar á sus hijos; recibieron luego los parabienes de los circunstantes, y volvieron á su casilla, donde se renovaron con mayor liberalidad y ternura las demostraciones de su mutuo contento.

Pareció que la fortuna arrepentida de su cruel inconstancia, esperase la execucion del casamiento de Eudoxîa y de Maxîmio para hacer entera prueba de sus heroycos sentimientos, y en recompensa de su virtud y constancia en los trabajos padecidos, hacerles probar de nuevo su favor, lo que rara vez acontece. Ni quiso retardarles el consuelo que podrian probar, sino que se valió de Flavio, aquel mismo amigo de Maxîmio, que fue el primero en comunicarles la desgracia de Belisario, para participarles tambien las disposiciones de la corte en favor del mismo. Nada sabia Flavío del efectuado casamiento de Maxîmio con Eudoxîa, aunque habia sabido su vuelta á la casilla, despues que salió de la carcel, declarado inocente; mas como este mismo caso de su prision, divulgado en Constantinopla, dió tanto que hablar en ella, así de él, como de Eudoxîa y de Belisario, dió tambien ocasion á Flavio para oir decir á sus padres, que el emperador estaba persuadido de la inocencia de Belisario, y resuelto á devolverle quanto antes sus honores y riquezas.

Oido apenas esto, nada pudo contener á Flavio para no ir á participar á Maxîmio esta alegre noticia, que tanto le podia consolar, como tambien al mismo Belisario, y á su hija Eudoxîa. Muy ageno estaba Maxîmio de ver com-

parecer á su amigo Flavio habiendo ya puesto en olvido la ciudad, empeñado solamente su ánimo en su presente estado campesino, y en lo que exîgia de sus industriosos desvelos la dignidad de esposo de Eudoxîa, la qual acababa de poner el colmo á su dicha. Fue por lo mismo mejor su sorpresa, viendo comparecer á Flavio, que despues de haberle abrazado, le dice la fausta noticia que traia.

Maxîmio, transportado del gozo, no quiso diferirsela á Eudoxîa, y á Belisario, haciendo que la oyesen de boca del mismo Flavio. Agradecieronsela aquellos ilustres desgraciados, sin manifestar otro alborozo por ella, que aquel que debian á la atencion de aquel que se habia tomado aquel trabajo para participarsela. Belisario habia resuelto acabar sus dias en el campo, aunque la fortuna le restituyese su antigua grandeza y honores, prefiriendo en su corazon aquel apacible estado de vida campesina al bullicio de la ciudad, y á las molestias y disgustos de la corte, de la qual acababa de recibir tan terrible desengaño. Tuvo motivo con esto Flavio de admirar sus sentimientos en aquella pobre situacion, y alojamiento en que lo veia, no menos que el amor de Maxîmio, en preferir aquella vida humilde en compañía de Eudoxîa, al noble estado, en que le hizo nacer la fortuna,

aunque no muy rico. Dióle no obstante los parabienes por su casamiento con Eudoxîa, y á todos dexó en esperanzas de que se mudase su suerte.

Partido Flavio, Belisario que estaba muy ageno de fomentar tales esperanzas, y que deseaba llegase el momento para ir á manifestar á Scipion la gratitud que conservaba á su beneficencia, le acordó á Maxîmio la obligacion en que estaban, y con la qual les era forzoso cumplir quanto antes. Remitieronlo para el siguiente dia, agenos de encontrar la novedad que oyeron con sorpresa y sentimiento de haber muerto su hijo Mucio de resultas de una caida de caballo que le derribó en un foso. Sintió sumamente Belisario esta inesperada nueva, que le tuvo suspenso y dudoso, si le haria avisar de su llegada, temiendo agravarle su dolor. Mas movido de los deseos de consolarle, si podia, le hizo pasar el recado de su llegada.

Aunque el afligido Scipion no se dexaba ver de ninguno, luego que oyó la llegada de Belisario, mandó fuese acompañado á su estancia. Estaba en ella él mismo á obscuras, y la hacia resonar de sus sollozos, especialmente quando llegó á él Belisario, conducido de Maxîmio; á quienes fue el primero á decir llorando amargamente: ¡ó Belisario! soy el hombre mas in-

feliz de la tierra! ¡Acabo de perder al hijo único, que tenia, en quien se acaba enteramente la familia de los Scipiones, despues de haber subsistido de padres á hijos por tiempo inmemorial! ¡O que golpe funesto! ¡O desdichado de mí! ¡Esto debia tocarme á mí, ver acabada una familia tan antigua!

De esta manera proseguia Lucio Scipion lamentandose de su suerte, haciendo recaer su dolor sobre la extincion de su familia, que mil veces repetia, sin casi mencionar el amor de su hijo. Belisario, despues de haber dexado que desahogase su sentimiento, le dixo. Tomo toda la parte que debo en vuestro justo dolor, ó generoso Scipion, reconocido sumamente como lo estoy á vuestra singular beneficencia. Hubiera deseado venir antes á manifestaros mi agradecimiento, mas no lo pude hacer, no teniendo quien me acompañase. Lo hago solo ahora, en que puedo, aunque sumamente afligido por la desgracia de vuestro hijo Mucio, de que nada sabia. = ¿Cómo? ¿No llegó á vuestra noticia la muerte de mi hijo Mucio Scipion? =

No, ciertamente. Sin duda los vecinos labradores se recataron de darmela, para no afligirme, ni agravar mi desgracia, que si no me engaño, es algo mas dolorosa y sensible que

la vuestra. = ¡Ah! Belisario ¿qué decis? No, no sabeis lo que es perder un hijo único, en quien se acaba para siempre una familia ilustre. = No perdí á la verdad ningun hijo único; pero perdí mis riquezas, los honores, y la vista, y me hallo sin ella, reducido á la miseria y pobreza que hubiera sido mas terrible, si vos no me hubierais socorrido. = ¡Terribles males! ¡Grande desgracia á la verdad! Pero permitid que os diga, que nada tiene que ver con la pérdida de un hijo único, y con la estincion de una familia como la mia.

La mia no será de mucho tan ilustre como la vuestra; pero se acaba tambien conmigo, y mucho antes se acabaron las familias de Régulo, de Fabricio, y la del gran Pompeyo, las de los Césares, la de Trajano, la de Theodosio, y las de los mayores hombres del mundo. Nada hay duradero en la tierra: las mismas ciudades, los mas fuertes y soberbios edificios caen, y desaparecen del sitio que ocupaban. Es lastima, no hay duda, que se acabe vuestra familia; pero me parece que debierais sacar antes motivo de algun consuelo, que tan grande afliccion, por lo mismo que ha durado tanto, llevando vos en ella tantas ventajas á las de los hombres mas ilustres que duraron tanto menos. Yo me figuré siempre, que mi familia comen-

zase, y acabase conmigo. Ni nuestros mayores, ni nuestros descendientes somos nosotros. Para vos, para mí se acaba el mundo, quando acabamos. ¿Qué interés tan grande podeis tener, en que dure, ó no, vuestra familia despues de vuestra muerte? =

¡Ah! teneis razon, Belisario. A las veces una palabra sola desengaña mas que mil razones: Pruebo gran consuelo en oiros; y por lo mismo, gustaria que quedaseis aqui conmigo por algunos dias. Vuestra compañía me serviria de gran alivio y consuelo en la triste soledad en que me veo. = Si debiera ser así, me alegraria de poder contribuir á vuestro alivio, para manifestaros en ello mi reconocimiento; pero temo que un ciego os será antes de embarazo que de consuelo. = No lo creais, Belisario, antes bien me hareis en ello un singular favor y gracia que os pido. = Ea, pues, Maxîmio, podeis ir á casa, y avisar á Eudoxîa de mi quedada con el generoso Scipion. = ¿Maxîmio se llama ese mozo? = Maxîmio se llama, y acaba tambien el pobre de padecer una desgracia semejante á la vuestra. Sus padres le han desheredado, y qual lo veis es hijo de Septímio, de familia Senatoria. =

¡O cielo! ¿qué decis? ¿hijo de Septímio? ¿y éste le ha desheredado? = Así es. = ¡Ved

los accidentes de este suelo! Vuestra desgràcia y la mia, Maxîmio, podian repararse de algun modo, dexandoos yo heredado de mis bienes, y tomando vos mi apellido de Scipion. Desde ahora mismo, dixo el alegre, y sorprendido Maxîmio, quiero llamarme Maxîmio Scipion, aunque no me dexeis sino parte de vuestra hacienda. = No, no; toda entera para que podais mantener el lustre de tal nombre. = El cielo os lo remunere, tanto mejor para mí, y para mi esposa Eudoxîa, que estará muy agena de esperar esta fortuna. = ¿Cómo? ¿Eudoxîa es vuestra esposa? ¿no me dixisteis, Belisario, que la queriais casar con aquel méndigo que os servia de lazarillo? =

Cabalmente aquel roto méndigo que visteis, era este mismo Maxîmio que aqui veis vestido de labrador; y que tomó aquel disfraz para servirme en mi desgracia, y merecer á Eudoxîa con su constante amor. = No extraño ya, pues, que me la negaseis para mi infeliz hijo Mucio, cuya muerte... ¡ah! perdonad si su renovada memoria renueva tambien mi llanto, y mi dolor. = Os debe ser sensible tal pérdida. Mas puesto que quereis declarar heredero vuestro á Maxîmio, os debeis hacer cuenta de haber encontrado en él al hijo perdido, pues os puedo asegurar que no degenerará de

tal padre y bienhechor. Así lo espero; pero ya que habeis resuelto quedar aqui conmigo, y que Maxîmio se halla casado con vuestra hija Eudoxîa, pudiera tambien volver aqui con ella, pues asi no quedaria en pena la misma por vuestra ausencia, y yo tendria el consuelo de disfrutar su amable compañía. = Como querais Scipion, pues es siempre nuevo favor que añadis á los que tengo ya recibidos. Voy, pues, volando, dixo Maxîmio, á satisfacer á vuestros deseos, ó generoso Scipion, para traer quanto antes á Eudoxîa.

Dicho esto parte Maxîmio fuera de sí de contento, por aquella repentina é inesperada fortuna, que le avivaba las ansias de llegar quanto antes á la casilla, para comunicarsela á Eudoxîa. Pero llegado á ella, no encontró ni á Eudoxîa, ni Domitíla. Sorprendido de aquella novedad, las buscó en el huerto y en el bosque, las dió voces por los vecinos campos, todo en vano. Acudió á la casa de los vecinos labradores, donde sosegó sus temores el viejo labrador, diciendole que su hija Flacila se las habia llevado á la dehesa real, que estaba algo distante, á donde habia de ir ella á ver una hermana suya, muger que era de uno de los jardineros de aquel sitio, y que sabiendo que él, y Belisario se habian ido á la aldea á ver á

Scipion, quiso Flacila aprovecharse de aquel entretiempo, para conducirlas á los reales jardines.

Era así, que Eudoxîa y Domitíla, importunadas de las instancias de Flacila, que les dixo estar vecino aquel sitio, se habian ido con ella, persuadidas que Belisario tardaria en volver aquella mañana. Todas ignoraban que se hallase cabalmente el emperador en aquel sitio, á donde dexó de ir despues que hizo edificar un palacio magnífico cerca de la playa del mar Euxîno, y en sitio mucho mas delicioso que aquel, donde entonces se hallaba. Sea que el emperador Justiniano fuese á él accidentalmente, ó con intencion de hacer que se le proporcionase el encuentro con Belisario, con el motivo de aquella cercanía, pareció que la fortuna hiciese servir la determinacion de Flacila para resarcir sus agravios, conduciendo á Eudoxîa á aquel sitio, y proporcionandola el encuentro con Justiniano.

Debia pasar ella, Domitíla, y Flacila por un espeso bosque comprehendido en aquel real sitio, para llegar á la habitacion del jardinero, á donde se encaminaban. El emperador acababa de salir solo, y sin acompañamiento, queriendo solazarse con libertad por aquel bosque, que estaba inmediato á su palacio. Convidado

alli de la caida de una fuente, que se despeñaba con grato murmullo, baxo la sombra de altos fresnos, se sentó junto á ella; donde desahogaba su ánimo de los graves cuidados del imperio, con aquellas dulces imágenes de la naturaleza, que le hacian tal vez envidiar la suerte de aquellos que gozaban aquella deliciosa quietud, que recreaba á su augusto pecho, y viendo llegar aquellas tres labradoras, deseó usar con ellas de la familiaridad que le permitia el sitio, y el trage casero y de confianza que llevaba, de modo que no pudiera ser conocido por emperador.

Luego, pues, que iban á pasar por cerca del lugar donde estaba sentado, fue el primero en decirles: ¿muchachas á donde vais por aqui? ¿Debeis venir de léjos, pues os veo acaloradas? De algo léjos venimos, respondió Domitíla, y vamos á ver á Faustino, jardinero de este sitio. = No le encontrareis. Acaba de pasar por aqui, con su muger, y por aqui volverán á pasar. Sentaos aqui entretanto, y descansad baxo esta deliciosa sombra. Oido esto por ellas, consultan mutuamente en sus rostros lo que debian de hacer, y mostrandose todas deseosas de aceptar el embite de aquella persona que no conocian, lo executan, diciendo Domitíla, nos podemos sentar entre tanto. El emperador

fixando entonces en ella los ojos, y en Eudoxîa, les dirigió la palabra, diciendo: ¿no parece que vosotras dos seais labradoras?

Si no lo parecemos, lo somos, respondo Domitíla; gracias á la fortuna que nos proporcionó este honesto, y quieto estado, aunque humilde. = ¿Gracias le dais, por haberos reducido á estado de labradora? No lo comprehendo: ¿pues qué erais antes? = Yo soy viuda de un oficial que sirvió al emperador baxo las ordenes de Belisario en la guerra de Africa contra Gelimer, en que perdió la vida. Y esta mi buena amiga, es hija del mismo Belisario. = ¿Hija de Belisario? = Del mismo. = A la verdad, quedo sorprendido... ¿Y su nombre? = Eudoxîa, respondió la misma entonces. = ¿Dónde dexasteis á vuestro padre? = Fue á dar gracias á un rico aldeano que le socorrió, y alivió su pobreza. = ¿Tan necesitado se hallaba? = Tanto que nos vimos en estado de ir á mendigar nuestro sustento. =

¡Ah! quien lo hubiera creido jamas de un hombre tan singular. A la verdad experimentó muy ingrata á su fortuna. = No lo extrañeis: quien experimenta sus favores, está tambien expuesto á probar sus crueles reveses. = Mucho debisteis sentir la pérdida de vuestros bienes, de vuestros honores y comodidades. =

Ninguna cosa de esas echamos menos en nuestro estado presente de pobreza. Antes bien vivimos mas quietos y contentos en ella, que en la grandeza que perdimos, y en los palacios que habitabamos. = Doncella, me interesa vuestro discurso. Por lo mismo me permitireis que os diga, que no sé comprehender como podais vivir mas contentos en la pobreza que en la riqueza y abundancia, mucho mas, teniendo Belisario, vuestro padre, tantos haberes, como dicen que adquirió con sus victorias. =

La virtuosa resignacion en la desgracia, y la constancia del ánimo en padecerla, suplen á todos los bienes perdidos. De su falta puede sacar el alma mas pura satisfaccion que aquella que infunden naturalmente las riquezas, á quien las posee. = No acabo de admiraros. Dudo que vuestro padre Belisario, se explique así, especialmente acerca del emperador, que le condenó á esa pobreza en que os veis. = Os puedo asegurar que jamas oí de su boca queja alguna contra el emperador. Su ánimo es mayor que su perdída grandeza y honores, para que se abatiese á quejarse de haberlos perdido, aun con su propia hija. Su misma ceguera y pobreza le hace mas respetable en su desgracia, que coronado de laurel sobre el carro del triunfo, en que presentó al emperador al cautivo Gelimer

y su familia. Léjos de quejarse del emperador, no me acuerdo haberselo oido nombrar jamas. =

Mucho es, despues que hizo al imperio tan señalados servicios, y que el emperador se los pagó tan mal; pues oí decir que le hizo privar de la vista. = Es así, pero mi padre conocia muy bien al mundo, y á la corte, y lo que mas es, la instabilidad de las cosas humanas, para dexar de preveer el exceso de los males á que le podia condenar la fortuna, y para extrañarlos despues de venidos sobre su corazon, aunque honrado, é inocente. = Mas el emperador ¿se certificó de su culpa, antes de condenarle á la cruel privacion de la vista y de todos sus bienes? = Nada de todo eso interesa ya á mi padre; ni creo que se cuide tampoco de ello; sino que atiende á acabar sus dias en la *tierra* con tranquilidad de ánimo, pasandolos con fuerte resignacion en su estado presente.

Diciendo esto Eudoxîa, advirtió que llegaba á pasar, cerca de donde estaban, Maxîmio con paso muy apresurado, sin reparar él que estuviese alli Eudoxîa, y Domitíla, medio encubiertas de la frondosidad que rodeaba el sitio de la fuente, hasta que Eudoxîa admirada de verle, interrumpió su discurso con el emperador, para llamarle, diciendole: Maxîmio,

Maxîmio, ¿qué sucede? ¿qué es de mi padre? ¿dónde le dexais? Maxîmio repara entonces en ella, y se acerca diciendola con transporte de gozo, sin hacer caso del emperador, que estaba alli con ellas: albricias, Eudoxîa, albricias. Lucio Scipion acaba de declararme heredero, en vez de su hijo Mucio que murió. El mismo nos espera en su casa, donde quedó vuestro padre Belisario. Desde que mis padres me desheredaron, parece que la fortuna se esmera en colmarme de favores.

El emperador admirado de la llegada de aquel lindo mozo, que aunque en trage de labrador no lo parecia, y que hablaba con tal confianza con Eudoxîa, extrañó por lo mismo oir que le hubiesen desheredado sus padres: y movido á curiosidad, le dixo: ¿vuestros padres os han desheredado? ¿por qué motivo? Pero Maxîmio ansioso de volver quanto antes con Eudoxîa, sin querer perder tiempo en dar respuesta cabal al emperador, que le pareció algun rico aldeano de aquellos contornos, le respondió: eso es largo de contar, y no hay tiempo que perder. Vamos, Eudoxîa, que Scipion y Belisario nos esperan. Venis cansado, segun parece, dixo entonces Eudoxîa; por lo mismo descansad un poco. Esperemos á Faustino, y á su muger, y pueden tardar poco en llegar. =

Descansémos, pues, un poco. A la verdad estoy rebentado. El ansia de daros quanto antes la noticia de la herencia de Scipion, me hizo apresurar el paso. El quedó pasmado, quando supo que era yo aquel mismo méndigo, que servia de lazarillo á Belisario, y se maravilló mucho mas al oir que era hijo de Septímio, y marido vuestro. Mucho mas maravillado el emperador al oir esto, le volvió á decir á Maxîmio: ¿hijo sois de Septímio, y estais casado con Eudoxîa? ¿segun eso debeis ser aquel mismo Maxîmio, á quien pocos dias ha pusieron en la carcel de Constantinopla por el supuesto hurto de un rico collar de perlas? = Ese mismo soy, como veis, declarado inocente de ese hurto. = ¿Y qué se hizo el collar de perlas? Oí decir que era precioso. = El juez, certificado que pertenecia á Eudoxîa, se lo devolvió, y ella lo tiene. = ¿Lo teneis ahí, Eudoxîa? mucho lo deseara ver. =

Aqui lo tengo, respondió Eudoxîa, y sacandolo de la faltriquera, en que lo llevaba, se lo presentó al emperador; el qual admirado de ver la grandeza de aquellas perlas, dixo; precioso collar es por vida mia. De buena gana lo compraria, si me lo quisieseis vender. No es collar para vos, respondió entonces Maxîmio; vale mucho mas de lo que os pensais. =

Eso no lo debeis decir vos, sino el dinero. Por ahora me hallo sin él, pero si lo quisieseis traer mañana, os contaré todo el precio que me pidais, sea qual fuere. Os esperaré en este mismo lugar. Si quereis prenda de mi palabra, ahí teneis este bolsillo que servirá de socorro para Belisario, por cuya desgracia me intereso.

Sorprendido Maxîmio de la generosidad de aquella persona que no conocia, y que le presentaba el bolsillo para socorro de Belisario, lo creyó otro Scipion, y lo recibió, diciendole: el cielo remunere vuestra beneficencia. Se lo entregaré á Belisario, y mañana vendremos á traeros el collar. Mas Eudoxîa, penetrada de reconocimiento para con aquella persona, que socorria á su padre, quiso manifestarle su gratitud, diciendole en ademan de ofrecerle el collar, para que lo aceptase: el collar aqui lo teneis, quedaos con él, y os servirá de prenda de mi reconocimiento á la generosidad que os habeis dignado de usar con mi buen padre. = No, no: traedlo mañana, y me dariais mayor complacencia si traxeseis tambien á vuestro padre, á quien deseo conocer. Fuera yo mismo en persona á verle, si no me detuviese aqui un negocio importante. Mañana os esperaré en este mismo sitio, y á la misma hora, quedad con Dios.

Decia esto el emperador, puesto ya en pie para partir luego, como lo executó, queriendo evitar la vista del jardinero, á quien vió venir de léjos, para que no le descubriese á Eudoxîa, y á Maxîmio, á quienes deseaba ocultarse, puesto que no le habian conocido, dexandoles sorprendidos con la generosidad que acababa de usar con ellos. Llegó luego la hermana de Flacila con su marido, con quienes no quiso Maxîmio detenerse, deseoso de volver á casa de Scipion, como lo hizo, en compañía de Eudoxîa, de Domitíla, y Flacila, encaminandose primero á la casilla, para conducir á Eudoxîa, y á Domítila en el carro, con sus bueyes, que habian quedado en el establo, y que quiso llevar tambien consigo, no teniendo quien cuidase de ellos.

Unciólos, pues, al carro, y colocadas en él Eudoxîa y Domitíla, partieron para la aldea de Scipion, que les esperaba con no menor solicitud que Belisario, los quales se alegraron de su llegada, y de oir el encuentro que habian tenido con aquella persona que tan generosamente les habia socorrido. El agradecido Belisario mostró deseos de ir á dar las gracias á tal bienhechor, que queriá conocerle, remitiendolo para el siguiente dia, y hora que les habia insinuado. Tuvo motivo de complacerse

Eudoxîa, por las sínceras demostraciones que le hizo Scipion, ofreciendole su casa y hacienda, como si fuese propia, pues la reconocia como hija. Agradecióle ella el exceso de tan grande beneficencia, con que ponia fin á la desgracia de su padre Belisario, sacandole de las estrecheces y necesidades, y juntamente á ella, y á su marido Maxîmio.

El sabio no preferirá la mendicidad y pobreza á una honesta medianía, pero si á ella le reduxere la suerte, lla llevará con fuerte resignacion y constancia, aunque se halle mejor con una decente conveniencia, que con la falta de lo necesario para el sustento de la vida. No de valde, pues, se consolaba Eudoxîa con la generosa acogida de Lucio Scipion, que le ofrecia su casa y sus haberes, destinados ya en herencia por adopcion, á su marido Maxîmio: mas en vez de abandonarse, como éste, al excesivo contento y júbilo, por ello, contenia al contrario su complacencia con el freno de la moderacion, acordandose siempre de la incertidumbre de la posesion de los bienes de este suelo, expuestos á perderse de un momento á otro.

Fue tambien de grande alivio para el doliente Scipion la llegada á su casa de Eudoxîa y de Maxîmio, cuya vista borraba en parte la memoria de su perdido hijo Mucio. Mas como

habian dado palabra de comparecer al otro dia en el bosque, y de conducir á Belisario, no se pudo oponer á su ida, obteniendo que se quedase con él Domitíla, que no era esperada, para que le ahorrase el atender á los cuidados caseros, mientras ellos volvian. Vino tambien en ello de grado Domitíla, para complacer al buen viejo, que se lo rogó, y ellos partieron en el mismo carro de Maxîmio, y conducidos de sus bueyes, que él se complacia de regir, mereciendole particular aficion y cariño, como principales medios de su subsistencia, como tambien por los afanes que le habia costado su compra.

Llegaron así al bosque, y al lugar donde ya los estaba esperando el emperador, en el qual advirtiendo Maxîmio, sin conocerle, paró los bueyes, y baxó del carro para dar la *mano* á Eudoxîa, y á Belisario. Conmoviése sumamente el emperador al ver á aquel ciego ilustre, reducido por él á tal estado de pobreza, baxando á tientas del carro, y necesitado de agena mano para llegarse á él. Disimuló sin embargo su conmocion y la ternura que le causó viendo á la hija que conducia á su padre por la mano, mientras Maxîmio desuncía los bueyes, para que paciesen por aquel recinto del bosque. Luego que Eudoxîa, y Belisario se acercaron

al emperador, fue este el primero en darles la bien venida, á que ellos correspondieron.

Eudoxîa dixo entonces á su padre, ser aquella persona con quien hablaban, la que le habia generosamente socorrido el dia antes; Belisario, oido esto, le dirigió la palabra, diciendole: os agradezco amigo, la generosidad que habeis querido usar conmigo ausente, la que al tiempo que me acarrea suma complacencia, me dexa con el sentimiento de no poder conoceros, por quanto ni Eudoxîa, ni Maxîmio me supieron decir quien sois, ni mi ceguera me permite conoceros. No querais negarme á lo menos el consuelo de saber vuestro nombre. Nada importa que lo sepais, respondió el emperador. Me basta saber que hayais aceptado mi buena voluntad, y que vuestro reconocimiento me haya proporcionado el gusto de conoceros, como mucho lo deseaba, atendido al gran renombre que os adquirieron vuestras victorias.

Ese gran renombre, amigo (pues no sé que mejor nombre daros) bien podeis ver en lo que ha parado. = ¡Ah! lo veo. ¡A la verdad fue bien injusto para con vos el emperador! = Antes bien es digno de compadecer. Los jueces no son injustos, porque condenan y obran, segun las delaciones que se les hacen. = Mas hay delaciones tales, que llevan en sí mismas la fal-

ha[illegible] Por tal reputo la que se os hi- [illegible] alzaros con el reyno de Italia. = [illegible] amigo, lo olvidé ya; nada me puede [illegible] ya en esta vida, mas que mi buena Eudoxîa, y su marido Maxîmio. = Sin embargo me parece que os debiera interesar tambien vuestra inocencia, y vuestra perdída fama. = Sin la satisfaccion de mi propia inocencia, fuera yo el hombre mas infeliz y miserable de la tierra. Es ella sola la que no me dexa ser tal. Mi fama creo que no se perderá tan facilmente como pensais. =

No lo digo por las victorias alcanzadas, sino por lo que os imputaron de quereros alzar con el reyno de Vitiges. = ¿Y puedo dar mejor justificacion de no haber soñado en pretenderlo, que el no haberlo executado? Me bastaba para ser rey, el haberlo querido ser. Si Belisario no lo fue, es solo porque no quiso. Un ánimo honrado, aunque fuerte, no será jamas usurpador. = No obstante, segun me dixeron algunos oficiales, desobedecisteis á las órdenes del emperador, que os mandó hacer la paz con Vitiges, y vos continuasteis la guerra, tomando á Ravena, y haciendo en ella prisionero al mismo rey Vitiges, y su familia. = No me dieron tiempo para justificarme de esa acusacion. Estaba para dar el asalto á la ciudad, quando

me llegaron, ó por mejor decir, quando me entregaron las cartas del emperador. Hice entonces lo que otro general en iguales circunstancias, diferí abrir el pliego hasta despues de la victoria. =

¿Cómo es, pues, que el emperador dió crédito á estas imputaciones, y os condenó por ellas, sin oiros? La respuesta á eso solo os la puede dar el emperador. = Grande debió ser vuestro resentimiento contra él mismo, por privaros, siendo inocente, y no siendo oido, no solo de vuestros honores y riquezas, sino de la vista tambien, y por condenaros á la mendicidad. = Ciertamente que en ello no me hizo un gran beneficio, pero nada de todo eso debe extrañar el que como yo, es llevado de la fortuna á la cumbre de la mayor gloria. Desde alli nos amenaza mas ruidosa caida. ¿Y qué dixerais, amigo, si todo eso lo padecí porque quise, y porque preferí mi cierta condenacion á la nota de la usurpacion del reyno que tan facil me era conseguir? =

Mucho me interesára, que me aclaraseis eso. Lo aclararé yo dixo entonces el impaciente Maxîmio, que hacia rato los oia sin hablar, despues que desunció los bueyes. La desgracia de Belisario la supe yo mucho antes que él llegase á Constantinopla, y si él no la supo, la

debió á lo menos sospechar. ¿Vos supisteis la desgracia de Belisario? me parece imposible, le dixo el emperador. = Ahí vereis como van las cosas. Las saben antes los que mas imposible parece que las sepan. = ¿Y como lo supisteis? = ¡Oh! eso si que no lo sabrá, ni aun el mismo emperador, aunque lo quisiese saber. Fue un secreto que me confió un amigo mio, y que ha de quedar depositado para siempre en mi pecho. = Pero si el emperador desease saberlo, ¿bien creo que se lo descubririais? =

No por cierto. A mas de que fuera gran baxeza en el emperador, el querer saber un secreto confiado por un amigo, pues me obligaria á cometer una traicion, y á faltar á mi palabra. = ¿Y qué dixera el emperador si os oyera? = Si pensase como debe, me tendria por honrado y fiel amigo. = De ese mismo parecer soy *yo*. Y no dudo que si oyese él mismo á Belisario como yo le oí, le restituyese su gracia. = Os aseguro, dixo Belisario, que nada de todo eso me interesa. Jamas ví mejor la vanidad de todos esos bienes y honores, que despues que me faltó la vista. Contento y satisfecho ahora en el estado á que me reduxo la suerte, no anhelo salir ya de él, mucho menos despues que vos y el generoso Scipion me lo hicisteis mucho mas llevadero con vuestra beneficencia. =

Pero lo que no deseais para vos, lo debeis querer por vuestra hija Eudoxîa. = Me hallo igualmente contenta, que mi padre, dixo Eudoxîa, en mi presente situacion. Aunque no puedo negar que me holgaria de que el emperador le restituyese su sola gracia, sin honores, y sin riquezas. = Si es así, pudiera yo ser el medianero. = ¿Vos el medianero? = ¿Pues qué, os parece que no lo pueda ser? = Fuera menester tener con él una grande privanza. = ¿Y no la pudiera yo tener, ó valerme de algun medio para ello? Os dixe ayer que deseaba comprar el collar de perlas, como os lo compraré. Con el motivo, pues, de hacer de él un regalo á la emperatriz Theodora, ¿no pudiera interceder por vuestro padre Belisario, haciendo ver su inocencia? =

Son muy de apreciar vuestros deseos, mas nó es tan facil como os parece la execucion. = ¿No? quiero probarla. Vamos á casa; quiero daros prenda con el precio de las perlas, que os haré entregar. Belisario, dad acá la mano, quiero usurpar á vuestra hija Eudoxîa este piadoso oficio. = Como querais. = Esperad, dixo entonces Maxîmio, ya levantado, que ponga mis bueyes al carro; pues no los quiero dexar á la ventura en esta dehesa; y así podeis venir todos en el carro, si vuestra casa está al-

go léjos. = Habrá quien cuide de ellos, respondió el emperador. Vamos todos juntos, y á pie, pues estamos cerca de mi casa. = Vamos en hora buena, dixo Maxîmio: aqui queden carro, y bueyes sobre vuestra palabra.

Dicho esto, se encaminan todos, conduciendo el emperador de la mano á Belisario, queriendo compensar con esta demostracion honrosa, los males á que le habia condenado. Continuaba á conversar con él mismo por el camino, acompañandole Eudoxîa y Maxîmio, muy agenos de pensar que aquella persona fuese el mismo emperador. Este, que desde el dia antes esperaba á Belisario, lo tenia dispuesto, y combinado todo para el honor que le queria hacer, ignorando los cortesanos sus intenciones. Llegados al palacio, Eudoxîa y Maxîmio, comienzan á asombrarse, viendo á los guardas hacer tales acatamientos á la persona con quien iban. Creció su admiracion, quando entrados ya en el palacio, acudieron los grandes á reverenciarle á porfia.

Maxîmio, reconociendo entonces al emperador, comenzó á temblar, acordandose de lo que acababa de decirle con tanta libertad en el bosque. Eudoxîa, que tambien lo reconoció entonces, aunque sentia haberle tratado con tanta familiaridad sin conocerle, tenia por otra par-

te motivo de complacerse, viendo que hacia tan grande honor á su padre Belisario, á quien continuaba en llevarle por la mano. Mas éste, que nada veia, ni sabia en que lugar se hallaba continuaba en hablar con el emperador, con la misma familiaridad y confianza que por el camino, y en el bosque, hasta que el emperador, estando ya presentes los cortesanos, les preguntó, si conocian aquel ciego. Todos á una responden afirmativamente dandole el título de augusta magestad.

Reconociendo entonces Belisario al emperador, exclamó atónito, sorprendido, y confuso: ¡cielo! ¿dónde me hallo? ¿no fue por ventura el emperador el que se dignó conducirme aqui? Eudoxîa, y Maxîmio, sacadme de esta mi asombrada incertidumbre. Sí, Belisario, le respondió el emperador: fue el emperador mismo el que se entretuvo con vos en el bosque; y el que os conduxo aqui por la mano, y á vista de estos sus vasallos, para declararos inocente, y resarcir de algun modo los males que os hizo padecer, por haber dado facil oido á sus malos consejeros. Aunque tarde, tengo no obstante la dulce satisfaccion de hacer justicia á vuestro mérito sin par, y á vuestra fidelidad.

Belisario, oidô apenas esto, postróse de rodillas, diciendo: señor, la suma dignacion que

acabais de usár conmigo, recompensó sobrado los males y desgracia de Belisario. De buena gàna volviera á pasarla, á trueque de probar la súma complacencia y gozo que redundan en mi ánimo de vuestra augusta bondad y clemencia. No creo tener porque arrepentirme de los sentimientos que os manifesté sin conoceros. Segura mi conciencia del respeto y de la estimacion que os conservó mi ánimo á pesar de la contraria suerte, espero de vuestra augusta piedad, que solo tendreis que perdonarme la libertad, y confianza que no me hubiera tomado, si no me hubiese faltado la vista. =

Alzaos, Belisario, le respondió el emperador asiendole él mismo de la mano. Nada queda por perdonar, sino el orden que privó de la vista á mi mas ilustre y glorioso vasallo. Oxála, que la autoridad que os restituye vuestros honores y bienes, pudiera tambien manifestar su poder en restituiros la vista. El daño no es solo vuestro, lo es tambien del que os la causó á vos, á sí mismo, y al imperio. Luego dirigiendo la palabra á Eudoxîa que estaba sumamente confusa, y enternecida: y vos, *virtuosa* Eudoxîa, quedais acreedora á la beneficencia del emperador, por el desinteres con que quisisteis entregarle vuestro precioso collar. Tengo ya dado orden para que os sea re-

compensado, como tambien para que vuestro marido Maxîmio no pierda sus bueyes; ni eche menos la honradez del emperador sobre sus secretos.

La enternecida Eudoxîa agradeció con lágrimas al emperador su suma bondad y clemencia para con ella, y para con su padre, y el turbado, y atonito Maxîmio se postró de rodillas, para pedirle perdon de su atrevimiento. El emperador le hizo levantar, y puso el colmo á su beneficencia, haciendo que Belisario, Eudoxîa y Maxîmio le siguiesen á Constantinopla en su comitiva, habiendo enviado ordenes el dia antes, para que le dispusiesen la propia casa que antes habitaban, y les fuesen restituidas sus haciendas, y honores. Así entraron en ella todos tres, asombrados de aquella impensada, y repentina mudanza de la fortuna, que tan al vivo les representaba en aquel hecho su instabilidad.

Divulgóse luego por toda la ciudad la llegada de Belisario y de su hija Eudoxîa en la comitiva del emperador, que le habia restituido su gracia, y sus perdidos honores y grandeza, y acudieron á porfia señores y plebeyos á manifestarles su contento, y á darles los parabienes por su mudada suerte. Agradecian Belisario y Eudoxîa tales demostraciones, con voluntad,

y síncero aprecio, pero sin dexarse deslumbrar de aquellos obsequios, y favor presente, que no borraba de su memoria la padecida desgracia. Solo Maxîmio disfrutaba con toda el alma de aquellos honores, alegrandose con ellos su amor, por haber acertado en la eleccion de tal esposa, y por la constancia con que venció todos los obstáculos que se oponian á su pasion ardiente, la qual parecia obtener ahora de todos ellos el triunfo mas cumplido.

Estaban entretanto muy solícitos Lucio Scipion, y Domitíla, por no ver comparecer en todo aquel dia á Belisario, Eudoxîa, y Maxîmio. No pudiendo sosegar tampoco la noche, en que los esperaban, sin tener noticia, ni aviso alguno de los mismos, resolvieron ir los dos al siguiente dia al mismo sitio, donde sabian los habia de esperar la persona que habia socorrido á Belisario. Llegados con gran solicitud al bosque, como supiesen el caso acontecido con el emperador, que habia restituido su gracia á Belisario, y conducidole consigo á Constantinopla, se pusieron inmediatamente en camino de la ciudad, ansiosos de congratularse con ellos.

Sorprendieronles de hecho con su inesperado arribo, por quanto Eudoxîa, no olvidandose de su amada, y fiel amiga, acababa de

enviarla un mensage, para participarle la novedad que les acontecia, y para que fuese quanto antes á Constantinopla. Fue con esto mucho mas gustosa su llegada, dandose mutuamente las mas tiernas pruebas de su constante, y virtuoso cariño, las dos amigas, y compañeras. No fueron menores las demostraciones, que se hicieron Scipion, y Belisario, y la que le hizo tambien Máxîmio, á quien habia declarado heredero suyo. Contribuyó esto para que Scipion aliviase su ánimo del duelo y tristeza que conservaba por la muerte de su hijo Mucio; complaciendose sumamente por la nueva fortuna de Belisario, la que hacia mucho mas dulce, y agradable la compasion que le habia manifestado en su desgracia, y las generosas demostraciones con que habia procurado aliviarsela.

Faltaba para colmo del consuelo de Eudoxîa, que los padres de Maxîmio restituyesen tambien en su gracia á su hijo. Los deseos que tenia de probar cumplido gozo con tal reconciliacion, le sugirieron valerse de Scipion para que fuese á interceder con sus padres. Aceptó de muy buena gana este encargo Scipion, y pasó inmediatamente á casa de Septímio, que estaba enfrente de la de Belisario. Esta misma inmediacion lés habia proporcionado el saber, no solamente la llegada de Belisario, sino tambien la

de su hijo Maxîmio, casado ya con Eudoxîa, y cortejado del emperador, lo que trocó enteramente los ánimos de sus padres para con él: pero avergonzados y confusos ahora, por el cruel tratamiento, y desapiadados modos con que habian recibido á su hijo, no osaban ser los primeros en manifestarle los deseos que tenian de verle y abrazarle.

Se lo proporcionó la llegada de Scipion, que entrando en su casa, les hizo avisar, que tenia que comunicarles dos importantes noticias. Ellos sospechando lo que era, le reciben inmediatamente, y juntos los tres fue el primero en decirles: que sabia que tenian un hijo, llamado Maxîmio, á quien habian echado de su casa, y desheredadole, y á quien él habia acogido en la suya, y adoptadole por hijo, y heredero. Que el mismo habiendo casado con Eudoxîa, hija de Belisario, habia venido con ellos á su antigua casa, y habia sido atendido del emperador. ¡Quién se lo habia de pensar! exclamó la madre, oyendo esto. Veis, pues, continuó á decir Scipion, que no conviene que los padres se desnaturalicen con sus hijos, como lo hicisteis vosotros, por tan frívolos motivos La fortuna puede hacer felices á los que hizo desgraciados; y es malo atender antes á ella, que á los efectos y sentimientos de la naturale-

za. No quisisteis saber de vuestro hijo pobre, lo echasteis de vuestra casa, porque no le queriais ver casado con la desgraciada hija de Belisario, y ahora creo os tendreis á grande honra, el devolverle vuestra gracia y paterno cariño.

Bien se pueden recibir tales lecciones, dixo entonces Septímio, de quien quiso acoger á Maxîmio, y declararle su hijo y heredero, por lo mismo haceseme mas gustosa vuestra mediacion para devolverle la gracia que me pedís, y que deseo. Aqui me teneis Scipion, pasaré con vos á casa de Belisario para abrazarle. No os está bien, Septímio, dixo entonces la madre, el ir vos á casa de Belisario. Como padre debeis esperar que venga vuestro hijo Maxîmio á pediros la gracia que desea ¡ah! Dantíla, exclamó Septímio oida su pretension: ¿no vino ya el mismo Maxîmio á pedirnos esa gracia, que cruelmente le negamos? Ved aqui el poder de la vanidad y de la ambicion: pobre, y amante de Eudoxîa, lo desechamos y desheredamos: y ahora honrado del emperador nos tenemos á mucho el reconocerle por hijo. Vuestras antiguas etiquetas con Antonina, envolvieron insensiblemente mis sentimientos, y me induxeron á degenerar de padre con Maxîmio: ¡Quán barbaramante lo traté, quando se me

postró de rodillas! Mas para que pierdo tiempo en quejas, que me retardan el momento de abrazarle. Soy con vos, vamos allá.

Dicho esto se levanta Septímio, y se encamina con Scipion á casa de Belisario, dexando mortificada á su muger Dantila, aunque no menos deseosa de ver á su hijo Maxîmio. Este que estaba esperando las resultas del encargo de Scipion, luego que le vió venir con su padre Septímio, salió á su encuentro, y se precipita en los brazos de su padre, llevado de la ternura de su afecto, y del consuelo que le causaba su venida. Septímio estrechandole á su seno, le decia llorando: perdona, hijo mio, perdona el cruel exceso á que arrastró á tu padre la vanidad, pues la desmintió la naturaleza en el corazon paterno. La misma te vengó de nuestro proceder indigno. Decia Maxîmio llorando tambien, que no le quisiese mencionar mas tales cosas; sino que le dexase disfrutar de la entera complacencia, y dulce satisfaccion que le restituia con su devuelto cariño.

Usó Septímio de las mismas expresiones de arrepentimiento con Eudoxîa y con Belisario, que quisieron salir tambien á su encuentro, y le introduxeron en sus estancias, donde quedaron borrados los antiguos disgustos y quejas, substituyendo en vez de ellas, los mas afec-

tuosos cariños con motivo de su próspera fortuna. Tardó poco á confirmarlas Dantíla, madre de Maxîmio, que no pudo sosegar quedando sola en su casa, sin ir tambien á reconciliarse con su hijo y con Eudoxîa; con cuya venida se renovaron las lágrimas y las expresiones de sentimiento por lo pasado, dandose mutuamente nuevas prendas de permanente amistad y de cariñosa benevolencia. El corazon de Eudoxîa, casi insensible al gozo por su restituida grandeza, y honores, gozaba sumamente de la reconciliacion de los padres con el hijo; que era lo único que le quedaba por desear.

Mas el emperador Justiniano no satisfecho de las honrosas demostraciones que hizo á Belisario, quiso dar tambien testimonio público de su inocencia, enviandole á llamar por medio de dos señores principales de su corte. El pueblo, sabido esto, llenaba las calles, curioso de ver aquel ilustre y desgraciado ciego, devuelto á la gracia del emperador; y con el murmullo de sus voces, y con las continuas expresiones de cerca, manifestaba el tierno alborozo que todos probaban, y que les merecia su cambiada fortuna.

El emperador, que esperaba á Belisario, en medio de su expléndida, y lucide corte, luego que llegó á su presencia, fue el pri-

mero en decirle: no es facil, ó fiel, é ilustre Belisario, que pueda precaver siempre, el que gobierna las malignas insinuaciones de los que abusando de la confianza del príncipe, atienden antes á las miras particulares de sus malvadas pasiones, que á los derechos de la justicia, y á la gloria del imperio. Mas si yo, inducido de sus perversos consejos, creí sostener tales derechos y gloria, en vuestra desgracia, ésta misma exîge de mí, que conocida la verdad de vuestra inocencia, dé público testimonio de ella á todo mi pueblo, restituyendoos mi amistad, mi estimacion y gracia, y con ella todos los bienes y honores, de que logró injustamente despojaros la envidia.

Belisario, oido esto, respondió: Señor, vuestra piedad augusta pone el colmo á la satisfaccion de mi reconocimiento. Mas puesto que os dignasteis exceder en honrarme con tal demostracion, ésta realzará siempre la grandeza de vuestros piadosos sentimientos. Vuestra gloria, y la del imperio me interesaron siempre mucho mas que mi fortuna. Mi desgracia no consiguió disminuir ni mi concepto, ni mi aprecio de vuestra clemencia y justicia; ni éstas, creo que tuvieron parte en lo que fue antes efecto de mi adverso destino que de vuestra voluntad. De hoy en adelante Belisairo cie-

no echará ya menos la luz del dia. ¿Qué mas estimable pudieran ver mis ojos en la ..a, que lo que acaban de oir mis oidos?

No le dexó pasar adelante el emperador, diciendole: que si la falta de la vista le impedia conducir exércitos, no le impediria el ser su consejero en el gobierno, para lo qual le habia llamado á la corte. Belisario, que enseñado de la desgracia, anhelaba solamente su retiro y sosiego, oyó con algun disgusto el nuevo honor con que queria condecorarle el emperador. Manifestóle sin embargo el aprecio que hacia de tal honra; pero le rogó quisiese dispensar á su edad, de un peso que no podian llevar sus fuerzas, y que le permitiese ir á pasar los pocos dias que le quedaban de vida en la quietud del campo, que era lo que solo competia á un ciego invalido y trabajoso, y lo que solo ansiaba.

Tales fueron sus respetuosas instancias, que el emperador se vió precisado á condescender con ellas, dandole todos los honrosos cargos, de cuyo exercicio le exîmia. Agradeció Belisario este favor con vivas expresiones, y se despidió para volver á su casa, como lo hizo, entre las aclamaciones del pueblo, que concurria á darle los parabienes, y á manifestarle el sumo aprecio y concepto, que conservaba á la

sus gloriosas hazañas. Recibieronle con mayor satisfaccion y mas cumplido gozo, Domitíla, Maxîmio, y el buen Scipion, á quien Belisario manifestó luego la gratitud que conservaba á sus favores, haciendole un precioso regalo, y ofreciendole la granja que habia determinado ir á habitar, en caso que quisiese ir á vivir con él, ó bien que si gustaba de quedar en la ciudad, le hacia dueño de la propia casa, que dexaba. Agradecióle Scipion sus generosos ofrecimientos, pues queria volver á cuidar de sus haciendas, prometiendole de ir á pasar con ellos algunas temporadas en la granja que habia escogido para su morada.

Estaba ésta sita en un parage delicioso, sobre la playa del mar Egeo. El vasto terreno que dominaba, servia antes de la desgracia de Belisario, de deleyte y de ostentacion sin particular utilidad en sus varios vergeles, y bosquecillos que le hermoseaban, y en las costosas fuentes, y estatuas que le servian de magnífico adorno. Nada de todo esto podia ya empeñar la modestia de Belisario. Aunque no eran inferiores en magnificencia otras granjas, que poseia, y que se le devolvieron, prefirió esta por su mayor salubridad, y por estar mas distante de Constantinopla. Eudoxîa, Maxîmio y Domitíla, fueron sus solos compañeros, llevan-

do consigo pocos esclavos que le sirviesen, no queriendo ya dar cosa alguna á la ostentacion en aquel delicioso asilo de su deseada tranquilidad, que le hizo tan apreciable su adversa fortuna.

La misma contribuyó para consolidar la ternura y constancia de los amores de Eudoxîa y de Maxîmio, y para que este se prestase á las máxîmas y consejos de la virtud, luego que su vivo genio, no encontrando obstáculos que vencer, se tranquilizó con la posesion de su amable esposa, que cada dia se le hacia mucho mas estimable, y que con sus callados exemplos de moderacion y dulzura, antes que con sus consejos, perfeccionaba insensiblemente los sentimientos de su marido. ¿Cómo podia dexar de ser bueno Maxîmio en tal escuela? ¿ni echar menos los honores, que les devolvió la fortuna, y que él pospuso á la quietud del campo? Así mientras otros, inducidos de los ciegos anhelos de la vanidad, y de la ambicion, desamparan sus antiguos solares, por ir á gozar del trato, y divertimientos en las ciudades, Eudoxîa y Maxîmio, instruidos en la desgracia, buscaron en el campo su mas deliciosa y apreciable morada, léjos de los continuos disgustos, y mareos de la sociedad, vacía de sólido provecho, y llena de disgustos y congojas.

¡Quán dulce era para Eudoxîa aquel tranquilo estado de vida, en la pcsesion de su buen Maxîmio, en compañía de su glorioso padre, y de su amada Domitíla? Así presentó la virtud en Eudoxîa á todas las doncellas, susceptibles de honesta enseñanza, un exemplar digno de imitacion por sus virtuosos sentimientos, que preservaron su corazon de la vanidad y engreimiento en sus riquezas y abundancia, y le fortalecieron para llevar con resignacion y fortaleza la pérdida de todos sus honores, y grandeza.

FIN.

